

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY OF LANGUAGE

EDITED BY
JOHN R. SUTHERLAND
AND
DAVID G. REYNOLDS

OXFORD UNIVERSITY PRESS

Podemos considerar esta novela como un capítulo aparte en la obra de Pearl S. Buck. En efecto, la acción de «Retrato de un matrimonio» no se desarrolla en el continente asiático, sino en los Estados Unidos. El matrimonio cuyo retrato pinta la autora está formado por una pareja de granjeros —él, un espíritu inquieto y soñador; ella, apeigada a la tierra— que busca el camino de la mutua comprensión, a pesar de que el carácter y el pasado de ambos son fundamentalmente distintos. Como siempre la ilustre autora hace un detenido estudio de los personajes y una exhaustiva descripción de lugares y ambientes.

- [Pearl S. Buck](#)
 -
 - [PRIMERA PARTE](#)
 - [SEGUNDA PARTE](#)
 - [TERCERA PARTE](#)
-

Titulo original:

PORTRAIT OF A MARRIAGE

Traducción de ISABEL IGLESIAS

Portada de C. SANHOMA

© Ediciones G. R., 1976 Virgen de Guadalupe, 21-33 Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Depósito Legal: B. 6.985-1976

ISBN; 844143514-5

Difundido por

PLAZA & JANES, S. A.

Esplugas de Llobregat: Virgen de Guadalupe, 21-33

Buenos Aires: Lambare, 893

México S, D. F.: Amazonas, 44, 2.º piso

Bogotá: Carrera 8.a Núms. 17-41

LIBROS RENO son editados por

Ediciones G. P., Virgen de Guadalupe, 21-33

Esplugas de Llobregat (Barcelona)

e impreso por Gráficas Guada, S. A.,

Virgen de Guadalupe, 33

Esplugas de. Llobregat (Barcelona) — ESPAÑA

El paisaje de junio en Pensilvania ofrecía un variadísimo panorama.

El joven William Barton, contemplándolo desde un pequeño altozano, no sabía qué perspectiva escoger para reproducirla en un cuadro. Sentado bajo un viejo fresno, rodeadas las rodillas con sus brazos, miraba a su derecha por donde, entre márgenes cubiertas de exuberante follaje, se deslizaba la suave corriente de plata del Delaware. A su izquierda, en un pequeño valle, se ocultaba una aldea, de la que asomaban, entre árboles, las agujas de la iglesia y los inclinados tejados. Más cerca, a sus pies casi, había una granja. Aquí, vacas en los prados; allá, campos de ondulante trigo, el rojo granero y una vieja casa de mampostería. En un cuadro de tierra parda araba un campesino preparando la siembra del maíz.

Viendo tal riqueza de detalles a su alrededor, se preguntaba si no serían excesivos, demasiado profusos para ser trasladados al lienzo. Tal plenitud podía ser también monótona. Y lo que interesaba era una nota de contraste.

Casi como una contestación a su pensamiento, vio aparecer aquella nota. Se abrió la puerta de la granja y, viva, risueña, salió a la luz del sol una muchacha vestida de azul y con un delantal blanco. En la mano llevaba una campanilla que agitaba con amplio y vigoroso movimiento produciendo un sonido que ascendió por la colina claro y vibrante.

"¿Es posible que sean ya las doce?", se preguntó. No llevaba reloj. Cuando pintaba no quería saber del paso del tiempo. Pero, si realmente era aquella hora, había dejado pasar la mañana sin iniciar trabajo alguno. Miró a lo alto por entre las hojas que le servían de dosel. Sobre la copa del árbol, el sol estaba en el cenit. Sentía apetito. La mañana había terminado. Un poco abochornado, recogió las pinturas, las metió en la mochila, plegó el caballete y descendió por la colina en dirección a la granja. Pediría algo para comer y, entonces, para tranquilidad de su conciencia, quizás encontrase entre las perspectivas más cercanas a la granja motivo para el cuadro que quería pintar, motivo que no había podido encontrar entre la lujuriante variedad del paisaje que se extendía a su alrededor.

Cruzó un prado y, siguiendo un estrecho sendero bordeado de setos, llegó a la puerta; por la que acababa de entrar, la muchacha. Al aproximarse, el olor del asado avivó repentinamente su apetito. No tenía más remedio que comer, hubiese trabajado o no. Llamó a la puerta, dispuesta a la holandesa y cuya mitad superior estaba abierta, esperando especiante y destocado, pues cuando andaba por el campo no llevaba sombrero. Oyó que alguien venía del interior. Eran unos pasos rápidos y firmes, el andar de una muchacha joven y fuerte, que apareció ante sus ojos en el oscuro vestíbulo, y luego se asomó a la media puerta abierta,

—¿Qué desea? —le preguntó.

Era la misma muchacha que había visto desde el altozano. La reconoció por su vestido azul y el delantal blanco. Ahora, contemplando de cerca su rostro sonrosado, vio que tenía los ojos azules, castaño el pelo y que era muy bonita. Sus ojos, grandes y serenos, le miraban fijamente, esperando que él hablase.

—Podría... —empezó a decir—; bueno..., no quisiera parecerle atrevido, siendo un desconocido para usted... El caso es que la vi, cuando tocaba la campana, y de pronto sentí un hambre atroz. ¿Les sería posible darme algo de comer?

La cara lozana y resuelta de la muchacha permaneció grave. No era un pordiosero; bien se podía ver en su noble mirada; porque sus ojos reflejaban bondad y, además, tampoco hablaba como un mendigo.

—No servimos comidas —dijo vacilando. William sonrió. Había penetrado el pensamiento de la muchacha.

—Soy una persona absolutamente respetable —explicó—. Da la casualidad de que ando por estos lugares pintando cuadros y éste es el motivo de que me encuentre aquí. Pagaré lo que sea, si me hacen este favor.

La tez sonrosada de la muchacha se encendió.

—No se trata de esto —dijo—; es sólo que... Espere un momento. Le preguntaré a "Pop",

Desapareció y William esperó mirando complacido a su alrededor. La casa era de piedra rojiza, vetada a tiras de un color oro viejo. En la chimenea había un óvalo de mármol con la inscripción T. H. y M. H. 1805. Sobre el porche trepaba una enredadera espesísima de hojas, pero sin flores todavía.

—¡Entre! —gritó una voz de hombre.

William se volvió con una suave sonrisa. Un granjero de barba gris avanzaba hacia la puerta.

—Entre y coma algo —gritó.

Abrió la hoja inferior de la puerta y apareció su cuerpo, de baja estatura, vestido con pantalones azules de tirantes y una camisa, que, abierta, dejaba ver el pecho cubierto por una verdadera mata de pelo rojizo.

—Con su permiso —dijo William, agradecido. Sería un caso que, cuando volviera por la noche, les contaría a sus padres.

"¡Qué encantador!", diría su madre.

"Completamente europeo", aseguraría su padre.

Uno y otro conocían a los campesinos de Europa mejor que a los granjeros de su propio Estado. Justamente la irritación de una discusión sobre aquel tema con su padre había sido el aguijón que le había incitado a emprender aquella excursión pictórica. Él sostuvo que el paisaje americano sólo estaba esperando ser representado en magníficos cuadros, y lo sostuvo muy acaloradamente, porque no deseaba volver a Europa aquel verano.

—El paisaje aquí es crudo —había dicho su padre con la suave superioridad característica en él cuando trataba cuestiones de arte—. No tiene profundidad. No se ha vivido en él lo suficiente todavía.

—Me gustaría demostrárselo, señor —había dicho William; y la sonrisa escéptica de su padre le había impulsado a ello. William era extraordinariamente terco. Tenía que serlo, se decía a sí mismo, porque lo había heredado de su madre.

Entró, pues, en el oscuro vestíbulo. La casa era fresca.

—Entre, entre —dijo el campesino cordialmente—, Mi nombre es Harnsbarger y ésta es la casa de los Harnsbarger. Aquí han vivido cuatro generaciones, y mis hijos serán la quinta. Comeremos en la cocina... derecho hacia delante, por el pasillo, y luego a la izquierda.

—Gracias —dijo William. Se sentía como en su propia casa con un hombre así. Le agradaba la gente sencilla; le ofrecían la oportunidad de mostrarse tal como era.

Entraron en la cocina. Era una habitación espaciosa, con el suelo de piedra, en cuyo extremo había un gran hogar en el que estaba adosado un hornillo. Sostenían el techo grandes vigas de roble a las que el humo había dado un tono aún más oscuro. Cerca de una ventana estaba preparada la mesa con la comida, y junto a ella una mujer cortaba pan. La linda muchacha esperaba en su sitio.

—Ruth, pon otro plato —le ordenó Mr. Harnsbarger—. Siéntese —le dijo a William.

—Usted es Mrs. Harnsbarger —dijo William con una fugaz sonrisa, dirigiéndose a la mujer.

Ella, demasiado tímida para sonreír o hablar, asintió con una inclinación de cabeza.

—Y usted —dijo William a la muchacha— es Miss Ruth Harnsbarger.

—Sí —respondió ella con calma.

Se sentaron y comieron. La comida era sencilla y apetitosa. Nadie habló hasta que fue apaciguado el apetito. De esta manera, pensaba William, debía comerse cuando se tenía gana: dejando que la comida absorbiera toda sensación de hambre. Estaba hastiado de la cortés necesidad que le obligaba a una conversación inútil durante las comidas en casa de sus padres, donde los manjares de por sí no parecían dignos de atención. Le agradó ver las fuentes delante de sus ojos, en lugar de ser servido en bandeja de plata por su izquierda. Su apetito parecía acelerarse mientras se servía.

—¿Es usted de estos alrededores? —dijo Mr. Harnsbarger de pronto. Había vaciado su plato rápidamente y se lo tendía a su mujer para que lo llenase de nuevo.

—Vivo en Filadelfia —contestó William.

—¿Tiene negocios allí su familia? —preguntó de nuevo Mr. Harnsbarger.

—Mi padre es propietario de un ferrocarril —contestó William, que siempre había visto a su padre en la ociosidad.

—¿Marcha el negocio? —continuó Mr. Harnsbarger, acometiendo un muslo de pollo con nueva energía.

—Así parece —repuso William. Él nunca le había hecho a su padre esta pregunta. Seguramente que de los dividendos del ferrocarril saldría el dinero, por lo menos así se lo figuraba, para mantener la gran casa y los hermosos jardines tan pulcros y tranquilos, y pagar los cuadros que su padre compraba, y sus estancias en París, y la música de su hermana Louise. Louise se había casado el pasado invierno, y seguramente también el ferrocarril le había proporcionado el *trousseau* y la ceremonia.

—No entiendo nada en esta clase de negocios —dijo Mr. Harnsbarger con franqueza. Estaba mondando el hueso y William apartó los ojos, que fueron a detenerse, naturalmente, en el rostro que tenía delante. Una cara maravillosamente bonita, pensó otra vez. Entonces se le ocurrió de pronto, que su cuadro estaba allí. ¿Por qué no? Allí, en aquella oscura y vieja cocina, con su ennegrecido y amplio hogar; con la chimenea por fondo, vio un cuadro flamenco con sus claroscuros de interior, y, sin embargo, con aquella profundidad tridimensional, que estaba empezando a desarrollar en su técnica y que los críticos aseguraban que sería su personal contribución a la pintura americana.

Detestaba las vulgares lindas muchachas que rodeaban su mundo; pero aquella cara no era de una belleza vulgar. Había firmeza en la forma en que los rojos labios se oprimían uno a otro, y en sus serenos ojos brillaba una decisión clara y cálida. La combinación de las redondeadas y sonrosadas mejillas, pequeña boca, tersa barbilla y amplia frente, era absolutamente perfecta; y aun cuando en aquellas facciones no había nada de extraordinario, se descubría, no obstante, una personalidad detrás de ellas.

Adoptó una de sus impetuosas decisiones.

—Me gustaría pintar su retrato —dijo, vehementemente, inclinándose sobre la mesa hacia ella.

Todos le miraron asombrados. Mr. Harnsbarger dejó el hueso del muslo de pollo.

—La pintaría aquí, en la cocina —continuó William.

—¿En la cocina? —exclamó la muchacha.

Comprendió que se sentía mortificada y se apresuró a explicar:

—Es una hermosa habitación para pintar. La luz de esas pequeñas ventanas produce excelentes sombras, y luego está la negra chimenea, con el azul y el blanco deslumbrador de su vestido.

—No querrá representarla con su vestido viejo —dijo Mrs. Harnsbarger, hablando por vez primera.

—No puedo imaginar nada mejor —repuso William.

Dudaban, pero se sentían halagados. Él lo comprendió e insistió, deseando pintar el cuadro con mayor vehemencia a cada momento.

—Por favor —insistió—. He buscado por todas partes sin saber qué pintar, y lo he encontrado aquí. No la molestaré... no mucho. Pintaré mientras usted trabaja.

—No estoy segura de que me guste eso —dijo Ruth, dudando.

—Pues entonces diga usted lo que le gustaría—dijo William ávidamente.

Se levantó de un salto y empujó una pequeña y vieja mesa hacia la ventana, junto al hogar.

—Así. Usted podrá colocarse aquí de pie, junto a la mesa, y poner margaritas en un jarro... No; cortaría usted una rebanada de pan.

Dudó ella un momento, visiblemente complacida, pero mirando, incierta, a sus padres.

—No tengo inconveniente —dijo el padre con su voz recia—; que las mujeres hagan lo que quieran, es mi lema. Yo tengo que volver al campo. Bien, señor, que tenga un buen día.

—Buenos días —replicó William alegremente. Sabía que podía convencer a las mujeres—. Mire, así —dijo. Cogió a la muchacha por el desnudo brazo y la llevó suavemente hacia la mesa—. Así —dijo colocándola con

unos toques ligeros en los hombros, la cabeza y las manos.

Desde la mesa, Mrs. Harnsbarger le miraba asombrada, muda. Pero él no la veía. Observaba algo en los ojos de la muchacha, una tímida y naciente conciencia que los humedecía, que arqueaba su dulce boca y hacía temblar sus labios.

—Es... es deliciosa —murmuró. Corrió impetuoso hacia la puerta, trajo la caja de pinturas y el caballete, y sujetó el lienzo—. No se mueva —le rogó—. No cambie. —Y empezó a pintar.

De pronto, y de mala gana, tuvo que admitir que la cocina quedaba envuelta en la penumbra. Toda la tarde había estado pintando olvidado de todo, incluso de la muchacha que permanecía en pie ante él. Por dos veces Mrs. Harnsbarger asomó la cabeza por la puerta entreabierta, les miró y se marchó de nuevo. Tam— poco les habló. Pero ahora los colores se esfumaban en la media luz, y sólo esto le detuvo en su trabajo. Dejó los pinceles y entonces se acordó de la muchacha.

—¡Oh, qué despreocupación la mía! —gritó. La vio ante él, posando aún paciente—. ^ ¡Qué cansada estará!

Ella se adelantó.

—Parece que una no debiera cansarse cuando no hace nada. Se detuvo expectante.

—¡Ah, es que el no hacer nada fatiga mucho! —dijo William rápidamente.

Miraba el lienzo examinándolo con minuciosidad. "Era bueno —pensaba con extraordinario placer—, muy bueno." Sentiría orgullo en enseñarlo, incluso a su padre. Pero no lo sometería a la crítica de éste hasta que estuviera terminado.

—¿Me permite dejar el cuadro aquí hasta la noche? —preguntó—. No me gusta llevarlo de un lado a otro mientras está húmedo.

—No molestará si lo deja —dijo Ruth.

—Entonces, ¿dónde lo ponemos que no estorbe? —preguntó William.

—Me parece que el mejor sitio sería la sala —respondió la muchacha. Con serena gracia echó a andar por el suelo desigual, y él la siguió, por un estrecho pasillo, a una habitación rectangular, cuyas persianas estaban cerradas. Ruth encendió un candelabro que había en la mesa, y William vio unos pesados y oscuros muebles, y en las paredes unos retratos al lápiz de antepasados.

—Aquí no entra nadie —dijo la joven.

—Volveré mañana —contestó William. Echó una rápida mirada a la habitación mientras dejaba el caballete. También la describiría aquella noche durante la cena.

"Pero la cocina es preciosa —se dijo al entrar de nuevo en la pieza—. Quizá sea debido a que está constantemente habitada. Cuando se amolda una habitación a las necesidades cotidianas, su belleza sobrepasa todo plan preconcebido."

—Me gusta esta habitación —dijo él mientras recogía los pinceles. Ruth le observaba al oír sus palabras, levantó la vista hasta sus ojos.

—¿Esta vieja cocina?

—Esta vieja cocina —repitió él. Sonrió mientras guardaba los pinceles. ¿Merecía la pena explicarle el porqué de aquella belleza? Creyó que no. Además, ¿para qué explicarle lo que ella misma poseía con tal abundancia?

La miró a la cara con nueva admiración y sonrió al encontrar sus ojos. Cogió la mochila y se la colgó a la espalda.

—Adiós —dijo.

Ruth le respondió con la más ligera de sus sonrisas y William, al verla, notó que era la primera vez que su rostro había abandonado su pura y grave tranquilidad. Se detuvo, animado por este cambio.

—Hasta mañana —dijo.

Ella no habló, pero siguió de pie en el mismo sitio, con la cara animada por la misma sonrisa. Salió con la imagen de la muchacha grabada en su mente con tanta claridad como el retrato que casi había acabado. Durante el camino, hasta llegar a su casa, le persiguió aquella sonrisa. ¿La reflejaría en su pintura? No, decidió. No. La sonrisa era deliciosa en sus labios, pero su gravedad todavía era más bella.

Estaba tan sumido en sus consideraciones, que la casa de sus padres, al llegar, le pareció extraña, remota. Sin embargo, era la misma en la que entrara año tras año, durante toda su vida. Se abrió la puerta y el mayordomo apareció silenciosamente. Recogió la mochila y el bastón.

—¿Limpio los pinceles, señorito William?

Vaciló. Siempre le daba pereza limpiarlos y había enseñado al viejo Martin a hacerlo. Aquella noche, sin razón aparente, quiso hacerlo personalmente.

—Gracias, yo mismo lo haré. Quiero ver cómo están algunos.

—Muy bien, señor. Los subiré.

Cogió la mochila y ascendió la escalera cuyos tres tramos de peldaños describían una amplia curva.

Arriba tenía su dormitorio y su estudio, atestado de cuadros que había pintado desde que empezara, a los ocho años. Allí los guardaba, bien convencido de que su padre no encontraba ninguno bastante bueno para colocarlo en la galería del ala sur. Su padre, siempre exigente, le decía de vez en cuando: "¿Qué día pintarás un cuadro para mí, hijo mío?"

—No sé si llegaré a ser capaz, padre.

—Claro que sí —insistía el viejo caballero. Pero a su mujer particularmente le había confesado dudoso: "William tiene técnica, Henrietta, pero no encuentra inspiración."

Mrs. Barton había contestado con su característica firmeza: "Sólo espero que, cuando la encuentre, sea verdadera."

Ya en su habitación, William, algo deslumbrado por los acontecimientos de aquella tarde, se sentía muy cansado. Nunca había pintado tantas horas seguidas sin descanso. Nada le había hecho jamás olvidar tiempo y cansancio. "Estaba inspirado", pensó con asombro y con cierta excitación.

¿Sería aquello, se preguntaba, el principio de algo nuevo en su trabajo? Sus obras anteriores, ¿serían tan sólo preparación para ese algo? Sentía nacer en él la sensación de "poder". Quizás, al fin, había encontrado su material...

Ciertamente, aquella jornada había pintado con soltura y con seguridad. Pero, ¿era buena pintura? Hubiera querido tenerla ahora consigo. Sentía ansia de examinarla y comprobar si realmente era buena. ¿Quizá se había engañado por la sencillez del asunto? Y empezó a desear con impaciencia el nuevo día temiendo haberse engañado.

En su certidumbre decidió callar durante la cena. No hablaría de lo sucedido. No podía hablar de ello. Así lo decidió en uno de los característicos impulsos que le inducían a dudar de sí mismo. ¿Y si no resultaba nada de todo aquello? Se alegró de haberlo decidido así. Al bajar encontró a su hermana Louise y a su marido Montrose Hubberd, que habían regresado inesperadamente a Filadelfia. No ignoraba que estaban de regreso a Nueva York después de un largo viaje por Italia; pero estaba dispuesto que su primera visita sería a fines de junio, con objeto de que sus padres pudieran regresar con Louise a Bar Harbor. En la escalera oyó la voz aguda de Louise, que afirmaba:

—Sí, Italia nos encantó, ¿verdad, Monty?

La respuesta de Monty fue un murmullo. A William no le gustaba su cuñado, pero no se tomaba la molestia de descubrir por qué. Alto, un tipo convencionalmente bien vestido, Monty serviría para decorar el fondo de cualquier cuadro, pero jamás para ocupar un primer término.

En alguna ocasión, recordando su pálida cara, de hundidas mejillas, y su negro bigote, William había tratado de imaginar su luna de miel. ¿Podía una mujer disfrutar una luna de miel con Monty? Si así era, ¿podía un hombre disfrutar una luna de miel con Louise? Era difícil imaginarlo y, sonriendo, descartaba la idea.

Entró en el blanco y dorado salón de su madre con incomprensible mal humor. El momento, con cuanto lo enmarcaba, parecía tan trivial como una acuarela ochocentista. Pero habló con su madre y cesó toda superficialidad.

—Te has retrasado, William.

—Lo siento, madre —se inclinó hacia la mejilla de su hermana y saludó a Monty con un movimiento de cabeza—. ¿Qué tal, Louise? ¿Cómo estás? ¿Y tú, Monty?

Monty hizo una ligera inclinación con su negra y reluciente cabeza, y Louise agitó el pañuelo. Estaba casi bonita, destacada su palidez ligeramente cetrina por su traje granate oscuro.

Mrs. Barton se levantó de su asiento.

—William, dame el brazo, por favor —dijo.

Y se dirigieron todos hacia la puerta.

—¿Dónde has estado, William?

—Trabajando, madre. —Al instante se arrepintió de sus palabras. ¿Por qué le había dicho ahora a su madre que había estado trabajando? Le preguntaría dónde había estado y qué había pintado, es decir, cuanto no quería contar.

—¿Trabajando? ¿Dónde?

—Pues, fuera, en el campo.

—No encontrarás nada por ahí.

Se sintió provocado.

—Pues lo encontré,

—¿Qué?

—Una vieja granja.

—¡Bah... un cromó!

—No, madre, un buen tema.

No respondió, pues, habiendo llegado a su sitio, señalaba desde allí la distribución de los lugares que debían ocupar en la mesa.

—Tú, Louise, a la derecha de tu padre, ahora que eres una mujer casada. William, siéntate junto a tu hermana, y tú, Monty, al otro lado de la mesa, solo. Harold, recuerda que no debes probar el vino. Veo que Martin ha puesto una copa en tu sitio. Aunque le he dicho terminantemente que no lo hiciera, Martin.

—Sí, señora. El mayordomo retiró la copa y Mr. Barton suspiró y se sentó.

Durante la sopa y el pescado, William pensó con alivio que su madre le había olvidado.

Disparaba sus preguntas como dardos a Louise y a Monty, acosándoles con delicada perspicacia hasta que obtenía las respuestas que deseaba.

—¿Fuisteis a San Marcos, en Venecia, Louise? Quiero decir en domingo, porque cualquier otro día es sencillamente un centro de turismo. Pero, a la misa... Siempre digo que no se conoce el verdadero sabor de lo que es una iglesia hasta que no se reza en San Marcos. Pero, claro, yo soy una mujer religiosa, y tú, no, Louise. No sabes lo mucho que te equivocas. Supongo que tu influencia no la volverá peor, Monty. ¿Qué es eso? No, no estoy de acuerdo con eso. Temo que los sermones no tienen nada que ver con las piedras, y la madera tiende a ser húmeda. Debes buscar un hogar espiritual en Nueva York, Louise.

La escuchaban como siempre; como la escucharan Louise y él siendo niños, algo pálidos y muy bien educados, encerrados en su bonito y tranquilo hogar. Nunca había llegado a descubrir si Louise se aburría como le ocurría a él tan a menudo.

Algunas veces, contemplando la plaza desde el alto ventanal, William veía la luz brillante del sol de primavera y sentía que, en su pecho, su corazón era un ser distinto, separado de él. A menudo pensaba que un día se le saltaría del pecho, y se marcharía, dejándole atrás como se deja una cáscara. ¿De qué color sería el corazón de un niño? ¿Qué forma tendría?

Entonces su madre le recordó:

—Veamos, William: ¿qué dijiste que habías pintado esta tarde?

—No he dicho nada, madre.

Se sirvió pato asado y salsa de manzana.

—Pues anda, di.

—Preferiría esperar a que estuviese terminado y entonces te lo enseñaré, madre.

—¡Qué tontería, William!

—Lo digo en serio, madre.

Vio que la sorpresa encendía en ella una ligera irritación, y sintió, con vergüenza, un escalofrío de temor, como en su niñez.

—Muy bien, William... ¡Aunque no acabo de comprenderte!

Antes de que él pudiera responder, Louise empezó a hablar, pronta, William lo sabía, a suavizar cualquier momento difícil entre su madre y los demás.

—¡Ah, madre! Monty y yo estamos pensando... ¿Qué te parece si comprásemos uno de esos nuevos coches sin caballos?

Mrs. Barton lo olvidó todo.

—Me parecería que sois los dos extraordinariamente locos —dijo con severidad. Sus ojos grises alzaron sus pesados párpados para mirar a su yerno—. Me imagino, Monty, que no piensas en nada tan absurdo para Louise.

Monty se llevó la copa a los labios antes de responder:

—Se habla muchísimo de ellos en estos días —dijo evasivo.

—No es razón para que os suméis a esa sar ta de locos —respondió rápidamente Mrs. Barton. La mano cuajada de sortijas que cogía el pie de su copa de vino era fina como un nervio, e igualmente fuerte, aunque jamás llevara a cabo labor más dura que la de limpiar cuidadosamente su juego de té de Spode.

Monty sonrió sin responder. Puesto que había acudido a ver a su suegro sobre la forma de invertir algunos de sus millones, no era conveniente disgustar a la dama. De Louise había aprendido mucho con respecto a su madre. Mrs. Barton se volvió en silencio hacia su hijo. William, sintiendo sus ojos grises y fríos posarse en él, se puso en guardia. "No le hablaré de Ruth", pensó.

Pero antes de empezar a interrogarle, Mrs. Barton vio que su marido se llevaba una copa de vino a los labios.

—¡Harold! ¿Qué haces?

La mano de Mr. Barton apenas se estremeció. Bebió dos grandes sorbos y dejó la copa.

—Sencillamente, estoy probando el vino de Louise, querida.

La voz de Mr. Barton era suave y sus ojos tranquilos como los de un niño.

—No debes beber —dijo Mrs. Barton severamente—. Harold, lo digo por tu propio bien.

—Ya lo sé, queridísima, y no volveré a tocarlo—. Miró a sus dos hijos y los tres inclinaron la cabeza sobre el manjar que acababan de servirles. Como si lo hubiera visto, sabía William que Louise, al levantar su copa para beber, la había dejado a su izquierda, de donde, si la suerte no les era adversa, la tomaría su padre y podría saborear el vino. Pero la suerte no les favoreció.

William, meditando sobre ello por la noche, en su habitación, sentíase desasosogado. Después del incidente del vino, su madre no volvió a acordarse de él, y le quedaba la in— certidumbre de si le hubiera hablado o no de Ruth de haber ella insistido. Nunca lo sabría.

Por primera vez en su vida, Ruth permanecía despierta en la cama. Estaba tranquila, pero asombrada. No sentía dolor ni inquietud alguna, ni podía llamarse excitación lo que sentía, pero no podía dejar de pensar en él.[^] en aquel joven.

Ni siquiera sabía su nombre. No se lo preguntaron, y él no lo había dicho. No había pensado en ello prendida en el hechizo de la tarde, hasta que, ya sentados a cenar, su padre le preguntó:

—¿Te dijo su nombre, Ruth? —No se me ocurrió preguntárselo todavía —le contestó, sorprendida.

—A mí, sí —dijo su padre—; pero opiné que no es conveniente preguntar a un hombre cómo se llama si él mismo no lo dice. Yo le había dicho que mi nombre era Harnsbarger, pero él no dijo nada. Parece que uno estaría obligado a contestar, diciendo el suyo; pero él no lo hizo.

Ella no respondió. Sentía una secreta congoja... Si no volvía más, ni supiera siquiera su nombre... Claro que el cuadro estaba todavía en la sala.

—¿Terminó el cuadro? —le preguntó su padre de pronto, cuando hubieron cenado.

—No; ha de volver mañana —dijo Ruth. Empezó a llevar los platos de la mesa al fregadero.

—¿Se lo llevó?

—No, está en la sala.

—Pues entonces voy a echarle una mirada.

Su padre levantó la lámpara de aceite de la estrecha mesilla de la chimenea y se dirigió a la sala. Sus pies calzados con escarpines pisaban silenciosamente sobre las tablas. Ruth le siguió y su madre tras ellos; una vez en la sala, se detuvieron los tres contemplando el cuadro.

—El mantel queda muy bien —comentó la madre.

—Casi no se parece a ti, Ruth —añadió el padre.

—Es demasiado bonita, ¿verdad? —dijo desalentada.

—Así es —asintió él—. Pero quizá te haya visto así.

Volvieron a la cocina y, después de bostezar durante un rato, Harnsbarger fue a acostarse. En silencio, como de costumbre, Ruth y su madre fregaron los platos, limpiaron la cocina y prepararon la mesa para el desayuno. Cuando empezaba a subir la escalera, su madre se detuvo un momento.

—Me parece que mañana tendríamos que hacer jabón. La orza de la grasa está llena.

—¡Oh, "Mam", mañana no!

Su madre la miró como queriendo decirle algo, pero no dijo nada. Volvió la cabeza y empezó a subir despacio la escalera. Sola, en la cocina, Ruth terminó rápidamente. No estaba cansada. Nunca lo estaba, pero aquella noche su cuerpo se sentía lleno de fuerza y de vigor.

"Me gustaría poder hacer el jabón ahora", pensó, y se propuso realizar aquella tarea.

Abrió la puerta, y se detuvo un momento, mirando la noche. Si hubiera habido luna, se habría sentido tentada a llegarse al cobertizo donde guardaban la lejía y la grasa. Las estrellas brillaban grandes y suaves, pero la noche era oscura. Vaciló, cerró la puerta y subió a su habitación. A la luz de una vela, se lavó y se puso su camisón de algodón; se cepilló el pelo, lo trenzó y luego apagó de un soplo la vela y se tendió en la cama de arce, que había sido de su abuela.

Cerró los ojos, esperando el sueño, don que nunca se le negaba. Pero no vino. Esperó, ni inquieta ni desasosegada, sólo asombrada; y, mientras esperaba, veía sobre la oscura cortina de sus párpados el rostro de él, que la había mirado con fijeza durante tantas horas aquella tarde. "Nunca he visto un rostro con tanta claridad como veo el suyo", pensó.

Quando al día siguiente le vio descender por el sendero, anochecía. Le había esperada hora tras hora hasta que, disgustada consigo misma por la espera, dejó de aguardarle. A media tarde, empezó a remover la grasa para hacer el jabón.

—¿No te parece tarde? —le objetó su madre—. La hora de cenar se echa encima.

—Trabajaré de prisa. —Y luego, porque el deseo de darle una explicación la ahogaba, dijo—: La verdad, mamá, ese chico pintor... me aseguró que volvería hoy. Así que pensé que no valía la pena de empezar el jabón. Ya no viene, y no voy a dejar pasar todo el día sin hacer nada.

Su madre no levantó la vista de la costura.

—Bien, iré yo también, dentro de un momento; en cuanto zurza este calcetín.

—No, no vengas. Puedo hacerlo yo sola —dijo Ruth.

Llegaba ya a la puerta cuando la voz de su madre la detuvo.

—Creo que no es de nuestra clase.

Quiso desvirtuar cualquier suposición implícita en las palabras de su madre.

—No, si no me preocupo por él... Es sólo que me molestan las personas que no hacen lo que dicen.

—Esto es lo que quería decir yo —dijo su madre, sin levantar la vista de la larga aguja con que tejía las cruzadas hebras.

Por fin, al anoecer, le vio llegar, con la cabeza descubierta y las manos en los bolsillos, por el sendero que conducía a la puerta.

—¡Estoy aquí! —le llamó Ruth.

Al sonido de su voz, volvió él la cabeza, la vio y se dirigió a donde estaba.

—Ya no le esperaba —dijo. La grasa estaba caliente en la marmita que pendía sobre el fuego. Había echado la lejía necesaria, y la removía con un cucharón de palo. El la contemplaba.

—¿Qué hace?

—Jabón. —Removía lentamente al notar que la pasta se espesaba—. Creí que vendría más temprano —dijo mirándole. No llevaba las pinturas—. ¿Dónde tiene las pinturas?

—No las he traído.

—¿Por qué..., no va a... no lo va a terminar?

—Hoy no tuve ganas de trabajar.

Se sentía enojada con él, y no trató de saber por qué.

—¿Es que llama usted trabajar a pintar cuadros?

—En general, sí —respondió William—. Por lo menos, es mi trabajo.

Ruth no podía dejar de revolver, pues la pasta estaba ya casi en su punto y debía verterla.

—Yo estoy acostumbrada a trabajar de verdad —dijo brevemente.

—¿En qué? —inquirió él casi con dureza.

—Pues, arando y ordeñando las vacas... y pintando el granero.

—Supongamos que mi trabajo está al mismo nivel que pintar el granero —dijo William amargamente.

—Ayúdeme a quitar eso —dijo la joven—. Ya está terminado.

Se acercó él y la ayudó a sacar la marmita y colocarla en el suelo. Los moldes estaban dispuestos en filas y Ruth empezó a verter en ellos la pasta, que olía a limpio. Ella observó que el muchacho no dejaba un instante de contemplarla.

—¿Se endurecerá? —preguntó William.

—Cuando se enfríe.

—Huele bien.

—A jabón —replicó ella.

Iba a la mitad cuando el joven dijo:

—Claro que he de terminar el cuadro, Ruth.

La muchacha alzó los ojos al oír aquellas palabras.

—Le agradeceré que no me llame por mi nombre antes de saber yo siquiera el suyo.

Sonrió él ligeramente.

—William.

—¿William qué?

—William Barton.

Siguió vertiendo la pasta.

—Jamás oí ese nombre.

William sintió una íntima alegría. ¡Si su madre hubiese oído aquello!

—¿Y por qué tenía que haberlo oído? —preguntó.

—Por nada, creo yo —admitió Ruth.

No volvieron a hablar hasta que los moldes estuvieron llenos. El sol se escondió en el horizonte, tras una bermeja neblina de nubes bajas.

—¿A qué ha venido, si no es a pintar?

—No lo sé —dijo William—; quizás a ver si seguía usted tan bonita como ayer me pareció.

Sus pestañas temblaron a la vez que se encendió su rostro.

—Desearía que usted no quisiese... —murmuró.

—¿Que no quisiese qué?

—...hablar por hablar.

Suspiró interiormente. Realmente, ¿a qué acudía allí, si no iba a trabajar? No era aquello lo que quería para empezar.

—Echemos una mirada al cuadro —dijo precipitadamente, e inició la marcha.

Era la hora de ordeñar las vacas y al pasar vio a los padres de la muchacha ordeñando bajo el cobertizo del granero. La casa estaba vacía y

avanzó hacia la sala, sintiendo tras él el paso firme y ligero de la muchacha.

Levantó una persiana y la luz del sol poniente cayó sobre la pintura. Sintió que le invadía un placer puro, que le llenaba totalmente. Olvidó el día largo y abrumador que había pesado sobre él antes de decidirse a volver a ver a Ruth. Sí, Louise le había estropeado el día, cuando entró a hurtadillas en su habitación por la mañana temprano. Su mano larga y fina, apoyada en su mejilla, le despertó y, al abrir los ojos, la vio de pie junto a él, envuelta en una bata de satén azul acero, con el pelo enrollado en los rizadores bajo su gorro de encaje.

—¿No te importará, William?

—¿A qué te refieres?

—William, ya quería hablarte anoche, pero mamá es tan... Bueno, ¿querrás ayudarnos a Monty y a mí?

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¡Espera un momento!-Se frotó los ojos ahuyentando el sueño—. Ahora, ¿qué pasa?

—Cariño, ¡Monty es espantosamente pobre!

—¿Pobre? —Se sentó bostezando—. ¿Cómo es eso? Creí que papá había hecho averiguaciones, y tal, y esas cosas.»

—Cariño, ¡ha ocurrido después! Unas minas o no sé qué resultaron vacías o algo así. Tenían que estar llenas de brillantes y no lo estaban.

¿No podrías hablarle a papá...? Quiero decir a él solo.

—¿Qué tiene que ver él con los brillantes, Louise?

—No, querido, con los brillantes, no; pero puede dedicar algún dinero a ayudar a Monty. Sólo para infundirle ánimos. ¡Está tan deprimido!

—Yo no he notado que lo estuviera.

—¡Ah, pues lo está! Oculta sus sentimientos muy bien, pero yo lo sé.

William hizo un esfuerzo y se levantó. Mientras ella permanecía hablándole a través de la entornada puerta del vestidor él se bañó, se afeitó y se vistió finalmente.

Había pasado casi todo el día haciendo planes absurdos con Louise, e intentando hablar a su padre.

Se sentía perplejo entre su lealtad hacia Louise y a su padre, y una duda vaga de que quizá Monty no fuese digno de confianza. Se sintió aliviado cuando su padre, con su perspicacia usual, decidió que Monty hablase con sus abogados. Pero, entretanto, había transcurrido la mañana. Louise había llorado largo rato a solas con él, y como él la quería, se quedó junto a ella hasta que su impaciente deseo de trabajar murió al pasar el día.

—Ya lo comprenderás cuando te cases, William. El matrimonio es tan raro... Sencillamente te funde con otra persona. Cuando Monty sufre, sufro yo también.

Toda su impaciencia recayó sobre Louise.

—Deja ya de preocuparte —le ordenó. Pertenece a la clase de mujeres a las que resultaba casi imposible no dominar—. Después de todo, no vamos a consentir que sufras, Louise.

—No es por mí... Piensa en Monty —había sollozado ella—. ¡Le resulta tan duro este desengaño, justamente al principio de nuestra matrimonio!

—¡Ah, es por Monty! —le había contestado—. Ya se las arreglará.

Y entonces Louise le gritó que no comprendía el matrimonio.

—Estoy de acuerdo contigo en que no lo comprendo —le había declarado con una ironía consciente.

—Ya lo comprenderás algún día —había dicho Louise enjugando sus ojos e intentando sonreír—. Dime, querido, ¿no te gusta aún nadie? ¿Y la linda Elise Vanderwort?

Hacía meses que no había pensado en Elise, y así se lo dijo. Y entonces, de pronto, decidió que necesitaba aire y sol.

—Lo mejor será que subas a lavarte la cara —dijo a su hermana—, o mamá se dará cuenta.

Lo peor del día había sido ocultárselo todo cuidadosamente a su madre.

Entonces se fue a la estación, tomó el primer tren que le llevó al pueblo, y un paseo de una hora le condujo frente a su cuadro.

—Volveré mañana sin falta —exclamó—. Ruth, ¿por qué no he de llamarla Ruth? Yo soy William, ya lo sabe... Sencillamente, William.

—Muy bien... —dijo ella—. Muy bien.» William.

Junio, julio y agosto. Ruth permanecía así, inmóvil hora tras hora; ella, que siempre había sido fuerte y enérgica; el verano había transcurrido para ella entre esas horas de inmovilidad, y los días, que se arrastraban con lentitud, entre sesión y sesión. Nunca se había dado cuenta de que los días podían resultar interminables ocupados en las inacabables tareas de la casa y del campo. Ahora lo sabía. Cuando William no venía, su cuerpo se movía

con la ligereza reposada de otras veces, pero las horas tardaban en pasar, y por la noche se sentía exhausta por su espera interior; su agonía era que jamás sabía cuándo iba a venir él.

Pasaba, a veces, varios días sin hacerlo y aparecía de repente lleno de impaciencia, cual si fuera ella culpable de no esperarle preparad da

tras la ventana. A decir verdad, siempre le esperaba, pues no sabía ya negar lo que quería. Sabía que quería, desde el primer día... no, desde la primera hora, y le quería ahora hasta dolerle el corazón. El cuadro estaba casi terminado... ¿Y luego? ¿Qué sería de ella? William se marcharía, y no volvería a verle nunca más. Se acabarían las largas tardes pasadas en la cocina, en las que, sentado, pintaba y ella le miraba en pie frente a él. No volvería a contemplarle mientras trabajaba, sus oscuros ojos mirándola sin verla. A veces le parecía que él sólo veía la muchacha del cuadro, y se sentía celosa.

—Es más linda que yo —decía, para oír cómo lo negaba enérgicamente.

—No, no lo es —replicaba William—. El caso es que el parecido es extraordinario.

—Mis ojos no son tan azules —insistía.

—Son los más azules del mundo. No logro hacerlos ni la mitad de azules de lo que debieran ser —contestaba él.

Entonces, confortada en parte, volvía a su silencio, y él seguía trabajando.

Mediaba el mes de agosto y el cuadro estaba casi terminado. Seguía él dándole algunos toques pero ambos sabían que estaba listo.

—Una semana más —dijo William un día de pronto—, y estará terminado completamente.

—Entonces, seguramente no volveré a verle —dijo la muchacha en voz baja pero clara.

—¿Por qué no? —repuso él alegremente. Su corazón dio un salto al oírlo, pero no quería que ella lo notara. Se sentía ardiente, débil ante la belleza, demasiado pronto a complacer y a amar. Y Ruth era deliciosa. Era maravilloso que hubiera sido exactamente tal como él la imaginara, tal como proclamaba su aspecto.

Aquel extraño verano casi había terminado. Había acudido a la granja casi diariamente.

Incluso había ido a Bar Harbor dos semanas y reanudado su placentera amistad con Elise. No sabía lo que su padre había hecho para ayudar a Monty. Prefería ignorar tales asuntos, para evitar, en lo posible discordias familiares. Pero algo había hecho, indudablemente, impulsado por su madre. Lo dedujo al ver aumentada la autoridad de ésta sobre Monty. Casi había admirado la aceptación cortés del hecho por parte de Monty; pero prefería no saber nada más.

Elise había estado encantadora, pero no había deseado pintarla. Incluso la había besado en dos ocasiones. La besó por vez primera en un baile. Salió con ella a la terraza de su casa, que dominaba el mar. La mayoría de las terrazas tienen en Bar Harbor esta paritividad. La casa de su padre tenía una terraza más hermosa aún que aquella en la que se encontraba con Elise, en donde la combinación de la luna, el mar y la brisa de la noche le hicieron rodearla con sus brazos y buscar sus labios. El beso fue dulce, perfumado y cálido. Ella permaneció un momento inmóvil y él sabía que esperaba sus palabras. Si le hubiera ofrecido casarse con ella entonces, lo habría aceptado.

—Perdóname —murmuró William, en cambio, turbado por la situación.

Esperó Elise un momento todavía y entonces se desprendió suavemente.

—No tengo nada que perdonar —murmuró.

Nunca había estado tan próximo a enamorarse de ella como entonces.

—Mira, ¿qué hará aquella lancha allá en el mar, a estas horas? —y se separó de él.

Otra noche volvió a besarla. Elise, entonces, no esperaba nada de él. Sencillamente se le abandonó y con gran sorpresa de William, le devolvió el beso.

En aquella ocasión, fue él quien se apartó. Algunas veces se preguntaba si no hubiera seguido naturalmente al matrimonio, de no haberle besado ella. Era bellísima, y su hermosura estaba realizada por la altivez y compostura que emanaba de sus movimientos. La sensación de esta altivez y compostura, rotas y fundidas bajo la presión de sus labios, tenía que ser suficiente para volverle loco. Pero al contrario, se había sentido repelido. Había exigencias en aquel beso, y él rehuía toda exigencia. Comprendió que no deseaba casarse con Elise, ni entonces ni nunca. Al día siguiente, partió hacia la granja.

Ruth le dejaba solo cuando estaba con ella. Su mente podía seguir tranquilamente su pensamiento, y, sin embargo, cuando la miraba, allí estaba esperando. "Estará ocupado en la ciudad —pensaba—; no se acordará de venir por aquí.* William no había prometido nada. Consciente de su ardor, tenía bastante sentido para comprender que ese ardor, en mía naturaleza como la suya, podía enfriarse en un momento de desazón, como le había ocurrido con Elise. Estimaba, apreciaba aquella casa, aquella cocina, a Ruth misma. Pero recordaba también con demasiada viveza cosas menos hermosas... su padre y su madre, cuya amable bondad era tal vez suficiente para ellos, pero quizá no para él. Mr. Harnsbarger hablaba, escupía y tosía con repulsiva libertad, y Mrs. Harnsbarger era tonta. Se preguntaba alguna vez cómo podía Ruth proceder de aquella pareja. Tenía un hermano que trabajaba en la casa de postas del pueblo. Había conocido a Tom Harnsbarger un día que un vendaval se deshizo en lluvia sostenida.

—Deténgase en el pueblo y Tom le llevará al tren —le había dicho Mrs. Harnsbarger.

En un calesín de dos asientos había tenido tiempo suficiente, durante una hora, para a» probar la capacidad de Tom. No era muy p fundo, era un muchacho comunicativo.

dial, cuya personalidad ganaba indudablemente entre caballos.

—Había pensado en ser veterinario —le había comunicado Tom—, pero papá no parecía dispuesto a soltar ni un cuarto para que me enseñaran de caballos. Así que me vine a trabajar en la casa de postas. Supongo que ha sido mejor así. Me parece que voy a casarme con una chica que tiene algo. Es Linda Hofsemmer, y seguramente emprenderemos un negocio por nuestra cuenta.

—Los automóviles harán resentirse a vuestro negocio algún día —indicó William.

—Me parece que la gente corriente nunca podrá pasar sin los caballos —le había contestado Tom alegremente.

William recordaba aquella noche perfectamente, porque se había retrasado tanto, que tuvo que decirle a su madre dónde había estado. Su tardanza la había enojado porque ofrecía una comida a algunas amistades. Y así, llevado por un antiguo temor del que se avergonzaba, pero no sabía rehuir, quebrantó su resolución de no hablar de Ruth.

—Estaba pintando, madre, y la tormenta me detuvo.

—Y ¿dónde está esa maravillosa pintura, si haces el favor? —Sentada a la cabecera de la larga mesa de caoba, su cabeza se erguía más que nunca, luciendo una pequeña diadema de brillantes. Su corazón tembló al verla, a pesar de sus esfuerzos, como solía ocurrirle cuando era pequeño y entraba airada en el cuarto de los niños por la noche, ataviada para salir, y le reñía por alguna falta cometida durante el día.

—En una granja de piedra a algunas millas de aquí —dijo William con excesivo entusiasmo—. Es maravillosa; una vieja cocina ennegrecida por el humo, y una linda campesina. La estoy pintando en la cocina.

—Tráelo para que la vea —ordenó su madre.

Aquella noche había traído el cuadro, pensando que, si al día siguiente llovía, podría trabajar en él. Tuvo, pues, que bajarlo de su estudio y soportar cuantos comentarios hicieron. Si el cuadro le gustó o no a su madre, no lo sabía; había cogido sus lentes montados en oro y había contemplado fijamente, le parecía a él, sólo a Ruth. Y su padre murmuró algo sobre las sombras de las vigas. No le habían dicho nada más, ni en aquel momento ni más tarde; pero, desde entonces, su madre decía con frecuencia a otras personas: "Vengan a ver lo que William va a presentar

en la Academia este invierno... Una muchacha campesina. Parece un cuadro extranjero, pero que fascina es que ella no lo es. Es una muchacha de una granja de Pensilvania."

—Está bastante bien —asentía su padre como un eco.

Muchas veces había tenido que enseñar su cuadro, sintiendo siempre una vaga irritación contra las damas elegantes, amigas de su madre, y cierta vergüenza ante el silencio de su padre.

—¡Delicioso! —murmuraban las mujeres—. Es una criatura muy linda... ¡Qué rara es la cocina...!

"Podría ser belga..." "O bretona.»" "No; es holandesa."

Y, sin embargo, todos ellos se habrían horrorizado si les hubiera dicho: "Esta muchacha es la muchacha de quien estoy enamorado."

¡Por fortuna no estaba enamorado de ella! ¡Del todo cuando menos!

—Le mandaré un pase de ferrocarril de mi padre —le dijo a Ruth—; podrá ir a verse en la Galería de Nueva York.

—¿Estará usted allí?

—Pues, claro que sí —contestó William, y le sonrió con aquella sonrisa que ella había aprendido a esperar con dolor, porque la hacía feliz y la entristecía a la vez. Si no había de volver a verle, quería morir. Si él se marchaba, nada volvería a tener vida para ella, porque, respirando o no, se sentiría muerta si no volvía a verle.

Un día, a principios de setiembre, el cuadro quedó definitivamente terminado. Ya no podía engañarse a este respecto ni pretender que tenía otra razón que la de ver a Ruth. No podía volver sin admitir lo que por la mañana negara a su madre. Pues ésta habíale hablado por fin. Le había llamado imperiosamente cuando pasaba por delante de la puerta de su habitación al ir a desayunar.

—¡William, haz el favor de venir!

Entró. Estaba desayunando en la cama; llevaba sus cabellos grises cuidadosamente peinados, y una chambra de encaje sobre los hombros.

—Buenos días, madre.

—Siéntate —contestó ella—. William, me tiene realmente preocupada que no termines de una vez ese cuadro... Nunca has tardado tanto. No te estarás enredando con esa chica, ¿verdad?

—Claro que no —replicó William con indignación.

—Sería una locura —agregó, rompiendo un pedacito de tostada y cubriéndolo rápidamente con mantequilla—. Seríais muy desdichados. El matrimonio es sólo tolerable entre iguales, y aun así, no siempre.

No contestó. Había descubierto hacía años que el silencio era la mejor manera de librarse de su madre.

—Bueno, vete a desayunar —dijo ella—, aunque bien podrías darme un beso antes. —Se llegó hasta su madre, que de pronto le cogió la mano y la mantuvo en la suya fina y fuerte—. ¿Seguro? —insistió.

—No seas tonta, madre —había dicho entonces William con impaciencia, inclinándose a besarla—. ¡Como si yo pudiera...! —Y se había alejado con la determinación de que en realidad no podía.

Por la tarde, dio el toque final al cuadro. Intensificó ligeramente el azul de los ojos de Ruth. Luego dejó los pinceles.

—¡Se acabó, Ruth! —dijo—. Venga a verse.

Ella fue a su lado y permaneció pensativa un momento.

—¿Le parezco así?

—Sí —contestó William.

Lo que veía representaba una muchacha fuerte, sonrosada, llena de salud, vestida de azul y con un delantal blanco. Reconoció sus manos, algo ásperas siempre, que la hacían avergonzarse. Ni esto le había omitido.

—Tal vez se rían de mí en Nueva York.

—Pensarán que es usted muy hermosa.

—Podría haberme puesto mi traje de los domingos, de todos modos —objetó la muchacha.

—Sólo tendría que llevar vestidos azules, por sus ojos —dijo William, y añadió festivo—: ¿Me promete una cosa?

—¿Qué? —dijo ella de prisa y sintiendo latir su corazón.

¿Qué podía pedir de ella sino que le dijese que le quería?

—No se vista nunca más que de azul.

Sintió tal abatimiento, que casi se le saltaron las lágrimas.

—No puedo prometérselo. Mi traje nuevo es de color rosa.

—Sólo bromeaba —dijo él con rapidez.

—Además, ¿qué más le da a usted, si no me ha de volver a ver?

—No olvide que tiene que ir a Nueva York —le advirtió.

Entretanto, guardaba sus pinceles y sus pinturas alegremente; plegó el caballete y cogió el cuadro. No era muy grande y lo llevaba en un marco especial que había ideado para llevar sus cuadros cuando aún estaban húmedos. Ya estaba listo para partir.

—No le digo adiós, porque nos volveremos a ver.

Ruth no respondió; le tendió la mano procurando contener las lágrimas. El las vio, pero no se permitió la satisfacción de consolarla.

Tomó su mano, pero sólo la retuvo un instante.

—La escribiré cuando mis cuadros estén ya expuestos —dijo, tratando de mantener su animación.

Ruth entendía tan poco de pintura que apenas le oyó. Sólo sabía que partía y que ella le quería. Y él, leyendo en sus ojos cuanto pasaba por ella, tembló y vaciló, deseando estar ya lejos o que alguien entrase en aquel momento. Cuando menos, que no fuese tan bonita, ni su aliento tan dulce o que significase menos para él... o más. Se detuvo un instante y entonces, odiándose, la cogió con su brazo libre, y la besó. Luego salió precipitadamente de la casa y subió por el sendero.

—¡Maldición! —dijo con ira a su tembloroso corazón.

Al entrar en el hermoso y regio vestíbulo de su casa, vio, entre las cortinas de oscuro terciopelo, la brillante llama del fuego del salón. Se dirigió allí y encontró a sus padres esperando la hora de la comida.

—He terminado —dijo.

—¿Completamente? —preguntó su madre,

—Completamente —repitió.

—Pues veámoslo —dijo su padre.

William abrió la prensa que sujetaba el lienzo y colocó el cuadro sobre la repisa de la chimenea entre los dos candelabros. La luz le era favorable. Las sombras parecían más profundas y las luces resaltaban. Nunca había resaltado tan favorablemente su técnica "tridimensional". Su padre se levantó para examinar el cuadro.

—Es el mejor cuadro que has hecho en tu vida —dijo.

—Ya lo sé —contestó William. Era el único cuadro del que se había sentido absolutamente satisfecho al terminarlo. Podía ver a su padre preguntarse si aquel cuadro era bastante bueno para su galería.

—Realmente está muy bien —dijo su padre, vacilando—. Su único defecto es, quizás, una ligera falta de madurez.» Pero es ése un defecto que el tiempo corregirá.

—Le falta madurez, naturalmente —dijo William riendo—. Ya sé que no es bastante bueno para colgarlo entre tus inmortales, pero ya llegará algún día.

Su padre se sintió aliviado por su alegría.

—Estoy seguro de ello, hijo mío —le dijo.

—Y ahora que tus cuadros ya están listos para la exposición —dijo su madre—, me pregunto si no te gustaría pasar un invierno en Nueva York. Tu padre y yo hemos estado hablando de ello.» Quizás un apartamento de soltero, en cualquier lado, donde pudieras recibir a tus amigos y hacer tu trabajo.

William vio con claridad lo que aquel plan ocultaba, y ya iba a decírselo riendo otra vez, cuando reflexionó que un apartamento en Nueva York podría serle de gran utilidad.

—Gracias. Son ustedes muy buenos, y me gustará mucho —dijo con calma—. Ahora iré a vestirme para comer. No tardaré un minuto.

Dejó el retrato sobre la repisa de la chimenea, admirándose de su instintivo deseo de no querer permanecer a solas con sus padres. Sabía que cuando él saliera, ambos mirarían ansiosamente a Ruth.

Pensó que ella podía soportar sin miedo sus ojos escudriñadores. No podrían conmovir su serenidad. Pensó en su beso con cierta vergüenza. ¿No le pasaría a ella lo mismo? ¿Qué dulces eran sus labios, cuán tímidos y suaves! Recordó el beso apretado de Elise con nueva repulsión. Los labios de Ruth eran como los de una niña. A aquella distancia, en aquella habitación familiar, el beso parecía no tener importancia. Era una muchacha joven, no le había hecho ningún daño, y por ello casi sentía cierto orgullo. Todos los hombres no hubieran sido tan severos consigo mismos en presencia de una criatura tan linda.

Había partido sin prometerle definitivamente una nueva entrevista. Podía posponerla un día tras otro, hasta que el deseo se hubiese adormecido, y, cuando llegase ese momento, sería fácil olvidar que le había dicho que tenía que ir a Nueva York. Por otro lado, pensaba que si no verla era demasiado duro, podía hacerla ir a Nueva York. Todo era posible. No se habían cerrado las puertas. Todo dependería de su estado de ánimo, y, en la posibilidad de poder satisfacer cualquier deseo, se sintió confortado por el momento.

Corrió escaleras abajo, alegremente, persuadido de que se sentía bien y de que tenía mejor aspecto que de costumbre.

Allí, sobre la chimenea, estaba el retrato. Ella alzaba sus serenos ojos de un intenso azul mientras sostenía con la mano el pan que cortaba.

Cuando entró en el salón le pareció que aquellos ojos se levantaban a su llegada.

—¿Cómo vas a titularlo? —dijo su padre.

Vaciló, encontrando la mirada de los ojos de Ruth. No había pensado en ello.

—"El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy" —dijo, y sabía que acertaba.

Ruth, yendo de un lado a otro de la cocina después de cenar, hacía esfuerzos para imaginar cómo sería la casa en que William vivía. Estaba tamizando la harina, mezclándola con manteca y leche y midiendo la levadura para hacer pan. Junto a la misma mesa donde tantas horas posara para él, estaba ahora revolviendo la masa en un cuenco de loza rojiza y echándola sobre la tabla para empezar a amasarla, y durante ese tiempo hacía esfuerzos por imaginar lo que nunca había visto: la casa en que él vivía y las ropas que usaba. Comían a las ocho de la noche. Lo sabía porque, a menudo, él había dicho: "Tengo que darme prisa. Llegaré tarde para la comida y eso les disgusta a mis padres." "Querrá decir la cena", había dicho ella la primera vez, y entonces William se lo había explicado.

Todas las noches se vestían sus mejores ropas y entonces comían... Ruth no podía comprenderlo.

"¿Y no van a ninguna parte cuando están vestidos?", había preguntado asombrada.

Él se había reído. "Algunas veces, sí." Intentaba imaginárselos sentados en casa, con sus trajes. ¿Qué harían? Cuando se vive juntos en la misma casa, hay pocas cosas que decirse. Ella apenas hablaba con sus padres, excepto lo referente al trabajo.

Suspiró mientras sus fuertes manos seguían amasando y los pulgares volvían la blanda masa hacia adentro. La levadura empezó pronto a cumplir su cometido; las burbujas se rompían al contacto de sus manos; el pan ya estaba listo para dejarlo subir. Dio forma redonda a la masa, la metió en el cuenco y la cubrió con una servilleta limpia. Luego anduvo de un lado para otro arreglando el fuego para la noche y preparando los platos para el almuerzo. Estas pequeñas tareas no le ocupaban la imaginación; la llenaba del pensamiento de William. No podía imaginar dónde se hallaba en aquellos momentos. Sólo podía verlo allí, en la co—ciña, donde hora tras hora la había mirado. Fue hacia la mesa adoptando la misma posición en que él la colocara; y miró hacia donde él se situaba siempre para que la luz de la puerta entreabierta cayera sobre el lienzo.

Pero él no estaba ya allí. La puerta estaba cerrada y tras ella sólo la noche. "Nunca más volverá a estar aquí", pensó, esforzándose por creerlo. "Todo ha terminado —se dijo al dirigirse hacia la escalera y empezar a subir—, y es mejor así —concluyó, acostándose en el bajo lecho—, pues no soy de su clase."

Y permaneció despierta, sin llorar, sin pensar en aquella realidad con humilde y verdadera tristeza.

Lo endemoniado del caso, pensaba William, era que no podía pintar en Nueva York. Aquí, en su propio apartamento, con la luz del norte dándole de lleno en la habitación que había convertido en estudio, no podía pintar. La ciudad estaba llena de paisajes; los veía por doquier; pero, en cuanto cogía los pinceles, su encanto había desaparecido. No ponía el corazón en su trabajo.

En un principio pensó sencillamente que no le era familiar el lugar, y que la excitación producida por el éxito era la causa de aquella inquietud. Louise aprovechó cuanto pudo este éxito, tomándolo como motivo para invitar a personas que de otra manera se hubieran preguntado con extrañeza por qué habían sido invitados a comer con ella y Monty. La sociedad de Nueva York era fría y reservada. Filadelfia podía bien ser para ellos un continente lejano; y, además, descubrió que Monty tenía enemigos. Todos aquellos cuyo dinero había perdido, le odiaban.

—Aunque. ¿por qué? —le dijo, quejosa a William—. ¡Si él ha hecho todo lo posible para enriquecerlos! También ha perdido él su propio dinero; pero nunca parecen darse cuenta de esto.

William gozaba también sabiendo que era, en cierto modo, un joven y hermoso héroe. Además, se lo habían dicho. Elise se lo dijo, de aquella manera algo despreocupada que ella sabía era parte de su ardiente encanto.

—Te has hecho demasiado guapo —le aseguró, durante la primera comida que dio Louise—. El aire del campo te sienta bien.

El meditó el concepto unos instantes y replicó apaciblemente:

—Ya veremos lo que el aire de Nueva York hará conmigo—. Y aceptó con una sonrisa la mirada con que le acariciaron los ojos color de ámbar de la joven.

Cuando volvió a la cabeza sin contestar a aquellas palabras, William encontró a su derecha a otra muchacha. "Muy linda", pensó con indiferencia. Nueva York estaba, en verdad, lleno de muchachas bonitas. En su primer éxito, las vio a su alrededor apiñadas como abejas y apenas se fijó más en ellas.

Quería trabajar seriamente. Su exposición había sido muy encomiada. Había vendido doce cuadros y habría podido vender el retrato de Ruth una y otra vez, pero contestaba siempre que no estaba en venta. Sin embargo, sabía que debía venderlo lo antes posible. Mientras lo tuviera, no podría olvidar a Ruth, y había ya decidido que quería olvidarla. El cuadro estaba colgado frente a la puerta de la sala de exposición, y allí iba solo, una y otra vez, para encontrar sus ojos azules que parecían mirarle. En ocasiones se paraba frente al retrato para, según se decía a sí mismo, sopesar la calidad de su arte. Pero cada vez que lo hacía, le parecía que volvía a estar en presencia de Ruth, que sentía el influjo de su fortaleza que iluminaba cuanto se acercaba a ella. Y siempre se marchaba precipitadamente.

"Debo venderlo", se decía; pues sabía que Ruth nunca podría encajar en aquella ciudad, y empezaba a creer que era en Nueva York, precisamente, donde él deseaba vivir.

La exposición seguía y cada día sentía que le era más difícil vender el retrato. Finalmente, en un exceso de celos, se lo llevó de la exposición. Se paraban demasiados hombres a contemplarlo. El director protestó.

—Este cuadro ha sido alabado por todos los críticos. ¡Si hasta ha venido gente especialmente para verlo!

—Por esto me lo llevo —replicó William.

—Está usted más loco que la mayoría de los artistas —replicó el director con acritud.

Pero William no le había escuchado. El retrato se encontraba ahora en su propia habitación, a salvo de las miradas de otros hombres. Porque la razón última e inmediata que le hizo retirarlo de la exposición fue el encontrar a dos amigos que lo miraban con atención, —¿Es amiga tuya la modelo, Will? —le había preguntado uno de ellos. Él había respondido fríamente: —Es la hija de un campesino que encontré por casualidad este verano yendo de excursión para pintar, y la pinté en su propia cocina.

—Danos la dirección, viejo, ¿quieres? —dijo el otro, burlón—. Quizá nos diésemos nosotros también una vuelta por allí.

Había sido solamente una charla trivial y, sin embargo, se sintió irritado instantáneamente, y se puso serio.

—Sería demasiada libertad —dijo. Y aquel mismo día retiró el cuadro.

Desde entonces, cuando se despertaba por la mañana, lo primero que veía eran los ojos de ella dirigidos a los suyos; y por la noche, Ruth era lo último que miraba antes de apagar la luz junto a su cama. Gozaba la variedad de su vida cotidiana y, no obstante, tenía la sensación de entrar en su hogar cuando volvía a ella por la noche.

Una noche, que se sentía desvelado, se levantó resuelto a escribirle, creyendo que comunicar con ella tal vez le tranquilizaría. Sentado en su escritorio hilvanó una carta cálida, rápidamente escrita. Quería que supiera que conservaba su retrato. Estaba colgado en su habitación, y no podía separarse de él. Algún día tendría que ir a verla para convencerse de que era de carne y hueso.

Echó la carta al correo sin leerla, por miedo a encontrarla demasiado ardiente, y esperó la contestación, preguntándose qué clase de carta escribiría ella, imaginando su escritura infantil y las ansias que su juventud le impediría ocultar.

Pero ella no contestó.

Una semana siguió a otra, y, cuando comprendió que no iba a tener contestación, se sintió dolido. Se preguntó por qué no le contestaría y si le había olvidado.

No se le ocurrió la verdadera razón* Ruth se entristeció de tal manera al recibir aquella carta, que nada la hubiera movido a contestarle.

No entendía la mitad de lo que le había escrito. Era una escritura hermosa, firme, pero ella, acostumbrada a la escritura sencilla, infantil, de los casi iletrados, le parecía apenas inteligible. Con la instintiva reserva de los semiignorantes, que le hacía guardar sus secretos para sí sola toda su vida, no se la enseñó a nadie. Pasó muchas horas perpleja en su abuhardillada habitación intentando descifrarla, y anotando las palabras que lograba entender. Cuando hubo leído cuanto pudo, decidió con tristeza que nunca le contestaría. Su escritura haría que él la despreciase, y su ortografía era pésima. No había pasado del quinto grado en la única clase de la escuela rural, cuando

su padre decidió que no podía prescindir de ella, porque aquel invierno su madre se había caído en los escalones de piedra de la bodega, rompiéndose la cadera.

"Soy demasiado inferior a William en todos sentidos", se dijo, Y, tomando la carta, la dobló varias veces y la cosió a un retazo de cinta encarnada que colgó de un cordón alrededor de su cuello, para que le trajera suerte.

Si hubiera contestado su carta, seguramente se habría enfriado; pero, al no hacerlo, William decidió que debía verla de nuevo, aunque fuera tan sólo para asegurarse de que no la quería. A veces la comparaba deliberadamente con Elise. Elise, después de esperar todo el invierno, había anunciado su compromiso con un inglés a quien acababa de conocer. Se lo había comunicado personalmente a William un día que se encontraron en la calle. Éste explicó que venía de ver sus cuadros.

—Pero no has pintado nada nuevo —dijo Elise—. Con frecuencia voy a comprobarlo.

—Lo sé —dijo él, consternado—, y no sabría decirte por qué. Siento el impulso de pintar, pero cuando cojo la paleta, el impulso ha desaparecido ya.

—Aquí no encuentras nada que te inspire. —Hizo esta afirmación con decisión, como si acabara de descubrirlo—. Hoy deseaba encontrarte, porque había decidido, si te encontraba, decirte antes que a nadie que me he prometido. Me caso con Ronnie Bartram. No le conoces; es inglés; uno de los hijos menores de Sir Roger Bartram. Viviremos en Londres, después de casarnos.

Lo dijo con calma, de pie ante él; el viento movía su falda encarnada y azotaba el gran cuello de piel de su chaqueta negra. Levantó el brazo para sujetar su pequeño sombrero, encarnado también, y William vio cuán incomparablemente bonita era, con el pelo negro, los ojos color de ámbar y, en la palidez dora— da de su rostro, la boca roja. Notó también que se había detenido delante del escaparate de una florista, de modo que tenía masas de flores a su espalda. No hubiera podido decir si tal situación había sido deliberada. Nunca podía tener la seguridad de que los actos de Elise no fueran intencionados.

Un débil temor, como en su niñez, le invadió de nuevo; ahora, junto a Elise, su espontaneidad se cortó como solía ocurrirle siempre en presencia de aquélla, y sintió una repentina impaciencia. En realidad, no había motivo para que Elise fuera tan intencionada en cuanto decía y hacía. Se conocían hacía demasiado tiempo para usar evasivas. No quería quejarse tampoco, porque sólo lograría empezar una de sus largas discusiones.

A pesar de su invitación no se le ocurría qué decirle, y, sin embargo, se sentía absurdamente melancólico al pensar que había terminado lo que hubiera entre ellos. Habían crecido juntos en el estrecho círculo de su clase.

—Deseo de todo corazón que seas feliz, Elise.

—No puedes desearlo más que yo —dijo ella.

Se sintió extrañamente sorprendido.

—¿No sabes... no vas a... no liarás una tontería, Elise?

—No sé lo que entendería —dijo ella. Se apoyó en el escaparate, metió las manos en el manguito y le miró—. Las mujeres tenemos que casarnos. Nunca sabemos si seremos felices. Esperamos a descubrirlo.

Tan pocas veces la había visto seria, que se sintió perplejo.

—Entonces, permíteme que lo desee más que nunca.

—Gracias.

Le tendió una mano pequeña en su guante negro y él la estrechó unos instantes, deseando decir algo más, pero convencido de que no había ya nada que decir.

Elise retiró la mano con presteza y se alejó. El siguió con la vista su grácil figura. El movimiento de sus hombros parecía como de alas y llevaba la cabeza alta. Sintió desaparecer su disgusto y estuvo más cerca de amarla que nunca lo estuviera. Era de su clase y de su mundo. Tenían ambas cosas en común. Se contuvo para no correr tras ella, pues, si la seguía, ¿no llegaría a persuadirla? Y no quería persuadir a nadie.

Volvió, pues, a sus habitaciones y allí se sentó largo rato ante el retrato de Ruth, comparándola, los ojos, la boca, cuantas diferencias existían entre ambas, y entre las dos escogió a Ruth. La escogió por su franqueza y sencillez. Sus silencios no encerraban provocación y, cuando hablaba, podía aceptar sus palabras por lo que decían, no por lo que dejaban de decir. Y él quería ser siempre libre.

"Debe continuar pareciéndose al retrato", pensó con ternura. Y empezó a considerarla como algo de su posesión particular, una belleza que nadie conocía excepto él.

En la primavera le fue ya imposible negarse a su deseo. El retrato era sólo una invitación. Ruth era un ser vivo y podía ir a ella.

En mayo, sin volver a su casa ni decir a nadie que abandonaba la ciudad, fue a verla. Rogaba a los dioses, en los que no creía, que cuando la encontrase estuviera sola, y en la cocina a ser posible, para ver a su cuadro tomar vida. La oración se revistió de pasión al acercarse a la casa. No llevaba la mochila con sus pinturas. Aquella vez no iba a pintar; iba a buscarla.

Había proyectado llegar a media tarde, hora en la que más probablemente estaría ociosa. Llegose a la puerta de la cocina con el corazón palpitante. La puerta estaba abierta. Ella no estaba allí; no había nadie. La habitación, limpia y tranquila, dábale la sensación de que acababa de salir. Sus sentidos, demasiado temblorosos, la sentían aún cerca.

Se sentó expectante, deseando que fuera ella y no su padre o su madre, quien entrase. Sabía que estaba en peligro, y que sería mucho mejor en realidad que entrasen ellos primero a recordarle su existencia, pues ahora estaba asustado de la fuerza y firmeza de su deseo. Más no quería admitir aún que su llegada obedecía sólo al deseo de verla.

¿Cómo la encontraría después de un invierno, después de un invierno entre gente muy diferente?

Miró a su alrededor. Todo estaba exactamente como él lo dejara, excepto la mesa en que había pintado a Ruth, antes cerca de la chimenea, y ahora junto a la ventana como él la pusiera. Allí estaba vacía, con su superficie pulimentada y vieja. Mirando aquella habitación, sintió una extraña sensación de vuelta al hogar, como si allí, en aquella casa, hubiera vivido cuando niño. El silencio rico, pleno, el débil tictac del alto reloj del rincón, el sol que entraba por la puerta, el perol que brillaba en el hornillo, las gastadas sillas y las cortinas, todo le parecían recuerdos de su niñez. No podía imaginar lugar más diferente que aquel en que naciera y pasara sus primeros años, y no podía comprender aquella sensación de vuelta a un hogar que nunca había sido el suyo.

Y entonces, a través de la puerta abierta, vio a Ruth que venía por el sendero que conducía al huerto. Llevaba una trulla en una mano y en la otra un cesto. Iba directamente hacia él, la cabeza ligeramente inclinada a causa de la viva luz del sol, y el rostro grave. Comprobó que estaba más delgada, pero también más bonita que nunca. La esperó en pie y le pareció que su corazón corría a su encuentro.

Como si una fuerza le atrajera, levantó ella la cabeza y le vio. Dejó caer la trulla y el cesto y, sin detenerse ni vacilar, fue directamente hacia él. No dijeron una palabra: él la atraía y la joven respondió al impulso hasta que estuvieron frente a frente. Entonces William abrió los brazos y ella entró en ellos. Él inclinó la cabeza y apoyó la mejilla contra el pelo de Ruth.

Permanecieron así, sabiendo él que no era aquello lo que había proyectado, pero sí lo que deseaba; y ella, que lo que era tenía que ser.

Y luego, después de aquel largo momento de unión, William alzó el rostro, cogiéndola por la barbilla, y la besó. Así, sin palabras, descubrió y declaró su amor.

Mrs. Harnsbarger, con sus silenciosas zapatillas de fieltro, cruzó el estrecho vestíbulo y se detuvo en la puerta de la cocina. Se había olvidado de poner patatas en remojo para hacer levadura; lo que vio se lo hizo olvidar nuevamente. Allí estaban Ruth y William, y él la tenía en sus brazos.

—Bien, bien —dijo lentamente.

Se separaron con presteza y sólo sus manos permanecieron unidas. William empezó a tartamudear.

—Yo... yo... no me extraña que se sorprenda, Mrs. Harnsbarger.

—¡Sorprenderme no es bastante —replicó lentamente—; estoy agitadaísima!

Para ella, esto sólo podía tener un sentido.

—Comprendí que no podía vivir sin Ruth —dijo William. Miraba a Ruth sonriente, pero ella permaneció grave y silenciosa.

Mrs. Harnsbarger se sentó.

—Bien, joven —dijo. Parecía incapaz de seguir adelante.

Ruth continuaba callada. Estrechando aún su mano le miró con sus grandes y claros ojos. William se sintió impelido a hablar a causa de aquel silencio. Intentó hacerlo con cuanta dignidad le fue posible, pero consciente de una cierta sensación de ridículo.

—Naturalmente, iba a hablar con usted, Mrs. Harnsbarger... con el padre de Ruth —dijo—; pero acaba de pasarnos esto.

—No sé lo que dirá él —contestó Mrs. Harnsbarger.

William sintió que le invadía cierto enojo.

—Espero que no tendrá ningún reparo.

"Estaría gracioso —pensó con arrogancia— que este campesino y su boba esposa pusieran inconvenientes."

—Contábamos con que Ruth se casase con alguien que ayudara a la granja —siguió Mrs. Harnsbarger vacilante—. Alguien como Henry Fasthauser Ruthie —le explicó a su hija.

—Me casaré con William, madre —replicó ella.

Éste la atrajo hacia sí.

—¡Ah, eso es! —exclamó—. Nos apoyamos mutuamente.

Se sentía absurdamente agradecido de que ella le eligiera, aunque su rival se llamase solo de Ruth. Su cuerpo fuerte y fresco era suficiente. Suficiente y más que suficiente, y entonces sintió paz, como jamás la sintiera. Debajo de él, la tierra; encima, el firmamento, y en medio, él.

Durmió, echado sobre el suelo, la cabeza recostada en el regazo de la joven, que continuó sentada, inmóvil, despierta como jamás lo estuviera desde que nació. Aquel era su marido. Se inclinó sobre él con tal ternura, que en sus senos sintió un dolor físico. ¡Cuán superior era a ella! Pero aquel pensamiento que antes la había atemorizado, no la asustaba ya. Sabía cómo reconfortarle y retenerle. No tenía palabras para amarle, pero tenía otros medios.

"Yo lo haré bien; seré para él mejor que nadie pudiera haber sido. Siempre le colmaré", pensó.

Aquella noche fue William a su casa y saludó a sus padres con estudiada indiferencia.

—Debiste telefonar en qué tren llegabas, William —dijo su madre—. Hubiéramos ido a esperarte.

—No tenía la seguridad de poder venir —se disculpó.

Se sentía todavía deslumbrado por el supremo acto de amor de aquella tarde, que, como una neblina, lo envolvía aún todo. Ruth y él habían regresado a la granja al anochecer y entonces se enfrentó con Harnsbarger. Éste estaba ya enterado, pero esperaba a que William se dirigiera a él.

—Espero que no tendrá nada que oponer a nuestro matrimonio —dijo William.

—De nada me serviría si no lo tiene Ruth —había replicado él—. Aunque yo había esperado alguien que me ayudara en la granja, desde que mi hijo se marchó. Yo la he mimado, William; es testaruda. No se lo echas en cara.

Luego hicieron planes respecto a la boda. Vio claramente que los padres de ella, e incluso la propia Ruth, estaban indecisos en aquel sentido.

William no era un novio ordinario. ¿Cómo hacer, pues, encajar a un novio como él en una boda rural? Pero cuando apuntó la sugestión de que omitiesen la ceremonia, inmediatamente la retiró. La ceremonia debía forzosamente tener lugar; de otra manera no lo considerarían decente. Una semana, a partir de aquel día, fue la fecha fijada. No había por qué esperar. Ruth, como toda muchacha en el contorno, tenía ya su arca de la esperanza llena hacia tiempo. Para la ceremonia se haría un traje nuevo, que también podría usar después.

—Pero que sea azul —intervino William.

—Azul —había asentido ella.

Más cuando le siguió fuera de la cocina para despedirle, él susurró:

—Ya estamos casados, Ruth, ya lo sabes.

Y la joven había asentido con los ojos llenos de una secreta alegría.

—¿Cómo está Nueva York? —preguntó su madre.

La fragancia de las primeras rosas llenaban el salón, y aunque las ventanas estaban abiertas, el fuego de la leña ardía en la chimenea.

—Bastante bien —contestó, preguntando se cómo empezar.

—¿Qué estás pintando ahora? —preguntó su padre.

William dejó el cigarrillo que había encendido.

—Nada —dijo—. He... la verdad es que no he trabajado bien en Nueva York.

—Es extraño —dijo su padre, alzando sus ojos grises—. Hubiera imaginado que el estímulo intelectual...

—Me he dado cuenta de que el estímulo intelectual no me inspira. No puedo pintar —afirmó rotundamente—. Pinto inspirado por la tierra, el pan y el agua... la luz. —Repitió las palabras con toda la reverencia del amor—. Sin embargo, ahora voy a volver a pintar —añadió.

—Me alegra mucho —dijo su padre con precaución. Su hijo le asustaba un poco aquella noche. ¿Había bebido, quizá?

William, desde su gran butaca de oscuro nogal, miró a los dos rostros ya viejos, pero hermosos. Se sumergiría en la verdad, ahora y para siempre.

—Estoy enamorado —dijo—. Voy a casarme con Ruth Harnsbarger.

Ellos habían olvidado hasta su nombre y le miraron desconcertados.

—La muchacha que pinté el verano pasado —explicó.

—¡No será aquella campesina! —gritó su madre.

—No es una campesina —dijo William—. Es la hija de un granjero... Cosa muy diferente, madre, en nuestro país.

—¡Qué tontería! —dijo ella severamente—, Harold, ¿por qué no hablas? ¿Por qué estás ahí tranquilamente sentado con este aspecto estúpido? ¡Es absurdo!

—No sé qué decir —tartamudeó su padre—. Tu madre, William* tiene razón, naturalmente. No sé si es tan absurdo como peligroso. Sí, eso es... peligroso.

—Es absurdo —interrumpió su madre—. Una muchacha que ni siquiera tendría yo en la cocina, ignorante...

—Cállate —dijo William bruscamente—. Soy yo quien ha de decir lo que es. Es de la clase de mujeres que constituyen para un hombre el pan de cada día. No deseo más. —Se levantó mientras hablaba y salió de la estancia, subiendo a su dormitorio. Rechazaba la posibilidad de la prudencia de sus padres.

"¡Qué pedertería la de los viejos! —pensó con acritud—...¡Qué crueldad! ¡Qué falsía!"

Se quitó la ropa de etiqueta y se puso, de nuevo, el traje viejo castaño que llevaba cuando salía de excursión. Quería aparecer sencillo, de aspecto pobre, rudo y tosco. Quería escapar pronto a la suavidad de alfombras y cortinajes; a los viejos cuadros, y a aquellas dos personas entradas en años, que eran sus padres. De aquella casa jamás podría salir ningún trabajo vigoroso.

"Volveré a Ruth —pensó—. Ellos me darán cama."

Abandonó la casa y, marchando hacia poniente, salió de la ciudad... Cuanto más se acercaba a la granja tanto más ansiaba decirles también a ellos la verdad. Cuando llegó a la casa, la rodeó, entrando por la puerta de la cocina. Allí estaban sentados y la puerta abierta. Aunque en su propio hogar apenas había pasado la hora de la cena, aquí ya se disponían a acostarse. Mr. Harnsbarger daba cuerda al reloj y Ruth preparaba la masa para fermentar.

Mrs. Harnsbarger dormitaba junto al hogar.

—¿Me pueden dar cama? —preguntó bruscamente—. Me he enfadado con mis padres.

—¿Por mí? —susurró Ruth.

El afirmó con una inclinación de cabeza.

—No te conocen —dijo.

El viejo se encolerizó:

—¿Qué se creen que son? Mi gente viene de buen tronco. Esta granja ha sido nuestra durante cuatro generaciones, y nunca hemos pedido nada a nadie. No tiene usted ninguna necesidad de casarse con Ruth. Hay muchos que la quieren.

—De veras que me casaré con Ruth —replicó William—. ¿Dónde podré dormir?

Mrs. Harnsbarger se había despertado. Parecía asustada.

—¿Su familia no mandará a la Policía a buscarle?

—No será fácil —dijo.

Mr. Harnsbarger había terminado de dar cuerda al reloj, y cerró el cristal con cuidado. Le complacía ver el carácter del muchacho y le

sorprendría en cierto modo, no esperándose a ser pintor. Además, le ponía de buen humor el saber que el hijo de una de las familias ricas y orgullosas de la ciudad la abandonara y viniera a pedirle albergue.

—Puede dormir en el cuarto de Tom —dijo—; Ruth se lo enseñará.

Ruth no había hablado desde su primera exclamación. Ahora le guió también en silencio. Cuando, en la penumbra de la escalera, él la rodeó con sus brazos, ella se mantuvo alejada.

—¿Qué te pasa? —exigió William.

—No me gusta que tus padres no me quieran —dijo la joven.

—Lo único que importa es que te quiera yo —dijo él, y por la fuerza unió sus labios a los de Ruth.

Cedió ella después de alguna resistencia, y él no la soltó hasta que le hubo besado. Pero en la puerta de la estancia se detuvo.

—No quiero entrar —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó William.

—No tengo ganas —dijo confusamente.

—Veamos —dijo él— tú no me vas a cal— par a mí por mis padres, ¿verdad?

Ruth movió la cabeza.

—Creo que eres bueno —dijo—; por quererme, quiero decir —añadió bajando los ojos.

—¡No vuelvas a decir eso! —ordenó William—. ¡Nunca jamás! En mí no hay bondad para ti, sólo amor... —La abrazó fuertemente y luego la soltó.

Y ella, escurriéndose a través del pasillo, llegó a su habitación. Después se desnudó, se puso el sencillo camisón de algodón, se deslizó en el lecho y siguió despierta hora tras hora. Su imaginación se afanaba, andaba a tientas para llegar siempre a un mismo punto muerto.

"Debí haberle dicho que no quería casarme con él, si ellos no lo querían. Así sabría qué hubiera dicho William. No quiero que él lo considere una obligación. Pero, es que sí; tiene que casarse conmigo. No porque tal vez ahora tenga un hijo. De todos modos, dicen que no es fácil que ocurra la primera vez. Tiene que casarse conmigo porque yo le quiero mucho. Le compensaré de todo. Se lo prometeré a Dios."

Saltó del lecho y se arrodilló junto al mismo.

"¡Dios mío, prometo que yo le compensaré!"

Se casaron al cabo de una semana. William no se acercó a su casa, ni escribió a sus padres, ni les dijo dónde estaba. No tenían, por lo tanto, medio de encontrarle porque no le habían preguntado dónde estaba la granja. Así, pues, estaba perdido para ellos. Ya les escribiría cuando lo creyera oportuno; pero no antes de haberse casado con Ruth y estar de vuelta en Nueva York. Pues éste era su proyecto. Vivirían en su piso de Nueva York. Ella había asentido a cuanto él quiso. Sólo tenía que expresar un deseo y ella lo aceptaba.

Acuciado por una alegría sin límites, pasó la semana pintando. Se sentía impelido al trabajo, hambriento de trabajar, después de tan larga ociosidad.

Pintó un verde sicómoro que se inclinaba hacia la casa en el extremo occidental, un árbol viejo y grotesco que se había arrancado del suelo hasta dejar al descubierto sus raíces como garras. Trabajó con tal intensidad, que pasó la semana antes de que se diera cuenta. Entonces tuvo que darse prisa para terminar el cuadro antes de la boda. Tenía que acabarlo porque se conocía a sí mismo tan bien, que sabía que, si no le daba fin, estaría ansiándolo aun en medio de su amor.

Se terminó. Llegó el día, y, en pie, en la sala, junto a Ruth, el ministro luterano les leyó la ceremonia, mientras el grupo de la gente del campo que llenaba la estancia escuchaban atemorizados por aquella boda. Eran amables en realidad, pero sentían que Ruth se casara con un extraño que se la había de llevar. Después de la ceremonia, le estrecharon la mano, formalmente y, torpes, se apartaron, participando del pastel y del vino en silencio.

Sin ninguna de las bromas que hubieran hecho de haberse casado Ruth con uno de ellos. Cortésmente le dirigían algunas breves observaciones, como si temieran no saber lo que él les diría, o lo que esperaba de ellos. Y William, molesto, intentó romper su timidez con su propia risa y sus bromas. No era fácil, empero, y ' desistió por fin. Después de todo pronto terminaría y él y Ruth se marcharían juntos. En cuanto llegasen a Nueva York empezaría a trabajar. Pintaría un desnudo de ella. Nunca Je habían satisfecho sus desnudos. Los modelos comerciales no tienen cuerpo, sólo figura.; El cuerpo de ella estaría animado por el amor y la pasión primera, y su blanca carne de plata estaría llena de luz. Se quedó silencioso pensando en esto y olvidó todo lo demás. Y uno a uno se marcharon los invitados de la boda.

—Un muchacho extraño —se decían.

—No es corriente, de todos modos —añadían dudosos; y hablaban cariñosamente a Ruth, porque la compadecían.

Ruth dejó de barrer para mirar por la ventana de la cocina. Sus ojos azules se detuvieron en su hijo, muchacho de catorce años, que segaba la hierba con perezosa lentitud.

—¡Hal! —llamó por la abierta ventana.

—¿Qué, mamá? —gritó él a su vez. Su cara redonda, vuelta hacia ella, reflejaba gran contrariedad.

—Si no vas un poco más de prisa, no te quedará ni un rato libre esta tarde.

No contestó. Una penosa obstinación cubrió su rostro, y avivó ligeramente el paso. Ruth apretó sus labios carnosos, y empezó a limpiar con energía. Mary y Jill nunca le habían dado tanto que hacer como Hal, aunque, por igual, había intentado corregir en ellos toda violencia, a fin de evitarle preocupaciones a William. Pero no sabía qué hacer con Hal. Ya desde su primera niñez se había mostrado inquieto, y ahora no había medio de hacerle terminar lo que empezaba. Cuando pequeño, creyó ella que esta impaciencia sería indicio de que su único hijo varón tendría una inteligencia poco corriente. Aún tenía esperanzas de que así fuese, pero ya no estaba segura. En la escuela era perezoso, y los maestros no daban buenos informes de él.

"Harold no parece interesado por nada de lo que hace."

Año tras año, éste era el resumen de lo que Hal hacía en la escuela. Muchas veces Ruth había intentado penetrar lo que encubría aquella cara redonda e infantil. En algunas ocasiones, cuando le tenía sujeto, cosiéndole un botón, o vendándole un dedo herido, le preguntaba:

—Hal, ya es hora de que empieces a pensar en lo que haces y en cómo te portas, hijo. ¿Se te ha ocurrido alguna vez qué vas a hacer cuando seas mayor?

—No, mamá —contestaba con voz tan indiferente como las palabras.

—Pero, Hal, ¿por qué no? Tu padre no es rico.

Nunca objetaba nada de esto, pero un día —¡dijo inesperadamente:

—Pero el abuelo sí lo es.

—Eso no nos importa ni a ti ni a mí, Hal —le dijo con severidad.

Pero Hal era obstinado.

—De todos modos, es natural, siendo nosotros sus nietos...

—¿Dónde oyes hablar de esas cosas? —le interrumpió—. En casa, no, que yo sepa.

—Pues en la tienda. Decían que cuando el viejo de papá se muera, calculaban que seríamos todos ricos.

—Ganas de hablar que tienen —dijo ella con amargura—. Hablarán hasta que se les caigan los dientes.

—¿Y no es verdad? —preguntó Hal.

—Si lo es, no lo he oído decir nunca —contestó escuetamente Ruth, y le apartó de su lado.

Hacia mucho tiempo había decidido no preguntar nunca a William referente a sus padres, a su casa o a su vida antes de conocerle. En el correo le llegaban cartas, menos frecuentes ahora que al principio; ella se las entregaba siempre cerradas y él se las guardaba en el bolsillo. Jamás le vio leerlas. Pero también era verdad que pasaba la mayor parte del día solo, pintando. Nadie le veía mucho, ni los chiquillos. William era muy especial con ellos. En algunas ocasiones le trastornaban de tal manera, que le rogaba que la ayudase para imponer disciplina; pero él nunca quería hacerlo.

—¿Por qué voy a imponer mi voluntad a otra persona? —decía siempre.

—Pero es que tenemos que educarlos, para que sean buenos —insistió Ruth un día.

—Eso ya lo harás tú —le contestó William con una sonrisa.

Los chicos eran buenos, en especial Mary, la mayor. Pero dudaba respecto a Hal. En aquel momento, con la escoba en la mano, le contemplaba. Se había detenido súbitamente en un extremo del prado y desapareció de pronto detrás de unos manzanos silvestres. Puso la escoba contra la puerta y salió rápida al sendero. Pero ya se había ido.

Iba a volver a la cocina cuando vio a William en la colina, pintando a la sombra de un fresno. Se erguía alto, tranquilo, delante del caballete, destacándose su camisa azul sobre el verde de los árboles. ¡Cuán fácil transcurría su vida! Jamás se preocupaba por lo que hacía su mujer. Le dio hijos, los criaba y atendía la casa; se cuidaba de todo, incluso de la tierra que había arrendado por parcelas mientras William pintaba sus cuadros. La vista de William entre las verdes sombras despertó el recuerdo de su propia labor inacabada: la limpieza del sábado, la comida sin terminar.

Y él vendría esperando encontrarlo todo de acuerdo con sus deseos.

"Esta vez tendrá que ayudarme Hal", pensó Ruth.

Su indignación le dio mayor vigor y subió ligera al altozano desde la huerta. William no la veía; no veía nada cuando trabajaba. Quizá nunca había visto nada. Ruth pensaba a menudo que su marido vivía en un sueño.

Pero él, trasladando al lienzo el intenso blanco plateado del río, la vio como veía cualquier cambio y contraste del paisaje que se extendía frente a él. La contempló apreciando su valor en el cuadro, tan absoluto como aquel día en que la viera por primera vez en el paisaje.

Estaba más gruesa que en su primera juventud, ¡pero todavía bonita! Nunca llegaría a ser aquel repulsivo montón de carne que fue su madre antes de morir. Ruth tenía mucho del nervio de su padre, y además una energía que la mantendría siempre grácil. "Es muy hermosa", pensó William con repentina pasión viéndola acercarse. Ya podía ver su rostro de tersas mejillas sonrosadas, limpio de polvos y pinturas o de artificio alguno. Su cabello era aún castaño y sus labios, rojos; sus ojos, más azules que nunca en su cara morena. Se acercó a él recogiendo la falda al subir la pendiente.

—¡Hola, querida! —dijo él, cariñoso. No había dejado de pintar y siguió repasando los verdes peñascos del río.

—¡William! —exclamó Ruth—. ¿Qué vamos a hacer con ese chico? Me ha desobedecido y se ha marchado.

William se rió. Le parecía imposible que las tres robustas criaturas que habitaban la casa tuvieran algo que ver con él. Claro, él era su padre. Esto es, algo que había concedido a Ruth/ permitiéndole producir (así lo comprendía él), al margen de sus antepasados, tres robustos y estúpidos niños. Ella se indignaba cuando él les llamaba estúpidos; pero desde luego lo eran en absoluto, aun cuando siempre se mostraban cariñosos y bienintencionados con él. Quizá Jill, la menor, fuese menos estúpida que los demás.

—No deberías obligar al muchacho a que trabaje el sábado por la mañana, queridísima —le dijo él suavemente. Era tan hermosa que deseaba besar sus labios. No había ninguna mujer en el mundo, pensó ardientemente, que pudiera hacer olvidar a un hombre que llevaba tantos años de matrimonio, de forma que, al aparecer súbitamente ante él a la luz del sol en una mañana de estío, deseara el marido con tanto ardor besar sus labios como la primera vez. Conocía íntimamente cada línea, cada curva de su cuerpo, y, sin embargo, siempre le parecía nueva. A menudo meditaba sobre todo esto.

¿Qué era aquel don de eterna frescura que poseía? No residía en su imaginación. Él conocía cuántos pensamientos habían cruzado por ella, y los que habían de pasar aún. Ninguna palabra que pudiera decir podría sorprenderle. Pero constantemente le asombraba con la frescura de su presencia. Quizá se debía a que usualmente se olvidaba de ella cuando no estaba a su lado, y el volver a verla era siempre un retorno. Tal vez consistía en que ella cambiaba constantemente a merced de cuantas pequeñeces le ocurrían durante el día. Hora, por ejemplo, la excitación aureolaba de electricidad su hermosura. Su cabello peinado hacia atrás desde la frente; sus grandes ojos que entonaban con el cielo, sobre el que se destacaba; sus labios rojos que el enojo entreabría, dejaban al descubierto sus dientes blancos y sanos.» William se río.

—Ven aquí: y déjame besarte —le ordenó.

Pero en aquel instante una mariposa se arrojó sobre el verde húmedo de su pintura y quedó prendida. William lo olvidó todo.

—¡Ah, pobre locuela! —exclamó con repentina angustia—. ¡Mírala, Ruth! ¿Qué vamos a hacer? ¡Se ha quebrado las alas!

Se acercó ella rápida y, tomando una horquilla de su peinado, despegó cuidadosamente la mariposa de la pintura.

—¿Ha estropeado el cuadro? —preguntó ansiosa.

—¡Oh, no te preocupes por eso! —replicó él—. ¿Qué haremos para limpiarle las alas?

—No podemos hacer nada —dijo ella prácticamente. La dejó sobre la hierba. William se inclinó sobre el insecto.

—¡Dios mío, está estremeciéndose!

—No te preocupes —le dijo Ruth—. La llevaré a casa: quizá se me ocurra algo. Pensaba destruirla cuando él no la viera hacerlo.

Muchas cosas había tenido que destruir calladamente y sin que él lo supiera: ratones en la casa; ratas en el granero; un pájaro herido y los gatitos que no podían conservar en la casa. William se había dado cuenta aquel día, hacía años, cuando, sin vacilar, Ruth había metido en un saco cuatro gatitos recién nacidos y lo había atado a una piedra.

Por casualidad la vio William desde la ventana del cuarto que había convertido en estudio, y corrió escaleras abajo gritando:

—Ruth, ¿qué haces?

Se había vuelto, asombrada por la agitación que él demostraba.

—Voy a ahogar estos gatos.

—¿Ahogarlos? —Su rostro se tornó ceniciento.

—¿Por qué no?—preguntó ella. Con espanto vio que él se apoyaba en un árbol con la cabeza entre los brazos. Dejó caer el saco con los gatos que maullaban.

—Pero, William, ¿qué ocurre? ¿Es que no quieres que lo haga? ¡Pero si tenemos más gatos en el granero de los que deberíamos tener! Seis gatas tienen demasiados gatitos para criarlos todos. Todo serían gatos si no hiciéramos esto.

—Claro, claro —dijo él. Y dejó caer los brazos y miró fijamente el montón palpitante.

—¡Bueno, William; los soltaré!

—¿Sí? —Su rostro se aclaró—. ¡Eso es, suéltalos! Ven, yo te ayudaré. Se inclinó y desató la cuerda mientras ella sujetaba el saco; los animalitos salieron y la gata, al oírlos, corrió rápidamente maullando desde el jardín. William se quedó contemplando cómo la gata los lamía y les daba de mamar. Y al cabo de un instante chupaban, ya apaciguados, mientras el animal los miraba con orgullo maternal en sus ojos.

—Mira qué orgullosa está —dijo él riendo.

Ruth no contestó. Pensaba que, a pesar de todo, alguien tenía que matar los gatitos; no podían, en modo alguno, tener centenares de ellos corriendo por la casa. Tendría que hacerlo luego, cuando él estuviera ausente. Cuando lo hubo llevado a cabo, se preguntó si quizá William los echaría de menos y si se daría cuenta de que la gata los buscaba maullando. Pero no notó nada, y esto le asombró. No es que los gatos en sí le importasen en absoluto. Jamás les daba de comer ni se preocupaba de su existencia. Llegó, pues, a la conclusión de que le disgustaba ver matar. Y desde entonces procuró que lo que había de ser muerto lo fuera durante su ausencia, incluso las aves que comían, pues tampoco le gustaba ver esto. Ruth retorció el cuello de mía gallina con tal rapidez y limpieza que no daba lugar a dolor alguno, y al principio lo hacía delante de él. Pero un día sorprendió la expresión de sus ojos y se detuvo, aunque se defendió:

—¿Cómo comeríamos carne, William, si no lo hiciera?

Él se sintió avergonzado.

—Ya lo sé, pero no me gusta que tú lo hagas. No debieras hacerlo... ¡Tú eres fuente de vida!

No supo ella qué responder y calló— Pero desde aquel día se las arregló de modo que él nunca más la vio matar ningún ave.

En aquel momento, refiriéndose a la mariposa, dijo:

—Quizá pueda limpiarle las alas con trementina.

—Sí —dijo él, agradecido—. Nunca me había pasado una cosa así.

Le vio tan contrariado, que comprendió que sería inútil hablarle; recogió, pues, la mariposa en su delantal y descendió por la colina. Cuando Hal volviera por la noche le zurraría; alguien tenía que gobernarle.

Entretanto, en la colina, William ya no podía trabajar. Había sorprendido en el rostro de Ruth aquella expresión que no acababa de comprender. Una expresión de paciente conformidad matizada con un poco de rebeldía, cuando, como en aquel momento, no acaba de comprender lo que él hacía o decía. Se preguntaba si no le despreciaría. Con aquella duda se aproximaba a ella algunas veces con desconfianza. Pero nunca, jamás, le faltó su cálida correspondencia.

Aquella era su grandeza: que fuera él lo que fuera, aunque se apartara un día de ella, podía volver seguro de que seguía inalterable. Volvía a ella y su ser se fundía en ella; aquel ser que a menudo sentía como una carga sus propios humores variables, su melancolía, y su desorientación, su extraña e infinita energía. Ella no le comprendía; pero él no quería comprensión, ni la esperaba siquiera. Cuando vio a Elise la última vez, en febrero, en casa de sus padres, le preguntó ésta, en la forma directa e indirecta con que encontraron fácil hablarse después de sus respectivos matrimonios:

—¿Encuentras comprensión en tu vida?

Había él considerado cuidadosamente la pregunta:

—Digamos, mejor, que encuentro... lo que necesito.

Porque no necesitaba ni comprensión ni compañerismo. Ya en otros tiempos sabía que era más feliz cuando se encontraba solitario; más feliz porque se sentía más libre. No quería en modo alguno un pensamiento que persiguiese al suyo, ni una imaginación que marchara al unísono con la suya. Si se hubiese visto casado con Elise, a despecho de sí mismo, hubiese tenido que buscar los medios de evadirse de ella. De Ruth jamás necesitaba evadirse, pues podía dejarla siempre que lo deseaba; podía apartar su pensamiento del de ella y su cuerpo también, si así lo quería, aunque ahora se alejaba cada vez menos de aquella casa. Tenía menos necesidad de dejarla físicamente, pues mentalmente la abandonaba cuando quería. Con sólo entrar en su estudio o subir a aquella colina; con sólo levantar su pincel, estaba a varias millas de distancia. Si se hubiera casado con Elise, hubiera estado constantemente a su lado, y la mayor parte de las veces él no podría soportar a nadie junto a sí.

Pero cuando llegaba el momento inevitable en que la soledad le pesaba, porque el Universo es demasiado grande para el alma solitaria,

tenía tan sólo que dejar la estancia o descender de la colina; le bastaba dejar sus pinceles a un lado y volver a Ruth. Y con ella, volvía al bullicioso hogar; al olor del pan cociéndose; al ruido del batidor de la leche; a la risa y la bulla de los chiquillos; a la comida servida en la mesa esperándole, y a Ruth, siempre pronta para él. ¡Ah, la dulzura de la noche y el regalo de su cuerpo, fuerte y cálido! Su mirada se tendió sobre las ondulantes colinas, los ricos

campos, los altos campaniles de acogedores y pequeños pueblos.

"¡Dios, qué vida tengo!", pensó.

En la cocina Ruth levantó la tapa del cubo de la basura y echó la mariposa. Luego volvía a su labor, con cara enérgica, hermética, encerrada en sus pensamientos.

Las chiquillas entraron de vuelta de coger moras, y ella les ordenó tranquila, brevemente:

—Bajad los cubos a la bodega. Esta tarde; podréis ayudarme a hacer compota. Ahora, id a lavaros. Vuestro padre querrá encontrarlo! todo preparado cuando vuelva.

Los había educado de forma que estas dos palabras "vuestro padre" eran la acción final. William, que jamás les obligaba a nada, los dominaba a todos a través de Ruth. Le querían y ansiaban estar junto a él; pero su madre los mantenía alejados con esta amenaza.

"A vuestro padre le disgusta tanto ruido", les decía. "Vuestro padre no quiere que unas niñas tan mayores vayan descalzas." "Tu padre quiere que llegues a ser un hombre trabajador y bueno", le decía a Hal. Jamás le oyeron los chiquillos decir por su cuenta ninguna de esas cosas, pero creían en su madre y su amor a él estaba velado por una niebla de temor. Cada uno de ellos sentía que a quien pertenecía era a su madre. Eran parte de ella; su hablar era semejante, y de ella, no de su padre, tomaban su modo de comportarse. Lo hacían así, inconscientemente, y si les hubieran obligado a dar una razón, hubieran dicho sorprendidos:

"¡Pero si nadie habla como «Pap»"! Él habla como en los libros. Hablar de verdad es como habla «Mam»."

De igual manera, el modo sencillo de comer de su madre les parecía natural. Cogía el pollo con los dedos y comía a mordiscos la carne, y ellos hacían lo mismo. Ninguno cortaba la carne en trocitos como su padre. También, como ella bebían la leche, y no los vinos extranjeros que guardaba William en la fresca bodega de piso terrero. Ni siquiera Hal había probado a hurtadillas el vino de su padre, ni a éste se le había ocurrido ofrecérselo. Los chiquillos sentían, sin darse cuenta exacta de ello, que su padre no compartía su vida, sino que entraba en ella, que discurría alegremente junto a su madre. Le querían delicadamente, pero tímidamente, como algo precioso, pero cuyo uso desconocían. Y William, sin saberlo, por su indiferencia, aumentaba la distancia entre él y sus hijos. Pues aunque ellos aprendían lo que su madre hacía, notaban la diferencia en William; en su delicadeza en la mesa, en la limpieza escrupulosa de su persona y en su modo de hablar. Y una finura de sentimientos que no podían percibir le vedaba a él juzgar a sus propios hijos, pues hacerlo le parecía juzgar a Ruth.

"¡No quiero que Ruth cambie! ¡La quiero tal como es!"

En una ocasión Mary le preguntó a su madre:

—¿En qué trabaja "Pap"?

—Es artista, ya lo sabes —dijo ella—, y no le llames "Pap", ni a solas conmigo. No le gusta.

—¿Ser artista es trabajar?

—Naturalmente que sí —dijo Ruth.

Pero, en su corazón, Ruth hubiera deseado que William tuviera lo que ella consideraba una ocupación real; que hubiera sido granjero, como Henry Fasthauser, o que tuviera un garaje como Tom. Tom había sido lo bastante listo para comprar la casa de postes, vender los caballos y montar uno de los primeros garajes. "Todo el mundo tendrá automóvil dentro de poco", decía Tom, y estaba ganando bastante. Pero el pintar cuadros no aseguraba nunca la entrada de dinero. Aun cuando William vendiera cuatro o cinco cuadros al año, Ruth detestaba la incertidumbre respecto a este dinero.

"Mejor preferiría quince dólares seguros a la semana, año tras año —pensaba a menudo— que doscientos de una vez."

Vigilaba atentamente en sus hijos cualquier signo que demostrase interés por la pintura, decidida a combatir apasionadamente en ellos lo que aceptaba como inevitable en William. Pero no parecían sentir por ella interés alguno.

De regreso a su hogar para la comida del mediodía, William entró con el placer que invariablemente sentía a aquella hora. Ruth tenía la casa siempre limpia, caliente en invierno, fresca en verano. Había introducido en la granja las comodidades necesarias para que ahora pareciera, no sólo de Ruth, sino también suya. Naturalmente, no pudo cambiarse nada mientras vivió la vieja pareja. Muchas horas pasó William haciendo planes, en tanto oía a Harnsbarger contarle, una y otra vez, las mismas historias de su niñez, en aquella misma granja; que algún día pensaba arrancar del techo las viejas vigas, quitaría tabiques y agrandaría las habitaciones, que pondría ladrillos en el viejo suelo del comedor...

Durante muchos años pareció que Mr. Harnsbarger iba a vivir eternamente, aun después que murió su mujer de hidropesía. Pero en la carretera nueva habían construido él final del camino que había al extremo del prado. Un día el viejo cruzó por delante de un camión y éste le mató. Tenía entonces ochenta y un años. Aquella mañana había almorzado con buen apetito y, calándose el viejo sombrero de paja, le había dicho a Ruth igual que los de* más días:

—Me parece que voy a dar una vuelta por ahí.

—Muy bien "Pap" —había respondido ella.

Al bajar William algo retrasado, como de ordinario, para almorzar después que el locuaz viejo hubiera terminado, llegó justamente a tiempo para ver a un hombre joven y fornido que llevaba entre los brazos un fardo arrugado que depositaba sobre el sofá de la sala. Era el viejo Harnsbarger con la cara intacta, pero el cuerpo aplastado a la altura de los riñones.

El primer pensamiento de William, que con vergüenza rechazó al momento, fue que entonces podría formar la casa a su gusto.

Pero cuanto hizo tuvo que llevarlo a cabo con el material que ya tenía, puesto que sabía que Ruth no había podido acomodarse al mundo de él, y él había tenido que hacerlo al de ella. No pudo o no quiso, jamás llegó a saberlo, porque nunca se lo preguntó. La felicidad de Ruth era parte esencial de su propia felicidad; y aunque ella no se quejara jamás, la fina sensibilidad de él llegó a conocer cada cambio, cada inflexión de su voz y su expresión. Necesitaba encontrarla cada vez que volvía a ella. La dicha de Ruth constituía la atmósfera que rodeaba su propia alma.

—¿Está lista la comida? —preguntó alegremente desde el vestíbulo.

Salió Ruth de la cocina; tenía las manos emblanquecidas por la harina y una expresión algo ansiosa.

—¿No vienes un poco temprano, William? —le preguntó—. Ahora estoy haciendo los bizcochos.

—No hay prisa —dijo él rápidamente—. He de lavarme. ¿Se recobró la mariposa?

—¿La mariposa? —repitió ella. Y en seguida, recordando—: Ya la solté. Volaba como nueva. —Hacía mucho tiempo que adaptaba su conciencia a conseguir cuanto fuera indispensable para la tranquilidad de William.

—Me alegro —dijo él agradecido.

Vio a sus hijas que subían de la bodega y las aguardó.

—¡Hijo! —dijo.

—¡Hola, padre! —contestó Mary Jill no dijo nada.

—Venid a darme un beso.

Se acercaron, ellas, cariñosas, apoyando las mejillas contra el hombro de su padre. Éste besó, una tras otra, sus frentes. Ellas gozaban con sus caricias. Su madre nunca las besaba. Les hubiese dado vergüenza, porque ella también se hubiera avergonzado de besarlas. El porqué no se lo habían preguntado jamás. Su madre estaba siempre muy próxima a ellas, casi como sus propios cuerpos, y quizá fuera ésta la razón. Pero William besaba a sus hijos a menudo. Incluso a Hal. Hacía muy poco tiempo que dejara de darle un beso antes de acostarse, y fue porque comprendió que el muchacho se sentía molesto. Al notarlo, no volvió a besarle.

Sin hacer comentario alguno, la noche siguiente a su descubrimiento le apretó contra sí un instante pasándole el brazo alrededor de los hombros.

—Buenas noches, hijo —le había dicho.

Hal era demasiado joven para ocultar su satisfacción, y William, recogiendo aquella momentánea alegría, pensó con cierta morbosidad:

"No debo hacerles sentir mi diferencia como una carga."

Pero a las niñas les agradaba su cariño y le ofrecían sus frescas mejillas y sus tersas frentes.

—Oléis a sol y a tierra —dijo William—. Oléis como vuestra madre, y éste es el mejor perfume para una mujer. ¿Queréis limpiar mis pinceles?

—Sí —dijo Jill presurosa.

—Espléndido; entonces sólo tendré que lavarme yo —dijo.

Puso los pinceles en la mano de su hija y subió al cuarto de baño. Lo había instalado inmediatamente después de casarse con Ruth. El viejo no había hecho objeción alguna, aunque continuó bañándose en su barreño de cinc los sábados por la noche. Durante el verano, en el cobertizo, y en invierno, en la cocina. Al hacerse viejo había perdido de manera curiosa el sentido del pudor. Cuando llegaba el sábado por la noche, empezaba su baño sin dársele un ardite de nadie. Ruth le reconvenía algunas veces.

—"Pap", deberías echar la barra de la puerta de la cocina, o dar una voz si alguien se acerca cuando te estás bañando.

—Me tiene sin cuidado —dijo alegremente—. Por mí, pueden ver lo que quieran los que vengan.

William, para quien la noche del sábado era igual que cualquier otra, se acostumbró al fin a entrar en la cocina y encontrar al nervioso viejo, desnudo de pie en su barreño, lavándose.

En una ocasión, se detuvo sorprendido por un espectáculo de cierta belleza: ¡El aseo de un viejo!

—Haría con usted un buen cuadro como está ahora —sugirió.

Pero el viejo le tiró la pastilla de jabón casero, reavivado su antiguo pudor.

—¡Sal de aquí! —vociferó—. ¡No consentiré que cuelgues mi retrato, desnudo, para que la gente lo mire!

William se fue riéndose, pero pesaroso, no obstante. Siempre sentía que se escapase un cuadro a sus pinceles. Pintó al viejo Harnsberger media docena de veces, pero nunca pudo hacerlo sin que le viniese a la memoria aquella actitud que le había sido denegada, y recordar cuán bellas brillaban el agua y la llama de la lumbre sobre el cuerpo del viejo.

En aquel momento, William silbaba suavemente mientras se lavaba las manos. Se sentía agradablemente cansado, con mucho apetito, y casi satisfecho de su trabajo de la mañana. Pero no acertaba a comprender por qué éste no le satisfacía nunca absolutamente. Después que se hubo lavado entró en su habitación y, sacando la pipa, se sentó junto a la ventana. No evadía el penetrar en su propio pensamiento; al contrario, con frecuencia se había hundido en él.

¿Estaba o no seguro de la calidad de su trabajo? Algunas veces había pensado comentarlo con su padre. No había vuelto a hablarle de poner un cuadro suyo en la galería de la gran casa que ya no era la suya.

Pero aquello no le daba luz alguna. Incluso cuando se encontraba solo con su padre se levantaba, como una barrera, la desaprobación de su madre y hasta de su padre mismo. Y esta desaprobación era más intensa cuanto que su madre parecía ignorarla, haciéndola con esto infinitamente mayor. Si hubiera ganado mayores premios o hubiera obtenido más encargos; si él mismo hubiera valorado más sus cuadros, habría quizás adquirido confianza en sí mismo. Pero había preferido vivir allí, con Ruth, lejos de los lugares donde se conceden los premios o se logran los encargos. Y era demasiado escéptico para olvidar que unos y otros, en la pintura como en cualquier otro arte, no se obtienen sólo por el propio mérito. No, al mérito había que unir influencias y halagos.

"Bueno —pensó de pronto—; yo me he apartado precisamente de esto. Lo que ansío no es tal recompensa para tal obra, sino, exclusivamente, conocer la calidad de mi traba— jo. ¿Es bueno? ¿Puede ser mejor?"

Nunca se preguntaba si hubiera sido mejor de no haberse casado con Ruth, porque no concebía la vida sin ella. ¿Qué hubiera pintado si se hubiese quedado en Nueva York? ¡Paisaje, ciertamente, no! Cuando se marchó estaba trabajando en un desnudo. Nunca lo terminó porque comprendió de pronto lo que sentía Ruth mientras posaba para él.

—Ponte al sol —le había dicho aquella mañana—. Déjame ver cómo brilla el sol sobre tu carne.

Ella se dirigió, simulando indiferencia, hacia el rectángulo que el sol proyectaba a través de una ventana orientada al Este. Estaban casados. Entre ella y William no podía existir maldad. No la había, por lo tanto, en que se quitase la ropa delante de él a la luz del día, siempre que las puertas tuviesen echado el cerrojo.

—Eso es —dijo él con ansiedad—. Eso es lo que quiero. Ahora imagina que el sol es un manto; imagina que te envuelves en él.

Ruth obedeció otra vez y extendió los brazos como si recogiese los pliegues de una brillante tela de araña.

—¡El manto de plata! —murmuró William—. El manto de luz... Empezó a pintar furiosamente mientras ella permanecía inmóvil. El sol duraría apenas una hora. Un alto edificio lo interceptaría, y entonces ella se pondría sus ropas y volvería a sus tareas, si él se lo permitía. No se lo permitió. Cuando el sol desapareció como si lo hubiera ocultado una pincelada, él dejó el pincel. Ya se había ella dado la vuelta y alcanzaba sus ropas.

—¡ Espera! —ordenó. Y fue hacia ella—. No te vistas aún —susurró.

—Pero todavía tengo que arreglar la habitación —dijo Ruth de mala gana. Y añadió—: Me gusta terminar mi trabajo por la mañana.

—¡Tu trabajo! —Le placía incomodarla. Había tomado su bello cuerpo desnudo entre sus brazos. Aquella hermosa carne que al sol fuera materia para el arte, lo era ahora para el amor; pero ella no cedió y él nunca la hubiera forzado.

—¿Qué te pasa, corazón? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

Inclinó ella la cabeza hasta que su largo cabello castaño cubrió su rostro.

—No me gusta. Parece que está mal.

—¿Ah, es eso? Esto es otra cosa; esto ya tiene importancia.

La abrazó y ella se vistió entonces. William, cogiendo los pinceles, trabajó largo rato en el fondo que rodeaba la plateada figura. Mientras

trabajaba, la gente afanada, el polvo, el polvo, el polvo; pero la habitación que en otras ocasiones era la cuna de sus sueños, era entonces sólo una habitación vulgar. Le habló un par de veces alegremente.

—¿Cenaremos fuera hoy, Ruth?

—Lo que tú digas.

—No, Ruth, ¿qué quieres hacer tú?

—Yo quiero lo que tú quieras —replicó, y como él no contestara se detuvo y dijo ansiosa—: ¡De veras, William, te lo aseguro!

Así era y él lo sabía. Ella le daba cuanto era capaz de dar. ¿Podía echarle nada en cara? Su lindo rostro pedía ternura.

—Saldremos, pues —dijo William suavemente.

Regresaron después de pasadas unas horas ante una mesa en una terraza desde donde oían la banda de un parque. Y por la noche, cuando una honesta oscuridad la envolvía, ofreció ella su reparación. ¿Tenía Ruth conciencia de que ofrecía aquella reparación? No pudo descubrirlo. Pero no lo creía así, pues sabía que nunca hacía las cosas con premeditación. Andaba, hablaba, guardaba silencio, según su instinto del momento. "Éste —pensaba William con frecuencia— es su encanto: cuanto hace lo siente profundamente."

Así, al regresar aquella noche, percibió con exquisita agudeza la suavidad de sus labios. Se desnudó lenta, lánguidamente, extendiendo los lindos brazos y echando hacia atrás su largo cabello. Espiaba él todos sus movimientos desprovistos de artificio, hasta que dejó deslizar la última prenda para ponerse el camisón, mientras sus largos cabellos caían sobre sus hombros.

No podía tener nada oculto; cuando se hastió de la ciudad, él lo supo aun cuando ella callara; porque sus instintos se hastiaron también y era con éstos como ella le hablaba. Así, cuando los primeros días del verano siguieron a la primavera, ella se alejaba siempre que él se acercaba. No le alejaba con sus palabras, sino con sus silencios. Se apartaba de él. Posaba hora tras hora, pasivamente, como si no supiera dónde estaba; y él sentía, al pintar, que copiaba otro cuadro, no un modelo vivo. No alteró ella su posición; las manos siguieron cruzadas en su regazo, pero algo pareció volt ver a su mirada remota.

—¿Dónde estabas? —exigió William.

No respondió, y él, dejando los pinceles, la tomó en sus brazos.

—No eres feliz —le dijo.

—Sí, lo soy —dijo Ruth—. Por lo menos, no sería feliz en ninguna parte si no estuvieras tú allí.

—¿Dónde serías más feliz conmigo? —inquirió él dulcemente.

—¡Oh, en casa!

Entonces William descubrió que su esposa detestaba la ciudad; detestaba aquellas habitaciones y toda su vida allí. Detestaba las personas que él traía a casa y las que veía por las calles. En aquel momento comprendía por qué cuando alguien venía ella parecía tan ausente. En un principio había creído que era timidez y argüía con ella:

—Son mis amigos, Ruth, y, por consiguiente, los tuyos.

—No, míos no —había respondido, las pupilas dilatadas.

—Tienes miedo —le había acusado en otra ocasión.

—Son extraños —había replicado ella. Comprendía ahora que Ruth les odiaba instintivamente, por ser parte de la ciudad. Durante todo este tiempo, había vivido sus días y sus noches llenos de este odio cada vez mayor.

—Apenas puedo respirar aquí —susurró—. No hay aire.

—Pues mucha gente respira —dijo William. —Por eso —repuso Ruth, y alzó inquieta

la cabeza—. Este aire lo han respirado ya una y otra vez. Yo estoy acostumbrada a que el aire venga limpio de las montañas. Además, es a la gente a quien odio.

—¡Pero, Ruth, a ti no te odia nadie!

Aquella era una de las cosas que le gustaban de Nueva York. Que, a pesar de su extensión y de las preocupaciones de cada uno, podían oírse unas palabras amables en cualquier mostrador o en un coche cualquiera, entre la gente humilde.

—A todos los odio —dijo obstinadamente.

—¿Por qué? —exigió William.

—No son de mi clase.

Se sentía absolutamente desarmado ante aquella terquedad mansa pero intensa. Era el instinto no iluminado por la razón, contra el que se sentía perdido, como un hombre en medio de una noche larga y silenciosa, sin luz alguna que le guíe.

—Pero Ruth, nunca me habías dicho nada de esto —le reprochó.

—Porque a ti... a ti te gusta estar aquí —tartamudeó ella. Su cabeza descansaba de nuevo sobre el pecho de su marido, y al mirar éste las negras y húmedas pestañas comprendió que tampoco ella podía luchar contra sus propios instintos.

—No me gusta ningún sitio donde tú no seas feliz —dijo él.

—Sí, te gusta... Hablas constantemente de lo hermoso que es Nueva York —dijo, y empezó a sollozar—; pero a mí me parece horrible.

Es... es como si viviésemos todos amontona, dos en el fondo de un pozo. Sólo se ve un pedacito de cielo en lo alto. Yo estoy acostumbrada a ver todo el cielo.

Sentado, la estrechaba contra su pecho en silencio. En los últimos tiempos, precisamente, había llegado a una percepción más aguda de las bellezas de la ciudad y aquella conciencia le hacía luchar contra el odio que ella sentía hacia la misma. Le mostraba constantemente las bellezas que veía, las siluetas de los edificios que se proyectaban hacia lo alto; el río, la corriente suave y brillante del tráfico en las calles; los mercados y las gentes de habla distinta. Sentía entonces en sí un tembloroso instinto creador. Salía por fin de sí misma, salía incluso de la estrechez del amor.

Pero había sido ella quien le diera el primer impulso. Hasta el día en que encontró a Ruth, había permanecido cerrado en sí mismo. Ella le había liberado; le había hecho dejar la casa de sus padres y empezar una nueva vida para él y para ella. Y ahora, después de aquella primera ocasión, se sentía lo suficientemente fuerte para volver a escapar, incluso de Ruth. Pero sabía que en un día cercano dejaría de pintar sólo a ella, y saldría a buscar tema para sus cuadros en uno y otro de aquellos millares de seres que le rodeaban. Quería encontrar gente, no paisajes. Lo supo con certeza en aquel momento, mientras la estrechaba, sollozante ella, entre sus brazos.

No hablaron más aquella noche. Se dispusieron a acostarse y ella se acurrucó entre sus brazos.

Pero al llegar el verano día tras día, se quedó aterrado por lo que descubrió y mudo por el desamparo e impotencia de su mujer ante aquel odio que sentía. Pues empezaba a percibir que Ruth era de esa clase de criaturas que son parte del suelo en que han nacido. Su ser se encogía y marchitaba lejos de él; le parecía que ningún trabajo valía la pena y, sin embargo, el trabajo era esencial para ella; para su salud, su alma y su cuerpo. Vio, alarmado, que, de hecho, era menos bonita que antes de venir a la ciudad, y empezó a mirar a su alrededor preguntándose si podría marcharse de Nueva York. ¿Por qué había de vivir aquí? Su genio era lo bastante fuerte para permitirse trabajar en cualquier parte... o debiera

serlo, si algo valía.

Un día de junio, mientras razonaba así, entró en una sala de exposiciones en la que exponía para la venta seis de sus cuadros. Nada había sabido durante varias semanas del individuo que se encargaba de ella, e iba a informarse. La muchacha que se sentaba detrás del mostrador del vestíbulo le indicó que el encargado estaba ausente, pero podía entrar a ver sus cuadros si quería. Uno de ellos, añadió, había sido vendido a un viejo caballero que acababa de llegar hacía una media hora; quizás estuviera aún allí. Cuando menos, no le había visto salir, pues ella, entretanto, había ido a almorzar.

—Déjeme ver su nombre —rogó William!

Hojeó un dietario y siguió con el dedo los nombres anotados en una columna.

—Aquí está —dijo.

Se inclinó para mirar mejor y vio el nombre de su padre, Harold James Barton. Callo, demasiado conmovido para revelar a aquella vulgar dependiente que mascaba chicle lo que el nombre significaba para él. Miró el título del cuadro. Era uno de los menos importantes, no un retrato de Ruth, sino un apunte, toma— S do una mañana de primavera, de un carro cargado de flores que un jardinero italiano iba a vender a la ciudad. Por un dólar, el hombre se; había prestado a arrimar su carro a la acera y sentarse negligentemente, con las rodillas cruzadas y las riendas flojas, mientras William trabajaba. Después había comprado una maceta para Ruth. El lienzo era pequeño, pero había recogido en él la luz del sol y el viejo rostro italiano, pícaro y alegre.

—¿Dice que quizás esté aún en la sala? —preguntó mirando el nombre de su padre.

—Suele quedarse mucho rato cuando viene —contestó la muchacha volviendo a poner el libro en su sitio.

Vaciló. ¿Deseaba ver a su padre? No había visto ni a su padre, ni a su madre, desde que se casara, ni había sabido de ellos, ni de Louise. Algún día debía terminar aquel silencio. Era absurdo que una criatura tan bella como Ruth fuera causa de que un hijo permaneciera alejado de sus padres. Sólo tenía que arreglar una entrevista y todo volvería a ser como antes. Tan seguro estaba de ello, que, mes tras mes, la aplazó. Entonces, se decidió: había llegado el momento. Si pudiera arreglar una entrevista entre su padre y Ruth, aquél volvería a casa y haría a su madre una buena descripción de ella. Guiado por aquel impulso, entró de prisa en la sala. Había unas diez o doce personas; tuvo que buscar a su padre, pero le encontró con facilidad. Estaba sentado en una silla de respaldo recto que había retirado a una conveniente distancia de la pared donde pendían los cuadros de William. Y, allí, sentado de espaldas a la puerta, sus manos enguantadas se cruzaban sobre el puño de plata de su bastón, y erguía la blanca cabeza.

William se aproximó quedamente.

—¡Señor..., buenos días!

Su padre se sobrecogió, casi se levantó, y entonces volvió a sentarse antes de responder.

—¡Ah, estás aquí!

—Sí, señor —dijo William con suavidad. Observó que su padre parecía cansado. Entonces recordó que era aquella la época en que tenía siempre aquel aspecto de cansancio, justamente antes de marcharse a Bar Harbor...

—¿Está usted bien, señor?

—¿Yo? —Su padre pareció sorprendido— ¡Claro!

—¿Y mamá?

—Ambos estamos como de ordinario —dijo

su padre con indulgencia—. Tu salud parece excelente.

William sonrió.

—Lo es... excelente.

—¿Has visto a Louise?

—No, señor.

Su padre señaló un retrato.

—¿Es ésta tu mujer?

—Sí señor.

Fue con su padre, y de pie junto a él, con— ' templaron el rostro fresco y lindo de Ruth. La había tomado en uno de sus momentos de timidez, porque, aunque había pintado sólo la cabeza, la había hecho posar para un desnudo a la luz de la mañana.

—Parece muy joven.

—Acaba de cumplir los veinte años, señor.

Y luego, como imaginara un gesto de benevolencia en los pálidos labios de su padre, continuó:

—Me gustaría que viniese a casa conmigo, señor.

—¿A casa? —Su padre le miró confuso.

—Quiero decir a nuestra casa.

—¡Ah! —Su padre comprendió—. Sí, bueno, pero no tengo mucho tiempo.

—¡Por favor, padre! ¡No está lejos, y podría significar tanto...!

Acabaron subiendo a un coche y volviendo al apartamento. Era cerca del mediodía y Ruth preparaba la comida en un hornillo de gas. Salió rápida al oír el ruido de la puerta y permaneció inmóvil como un niño ante un extraño.

—Ruth, mi padre.

El cambio que se operó en ella le asombró. La luz huyó de su rostro. Tendió la mano con torpeza.

—Mucho gusto —murmuró. Su mano pesaba entre la vieja mano de Mr. Barton. William se apresuró a disimular.

—Entre y siéntese... ¿Quiere almorzar con nosotros? Estoy seguro de que Ruth tendrá algo bueno. Es una cocinera excelente.

Les llevó al interior, ignorando la mirada de temor de Ruth al oír mencionar el almuerzo. Su padre la vio y se apresuró a responder:

—No puedo quedarme, William. Tu madre y Louise me esperan a la una en Sherry. Creo que Monty trae a alguien para hablarme de unas inversiones. Los ferrocarriles no son ya lo que eran, William.

—Lo siento, señor.

—Son esos automóviles —explicó su padre.

Entonces se sentó. Su aspecto era frágil y delicado. Habló amablemente a Ruth.

—William debe traerte un día a vernos, querida, cuando volvamos a la ciudad en otoño.

Ruth no podía hablar. Volvió los ojos suplicante hacia William.

—Te gustaría, ¿verdad, corazón? —dijo él para animarla.

Ella asintió.

Su padre se quedó unos momentos más. La visita no había sido gran importancia, después de todo. No sabía cuál sería su alcance. Nada reveló su padre fuera de su cortés afabilidad, y Ruth no había dicho otra cosa que un débil "Adiós".

—¿Por qué no has dicho nada? —exigió él cuando cerró la puerta.

—¡Oh, William, no podía! —La vida volvió impetuosa a animar sus mejillas, sus ojos azules.

—¿Pero, por qué?

—Nunca había visto a nadie como él.

—Es mi padre, Ruth. Podías haberlo intentado.

Sintió ella su irritación, y las lágrimas anegaron sus ojos.

—No se me ocurría nada, William. ¡Ya lo intenté...! ¡De veras!

—Bien, pero no llores. ¿Qué tenemos para comer?

—Asado de cordero.

—Pues a la mesa.

Comieron en silencio.

Pasaron varios días antes de que William pudiera considerar el incidente en su justo valor. Lo hizo al fin, al ver marchitarse a Ruth en el repentino calor de junio. Estaba sentada junto a la ventana abierta, pero no miraba al exterior, y se compadeció ante el rostro pálido de su esposa.

—Queridísima, necesitamos animarnos un poco. Voy a llevarte a Coney Island.

—¿Dónde está eso?

—Al lado del mar. Allí, cuando menos, respiraremos un poco.

Le fastidiaba ir, porque precisamente aquella mañana estaba trabajando a las mil maravillas. Pero dejó los pinceles y salieron, aunque a Ruth no le hizo ningún bien especial aquella salida. Rehuía a la gente.

—¿No hay ningún sitio donde pudiéramos estar solos? —le preguntó.

—En una playa pública, no —contestó William brevemente.

Se sentaron y pasaron la tarde sintiendo la fresca brisa en el rostro; pero ni por un momento cedió la tensión que en Ruth provocaba la gente a su alrededor. Y entonces él se sintió impulsado a un sentimiento de amor y odio alternativo hacia aquellas cosas que ella sólo odiaba. A partir de entonces, veía a veces la Ciudad igual que ella: como un lugar de ruido y un hervidero de confusión. En aquellas ocasiones, todas las caras le parecían horribles.

"Esta gente me contempla en una pesadilla", pensaba al pasar junto a ella por las calles, o contemplándola en los largos pasillos del tranvía. Pero en otras ocasiones, las mismas cosas le hablaban y entonces no le parecían horribles. Pero para ella, horribles o no, eran rostros de eternos extraños.

Volvieron a la granja, sin prisas y sin idea de quedarse allí definitivamente. La madre de Ruth enfermó y escribió preguntándole si podría ir durante algún tiempo hasta que mejorasen las cosas. Era por el mes de julio, y el calor apretaba más intenso que nunca.

—No veo ninguna razón para que no vayamos los dos —dijo él alegremente—. También puedo pintar allí —añadió.

Y, por vez primera en muchos días, se echó en sus brazos. No se había quejado, pero no había sido necesario. Hacía vibrar en William cada fibra de su ser, y sabía éste que la vida de su esposa allí era un continuo sufrimiento. Dejaron sus habitaciones tal como estaban. Ninguno de los dos mencionó si habían de volver o no. Sencillamente, se marcharon; y ella, a medida que el tren se alejaba de la ciudad, parecía un enfermo que se reponía de una dolencia. William la observaba y, por el brillo de sus ojos, por el movimiento de su cabeza, pudo decir cuándo la ciudad quedó atrás y avanzaban otra vez entre las ondulantes colinas y los campos. Ruth, que en la Ciudad no encontraba nada digno de comentario, empezó a hablar.

—¡Mira, William, mira ese maíz! ¡Jamás he visto nada igual a esto! Debe de ser temprano. Siempre le digo a "Pap" que planta cuando la estación está demasiado avanzada. ¡Oh, William, mira qué patos! Espero que en casa haya patitos este año, aunque, si "Mam" está enferma, lo dudo. ¡Sería ya demasiado tarde para empezar ahora! ¡Mira, William, ese granero verde! ¿A quién se le ocurre pintar ahora un granero de verde en vez de encarnado? ¡Tiene que ser gente de la ciudad, seguro! El calor rizaba su cabello castaño alrededor de su rostro y sus mejillas estaban encendidas. Tenía asida la mano de William y éste se sentía que la vida entraba impetuosa en él a su contacto. Ruth revivía de nuevo y le hacía revivir. Notó la fragancia que emanaba de ella, su suave perfume. Recordó una historia que leyera, no sabía dónde, sobre la concubina de un emperador chino que era amada por éste por la única razón de que cuando estaba acalorada emanaba de ella cierta fragancia. Amando a Ruth, comprendía que pudiera amarse a una mujer por la sola razón de su fragancia.

Cuando llegaron a la granja, corrió de una a otra parte con exclamaciones de gozo y alivio. Nada había cambiado. Nada había cambiado en cien años; pero todo le parecía nuevo, porque nunca lo había dejado antes. Y ahora, de vuelta a lo que siempre conocía, él la vio convertirse de nuevo, rápidamente, en lo que era antes. La mujer triste y pálida con la que había vivido en la ciudad parecía no haber existido nunca. Ante él tenía a la chiquilla de quien se había enamorado y con la que se había casado en aquella vieja casa. A los pocos días, también él empezó a sentir que jamás se habían ausentado. Dejó a un lado el lienzo inacabado que había traído consigo, y empezó otro: la perspectiva que se extendía a occidente del viejo fresno, bajo el cual había descansado un día de verano, un año atrás. En aquella ocasión no supo hallar motivo para pintar un cuadro. Ahora se asombraba de ello.

"¿Por qué no pintaría lo que tenía delante de los ojos?", pensaba; y le parecía, al pensarlo, que había descubierto el secreto de los pintores.

Aunque no volvieron al apartamento durante el verano, William siguió pagando el alquiler. También decidió no ir durante el otoño. De haber vuelto solo, no hubiera podido trabajar. Solamente podía trabajar estando ella. Le era preciso estar con ella para poder olvidarla, como el hombre que ha comido y dormido olvida estas necesidades y sigue viviendo alegremente con las fuerzas adquiridas para hacer lo que le plazca. En aquella casa de campo comprobó que podía dejar a Ruth con facilidad. En Nueva York, siempre se sentía intranquilo cuando no estaba con ella. En un principio la había obligado incluso a acompañarle a las reuniones y fiestas a que era invitado. Pero aquello era antes de que descubriera el odio que ella sentía hacia los extraños. La había acompañado a comprar trajes y sombreros adecuados para estas ocasiones.

—Ahora puedes procurar sentirte tranquila —le había ordenado—. Puedes hacerlo, ya lo sabes. Sólo necesitas decirte: "Soy la mujer más linda que hay aquí; William lo dice."

Pero ni los trajes ni las alabanzas surtieron efecto. No se sentía tranquila, y, después de varias ocasiones, viendo su angustia, sus manos inquietas y su cara enrojecida, le había permitido quedarse en casa, e iba solo. Pero entonces no estaba tranquilo. Tenía impaciencia por volver a ella, no sólo porque se sentía genuinamente más feliz a su lado, sino porque no podía soportar el pensamiento de la desamparada soledad de Ruth en sus habitaciones.

Más aquí, en la granja, jamás estaba solitaria. Sin celos de ningún género, sabía que aquí ya no dependía absolutamente de él. Las aves que alimentaba, las vacas que ordeñaba, el trabajo que hacía y amaba, todo le parecía compañía. Quizá se hubiera sentido celoso si no le hubiera dado ella su amor con tal ardor y continua intensidad. Él comprendió que, cuando menos, él le era indispensable en el amor. La alegría se desbordaba en Ruth y dejaba que aquella alegría se desbordara en amor hacia su esposo. A pesar de todas sus tareas, el cuidado de su vieja madre y el trabajo de toda la casa, jamás estaba demasiado fatigada para gozar de sus caricias.

Y precisamente por esa plenitud de su satisfacción física se dio cuenta William de que podía dejarla con facilidad; y un día, a primeros de otoño, se fue, siguiendo un impulso momentáneo, a ver a sus padres.

—¿Te importaría que fuese a ver a mis padres?

Entró en la cocina donde ella amasaba el pan, y le hizo la pregunta de súbito. Ella respondió —de ello tenía él la completa seguridad— con sinceridad absoluta.

—Creo que no, William.

Sus manos se detuvieron en la masa, y contempló a su marido.

—Si te disgusta, no iré.

—No veo por qué ha de disgustarme. Es natural que vayas algún día, y hoy hace un tiempo excelente. ¿Volverás a cenar?

—Sí... es decir, quizá quieran que me que. de a comer, naturalmente.

—¿A comer? —La antigua confusión hizo presa de ella en un momento. Luego se rió.

—¡Ah, me había olvidado... En la ciudad lo llaman así. Bien, de todos modos, ¿volverás por la noche, William? Creo que tal vez me disgustaría que durmiéramos separados, no habiéndolo hecho nunca.

—A mí también. Se inclinó para besar la húmeda garganta de Ruth y volvió a sentir la peculiar fragancia de rosas.

—Diría que te alimentas de rosas si no supiera que necesitas algo más sólido.

Ruth sonrió, como siempre que él decía alguna gentileza. Se puso a amasar de nuevo, dando vida a la masa con el enérgico impulso de sus puños fuertes. Y así la dejó William.

Tomó el tren hasta la ciudad. Entró en casa de su padre como si nunca hubiera estado ausente. El viejo mayordomo le abrió la puerta.

—¡Mr. William!

—¡Hola! ¿Están en casa?

—El señor y la señora han ido a la Academia, señor, pero los espero de un momento a otro. El té está servido en la biblioteca, señor.

—Entonces, aguardaré allí.

Pero no lo hizo. En el camino torció en el pasillo en dirección a la galería de su padre, y fue de cuadro en cuadro. Había, lo sabía ya, doscientos, nunca más ni menos. Cuando su padre encontraba un cuadro mejor que los que ya poseía, descolgaba alguno de aquellas paredes y lo mandaba al museo de arte que estaba construyendo para la ciudad.

Después de su muerte, todos los cuadros de la galería irían también a ese museo. Así se lo había dicho claramente a todos, alegando que no quería equívocos sobre sus cuadros.

William andaba despacio, viendo uno tras otro los cuadros familiares. Nada nuevo. Se preguntó, sabiendo lo disparatado de su pensamiento, si el cuadro suyo comprado por su padre estaría allí. Cuando comprobó que no estaba, apenas se sintió desilusionado, porque no esperaba encontrarlo. Sin embargo, precisamente porque no estaba allí y por muy razonable que fuese, se sintió absurdamente dolido, y decidió que algún día alguno de sus cuadros figuraría en aquella compañía.

Salió de la galería fortalecido por la dureza que su orgullo herido le prestaba, y entró en la biblioteca con la cabeza erguida. Allí encontró a sus padres esperándole.

—¡Hola!, William —le dijo su madre; y le tendió la mano al tiempo que le ofrecía la mejilla. Se inclinó él a besarla, y olió el perfume de polvos, que recordaba de su niñez.

—¿Cómo estás, madre?

—Muy bien; gracias, querido. Siempre estamos bien después de regresar de Bar Harbor. Son los aires.

William observó que no se interesaba por su estado. Su padre, que sostenía una taza de té y estaba removiendo el azúcar, no le tendió la mano.

—Bien, William —se limitó a decir. —Tiene usted mejor aspecto que la última vez que le vi, señor.

—Estoy muy bien, gracias. Se sentó. Tomó la taza de té que su madre le ofrecía; comió unas empanadas de pollo, y descubrió que no tenía nada que decir a sus padres. Comprendió que estaban decididos a no preguntarle nada. Pues bien, entonces, nada diría. Pero, a pesar suyo, empezó a suavizarse. Después de todo, aquélla era su casa; y la casa empezó a influir en él con su encanto antiguo y sus recuerdos. Nunca se había percatado de cuánto había echado de menos aquella clase de belleza: la belleza cuidadosamente conservada de los viejos libros; del fuego ardiendo bajo la repisa tallada, y el gran Carot sobre ella como nota dominante. El verde profundo de su musgo se repetía en la alfombra y en los cortinajes. Observó un destello rojizo en un rincón, sobre un entrepaño oscuro, y su propio cuadrado.

—¿Aquí es donde lo han puesto? —dijo, sin poder contenerse. Sus ojos se volvieron hacia el cuadro.

—Es delicioso —dijo su madre.

—Eso creo yo —añadió su padre.

Era la primera vez que su padre había colgado en la casa un cuadro de su hijo, y William se sentía complacido a pesar de sí mismo.

—Me alegro de que lo encuentre bastante bueno para ponerlo aquí —dijo.

—Nos pareció que este rincón necesitaba algo que lo animase —dijo su madre.

William sintió que el silencio resultaba descortés, y prosiguió la conversación interesándose por su hermana.

—¿Cómo está Louise? —preguntó.

—Muy bien —dijo su madre—. Es decir, tan bien como puede esperarse dado su estado.

—¡Ah...! ¿Está...? —William vaciló.

—Sí, el próximo abril. Siento que no haya esperado algún tiempo. Siempre me ha parecido de mejor gusto esperar unos años.

Su madre enarcó las cejas y dio el asunto por terminado. Su padre, delicadamente, nada dijo durante unos segundos. Sorbió su té y le añadió agua caliente. Entonces dijo:

—Elise se casó en Bar Harbor este invierno.

—¿Ah sí? —preguntó William estúpidamente.

—¿No recibiste invitación? —inquirió su madre.

—No —dijo William.

—Es raro —dijo ella. Su voz se elevó ligeramente—. Invitaron a todo el mundo.

—Fue una boda muy elegante —dijo su padre.

—Demasiada gente. —Su madre apretó los labios.

—Bueno, es que tienen muchas amistades —justificó su padre, conciliador.

¿Con qué clase de hombre se había casado Elise? William dejó la pregunta sin hacer» ¿Para qué preguntar, si no le interesaba? Pero su padre empezó a hablar, como si la hubiese formulado.

—Se ha casado con un muchacho excelente... Impone un poco, ¿verdad, Henrietta?

—Muy guapo —asintió su madre.

—¿Vivirá Elise en Inglaterra?

Hizo la pregunta por demostrar algún interés. En realidad no sentía curiosidad ninguna.

—Si —dijo su madre—, pero no embarcarán hasta dentro de un mes. Quiere que su marido conozca un poco este país antes de marcharse.

Era exactamente lo que podía esperarse de Elise. Se la imaginaba perfectamente. Amaba su tierra y William dudaba que pudiera ser feliz lejos de ella.

Cuando se marchó lo hizo con la convicción de que la mayor parte de la conversación con sus padres había consistido en lo que dejaron de decir. Sin embargo, algo adelantaron. Su madre había dicho en un tono casi comercial, cuando se marchaba:

—¡A propósito, William! Quizá sea conveniente que supiéramos tu dirección... por si no volvieras de momento a Nueva York.

—No sé cuándo regresaremos —dijo él—. A Ruth no le gusta la ciudad. Así que, de momento me encontrarán en Hesser's Corners, Granja Harnsberger.

Nunca el rostro de su madre se había mostrado tan inescrutable como cuando nombró a Ruth, pero su voz seguía siendo amable.

—Muy bien, hijo mío. Le tendió la mano, y su padre le acompañó hasta la puerta de la biblioteca. Él mismo se abrió la puerta de la calle.

La mañana siguiente al día de la visita a su madre, subió a la colina a pintar, y se sintió confundido, como la primera vez que lo vio, por aquel paisaje tan rico en perspectivas que le rodeaba. Los pliegues ondulantes de una colina sobre otra; las numerosas cabezas de ganado; los grandes graneros; las casas macizas, recias; los bosques, los campos exuberantes aparecían monótonos en la plenitud de su color y fertilidad. Pensó pintar a Ruth de nuevo, en su hogar, pero ahora ya no era la nota de contraste: era parte del conjunto.

"Pensándolo bien, Millet pintó una y otra vez los mismos campesinos. Pero los campesinos de Millet expresaban algo por sí mismos", se dijo. Eran combatientes, luchaban contra el suelo que amaban, se debatían contra él, y le arrancaban el pan de entre sus garras. Aquí no había lucha. Aquella tierra era tan rica, que cedía en seguida; y el hombre no luchaba con sólo las manos y la azada. La cruzaba dominante desde la altura de sus máquinas, triturándola hasta convertirla en polvo entre los dientes del rastro; y la tierra se sometía. Los rostros sanos y rubicundos que veía cuando paseaba por el pueblo no mostraban señal alguna de lucha. Incluso el rostro de Mrs. Harnsberger no sugería más que días de plenitud. Había pensado pintar aquel rostro bajo su cano flequillo, pero luego había desistido. "¿Quién querrá ver nada en un rostro que exprese satisfacción?", pensó. Cerró su caja de pintura, plegó el caballete y pasó el resto de la mañana tumbado de espaldas en el bosque, mirando a través de los árboles matizados de parches de sol y de sombra. A mediodía encontró una carta en el buzón del sendero junto a la carretera. Era de su padre. Su letra envejecía con él, sus rasgos eran temblorosos.

Querido William: Elise y su marido pasarán el fin de semana con nosotros antes de embarcar. Se nos ocurre a tu madre y a mí que quizá te gustaría verla. ¿Quieres cedernos un fin de semana, hijo mío? Nos darás una gran alegría. Tu madre te manda su cariño.

Tu padre.

Deseaban que viera a Elise. Fue su primer pensamiento. Y su madre era demasiado inteligente para escribirle. Le había hecho escribir a su padre una carta cariñosa, pero, no obstante, sin mencionar a Ruth. Se quedó parado en el camino, contemplando la trémula escritura. No; a su manera, le echaban de menos; a su manera, se sentían tímidos. Temían las situaciones embarazosas. Sin duda su padre había hablado de su entrevista con Ruth y del extraño comportamiento de ésta.

"Era como estar con una sirvienta/ Podía oír cómo lo decía su padre. ¿Por qué? Porque ahora se daba cuenta con repentina angustia de que aquello era lo que él mismo había pensado entonces, contra su voluntad y deseo.

"¡Ah, mi querida esposa!", dijo apasionada— mente al cielo azul y silencioso.

Pero aun así comprendía también a sus padres. No es que fuesen altivos y orgullosos. Es que se sentían nerviosos cuando alguien estaba desplazado. Con facilidad se sentían tímidos ellos mismos. Su padre había parecido tan desconcertado en presencia de Ruth, como ésta en la de él. Se volvió repentinamente y se dirigió hacia la casa a grandes pasos, agitando en sus manos la carta desdoblada...

—¡Ruth! —gritó.

Ruth estaba en la parte posterior de la casa, tendiendo en una cuerda unas sábanas blancas como la nieve; el viento las flameaba y ella luchaba con las pinzas y estiraba los brazos por encima de la cabeza.

—Deja por un momento de pensar en cuadros, y ayúdame —le gritó ella. Pero William no servía para aquello. Sus manos, tan diestras y ágiles con los pinceles, se embrollaban con las pinzas y rehuían el húmedo tejido de algodón.

—¡Bueno, bueno —dijo ella riéndose—, déjalo!

Entonces vio William la carta volando sobre la hierba. El viento se la había arrancado del bolsillo. Corrió tras el papel, lo recogió y fue con él hacia Ruth.

—Ruth, aconséjame.

Le leyó la carta. Por el rabillo del ojo observó que ella fruncía el ceño.

Cuando hubo terminado la lectura, Ruth le miró fijamente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Sólo lo que tú quieras que haga.

Meditó la carta otra vez.

—¿Quién es ésa...? —vaciló.

—¿Elise? ¡Ah, una antigua amiga!

—¿Particular?

—No mucho.

—¿Tienes interés en verla?

—Especial, no.

—¿Por qué me preguntas, pues?

—Son mis padres, naturalmente, y les gustaría verme.

El sol daba de lleno sobre la piel sonrosada de Ruth, en la que no se advertía ni una i mácula. Él claro azul y el blanco de sus ojos eran igualmente sin tacha. Podía ver claramente sus largas y rizadas pestañas arraigadas en los delicados párpados y sobre ellos la suave pincelada de sus cejas. Tenía los labios entreabiertos y el sol brillaba sobre sus dientes. Respiraba salud, en pie delante de él, y su belleza era plena. Sus párpados se bajaron, y se inclinó para coger otra sábana mojada.

—No soy yo quien debe decirte lo que tienes que hacer con ellos.

William bajó la vista hasta la nuca de su esposa, suave y blanca bajo el moño de brillante pelo castaño.

—Pero eres tú quien tiene que decirlo respecto a nosotros dos, no obstante.

—Me parece que, hagas lo que hagas, no habrá diferencia entre tú y yo. ¡Ven, sujeta esto conmigo!

Cogió William la pesada sábana por un extremo, en tanto Ruth la retorció escurriéndole unos chorros de agua.

—Entonces, si realmente piensas así, queridísima, iré.

—Yo no pienso una cosa y digo otra.

William tuvo la sensación de que su mujer había hablado con aspereza.

—Ya lo sé, querida.

Ruth continuó silenciosa mientras tendía las revoloteantes sábanas mojadas; su marido optó por besarle los cabellos y se marchó.

¿Era agradable volver a dormir en la casa de su niñez? Sopesaba sus reacciones a medida que realizaba los antiguos movimientos de costumbre. ¿Le gustaba aquello más de lo que creía? Se analizó, pulsando sus emociones y su goce. Ciertamente, le complacían muchas cosas. Algo más que la simple contemplación de sus antiguas habitaciones, sus libros y los muebles. Pensó que aquella rara atracción residía en la atmósfera de la casa; quizás en las personas que en ella vivieron; sus abuelos, sus padres; sí, y también Louise, y él mismo, y sus amigos. Todos dejaron un eco de su paso por ella. sus sombras, el hálito de sus pensamientos y su ser, de la misma manera que la granja estaba llena de los antepasados de Ruth.

Gozó con placer consciente aquella atmósfera propia de su clase, preguntándose si sería por ello desleal a Ruth. Quería comprobar con objetividad si le era posible ser desleal. Si pudiera serlo, también, aquello tendría su significado. Era un hombre con demasiada experiencia, para no medir la profundidad de su amor por Ruth.

Se dio, por lo tanto, enteramente a aquella casa. Ya que ni su padre ni su madre mencionaron a Ruth, tampoco lo hizo él. Parecía que, hubiera estado de viaje y acabase de regresar, con la diferencia de que no se le hicieron preguntas sobre lo que había visto o dónde había estado. Fue por la casa viéndolo todo de nuevo! tras su ausencia; tocando el piano, examinando los cuadros, y discutiendo con su madre la situación de una nueva rosaleta para la primavera. Su padre estaba preocupado por la posibilidad de que fuera puesto en venta un Tiziano en Italia, y muy a menudo cablegrafiaba a su agente en Roma. A William le pareció que todo seguía igual que antes.

—Telefonaré a ver si Louise y Monty pueden venir el domingo —dijo su madre—. Será una reunión absolutamente familiar.

—Resultará muy agradable —dijo William tranquilamente, pensando que sería muy curioso ver de nuevo a toda su familia, después de haberse casado con Ruth.

Aquella tarde fue a la estación a esperar a Elise y su marido, todavía meditando y razonando. ¿Le importaría ver a Elise bajando del tren con otro hombre? Su padre había mandado a Nueva York su vagón particular a buscarlos y por esta razón se dirigió al extremo del andén, donde sabía que se detendría. Cuando niño, conocía muy bien aquel vagón. Habían realizado en él un viaje a Florida, en invierno; y en una ocasión le trajeron en él desde Groton muy enfermo con gripe, para que el médico de su madre le atendiera, pues ésta no tenía confianza en otro. Como no se había muerto, se confirmó en su idea, aun cuando el médico del colegio dijo que aquel traslado había sido una locura.

Esperó mientras el tren avanzaba rápido hacia él: pareció por un momento que se le echaba encima, y cruzó disminuyendo la marcha. El lujoso coche particular de su padre se detuvo casi frente a él; y al momento se abrió la portezuela y el mozo negro que lo atendía puso los escalones. Inmediatamente saltó Elise. A William le pareció más bonita que nunca. Llevaba un abrigo de pieles oscuras que le cubría de pies a cabeza y una camelia roja en la solapa. Su rostro pálido y lozano se mostró serio hasta que le vio. Entonces cambió de expresión. Sus ojos oseos rieron y gritó:

—¡William... pero qué agradable sorpresa! No pensaba... Ronnie, éste es William.

Un inglés alto y flaco, con abrigo ceñido a la cintura, apareció detrás de ella y le tendió una mano delgada que apretó la suya con ruda fuerza.

—¿Cómo está usted? —murmuró bajo su =; pequeño bigote rubio.

Era tan semejante a cuantos ingleses había visto William en distintas partes del mundo que era imposible comprender por qué Elise le había escogido entre todos. Sin duda debía de haber alguna razón.

—Tanto gusto —dijo William, retirando la mano. Se preguntó con cierta vacilación si a Ronnie le molestaría la alegría de Elise, pues a medida que avanzaban por el andén no la ocultaba. Se dirigía a él con mayor franqueza que nunca, y William se preguntó si ello obedecía al hecho de estar casada.

—¡William, si alguien me hubiese preguntado qué era lo que deseaba más en el mundo, habría dicho que verte a ti!

Él sonrió sin saber qué decir y preguntándose si, de no haber estado el flaco perfil de Ronnie al otro lado de aquella resplandeciente cara, hubiese encontrado alguna contestación adecuada. Aquella alta y desgarbada figura, siempre con las manos en los bolsillos, que destacaba amablemente silenciosa en el fondo, riendo cuando se decía una broma, que respondía con la mayor economía posible de palabras, no intervenía en la conversación. Y aquello hacía más fácil que nunca el estar con Elise. Se sentían libres como nunca se habían sentido.

Jamás William había sospechado que Elise pudiese ser tan alegre. Nunca se había manifestado con la alegría de aquellos momentos, oprimida quizá por algo que él no pudo comprender. Pero ahora bailaba con él, cantaba con su rica y suave voz de contralto al son de su acompañamiento; le cogía del brazo correteando por la casa; se sentaba junto a él en el coche.

Por la noche, bajo la manta de pieles con que se cubrían en el interior del vehículo, Elise deslizó su mano en la de William, ante el asombro de éste. Él la apretó con fuerza unos instantes e inmediatamente la soltó, consciente de la silueta de Ronnie en la oscuridad, junto a ella. Pero tuvo tiempo para asombrarse al sentir la manecita que podía estrujar como un puñado de pétalos.

El domingo, cuando Louise y Monty llegaron, la casa estuvo completa; esto es casi completa, pues eran siete a la mesa; mal número, dijo su madre; pero tendrían que arreglarse. William se sentó entre Elise y Monty, y no sintiendo gran interés por su cuñado se dedicó sin dificultad a Elise. Nadie mencionó a Ruth. Esperaba que Louise le preguntaría particularmente y le dio ocasión para ello una y otra vez; pero Louise las dejó pasar. Finalmente William comprendió que su hermana estaba decidida a no hablar de Ruth, y pensó que quizá su madre se lo había prohibido.

El domingo, por la noche, decidió que debía hablarse de su esposa. Si nadie lo hacía, empezaría él mismo. Hablaría de su hermosura, de su dulzura. Probaría así su lealtad a su mujer. Pero, como si presintiesen la posibilidad de que aquel nombre fuera mencionado, empezaron a hablar ellos. Su madre llevaba la conversación, recordando un caso que le había ocurrido en Inglaterra hacía muchos años. William oyó su risa.

—No tengo nada de aficionada a lo sobrenatural, pero fui a Fairfax un año... el año que me iban a presentar en la Corte. ¿Conoces Fairfax, Ronnie?

—Ya lo creo —dijo Ronnie separando su pipa de la boca. Parecía vagamente entusiasmado, como si fuera a hablar; pero volvió la pipa a la boca y no dijo nada.

—Subí por aquellas largas escaleras para ir a acostarme —siguió Mrs. Barton—. Recuerdo que era tardísimo; habíamos estado bailando. Justamente al llegar arriba oí un frufú de ropas que no parecían de seda, y ¡allí había dos monjas! Me sorprendió mucho. Pero: las saludé y pasaron delante de mí sonrientes.

Por la mañana le pregunté al viejo conde:

—¿Quiénes eran aquellas monjitas?

—¿Monjitas? —preguntó él sin la menor sorpresa—. ¿Vio usted unas monjitas?

—Sí, dos —dije.

—¡Ah, sí! Vivían aquí hace novecientos años. Fairfax era entonces un convento.

Ronnie separó la pipa de sus labios otra vez.

—Hay una ventana en Fairfax que no se sabe a qué habitación pertenece.

—¿Cómo es eso, Ronnie? —preguntó Elise. Sus ojos buscaron los de William, divertidos.

—Fui una vez a una fiesta allí —siguió Ronnie, sosteniendo la pipa con ademán estudiado—. Entramos en todas las habitaciones del castillo y colgamos toallas en la parte exterior de todas las ventanas. Luego salimos, y ¡había una ventana sin toalla! Decían que infinidad de gente lo había hecho y siempre sucedía igual.

Monty abrió sus soñolientos ojos de largas pestañas y miró a su mujer.

—¿No es ahí donde dices que las campanas tocan en el salón de baile al amanecer?

—Sí, yo misma las he oído —dijo Louise—. El salón de baile fue capilla en otros tiempos.

—¡Ah —dijo el viejo Mr. Barton—, no hay nada extraño en todo esto! Las personas siguen viviendo en el lugar a que pertenecen.

—Bailemos —dijo Elise de pronto.

Y al momento William se encontró bailando con ella.

—No sé si me atreveré a vivir en Inglaterra —dijo la mujer, sonriendo—. ¿Llegaré a creer en fantasmas también yo?

—No puedo ni imaginarlo —repuso él sonriéndole. Y entonces, de todas las personas de la casa, fue ella quien le habló de Ruth.

—¿Eres completamente feliz, William?

—¿Te refieres a este momento?

—No, claro que no. Quiero decir con la mujer. ¿No se llama Ruth?

—Sí, y soy absolutamente feliz.

—¿Del todo?

—Completamente.

—¿Me gustaría a mí Ruth?

—No puedo imaginar que haya alguien a quien no le guste.

—¿La veré algún día?

—No sé... eso lo tienes que decir tú.

—Ahora, no, William. Quizá cuando vuelva el año próximo. Vendré a América todos los años, ¿sabes? Ronnie me lo ha prometido.

—Pero Inglaterra llegará a ser tu patria.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, en cierta manera... también yo me he ido a vivir muy lejos, aunque sea sólo a pocas millas,

—¿Es totalmente distinto esto?

—Sí.

—¿Y has encontrado tu patria?

—Dondequiera que esté Ruth, allí está mi patria, mi hogar.

Suspiró Elise al oírle; poco después se detuvo y dijo que estaba cansada. Le tendió la mano.

—¿Cuándo te marchas, William?

No lo había pensado hasta aquel momento. Pero de pronto comprendió que allí todo había terminado para él; aquella casa, aquella compañía, aquella vida.

—Mañana temprano, después del desayuno.

Todos le miraron cuando dijo aquello, pero nadie habló excepto Elise.

—Adiós, pues, William.

—Adiós —dijo él.

Subió a su habitación poco después. Nadie le dijo adiós; no obstante, le constaba que todos sabían que no volverían a verse... como aquel día. Entonces, mirando a su alrededor, en Ja habitación que había sido el refugio de su niñez, decidió de pronto no volver a dormir bajo aquel techo; no, ni siquiera aquella noche. Se cambió de ropa y, cuando la casa estuvo en silencio, bajó, abrió una puerta que daba al jardín, y, trepando por un pequeño muro, se encontró en una silenciosa calle.

Camino a lo largo de tres manzanas y cogió un tranvía que le llevó a la estación. Esperó una hora y tomó el tren que llevaba la leche y que le dejó a poca distancia de la granja.

La granja nunca estaba cerrada por la noche. "Nunca he echado un cerrojo en mi casa —se pavoneaba el viejo Harnsberger—. Sólo la gente de la ciudad cierra las puertas." Las puertas, por lo tanto, estaban abiertas, y William sólo tenía que empujar y entrar. Pero se detuvo un momento antes de hacerlo. Jamás la noche había descendido más bella sobre la tierra. No hacía viento, y cada árbol, cada arbusto, reposaba perfectamente inmóvil, fiel a su forma. La luz de la luna descendía blanca y clara; tan clara que le pareció sentir crecer las cosas en la noche tranquila y luminosa. Todo era suyo: los valles y las colinas, los bosques y el arroyo; y el pequeño lago al pie de la colina; y, a su espalda, la casa de Ruth, y Ruth.

Abrió la puerta y entró. La casa le recibió con el familiar olor a madera vieja, pero limpia, y a especias. Subió la escalera, iluminado su camino por manchas de luna sobre el suelo, y, alzando el pestillo de la puerta, entró en el dormitorio. Tal vez Ruth estaría despierta esperándole. De puntillas se acercó al lecho y la contempló. Dormía, con sus largas trenzas sobre la almohada. Surgiendo del alto cuello de su camisa de dormir, su rostro era delicado como el de una niña, en su calma absoluta. Pero no era el rostro de una niña; era el de Ruth con sus labios rojos, llenos y firmes, y la frente, una frente de mujer, amplia y serena.

—¡Oh, bellísima mía! —murmuró.

Los demás rostros del mundo, el rostro de Elise, todos se desvanecieron y le dejaron. Aquella era su mujer. Se desvistió, se acostó a su lado

y se acercaba junto a ella. Ruth se despertó, no para hablar con su regreso, sino tan sólo para rodearle con sus brazos, para recibirle y hacerle otra vez suyo.

Cuando se despertó por la mañana sabía que allí, sólo allí, con ella, estaba su hogar.

Cuando la madre de Ruth murió, hacía ya muchas semanas que William no la veía. Ruth no le permitía entrar en su cuarto. "De nada sirve verla ahora", decía brevemente. Pero una tarde, al regresar a última hora de pintar junto al río, comprendió por la expresión de Ruth que la muerte acechaba aquella casa. Se preguntaba si podría ayudarla a sobrellevar aquel dolor, y, sin embargo, no estaba seguro de que fuese dolor para ella, tan tranquila era su voz al hablar. Hablóle, pues, de la muerte aquella noche cuando se disponían a dormir, deseando conocer el efecto que producía en ella.

—¿Crees que morirá tu madre, cariño?

—Sé que morirá cualquier día, en cualquier momento. Me lo dijo el doctor la semana pasada.

—Pero, queridísima, ¿por qué no me lo dijiste?

Esperó a que su voz le respondiera en la oscuridad. Cuando lo hizo, estaba impregnada de verdadera sorpresa.

—¡Pues no sé, William!

—No quiero que te guardes las penas para ti sola, querida.

Ella meditó.

—Es raro, pero no me apena demasiado la muerte de la pobre "Mam" —dijo dulcemente—. Claro que preferiría que no tuviese que ser; pero cuando la veo tal como está ahora... parece como si la muerte fuera ya lo único conveniente para ella. Si fuese joven y se viese atacada de pronto por el mal, me afligiría terriblemente. Pero como se trata de una cosa ineludible, me convengo de que no hay por qué apenarse. Es una cosa natural.

Hablaba impelida por la profunda armonía que existía entre su propio ser y toda la vida de la tierra, y a él no se le ocurrió respuesta alguna. Se aproximó a su esposa y respiró la salud y el reposo que emanaban de ella, después se sintió otra vez tranquilo y sosegado. Aquél era el secreto de Ruth. Cuanto a él en su complejidad, le parecía agitado y complicado, en presencia de ella se resolvía, reducido a lo esencial. Todo lo demás desaparecía.

De esta manera, el día en que murió su madre, apenas pasó el roce de una sombra sobre la tranquila morada. El fin llegó, el fin preponderado y esperado. Ruth lo tenía todo preparado. Parecía que hasta supiese la hora. Salió de la habitación de su madre, una noche, recién terminada la cena, y se dirigió a su padre.

—Papá, "Mam" acaba de morir.

Mr. Harnsbarger dejó el periódico agrario de la localidad y se dirigió inmediatamente al cuarto de su mujer. William se levantó abriendo los brazos. Ruth se arrojó en ellos; teniéndola así abrazada, sintió la rigidez de su cuerpo luchando contra las lágrimas y le dijo dulcemente:

—No te importe llorar, querida.

Y ella lloró; pero tan sólo imos momentos. Pronto se enjugó las lágrimas.

—Lloro por mí misma, me parece... no por ella. No ha sufrido. Sencillamente cerró los ojos, suspiró y se fue. Pero me doy cuenta de que no la veré más.

Al cabo de pocos minutos Ruth se había recuperado, y William no la vio llorar otra vez. No, ni siquiera en la pequeña iglesia, donde, en lo que a él le pareció el más humilde de los funerales, escucharon todos un panegírico sobre la muerta, que yacía en el ataúd abierto junto al púlpito.

"Nuestra vecina era una mujer de pocas palabras y muchos y buenos hechos", recordó el pequeño predicador. Su rostro rubicundo y su vientre orondo no eran necesariamente señales de glotonería; se debían especialmente al hecho de que la mayor parte de sus emolumentos le eran pagados en comida, y terna que comer lo que le daban: grasas, salchichas, tartas, pedazos de cerdo y sacos de patatas. Echaría de menos seguramente las tortas de nueces que le llevaba Mrs. Harnsbarger, dos veces al mes y doble cantidad el miércoles de ceniza. "Aquí yace, habiendo ganado su eterno descanso", dijo al terminar.

Entonces salieron al exterior. La tarde era fresca y clara; se agruparon junto a la tumba. La luz del sol se reflejaba brillante y alegre dentro de ella, destacando claramente las capas del terreno. La tierra oscura y fértil de la superficie tenía un espesor de dos pies. Debajo de ella había arcilla encarnada y bajo ésta la corteza pizarrosa en que se asentaban todas las casas de la región. Pero se había abierto paso una corriente de agua y, a fin de que el ataúd no quedara sobre el agua, el viejo sepulturero cortó dos troncos de cedro encarnado y los encajó en los dos extremos de la tumba.

La multitud rodeó la tumba, se cantó un himno y luego el ministro leyó unos párrafos de la Biblia y musitó una oración. El ministro era calvo, sin más pelo que un largo mechón descolorido, que el viento levantaba agitándolo sobre su hombro y delante de sus ojos; hasta que buscó en su bolsillo y, sacando un bonete, se cubrió la cabeza sin dejar de rezar, William observó todo aquello y luego miró a lo lejos, sobre las viejas lápidas, por encima de las colinas y los valles. Cerca de la iglesia había una cantera en la que ya no se trabaja. El Municipio había presentado una demanda contra el dueño, para evitar que volase la tierra debajo del cementerio; la había ganado, y el dueño se había marchado de la comarca.

Cuando terminó el funeral, fueron todos a la granja, donde los asistentes comieron pastel y bebieron vino, y hablaron de sus asuntos cotidianos con voz tranquila. Incluso se oyeron una risas discretas. Entre ellos, Ruth se movía serenamente cuidando que todo estuviera en orden. Pronto se marcharon estrechando la mano a los familiares.

—Ha estado muy bien —dijeron todos.

—Todo ha ido tal como ella hubiera deseado —añadieron. Y se marcharon a sus respectivas casas a reanudar su vida de costumbre. También en la granja siguió todo como de ordinario, excepto que Tom, el hermano de Ruth, se quedó un par de días. Pero en seguida comenzó a ponerse nervioso deseando volver al pueblo, especialmente porque estaba debatiendo la cuestión de si debía jugar a la carta de los nuevos automóviles, que empezaban a invadir el negocio de los coches de alquiler.

—Una nueva necesidad que no durará —gruñó el viejo Harasbarger—. Los caballos han sido y serán siempre.

—Lo dices tú —replicó Tom de buen humor. El hermano de Ruth tenía el mismo aspecto que todos los hombres del valle. No se parecía en nada a su hermana, y William no se sentía emparentado con él. Pero, para el caso, no se sentía ligado a ninguno de ellos, excepto a Ruth. A su mismo suegro seguiría llamándole siempre "Mr. Harasbarger".

Éste envejeció en poco tiempo. Quería que le prometieran que vivirían siempre en la granja.

—No le sería igual si tú tuvieras un trabajo regular, William —le decía a éste—; pero lo que haces puedes llevarlo a cabo en cualquier parte.

El cambio en el viejo era asombroso y William lo notó claramente. Hubiérase dicho que hacía años que Mrs. Harasbarger no significaba nada para su marido. Apenas cambiaban una docena de palabras al día y su tono de voz con ella era habitualmente un gruñido al que la mujer no prestaba atención. Y sin embargo, cuando ella murió se quedó mutilado.

—Nunca pensé que pudiera quedarme viudo —le dijo a Ruth un día, apesadumbrado.

—Si no fueras tú el viudo, "Mam" sería la viuda.

—Así sería —dijo él, sorprendido—, pero nunca me detuve a meditarlo.

Volvió a menudo sobre aquella idea, en los días que siguieron al funeral, hasta que pare, ció hallar consuelo en su inevitabilidad.

—Lo que dices está lleno de sentido común, Ruth —le dijo; y fue después de aquello cuando habló con William.

Pero por la noche, Ruth habló también a su marido con aquella delicadeza que constituía su manera especial de dirigirse a él. A nadie más hablaba con aquella mezcla de timidez, franqueza y dulzura.

—Yo te pongo a ti primero, William —le dijo—. Si quieres marcharte nos marcharemos, y padre alquilará la granja a alguien, aunque yo rezo para que no tengamos que vivir en la ciudad.

—Nos quedaremos algún tiempo —dijo él razonablemente—. Quizá pueda trabajar aquí igual que en otro sitio.

Al cabo de una semana, la casa seguía como si la muerte no hubiese entrado en ella. Parecía como si Mrs. Harnsbarger estuviese allí todavía.

Meditando sobre aquello, William pensó que Ruth, por algún impulso interior, parecía haberse convertido en su madre. No tenía nada que la hiciese semejante a ella, pero, no obstante, se movía más reposadamente. Corría con menos frecuencia; y ahora ya no se levantaba de su asiento de un salto, como una niña, sino que lo hacía con graciosa lentitud, como una mujer se levanta para realizar lo que tiene que hacer. Así, quizá, los muertos sobreviven.

Pero William amaba a aquella Ruth quizá más apasionadamente que a la Ruth niña. Empezaba a valerse por sí mismo menos que antes, confiando en ella, que hacía por él las pequeñas cosas que en otro tiempo hiciera por sí mismo y hasta incluso para ella. Por eso ahora seguía sentado a la mesa esperando que su mujer le cambiase el plato o trajera la cafetera del hornillo; o aguardaba en su habitación en tanto ella le llevaba la camisa limpia por la mañana; o su gorra y su abrigo cuando iba a salir. No se daba cuenta de aquel cambio que se realizaba en él; sólo sabía que ahora dependía de Ruth para todo y que no podía vivir sin ella. Nunca había estado tan hermosa ni tan satisfecha. Y de aquella satisfacción, su cuerpo había florecido al extremo que había ocasiones en que él no podía soportar su belleza con calma. Tenía que conquistarla y poseerla entonces, incluso cuando la deseaba durante el día. Y allí, al abrigo de su propio hogar, ella se lo consentía y se le daba con largueza y alegría. Su matrimonio empezó de nuevo al convertirse la casa en suya. Por vez primera, descubrió cuán profundamente apasionada era Ruth. Y entonces concibió su primer hijo.

Era entonces la primavera de su segundo año de matrimonio. Sin prometer que se quedarían en la granja, sabía William que, por su amor, jamás la apartaría de aquella casa ni de aquella tierra. Allí, su ser alcanzaba una completa plenitud. En el trabajo que tanto amaba, aumentaba su belleza de tal manera que él no podía entorpecer aquella sagrada superación.

"Me conviene que sea perfecta", pensaba egoístamente.

Empezó a estudiar el paisaje y la gente a fin de descubrir motivos que pintar. Pintó a Mr. Harasbarger dos veces: una en el viejo sillón de madera en que se solía sentar; y otra, en el exterior, junto al rojo granero, la cana barba movida por la brisa estival. Envió los cuadros a Nueva York y fueron recibidos como promesa de algún nuevo cambio en su obra. "Hay en estos cuadros cierta templanza que asoma por primera vez en la obra de William Barton." Sintió gran irritación al leer el anterior comentario.

"Estoy excesivamente bien alimentado", pensó. Meditó aquello durante un rato y, todavía irritado, lo apartó de su mente. La tradición quiere que el arte no pueda inspirarse en la plenitud y la paz; pero si la plenitud y la paz son cosas buenas, ¿por qué no probar que pueden ser también una base tan buena como cualquier otra para crear? Las artes en general, si no el arte en sí, florecen cuando el hombre está libre de miedo y pobreza. Se dio, por lo tanto, enteramente a aquellos paisajes, decidido a poseerlos a fuerza de gozar plenamente su fértil belleza. Pero decidió no pintar más retratos. Los rostros que veía en el pueblo y en las granjas no le impulsaban a coger los pinceles ni el lápiz. Eran demasiado plácidos y sus mejillas tersas y llenas. La blandura del paisaje los había hecho iguales al ambiente. Se volvió al cielo y a las colinas, al angustiado sicómoro blanco que los vientos habían retorcido y que las repentinamente crecidas de los arroyos habían pretendido abatir; a los abedules de los bosques, temblorosos en primavera; a las rosas destacando sobre una colina. No había muchas rosas. Bajo el rico terreno de la superficie se extendían las capas de pizarra y ésta era el lecho de los arroyos. Pero aquel terreno oscuro era espeso y ocultaba toda aspereza, todas las piedras, excepto, en ocasiones, sobre la cresta de una colina, donde las rojizas rocas emergían. El cuadro que atrajo la atención del público sobre él fue "Roca roja, Pensilvania".

Pero él se sentía cambiado por la mera contemplación de un nuevo ser que convivía en la casa con él y con Ruth. Se sentía arrastrado por aquellas generaciones, como si la casa le hubiera atraído para algún fin propio; y cuando pretendió llevarse a Ruth, la había arrastrado de nuevo, y a él por medio de ella, hasta que logró lo que quería: otra generación más.

—Seis generaciones —decía el viejo Harnsbarger, con regocijo—. Será niño, además. Siempre tenemos un chico primero.

Fue un chico. William contempló una carita redonda y procuró convencerse de que era su hijo. Pero en aquella cara sólo veía rasgos que denunciaban su semejanza a todas las generaciones que fueron en aquella casa.

Ruth estaba acostada entre las almohadas, serena y triunfante. Había tenido razón en contra de William. Éste hubiese querido que fuese a Filadelfia, a dar a luz en una clínica. Pero ella dijo que quería y debía quedarse en casa, igual que hiciera su madre, y que Mrs. Laubscher la cuidaría.

—¿Y si se presentan complicaciones? —objetó William.

—Sé que no sucederá nada —le había contestado Ruth.

Y nada ocurrió. Mrs. Laubscher lo había previsto todo, incluso traer el hacha debajo del delantal para que William no la viera. Cortó el cordón umbilical con ella, a fin de que la criatura fuera un buen leñador. Y Ruth, por su parte, había atendido a todo cuanto la comadrona le dijera durante el embarazo. Hasta había caminado siguiendo la cuerda de tender la ropa a fin de que el cordón no estuviera enroscado al cuello del niño. Todo había ido bien desde un principio. Ruth estaba segura de que sabía cuándo había sido el principio. Fue un domingo en que se había sentido feliz todo el día; en que todo le había salido bien desde el momento en que saltó del lecho. El pan se había cocido estupendamente el sábado. Y también se había acostado feliz aquella noche.

—Seguro que la criatura ha sido engendrada en domingo —había dicho Mrs. Laubscher cuando lo recogió—. Es tan fuerte, que sale saltando, sencillamente.

—Así fue —dijo Ruth—, y recuerdo que me reí.

—Por eso es tan hermoso —afirmó Mrs. Laubscher. Había envuelto a la criatura en una manta y la levantaba en el aire con ambos brazos.

—Ahora le meteré las manos y los pies en agua de manantial —dijo la anciana. Hundió los puños apretados, uno tras otro, en una palangana llena de agua que tenía ya preparada sobre la mesa, y luego repitió la operación mojando los pies—. Para que nunca se le hielen.

Le lavó luego y limpió la estancia, y cuando William entró se apresuró a salir con la placenta envuelta en un trapo. Una vez en el jardín, la enterró junto a un rosal para que jamás se marchitase la belleza de Ruth.

"Una muchacha bonita y simpática", pensó, alisando la tierra alrededor de sus pies. Suspiró, pues era muy gruesa, y, levantándose, sacudió la tierra de sus manos. Le daría al nuevo padre unos minutos para que contemplase a su hijo y entonces ella misma le llevaría a la buhardilla, para tener la certeza de que había estado arriba antes que abajo.

"¡La gente es tan olvidadiza! —murmuró—. Y luego no saben por qué tienen mala suerte."

En el dormitorio, William contemplaba a su hijo. En aquel momento comprendió que no sería buen padre. No se sentía proyectado en aquella pequeña criatura.

—¿No está demasiado gordo? —preguntó.

Ruth se rió.

—Es un chico muy hermoso. Él miraba a su mujer en vez de al niño. Estaba más hermosa que nunca.

—Parece como si te hubieses estado divirtiendo —le dijo.

—Así es —respondió, ella sin vacilar. —Yo creía que las mujeres sufren, o algo parecido —rió con burlón reproche. Ruth sonrió otra vez de forma que él tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla en sus brazos—. No tengamos más —dijo, celoso.

—¿Qué haría yo con uno solo? —preguntó ella—. Además, él necesitaría con quien jugar. —¿Por qué?

—¡Oh, no seas tonto! —contestó Ruth seriamente—. ¿Qué nombre le pondremos? ¿William?

—Harold. Harold, como mi padre. Ruth consideró el nombre unos instantes.

—Nunca ha habido un Harold aquí.

—Lo habrá ahora, pues —dijo William.

Ruth le dio dos hijos más. Niñas las dos, una tras otra, y William declaró que era suficiente. La veía enriquecida por sus hijos; su belleza se mostraba nueva y lozana entre los pequeños seres. La pintó así una vez, y observó con sorpresa que los críticos no veían mejora alguna en su arte.

—Es lo mejor que he hecho —dijo a Ruth indignado.

—Es cierto —asintió ella calurosamente—. pero esta gente cree que todo tiene que estar hecho en Nueva York.

—Tienes razón —dijo, íntimamente asombrado de la sagacidad de su esposa.

En su irritación decidió que no volvería a mandar ningún cuadro a Nueva York. Haría sus propias exposiciones. Viviría en aquel lugar tranquilo y pintaría cuadros tales, que todos irían a verlos. Pintó diligentemente, y todos los años exponía sus obras en el Masonic Hall del pueblo. Traían a los niños de las escuelas rurales, para verlas, y el periódico del pueblo las ensalzaba lealmente en cada exposición. Generalmente algún periodista de Filadelfia iba también. En una ocasión leyó, como podía haber leído su necrología, una columna de un gran crítico de Nueva York, deplorando su pérdida. "La promesa de William Barton, tan brillantemente, iniciada, no se ha cumplido", decía el artículo. Había leído su condena, o así le pareció aquel día. Quemó el periódico para que Ruth no lo viese, pero no podía convertir en cenizas su propio cerebro que retenía las palabras inolvidables.

Éstas surtieron su efecto. Cuando se sentía indiferente o le faltaba inspiración las recordaba y empezaba un nuevo cuadro. Ocho horas al día era su mínimo de trabajo.

—Trabajo regularmente porque es la única forma de realizar algo —decía a quienes se interesaban por él.

Pintó incesantemente durante ocho años, negándose a creer que, cada año que transcurría, el olvido que pesaba sobre su nombre era más absoluto.

—¡Papá! —la voz de Jill le llamaba desde la escalera.

—¿Qué, querida? —gritó William desde su habitación.

—La comida está lista. He limpiado ya los pinceles.

—Muy bien, pequeña. Se peinó y limpió una minúscula mancha de pintura en la camisa con el tapón de una botella de trementina que Ruth tenía siempre en su habitación. Jill estaba aún en la escalera.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Sí, claro —dijo William. Jill entró en la estancia y le contempló procurando mostrarse tranquila en su presencia, pero sin lograrla y él nada podía hacer para ayudarla.

Por una curiosa broma de la traviesa Naturaleza, aquella chiquilla tenía en su lozano rostro la reproducción exacta de los ojos pequeños y grises del viejo Harnsbarger y, siempre que William miraba a su hija veía el alma del anciano aposentada en sus ojos. Era irrazonable, pero era así. Y aun cuando comprendía el anhelo de la niña por quererle, se sentía repelido por la mirada de aquellos ojos.

—¡Papá! ¿Vas a hacer algo especial esta tarde?

No había planeado nada, pero al preguntárselo su hija se le ocurrió súbitamente que hacía mucho tiempo que no veía a sus padres. No iba a verles con la frecuencia que debiera, teniendo en cuenta que ellos eran ya tan ancianos.

—Estoy pensando que tengo que ir a la ciudad.

—¡Ahí —dijo Jill, desilusionada.

William sintió un mudo reproche en su corazón.

—¿Tenías alguna idea? —le preguntó.

—Me imaginé que quizá se te ocurriera algo bonito que pudiéramos hacer —dijo ella.

Si su hija hubiera tenido un pequeño plan propio, seguramente hubiera cedido. Pensó tristemente que Jill no tenía imaginación; ninguno de sus hijos tenía imaginación.

—Me parece que debo ir a ver a mis padres —dijo suavemente.

Ella no respondió; y William, como reparación, la abrazó por los hombros al bajar la escalera. Había llevado sus hijos uno tras otro a ver a sus padres, pero no tuvo éxito. Los chiquillos, en la granja, eran rosados y sanos, pero parecían bobos en el salón de su madre. Sus modales eran hechura de los de Ruth. "Sí, señora", les había enseñado a decir. "Encantado de conocerle"; y William no tenía valor para decirles que aquellas frases no eran las que le habían enseñado a él; ni que cuando los niños las decían impelidos por el deseo de comportarse bien, el hermoso rostro de su madre se cubría de ironía aunque nada dijera. No había vuelto a llevarlos desde el año anterior. Hal había derramado el vaso de vino de su abuelo sobre el mantel de encaje, y su madre había dicho: "No te preocupes: el chiquillo no sabe más."

—¿Dónde está Hal? —preguntó, unos minutos más tarde, sentado a la mesa.

—Se escapó —dijo Ruth. Apretó los hermosos labios mientras servía el estofado de pollo en los platos colocados delante de ella—. Y, cuando vuelva, le daré con la correa, pues le dije que no debía marcharse hasta que hubiera terminado su trabajo.

—Pero, Ruth —dijo William—, ¡detesto la correa!

Ella iba a hablar, pero se contuvo.

"Alguien tiene que hacer algo" estuvo a punto de exclamar. Pero conocía el valor del silencio. Echó una mirada a la mesa para ver si todo estaba en orden y no le respondió.

En la biblioteca, el anciano Mr. Barton examinaba cuidadosamente el cuadro que William J había terminado aquella mañana. Impulsivamente, lo había llevado para que su padre aclarara sus dudas. Tal vez fuera bueno; quizá no. Su padre retrocedió unos pasos para observar el cuadro a distancia, sin hablar.

—Un paisaje muy americano —dijo William Intranquilo.

—¡Ah! —dijo su padre—. Sí, así es.

—Me pasó una cosa rara con él —siguió William—. Una mariposa se posó sobre la pintura. Se pegó el polvo de sus alas y tuve la sensación de que pintaba con él.

Mr. Barton miró a su hijo. Se quitó los lentes y se sentó para descansar. Era muy viejo y siempre había temido hablar de cosas desagradables. Pero él y su esposa habían tratado a menudo aquel asunto cuando hablaban de William.

"Es inútil no decir la verdad", le había dicho ella firmemente aquella misma mañana, desayunando. La edad la había hecho áspera, fría y desconfiada de todo. La edad siempre hace así a las mujeres. Mr. Barton no podía comprenderlo. Él se había vuelto más amable y afectuoso con los años, como se vuelven los hombres.

Después de comer, súbitamente, cuando quedaron solos, Mr. Barton decidió hablar a su hijo. Pues el fin de la vejez es la muerte, y entonces ya no nos es dado hablar.

—William —le dijo—, tú tienes talento. Hubo un tiempo en que pensé en que quizá serías un genio.

Miró las paredes de la biblioteca; en el extremo de una de ellas colgaba todavía el pequeño lienzo.

—Soñaba en el día en que pondría uno de tus cuadros en mi galería —prosiguió—. Pensaba que lo colocaría donde está ahora mi último Corot. Haría una ceremonia del acto de descolgarlo y colgar el tuyo en su lugar. William intentó reír.

—Nunca hubiera podido llegar a ser tan bueno —dijo.

—¿Y por qué no? —preguntó el viejo crítico—. ¿Por qué no?

—El mío es un talento secundario —dijo William despiadadamente, sangrando por su herida.

—No —dijo su padre—; es un talento soberbio, malgastado por un exceso de deleite. —Contempló el lienzo de su hijo—. El suelo, demasiado rico —dijo—; el verde, demasiado exuberante. Las formas esenciales se han desdibujado... cuando no hay forma, no hay sentido. La técnica es bonísima, William, pero no tiene sentido.

—Siga —dijo William firmemente.

—Así lo haré —replicó su padre—. Márchate a alguna parte, solo, y ve lo que puedes pintar. Pronto será demasiado tarde.

Se levantó y, sin atisbo de dramatismo, volvió el cuadro hacia la pared.

—Gracias —dijo William lentamente.

—¿Volvemos con tu madre?

—Sí —respondió William.

No se marchó de la casa de su padre hasta muy tarde. Su hermana Louise llegó con su marido y dos amigos, una joven morena y un hombre que la acompañaba. Veía, a Louise y a Monty dos o tres veces al año, lo suficiente para que siguiera sintiéndose en familia con ellos. Pero en aquel momento se sentía aislado.

—¿Cómo te van las cosas, William? —dijo Louise.

—¿Cómo estás? —murmuró Monty, y le tendió su mano larga y fofa. William fingió no ver el ademán de su cuñado. Súbitamente, había comprendido que Monty le disgustaba. La fortuna le era demasiado propicia. Monty era ahora un hombre rico, por medios que no estaban demasiado claros. Asuntos de Banca internacional le habían ofrecido a Monty la oportunidad. Louise y él pasaban la mitad del año en París. Mr. Barton, enterado de la riqueza de Monty, y viéndola palpable en las joyas cada día más fabulosas de Louise, le rogó que la invirtiese comprando cuadros.

—Nada como un buen cuadro para invertir dinero —le dijo gravemente—. Proporciona placer y siempre tiene buena venta.

Pero Monty permaneció frío; sus ojos apagados y amables se posaban indiferentes en los cuadros que su suegro amaba tanto. Monty no contradecía jamás a nadie; pero hacía lo que quería. Incluso Louise había luchado contra aquel ser pálido y silencioso, pero no le había dominado. Y finalmente llegó a aceptarle como era, y hasta con cierto orgullo, ya que la prosperidad alcanzada por él demostraba que la razón estaba de su parte. Sus amigos eran la prueba que tenía que soportar. Monty trababa amistad con gente extraña, como la pareja que en aquel momento les acompañaba. ¿En dónde había encontrado a aquella joven morena y a aquel hombre, que no eran hermanos ni estaban casados?

—Oye, Louise, ¿le molestará a tu familia que llevemos un par de amigos a comer mañana? —le había preguntado.

Aquello era cuanto Louise sabía de ellos.

—A mamá no le gustan los extraños —repuso fríamente.

—Dile que son primos míos.

—¡Pero si no lo son, Monty!

Le dirigió una sonrisa.

—No seas como tu madre, Lou —dijo amablemente—. Me molestaría tener que empezar a mentirte, querida.

Aquello era lo que Louise temía. Que algún día empezara a mentirle; entonces podría considerarle perdido para ella. Durante todo aquél tiempo, su marido le había dicho, o así lo creía ella, cuanto hacía o pensaba hacer, y la escuchaba, o ella lo creía también, cuando el margen que le permitía su honradez no era demasiado estrecho.

—Tienes que ser honrado, Monty —le decía.

Y él, sonriente, asentía:

—Naturalmente.

Pero el margen era tan estrecho que, a veces, cuando estaba sola, se alegraba de no tener hijos. El único había nacido muerto, y Louise no había querido más sufrimientos como los del parto. Si pudiera mantener a Monty en el camino recto mientras vivieran sus padres, quizá luego podría descansar. Aunque, con o sin Monty, no sabía de qué forma podría descansar. Pero, cuando menos, tampoco había hijos.

Louise miró a su hermano. ¿Dónde habría vivido durante todos aquellos años? Era poco curiosa. La mayor parte del tiempo se sentía demasiado cansada para pensar en los demás. Luego dio por sentado lo que su madre decía, o sea, que era mejor ignorar totalmente a la familia de William.

—William sabe que siempre será bien venido a su propio hogar —dijo su madre. Y a Louise le pareció admirable. Pero, ahora, sabe que William parecía fatigado también, y triste. ¿Sería que todo el mundo se sentía fatigado cuando dejaba de ser joven? ¿O era que William tenía también disgustos? No podía decir en realidad que Monty constituyera un disgusto para ella, pero vivir con él era como vivir a la sombra de una tormenta. No podía saber nunca... Aquella guerra, por ejemplo. Nadie había pensado en aquella guerra, en Europa, excepto Monty. Pero a alguien le había oído decir que se aproximaba, y lo había creído.

—¿Una guerra, Monty? —había dicho casi sin aliento—. ¡Pero si ya no tendremos más guerras!

—No será en seguida, chiquilla —le había dicho él—. Dentro de unos tres años, o cosa así.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Louise.

Monty no había contestado. Lo sabía, suponía ella, por aquellos extraños amigos que tenía en Constantinopla, en Viena, en Berlín y en París.

Suspiró; y la débil curiosidad que sintiera por William murió. Le bastaban sus propios problemas, teniendo que vivir viajando por todo el mundo con Monty. Cuando su madre — le preguntó quiénes eran aquellos amigos, había respondido con la misma ligereza con que Monty lo hubiera hecho:

—Son una especie de primos de Monty, mamá. Naturalmente, si no quieres, no los traeremos... pero están con nosotros estos días.

—Si son tus huéspedes, tráelos —dijo su madre.

Louise notó el asombro con que su madre vio a la extraña pareja, y cómo lo disimuló inmediatamente ayudada por su ánimo de esforzada y famosa anfitriona. Salió de su habitual silencio y les hizo hablar a todos. En el salón reinó una alegría discreta. William se animó a escuchar, pero la charla era demasiado rápida para él. Se encontraba perdido en sus cavilaciones. Su madre notó su silencio.

—¡Ah, William! Debieras salir de ese retiro tuyo, demasiado verde —dijo con una chispa de malicia. Y, volviéndose a la joven morena—: Mi hijo es un bucólico —explicó—. Se casó con la hija de un campesino y pinta cuanto ve por las ventanas de su casa.

—¡Por favor! —exclamó él. Nunca había su madre hablado tan descarnadamente.

—Bueno, William, es la verdad. Te has vuelto extraordinariamente aburrido para todos.

Su dureza estaba templada por la malicia involuntaria de la vejez, pero él comprendió su profunda impaciencia que, en su niñez, le marchitaba como viento del desierto y que tenía la virtud de hacerle dudar de sí mismo. Se sintió amargamente deprimido cuando la joven le dijo, entornando los ojos:

—Debiera venir usted a Austria. Hay allí una vida entera que pintar.

—Le aseguro que soy un pintor de segunda categoría —dijo William, y sonrió.

Después de aquello no pudo quedarse ya largo tiempo. La conversación huyó de él otra vez y flotó por el mundo. Oía citar países y personajes en la rápida charla que tenía lugar, y en la que había decidido no intervenir.

Oyó a Louise decir con su displicente y aguda voz:

—Monty dice que va a estallar una guerra.

Todas las miradas se volvieron hacia ella; el hombre moreno enrojeció vivamente como presa de gran irritación. Él y Monty se miraron, y el rostro pálido y alargado de éste palideció aún más.

—¡Tonterías! —dijo Mrs. Barton—. Ya no somos salvajes. ¿Qué te hace creer eso, Monty?

—Parece que se presiente.

—Me gustaría comprar un Rafael en el que tengo puesta la vista desde hace mucho tiempo, si es que eso tuviera probabilidad de suceder —observó Mr. Barton.

—¿Dónde se encuentra ese cuadro, señor? —preguntó el joven moreno.

—Da la casualidad que está, nada menos, que en España —dijo Mr. Barton—. Casi nadie conoce su existencia.

—España —repitió el joven—. No, no es lugar seguro.

William se sentía remotamente apartado de todo aquello. A los pocos minutos se levantó y, dando las buenas noches, se marchó a su casa. ¿Sería posible que se le hubiese escapado la vida que mejor le hubiera nutrido?

"¿Qué opinaría Ruth si me marchase una temporada?", pensó. Súbitamente sintió el deseo de conocer la dureza de la vida. Quería ir donde la gente sufriera, y sumergirse en sus penas. Su preocupación de aquella mañana por una mariposa le pareció ridícula. Se encontró pensando en la austeridad de la guerra, en las privaciones, el peligro y el sacrificio enteramente físicos. El espíritu se eleva por esos medios. ¿De qué otra manera podría elevarse?

Avanzando por la oscuridad ininterrumpida de una tierra largo rato dormida, encontró su propia alma. Yacía en él como una espada abandonada. ¿Cómo empezar a usarla? En primer lugar, debía sentir una razón, una emoción más grande que él mismo. Repentinamente notó, aunque tenía ya cuarenta y siete años, que era joven; que su trabajo era imperfecto, porque él mismo lo era. Necesitaba un estímulo.

"Si saliera de casa de Ruth, sin saber si había de volver —meditó—, entonces, ¿adónde iría?"

La casa se alzaba ahora ante él en la oscuridad suave y cálida. En las ventanas de la cocina había luz. Guardó el coche y avanzó por el sendero del jardín que sus pies conocían ya instintivamente. Abrió la puerta de la cocina.

Allí estaba Ruth. Tenía una correa en la mano. Hal, de pie frente a ella, se apoyaba en la mesa echando atrás el cuerpo. Ella hablaba, pero, al entrar William, se calló.

—Vete, William —exclamó.

Pero William sintió repugnancia y gritó olvidando sus anteriores pensamientos.

—¡No, no me voy, Ruth! ¡Tú... ésta no es la forma de educar a un chico!

El rostro de Ruth adquirió una expresión de dureza, y, por vez primera en su vida, a William le pareció feo.

—Tendré que hacer lo que crea mejor, como siempre —replicó ella tranquilamente.

Entonces, antes de que él pudiera hablar de nuevo, avanzó unos pasos y con rápido ademán le dio a Hal tres correazos en la espalda; tres golpes fuertes, restallantes.

Hal se estremeció e inclinó la cabeza.

—¡Ruth! —gritó William. Saltó hacia delante y le arrancó la correa de sus manos.

—¡Déjala! —dijo Hal de repente. No lloraba, pero las lágrimas producidas por un dolor agudo llenaban sus ojos—. Dijo que me pegaría; yo ya sabía lo que me esperaba.

—No lo puedo sufrir —dijo William secamente. Arrojó la correa al suelo—. Y no te comprendo, Hal... ¡Tomártelo así!

—No lo aguantaría si fuese otra persona—replicó el muchacho. Apareció una pequeña mancha roja en su camisa.

—Quítate la camisa, hijo —dijo Ruth—. Te miraré la espalda.

—No —dijo Hal—, no es nada. Pero se quitó la camisa, y Ruth trajo una palangana de agua fría y un pedazo de tela suave y empapó la señal amoratada que había empezado a sangrar.

—He tenido que pegarte fuerte, hijo —dijo—de otro modo no hubiera servido de nada.

—Ya lo sé —dijo Hal.

Parecía haberse olvidado de William, y que la acción de Ruth hubiera vuelto a su hijo hacia ella. Hal dejó que su madre empapara la herida hasta restañar la sangre, y entonces se puso la camisa.

—Esta noche tendré que dormir panza abajo, "Mam" —dijo con una sonrisa oblicua—. Tienes un brazo derecho fortísimo.

Besó a su madre y, de pronto, ella le abrazó por la cintura:

—Tengo que hacer de ti un hombre —le dijo.

—Ya lo creo —respondió Hal—. Buenas noches, papá.

Hizo una inclinación de cabeza a William, y salió. Al poco rato le oyeron subir pesadamente los escalones de su habitación.

William recogió la correa y se la devolvió,

—¡No quiero volver a ver esto! —dijo.

Ruth la tomó sin responder y la puso sobre una alacena. Entonces prosiguió en los pequeños quehaceres preparándose para la noche, y juntos subieron sin hablar aún.

William la miraba mientras se desnudaba, se lavaba y se ponía el camisón. Se acostó antes que ella y la contempló cuando se soltó el largo pelo y lo cepilló antes de volverlo a trenzar. Todos sus movimientos le fascinaban, incluso tras aquellos largos años y a pesar de lo ocurrido aquella noche. No sentía sólo amor por ella. También podía sentir repulsión. Nunca lo había admitido antes, pero aquella noche, al verla pegar al muchacho, lo comprendió. Una mujer más delicada no hubiera podido levantar la correa tres veces y dejarla caer con tal fuerza que hiciera brotar sangre. Aquella noche habían cambiado sus sentimientos hacia ella.

Y, sin embargo, la amaba porque cuanto hacía estaba bien y en consonancia con su modo de ser, y por lo tanto sin afectación. La comparó con la esbelta mujer de ojos negros que había visto aquella tarde en el salón de su madre, y comprendió que, junto a la realidad de Ruth, aquélla era ficticia. Dondequiera que Ruth estuviera, allí estaba la realidad. Por eso, la velada que acababa de pasar con sus padres se había convertido en nada, y aquella habitación iluminada por una lámpara de aceite, con su gran cama, los muebles anticuados, las cortinas blancas flotando en las ventanas, era el centro de toda realidad. Ruth se inclinó

sobre la lámpara para apagarla, y William vio el terso contorno de su rostro repentinamente iluminado, y otra vez hermoso. Sus facciones volvían a ser suaves. Involuntariamente, William las comparó con las que acababa de ver hacia unos momentos cuando pegaba a Hal. "Podía ser increíblemente dura —pensó William— incluso cruel. ¿Era aquélla la base de su ser?" Ruth apagó la luz, se deslizó en el lecho y William sintió la suave firmeza de sus muslos contra los suyos. Ella pasó la mano por detrás de la cabeza de su marido.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó, y su voz sonaba en la oscuridad con la dulzura de siempre.

—Había unos amigos allí —dijo él, evasivamente. Nunca le hablaba de estas perturbadoras visitas a su casa. William se alegraba de que su mujer no le hiciera preguntas, porque temía la prolija explicación que tendría que darle si intentaba hacerle comprender el efecto que producían en él.

—¿Está bien tu familia? —preguntó. Durante todos aquellos años, Ruth no había querido ver a los padres de William.

"Tu madre y yo no nos entenderíamos —le había dicho; y había añadido—: Las dos estamos orgullosas de nuestro modo de ser. Ella no cedería y yo tampoco; por lo tanto, estamos mejor separadas." Él no le había objetado nada.

—Sí, están bien —respondió. Ruth bostezó y guardó silencio durante

unos minutos. Estaba cansada, después de un día de actividad, y podría haberse quedado dormida instantáneamente. Su única sensibilidad la despertaba él. Ruth sabía, después de aquellos años, que siempre volvía distinto cuando iba a ver a sus padres. Aquella noche también estaba diferente. Lo sentía en la forma como descansaba a su lado; su cuerpo yacía junto al de ella, y él parecía ignorarlo. Aquella indiferencia la hacía sentirse celosa; y, sin embargo, siempre volvía a ella, siempre volvería; ahora lo sabía, aunque cuando era joven solía temer que algún día quizá no volviese. Solía preguntarse si había amado a alguna mujer distinta de ella, una mujer de su clase. Tanto lo había temido, que nunca se atrevió a preguntárselo. Ahora ya no importaba lo que hubiese hecho antes de conocerla. Le pertenecía. No quería saber qué había ocurrido antes.

—¿Qué te pasa? —dijo. Se separó de él.

—Ruth, mi padre cree que debo marcharme.

Durante un momento, mientras penetraba en el significado de las anteriores palabras, no pudo contestar. Su cuerpo, herido en su ternura, quedó paralizado por el terror. Allí estaba lo que siempre había temido. Si la dejaba vería cuánto había perdido al casarse con ella.

Recordaba, celosa, una fotografía de la casa paterna de William que él le había enseñado y de la que ella se había burlado abiertamente.

—Me horrorizaría tener que hacer la limpieza en ella —había dicho—; es como un hotel.

Y esperó a que William dijera con indiferencia:

—También me gusta esta granja.

La mayoría de las veces le creía porque la suya propia le parecía la única forma buena de vivir, ya que no conocía otra. Pero en ocasiones recordaba que él había crecido en aquella casa de Nueva York.

—¿Por qué cree tu padre que debemos ir. nos? —dijo Ruth, al cabo—. No estás enfermo, William. Además, ¿adónde iríamos, y cómo podríamos marcharnos ahora que va a empezar la trilla? —preguntó, con la garganta seca.

—Mi padre cree que debo marchar solo —replicó él.

—¿Para qué? —preguntó, irritada contra su suegro.

—Cree que mi trabajo se atrofia, y que necesito algo nuevo. —Comprendía que le hacía daño, pero se sentía con más fuerza para hacérselo que en días anteriores, a causa de lo sucedido con Hal. No podía olvidar con cuánta resolución había levantado la correa tres veces, mientras él, protestando con todo su ser, tuvo que contemplar lo que no podía evitar. No podía perdonarla ni siquiera en parte, porque había hecho su voluntad en contra de la de él, pero primordialmente porque le había demostrado que podía ser cruel.

—Si me dejas, no volverás nunca a mí.

—Sí, volveré —afirmó—; claro que volveré.

—No, ya lo sé yo —dijo Ruth.

Casi había dejado ya el acento de Pensilvania, pero cuando estaba profundamente desasosegada volvía a emplearlo; entonces William se sintió ligeramente conmovido.

—No seas tonta, queridísima —dijo cariñosamente.

—Cuanto hago es por ti —repuso ella.

Apenas me importa nada más. Si tú lo has dejado todo por mí, también yo lo he hecho por ti.

—Pero Ruth, estás haciendo una montaña de nada. La mayoría de los artistas viajan por todas partes, y sus mujeres lo pasan muy mal. Yo creo que he sido un marido muy fiel —dijo intentando bromear.

Y sintió que aquella mujer fuerte y prudente y de edad mediana, que era su esposa, temblaba de una manera extraña.

—¡Pero, querida mía! —exclamó; y, volviéndose, la tomó en sus brazos extraordinariamente conmovido por una ternura desacostumbrada, porque era amparadora. Jamás Ruth había necesitado amparo—. ¡Pero, chiquita mía! —murmuró William. Era la primera vez que la llamaba así.

Entonces Ruth comenzó de pronto a llorar y a verter una parte de su alma, que él nunca había conocido.

—¡Oh, ya sé que es por culpa mía por lo que quieres marcharte! No soy bastante buena para ti. Por eso quiere tu padre que te marches. Ya sabía, cuando me casé contigo, que no debía haberlo hecho. Yo debía haberme casado con alguien de mi clase, a quien hubiera ayudado y no hubiera hecho daño. Me he esforzado procurando compensarte, tratando de tenerlo todo como tú lo querías, y ni siquiera; me he preocupado de satisfacer mis deseos. ¡No es justo que me abandones!

—¡Cálmate! —susurró William—. Te oirán los niños.

—¡Oh, no me importa!

Ruth seguía llorando. William la estrechó entre sus brazos, pero fue lo bastante fuerte para no prometer que no se marcharía. Se sentía profundamente emocionado, pero no quería que ella notase hasta qué punto.

En realidad, casi él mismo no lo sabía. Su padre también le había conmovido, y si era éste o Ruth quien más le conmovía no lo sabía aún. E nuevo día lo diría. Cuando hubo llorado lo bastante y esperado en vano a que él prometiera que no se marcharía; cuando comprendió que su esposo no prometería nada, Ruth se sintió horrorizada. Y, movida por su terror, su pasión clamaba de la manera más profunda que sabía por la posesión de él.

—¡Oh, quiéreme! —susurró anhelante—. ¡Quiéreme... quiéreme...!

Pero William no hizo promesa alguna. Se mantuvo aferrado a su decisión de que esperarla la mañana y sólo por la mañana decidiría. Al contemplarla en aquellos instantes, tierna y hermosa, le era imposible olvidar su dura

contra Hal. Durante un momento, se le hizo odiosa, y fue un momento lo bastante largo para que él se viera ya separado de ella.

Ruth permaneció despierta largo rato después que él se hubo dormido. Él estaba cambiado y ella asustada. Siempre lo estaba cuando su humor sufría la menor alteración. Ella desconocía su pensamiento, no podía conocerlo; pero conocía absolutamente su cuerpo, y por éste medía el contento de su alma. Cuando William comía, bebía y dormía; cuando iba a ella, henchido de pasión, entonces se sentía complacida. Íntimamente, no podía considerar que su trabajo lo fuera en verdad. Vendía varios cuadros al año, pero obtenía sólo lo suficiente para cubrir sus propias necesidades. Ella sacaba de la granja el sustento de todos; y lo hacía con orgullo también, sabiendo que mucha gente la compadecía por tener un marido que no podía proveer para la familia. A éstos encontraba la forma de decirles lo que había prohibido decir a sus hijos.

"El padre de William es muy rico. William será rico cuando el viejo se muera."

Así, la piedad de la gente se templaba con esta posibilidad, y con un curioso respeto además, por cuanto no comprendían nada acerca de los artistas. Contemplaban sus cuadros, preguntándose asombrados por qué había escogido un sendero cubierto del barro de la inundación primaveral para trasladarlo al lienzo.

"Como si no hubiera cosas más agradables", murmuraban.

Y Ruth misma sentía respeto y menosprecio por la pintura de su marido. Ella sabía, empero, que él tenía que pintar para ser feliz, incluso ella estaba más tranquila cuando él empezaba un nuevo cuadro, porque entonces era feliz. Siempre se sentía animado y esperanzado cuando empezaba un nuevo cuadro. Entonces trabajaba con ahínco, y cuanto más trabajaba menos esperanzas tenía. Ruth había llegado a temer la terminación de un cuadro, porque entonces William se sentía insatisfecho, estaba inquieto, y cuanto ella pudiera decir, era inútil.

—A mí me parece que es tan bueno como los otros —dijo Ruth aquella mañana. Ella no veía gran diferencia entre sus distintos cuadros.

—¡Oh, Ruth! —se quejó él, y entonces ella comprendió que tampoco aquella vez había acertado. ¡Era tan difícil saber lo que él quería que le dijera!

Sólo podía curar su inquietud con su amor. Había soportado muchos días esperando la noche. Pero aquella noche, por vez primera, el amor no había bastado. Incluso entonces, en sueños, se apartaba de ella. Y siguió pensando objetivamente, a pesar de su temor.

"Hoy se le han puesto en contra demasiadas cosas. Ha terminado el cuadro; ha ido a visitar a su familia, y, luego, al llegar a casa... Y nunca puede entender nada respecto a Hal. Tendré que calmarle de alguna manera, mañana."

Se volvió con cuidado y pasó su brazo sobre el cuerpo de William. La luna se levantaba tarde y brillaba en la habitación y Ruth podía ver la forma de su esposo a la pálida luz. Le contempló cariñosamente. ¡Cuánto le quería! No tenía importancia que no hubiera aportado lo suficiente ni la hubiera ayudado con los chiquillos. Siempre podía recurrir a Henry Fasthauser para aquellas cosas de la granja que ella no sabía. Éste había comprado la granja contigua y era buen vecino, aunque se había casado con una pobre chica que no servía para nada, pues no podía ni tener siquiera limpia la casa, ni darle un hijo sano.

—Tú y yo debíamos habernos casado, Ruth. Estaba cansada de oírsele decir cuando discutían la siembra o la conveniencia de arar teniendo lluvia.

—Cállate, Henry —decía, siempre de la misma manera.

—Es la verdad —le había dicho Henry el día anterior—; el inútil de tu marido y la inútil de mi mujer...

—Cállate —le había contestado Ruth otra vez.

Nunca le habría sido posible querer a aquel muchacho rudo y achaparrado; nunca, después de haber visto a William. Y ninguna mujer pudo amar a William más que ella. ¡Ah, otras mujeres quizá le amarían; otras mujeres como las que había visto hacía tanto tiempo en Nueva York! ¿Sería una mujer quien ahora le hacía desear marcharse? Tenía que ser así, porque sólo una mujer podía hacer que su cuerpo permaneciese frío al contacto de ella. Había oído a otras esposas decir hablando entre sí: "Cuan, do no quiere lo de costumbre, entonces mirad a vuestro alrededor y veréis lo que pasa."

Le dolía el corazón de celoso amor. ¡Ah, las otras podían mirar a su alrededor y ver! Pero, ¿qué podía ver ella? William había ido a vivir con ella como un ángel del cielo; y, si se marchaba, ¿cómo iba a seguirle?

—Querido mío... —susurró.

William le daba nombres cariñosos, pero aquellas palabras eran todo cuanto ella podía decirle. Y cuando las hubo pronunciado sintió di corazón henchido de amor y casi sofocado. No le dejaría marchar.

Al día siguiente, domingo, sentados a la mesa para desayunar, esperaban a Hal. Las chicas, vestidas con sus ligeros trajes de muselina, estaban preparadas para ir a la escuela dominical, y Ruth llevaba su traje de hilo crudo y un delantal para no mancharlo. William no quería ir nunca a la iglesia. Le gustaban aquellas mañanas del domingo en la granja cuando estaban fuera. Aquella mañana se había despertado con la idea clara de la decisión que le aguardaba y se sentía contento de las horas de soledad que tenía por delante. Aquella mañana tomaría una decisión. Contemplaba con calma la posibilidad, que se afianzaba a medida que se levantaba el sol, de seguir el consejo de su padre y marcharse.

"Si he de estar satisfecho con lo que tengo —pensaba— he de saber, al menos, lo que puedo obtener en otra parte."

Ruth, como siempre, se había levantado temprano y bajado a la cocina, dejándole dormido. Estaba, pues, solo en su habitación, pero la casa

vivía a su alrededor. Alrededor se dio cuenta de que gustaba... Era segura, cómoda, bonita en su sencillez. Olía, en aquellos momentos, a tocino y a café y oía las voces de los chicos apagadas hasta que él hiciera su aparición.

Acostado en el amplio y antiguo lecho se sentía libre y despreocupado. Había roto una ligadura. La noche anterior lo comprendió así. Por vez primera en su vida de matrimonio, no fue él quien se había vuelto importuno hacia Ruth, sino ella hacia él. Había una diferencia tan profunda en este hecho, que no pudo comprenderla de momento. Le dejaba en libertad de considerar hasta la más remota posibilidad lo que su padre le dijera. Si éste le hubiera dicho que ya era tiempo de que volviera al mundo al que pertenecía, lo hubiera negado, irritado. Pero dijo que ya era hora de que volviese a sí mismo... antes de que fuera demasiado tarde. Lo que debía considerar no era un mundo, ni otro; era su propia personalidad. La noche anterior, aquella personalidad había surgido como un fantasma.

Por fin se levantó. Por tarde que fuese, Ruth siempre quería que los chicos esperaran a su padre. Era una de sus pequeñas manías; todos tenían que sentarse a la mesa juntos.

—Las familias no deben comer de cualquier manera —decía siempre. Pero Hal no estaba allí todavía.

—¿Dónde estará el chico? —preguntó Ruth, impaciente—. Mary, corre arriba y llámale.

—Estará molido después de lo de anoche —dijo William, intencionadamente. Se sentó, Jill le imitó y luego Ruth. Ésta no le contestó ni le miró.

—¿Por qué no le dejamos dormir por una vez? —prosiguió él.

—No hizo nada ayer para estar cansado —replicó Ruth.

Al cabo de un momento oyeron un agudo grito de Mary.

—¡Madre! —gritaba.

Ruth se puso en pie de un salto y corrió al vestíbulo y luego a la escalera.

—¿Qué ocurre? ¡Vamos a ver! —murmuró William. Se levantó y siguió a su mujer, con Jill pisándole los talones. Oían voces arriba.

—¡No está aquí! —dijo Mary, horrorizada.

—¡Tiene que estar! —exclamó Ruth.

Estaban en la habitación de Hal cuando William llegó. La cama estaba sin deshacer. Ruth abrió la puerta del armario donde Hal guardaba sus ropas. Estaba vacío.

—¡No puede ser tan loco! —gritó. Pero su cara estaba como la nieve, y sus labios, azulados.

—¡Miraré si está su bicicleta! —gritó Jill, y corrió escaleras abajo. Los demás esperaron arriba. Al momento volvió.

—No está —dijo.

—¡Ah, el muy loco! —gritó Ruth. Sus ojos recorrieron la habitación buscando una carta de su hijo; pero no había nada.

Bajaron y William intentó pensar en lo que debían hacer.

—Debemos avisar a la Policía en seguida —dijo a Ruth.

Pero ella tenía el temor de todos los campesinos a la Policía y a la atención pública. Además, empezaba a sentirse irritada con Hal» al comprender lo que había hecho.

—Volverá por la noche —dijo—. Fijaos en mis palabras: cuando tenga hambre, volverá.

Pero ninguno de ellos pudo ir ya a la iglesia. Ruth subió a ponerse su ropa de casa, y cuando las niñas le pidieron permiso para quedarse, se lo permitió.

Permanecieron todo el día juntos, ocupándose en diversas tareas. William no podía pintar; pero, a fin de estar ocupado, limpió su maleta y su caja. Acercó una pequeña mesa junto a la ventana alegando que allí tendría más luz, pero en realidad porque desde allí podría ver la carretera.

—Los chicos se escapan de casa con mucha frecuencia —dijo a Ruth animadamente.

Pero cuando él era muchacho jamás había pensado en escaparse. Había pasado obedientemente de un día a otro, sometido al régimen que su madre impusiera para su educación. Entonces se le ocurrió que, en realidad, se había escapado aquel día en que por vez primera vio a Ruth. Su instinto, tan largo tiempo sometido, se había acumulado en un gran salto que había durado hasta ahora. Así es como sus padres le consideraban; lo sabía. Ellos creían, seguramente, que él retornaría algún día a su lado.

—Es mejor deshacerse del impulso cuando se es joven —le dijo a Ruth sentenciosamente, sin explicarle lo que había estado pensando.

—Hal no tenía motivos para escaparse de casa —dijo ella brevemente.

Sacó brillo a los muebles; fregó las escaleras y subió a limpiar la buhardilla, porque desde las ventanas superiores podía verse a gran distancia. William subió con ella a mirar los grandes montones de viejas revistas. No le hizo ningún reproche sabiendo, como si ella se lo dijera con palabras, cómo se reprochaba a sí misma. Y sus mismos reproches empezaron a anonadarla al avanzar el día a su ocaso. No tenía que hacérselos sentir con mayor fuerza. Su irritación se desvaneció bajo el peso de su pena, y, al llegar la noche, temblaba aterrorizada. Jamás la había visto William tan abatida como cuando las sombras cubrieron el camino y el muchacho no regresaba a su casa. Se volvió hacia él en la buhardilla que había dejado perfectamente limpia y se apretó contra su pecho.

—Soy una mujer mala y dominante —suspiró—. No le pegué para bien suyo, ayer... Lo hice porque estaba loca contra él, y Dios me lo ha quitado para castigarme.

William desnudó su corazón de cualquier otro sentimiento que no fuera aquella ola de un nuevo amor protector que sentía por aquella mujer acobardada, que se apretaba contra él, mientras la estrechaba fuertemente entre sus brazos.

—¡Tonterías, cariño! —la consoló, acariciándole el pelo y apoyando la mejilla contra su frente—. No hemos empezado a buscarle todavía.

Sabía que era inútil argüir con ella en cuanto a Dios. Su cómodo racionalismo jamás había perturbado la creencia de Ruth en un Dios inexorablemente justo.

—Avisaremos a la Policía —continuó—. Cuenta con toda clase de procedimientos para encontrar a las personas perdidas. La llevó a la planta baja y la hizo sentar en la mecedora de la sala. Descansa un poco —le dijo—. Has trabajado mucho durante el día, apenas has comido y has estado muy preocupada. Y luego fue a telefonar a la Policía.

Se sintió muy conmovido cuando tuvo que decirles cómo era Hal, para su edad: cabello castaño rojizo y ojos castaños; pecas en la nariz; mejillas encarnadas y labios carnosos—"Como su madre", casi había dicho, deteniéndose a tiempo. Regresó al lado de Ruth, con los labios temblorosos. Tenía ella la Biblia familiar sobre las rodillas y los ojos clavados en ella.

—¡William! —exclamó—. ¡Ha escrito en la Biblia!

Se dirigió hacia Ruth y miró por encima de su hombro. Allí, con la escritura infantil de Hal, debajo de la fecha de su nacimiento, aparecían estas palabras: "Se marchó de casa el 13 de julio de 1913."

—¡Cogí el libro para buscar ayuda en él —sollozó Ruth— y me he encontrado esto!

El pesado libro se deslizó hasta el suelo mientras ella sollozaba fuertemente. Arrodiándose junto a Ruth, William la sostuvo mientras lloraba.

Durante un mes, la Policia buscó por todo el Estado, y por todo el Estado, un muchacho de ojos y cabello castaños. Durante seis meses y luego un año buscaron por todo el país, pero no lo encontraron.

William no se apartó del lado de Ruth ni un solo instante. Si pintaba en el altozano y ella no salía de la cocina, bajaba él y la buscaba por toda la casa hasta que daba con ella.

—¿Estás bien, queridísima? —solía preguntarle.

—¡Pues claro que sí, William! —contestaba siempre ella, con voz tranquila.

Pero él sabía que quería decir que estaba todo lo bien que podía hasta que encontraran a Hal. Íntimamente, temía William, y hasta algunas veces lo creía, que Hal hubiese muerto, pero jamás se lo dijo a Ruth. Ella siempre hablaba de él como de una persona viva. Nunca, ni aun en lo más recóndito de su corazón, admitió la posibilidad "de su muerte. Tenía su habitación preparada para cuando volviera; aireaba las ropas de la cama y las sábanas de cuando en cuando, como si el muchacho hubiera dormido en la cama. Algún día entraría con su traviesa sonrisa en los labios. Ruth sonreía pensando en ello.

—¿De qué te ríes, madre? —preguntaba Jill. Había crecido con gran rapidez desde que se marchara Hal. Sus emociones se habían despertado al darse cuenta del sufrimiento que reinaba en la casa. Incluso había cambiado sus modales y su hablar, imitando a su padre Oa aquel nuevo sentimiento de sí misma.

—De nada —respondía Ruth. Pero en su interior estaba muy cambiada, aunque parecía la misma exteriormente. Se hizo más cariñosa que nunca con William; pero era más áspera con las niñas. En algunas ocasiones se mostraba tan brusca con ellas, que William no podía soportarlo; pero no la censuraba como hiciera el día en que pegó a Hal. Porque Ruth jamás había olvidado aquellas reconvenções. Algunas veces se despertaba William y, sintiéndola despierta junto a él, le preguntaba:

—¿No puedes dormir?

—Estoy pensando —decía ella. Aquello quería decir, siempre, que pensaba en su hijo—. ¡Si hubiera hecho lo que tú me dijiste aquella noche! —decía con pena—. ¡Si hubiera apartado mi mano!

—Ruth, no debes pensar una y otra vez en aquella noche —le dijo William en una ocasión—. Además, el chico no estaba disgustado contigo. Recuerdo que me impresionó porque se mostraba tan... tan comprensivo de la razón que te hacía castigarle.

—¡Por eso me dejé! —gimió Ruth—. Si hubiera estado furioso, se le hubiera pasado, y todo hubiera seguido bien. Pero se fue a la cama, y pensó que él era de una manera y yo de otra, y que nunca nos avendríamos.

William se asombraba de la perspicacia de su esposa. ¿Había sido Hal en realidad tan listo? Apenas podía creerlo en un muchacho tan atolondrado. Pero quizá fuera así.

—Si él te comprende tan bien como tú supones, sabrá cuánto le querías y volverá a casa de nuevo. Querida Ruth, mujercita querida, no te apenes. ¡Te necesito! —La apretó contra él—. Querida, ésta es la mejor parte de nuestras vidas. Si no somos felices ahora, ¿cuándo vamos a serlo?

—Tú nunca has querido a Hal como yo —dijo ella.

—Me parece que esto es verdad —repuso William—. Creo que no he querido a ninguno de nuestros hijos tanto como tú. Pero quizá te he querido a ti más que tú a mí. Toda mi capacidad de amar la he gastado queriéndote.

Ruth le escuchaba y se asustó como siempre que hablaba con palabras que a ella le parecían ininteligibles.

—No sé cómo nadie podría haber querido más a un hombre —dijo.

Encontraba siempre tan difícil decirle directamente que le quería, que él se sintió súbitamente impaciente. Se sentó en la oscuridad y se inclinó hacia su mujer.

—¡Di que me quieres!

—¡William, no seas tan...!

—¿Me quieres o no, Ruth?

—Claro que te quiero.

—¿Por qué no me lo dices, pues? Yo te lo digo diez veces al día.

—No hay necesidad de traducirlo en palabras.

—¿Crees, pues, que yo sólo pronuncio palabras, que no siento afecto sincero hacia ti?

—No, pero...»

—Entonces di: "William, te quiero."

Ruth contestó con voz temblorosa.

—¡No hay mujer en ninguna parte que tenga tanto que hacer como yo! La casa, la granja, los niños... todo el trabajo recae sobre mí.

—¡Quieres decir que no te sirvo para nada!

—No, pero no eres como los demás hombres de por aquí.

—Lo que quieres decir es que no soy como Henry Fasthauser.

William se asombró de sus propias palabras. No estaba en absoluto celoso de Mary. Hacía años que sabía que Ruth se dirigía a él para pedirle consejo sobre asuntos de la granja. Pero el hombre era un zoquete, rechoncho y burdo, y tan estúpido que sólo por desdén no podía sentirse celoso William. Nunca veía a Henry Fasthauser sin sentirse complacidamente consciente de su propia figura, esbelta y ágil, y de su espeso cabello que empezaba a volverse gris.

Ruth respondió con dignidad. Su voz era firme.

—¡William, me avergüenzo de ti! Sabes que soy una mujer que piense en ningún hombre que no sea mi marido.

El se amansó al instante. Apoyó la mejilla en el pecho de su esposa. —Ya lo sé, Ruth.

Ella sentía que el corazón le latía apresuradamente, pero no quiso abrazar a William.

—Si piensas así de mí —continuó Ruth—, nada de cuanto he hecho por ti tiene valor alguno. Arreglo la casa a tu gusto. Nunca preparo un pastel o amaso el pan sin pensar: "Es para William." Día y noche éste es mi pensamiento.

En todos los años que habían vivido juntos no había dicho ella tanto.

—Ya lo sé —susurró William—. Queridísima, no digas más. Comprendo. Soy razonable. Tú me lo das todo.

—Es lo que quiero —dijo ella—; pero si son palabras lo que quieres, también...

—¡No, por favor, querida... no digas más! —Si son palabras lo que quieres —repitió ella decidida—, pues entonces... —siguió con dificultad. Al ver a Ruth tímida y avergonzada, William sufría. Ella concluyó—: ¡Te quiero!

Era como si se hubiese infligido una herida por causa de él; y él, poniendo las manos debajo de su pecho, la notó sudorosa... Pero se sintió también lleno de alegría y emoción. La había obligado a decirlo. Se lo había arrancado a la fuerza; arrancado a su silencio. La había hecho llegar hasta él.

—¡Ah, cariño!

Aquella mujer de edad mediana, reservada y atareada con su casa y sus hijos, era tímida como una niña, y sólo él sabía que lo era... * Encendió la lámpara junto a la cama y le arrancó el camisón cerrado hasta el cuello. ¡Era tan hermosa en su plenitud, tanto o más hermosa que en su juventud primera!

En paz, a medianoche, se alegró en su corazón. Pensó que en una ocasión había intentado dejar aquella casa para vagar por la tierra en busca de... * ¿De qué? Entonces había creído que en busca de sí mismo. Pero, de haberse marchado, se hubiera dejado a sí mismo atrás. No la había dejado el día en que Hal se escapó, porque no pudo. En aquel momento sabía que jamás podría abandonarla. Porque no quería; porque era su vida...

Transcurrieron dos años más sin una palabra, sin un rumor, sin una tarjeta de Hal. William estaba convencido ya de que el muchacho había muerto, pero nada dijo a Ruth. Mary y Jill casi habían olvidado cómo era su hermano. Sólo sabían que su padre creía que había muerto y su madre no.

—¿Qué te parece? —le preguntaba Jill a Mary.

—Yo pienso como "Mam" —decía ésta.

—Pues yo como padre —decía Jill.

Jill quería pensar en todo como su padre. Le adoraba y temía siempre no ser lo bastante solícita para complacerle. Hubiera querido ser bonita. Ni ella ni Mary lo eran realmente, pero Mary era más lista. Quería ser hermosa por su padre, porque sabía cuánto apreciaba la belleza de su madre. En algunas ocasiones, en mitad de una comida o cuando estaban por la noche alrededor de la lumbre, William solía decir:

—Ruth, eres guapísima.

Todos la miraban entonces y veían cuán hermosa era, su cabello castaño rizado alrededor de la frente, sus orejas pequeñas, sus mejillas sonrosadas y sus ojos azules; al sentir todos los ojos clavados en ella, enrojecía hasta el cuello.

—Callaos todos —decía—. William, debieras saber lo que haces.

—¿Qué? —preguntaba él riendo.

—¡Delante de las niñas! —exclamaba Ruth.

—¡Pero si saben que eres bonita!

—No quiero decir esto —decía ella enrojeciendo más todavía.

—Entonces, ¿qué?

—¡Oh, William! —Siempre se le paralizaba la lengua cuando él la obligaba a explicar lo que quería decir. Y entonces proseguía él para fastidiarla:

—¿Quieres decir que no deben saber que estoy enamorado de ti? Pues deben saberlo...

es bueno que lo sepan. Deben empezar a saber lo que es estar enamorado.

—¡William! —Sólo cuando la voz de Ruth adquiría un tono de angustia dejaba de embromarla.

Pero no sólo era broma. ¡Ah, Mary y Jill lo sabían! Pero Mary siempre estaba de parte de su madre. Después solían comentarlo.

—Papá no debería hablar así. A ella no le gusta —decía Mary.

—¡A mí me parece delicioso! Otros hombres son tan estúpidos... ¡Mira a ese gordo de Henry Fasthauser! Apuesto a que nunca habla más que de vacas y maíz.

—Elie dijo que también estaba enamorado de "Mam" —dijo Mary picarescamente. Elie era la mujer de Tom.

Los grises ojillos de Jill se clavaron en su hermana.

—¿Quieres decir... que él podría haber sido nuestro... padre?

Mary asintió.

—¡Oh, Mary, hubiera sido horrible! —gritó Jill.

—No lo hubiéramos sabido.

—¡Ah, yo sí! ¡No tener a nuestro verdadero padre!

Pero, íntimamente, Jill nunca estaba demasiado segura de que William fuera su padre. Se examinaba tristemente ante el espejo por ver si descubría algún parecido con él. Pero no veía ninguno.

—¿No nos parecemos ninguna a papá?

—preguntó un día a Ruth mientras fregaba los platos.

—Sólo Hal —dijo su madre brevemente—, Pero nada más que en el aspecto... En realidad no era como él.

Pero ninguno de ellos estaba preparado para el asombroso parecido de Hal a William, cuando un día apareció aquél, de repente, en la media puerta holandesa abierta de la habitación que William convirtiera en comedor. Era un sábado por la tarde y estaban cenando. Nadie hablaba en aquel momento; Ruth cortaba una tarta de cerezas cuando una voz perezosa habló:

—¿Hay un poco de comida para un vagabundo?

Todos levantaron la vista. Un joven estaba asomado en la puerta. William se sintió desfallecer. ¡Aquella cara... le era más conocida que la que contemplaba todas las mañanas delante del espejo Ruth dio un agudo chillido por vez primera en su vida.

—¡Hal!

Hal pasó una larga pierna por encima de la puerta y luego la otra.

—¡Oh, Hal! —Ruth intentó incorporarse y cayó otra vez con el rostro pálido como la ceniza. De pronto rompió a llorar. William se levantó de un salto.

—Cuidad de vuestra madre, niñas —gritó.

Alzó su vaso de vino y lo llevó a los labios de Ruth.

—Deberías avergonzarte —dijo, irritado, a su hijo—. {Presentarte así de repente ante ella después de todos estos años!

Se sentía repentinamente rabioso con Hal por todo; por el dolor que había causado en la casa; por volver y causar a Ruth aquel desasosiego, y, sobre todo, lo sentía por ser su hijo tan semejante a lo que él había sido hacía treinta años. ¡Ah, estaba muy disgustado!

—¡Deberías de avergonzarte, William! ¿Qué importa nada ahora? ¡Oh, Hal, has vuelto a casa!

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Ruth. Se separó del brazo de William y tocó con la mano la mejilla de Hal, que la acarició con la suya.

—Claro que sí, "Mam". Tú sabías que algún día volvería. Porque, "Mam", yo no podía marcharme para siempre.

—Podías haber mandado una carta diciéndoselo —dijo William secamente.

El muchacho era más alto que él y muy guapo. ¿Había sido él tan guapo cuando joven? Recordó un día ya olvidado en que Elise le dijera con

su claridad: "Eres demasiado guapo para que seas bueno, William. ¿Qué te ocurre?"

—¡Ah, sí! No tengo buena mano para la escritura —se rió Hal—. Siempre pensaba escribir y, sin saber cómo, nunca llegaba el momento.

—Hal, ¿dónde has estado? —exclamó Ruth.

—En todas partes —dijo él—. Pero no me hagáis empezar antes de comer.

El pensamiento de que su hijo tenía hambre volvió a Ruth a la realidad.

—Siéntate —ordenó—. Mary, Jill... traed un plato limpio y cortad carne.» y traedle lo que tengamos. Me alegro de haber hecho la tarta. También es tu dulce favorito, hijo. Cuando la hacía esta mañana pensaba en ti. Pero, ¡oh Hal, debieras habérmelo dicho! —Sus labios rojos temblaban de nuevo. Hal tenía la boca ∇ ; llena de pan, pero se detuvo y dejó de masticar.

—Ya lo sé, "Mam" —murmuró, y tragó—. Ya veo ahora que fue terrible lo que hice. Pero, ¡ah!, el tiempo pasa tan de prisa., y ¡ocurrían tantas cosas! —Tomó otro pedazo de pan.

—¿Qué te trae ahora a casa? —preguntó William. Se sentó otra vez a la cabecera de la mesa y su voz era severa. No podía remediarlo. Pero Hal le miró con ojos francos y limpios.

—La guerra, señor —dijo—. Vamos a la guerra.

Tres años había dicho Monty; pero había sido menos. Hacía casi tres años que la guerra empezara en un pequeño pueblo de Europa y se había extendido ya como un cáncer por todas las naciones. Pero aquella guerra jamás fue real para William, porque para él cuanto era realidad estaba allí en aquella casa, con Ruth. Echaba un vistazo un par de veces por semana a los titulares de los periódicos del condado, y algún domingo compraba el de Filadelfia. Sin ninguna preocupación especial

leyó una sucesión de nombres geográficos que le eran conocidos y que iban siendo ocupados por los alemanes. Había gozado en Alemania. Un viaje de un mes, a pie por la Selva Negra, había sido uno de sus grandes placeres. ¿Qué ocurriría si Alemania extendía sus fronteras? La guerra continuaba siendo para él una pantomima al otro lado del mundo, y los años pasaban por él como un arroyo de aguas claras. En aquel momento miró a su alrededor y, asombrado, vio su paso en sus hijos. Hal era un hombre y Mary una mujer; Jill, una chiquilla de catorce años. Se volvió hacia Ruth y el consuelo de verla le inundó. No había envejecido. Los años la habían perdonado. Su pelo era castaño como siempre y sus ojos, tan azules, estaban animados por la vuelta de su hijo.

—Esta guerra no es nuestra Hal —dijo William.

—Pudiera serlo —contestó el muchacho.

Su plato estaba lleno ante él y el tenedor también.

—No lo creo —dijo Ruth, y dejó su tenedor.

—De todos modos podría serlo —repitió Hal—. Por eso he vuelto a casa. Me voy voluntario.

—¡Hall

El grito de Ruth no pudo ser más agudo.

El muchacho alzó la vista; vio su cara y dejó el tenedor a su vez.

—"Mam", de todos modos me cogerían. Se va a implantar el servicio obligatorio.

—Pero esto no es razón para que te vayas

antes de que llegue tu turno.

—Sí, "Mam"; además, quiero ir. Siempre me ha gustado andar por esos mundos.

—¡Pero no a tu muerte!

Hal río.

—¡No voy a morirme, "Mam"! ¡No se muere uno a menos que una bala lleve nuestro número!

William intervino.

—Pero, ¿qué tienes contra los alemanes, Hal?

—Absolutamente nada —dijo Hal alegremente—. ¡No tengo nada contra nadie! Me voy para divertirme—. Se rió, y Mary y Jill, contagiadas por su irresponsabilidad, rieron con él. Pero Ruth y William se miraron gravemente.

—¿De qué os reís? —preguntó William con severidad.

Cesaron en su risa y miraron a sus padres. ¿Por qué estaban éstos tan solemnes?

—No es cosa de risa —dijo Ruth.

William se decía que Ruth volvería a ser la misma de antes en cuanto Hal se marchara. Procuraba ser paciente con ella; era una mujer que se preparaba para despedirse de su hijo, para meses, años, y con la sombra de un para siempre a la vista. Se avergonzaba de su propio impaciente deseo de que Hal hubiese ya partido; de que la casa y su vida volvieran al cauce de siempre, y procuraba ocultar su egoísmo a Ruth con la misma sensación de culpabilidad con que lo reconocía. Comprendió que se resentía de una manera absurda por aquella separación de Ruth; se sentía celoso de la atención que Ruth dedicaba a aquel muchacho alto, demasiado guapo, que era también su propio hijo. Quería echarlo de casa, separarlo de sus vidas y volver a tener a Ruth enteramente para sí. Deseaba, y su contrariedad aumentaba su impaciencia, que no riera tan complacida sus bromas estúpidas y sus extravagancias. Hal era bromista, molesto y fastidioso, y sólo Jill se daba cuenta de ello. William se sintió atraído por la cordura de Jill.

—Vamos a dar un paseo esta noche —dijo a su hija, en una ocasión, después de cenar.

El disimulo que se imponía delante de Hal le impacientaba. "¿Qué puede hacer un hombre —se preguntaba— cuando se da cuenta de que le desagrada precisamente el tipo de hombres a que su hijo parece pertenecer?"

El vulgar rostro de Jill se iluminó.

—Me gustaría muchísimo —dijo.

Cruzan el prado y siguieron por el sendero. William se conmovió al notar el anhelo con que ella se esforzaba en mostrarse sociable con él. Caminaba despacio, manteniendo el paso al unísono del caminar pausado de su padre, aunque el suyo acostumbrado era una especie de trote.

—¿Voy demasiado despacio? le preguntó William.

—¡Oh, no! —respondió Jill con fervor— ¡Me encanta andar despacio.» para que usted pueda contemplar el paisaje. A veces, cuando voy sola, ando despacio, porque así puedo verlo todo.

William encontraba difícil hablarle y tenía la seguridad de que a ella le resultaba más difícil todavía, aunque valientemente iniciaba un tema tras otro. Él la dejaba intentarlo porque se le estaba revelando. Nunca sintió curiosidad por sus hijos, y, sin embargo, comprendía instintivamente que aquélla era la única de los tres que merecía la pena de descubrir. Jill se quedó silenciosa, por fin, deprimida por el poco éxito obtenido en sus esfuerzos por distraer a su padre. Entonces él decidió asombrarla.

—Supongo que sabes que te quiero mucho... como persona, quiero decir, aparte de que soy tu padre —observó.

Jill levantó los ojos hasta él Con el rostro encendido por un gozo increíble. Así sería su aspecto algún día cuando el hombre que amase le

dijera palabras no muy distintas de aquéllas.

—¡Oh! —murmuró—. ¿De veras? —Se cogió de su brazo—. A veces lo pensaba. Porque nosotros... Mary y yo, quiero decir... pensábamos que quizá no. No es que no seas estupendo para nosotras, es que eres estupendo para— todos.

A William le divirtió aquello.

—No me comprometo más allá de lo que a ti se refiere —dijo—. Tengo por principio^ que uno no debe apreciar a una persona sencillamente porque se esté emparentado con ella.. No quisiera que pensaras que tienes obligación de quererme por el hecho de que soy tu padre. Lo soy por pura casualidad.

Habían llegado a la valla. A lo lejos, Henry Fasthauser llevaba sus vacas a pacer durante la noche en el prado.

—Ese amigo, por ejemplo, tiene tanto derecho a ser tu padre como yo; sólo que la casualidad no lo quiso así —continuó.

Ella se estrechó contra su brazo.

—Si el viejo Fasthauser fuera mi padre, me moriría —murmuró.

—No es más viejo que yo —murmuró.

—¡Tú no serás viejo nunca! —gritó Jill apasionadamente—. Tú serás siempre como eres ahora; el más guapo y mejor de todos los hombres que conozco.

El se rió.

—No te comprometas, querida mía. Dejo esto para el hombre que te aguarde tras cualquier esquina el día de mañana. ¡Puede que no se me parezca en absoluto!

—Entonces no le querré —declaró ella—. Tiene que ser como tú.

William rió de nuevo, reconfortado, divertido y conmovido; sentía ahora cierta curiosidad, muy poca, por aquella chiquilla que era su hija. Sus pequeños ojos grises le adoraban en el atardecer y su boca era tierna.

—Quisiera poder explicarte lo que siento. Tú eres diferente de todo el mundo. Me haces sentirme diferente a mí también. Porque yo no quiero ser sencillamente como los demás...porque eres mi padre. Estoy muy orgullosa de ti.

Él apretó la pequeña y cálida mano con su brazo.

—Algunas veces creo que no lo parezco mucho.

Jill no quiso admitirlo.

—¡Claro que lo pareces! Todos te admiran y... y piensan lo mismo que yo. Todos saben que eres... diferente.

William suspiró. ¡Diferente! Esa diferencia le apartaba de ellos. Repentinamente se sintió solo.

—Está refrescando. Volvamos con tu madre.

Y entonces, comprendiendo que aquella imprevista decisión sorprendía a su hija, acarició su mano ligeramente.

—Eres muy simpática, mucho. Pero sabía que ninguno de sus hijos sería nunca una parte de sí mismo. Entró en la casa gritando:

—¡Ruth! ¿Dónde estás? ¡Ruth... Ruth! —¡Aquí! —contestó débilmente desde la buhardilla.

William subió las escaleras y halló a su mujer arrodillada ante un baúl. Junto a ella ardía una vela en un platillo.

—¿Qué haces aquí arriba a estas horas? —preguntó—. Prenderás fuego a la casa con esa vela.

—Estoy vaciando ese baúl para Hal —dijo

Ruth

—¿Baúl? ¡No puede llevarse un baúl al campamento!

La mujer se sentó sobre los talones.

—¿No puede?

Estaba tan hermosa así arrodillada frente a él, con la luz de la vela iluminándola desde el suelo, que inclinándose, la cogió, la alzó y la atrajo hacia sí con fuerza.

—Estoy empezando a cansarme de todo esto —murmuró—. Ya es hora de que me prestes un poco de atención. —Sintió la mano de ella en su rostro, en su cuello—, ¿Para qué crees que me he casado contigo? —demandó; y la besó una, dos veces, furiosamente, delicadamente.

—No lo sé —dijo Ruth, riendo.

—No fue por los chicos —explicó William; sino por mí mismo. —Apretó sus labios en los de ella un momento. Después levantó la cabeza y la sacudió ligeramente—. Yo quiero una mujer que sea mi esposa —añadió.

—¿Y qué harían los muchachos? —dijo Ruth.

Se rió contemplándola.

—¿Qué tiene eso que ver contigo ni conmigo? —dijo, y bajó las escaleras.

Ruth sentía que sobre ella pesaban graves responsabilidades. Si ella pensara solamente en William, entonces ¿quién cuidaría de los chicos? ¿O de la granja? Pero de la granja tenía que ocuparse por causa de William. Si se hubiera casado con Henry no hubiera sido así. Sólo hubiera tenido que preocuparse de él. Pero también hubiera querido que le atendiera a él primero y no hubiese podido hacerlo.

"Me alegro de haberme casado con un hombre que para mí es siempre antes que todo —pensó—. Sería horrible verme obligada a darle la preferencia sin deseárselo."

Cuando bajó a su vez a la cocina, le habló ásperamente a Hal sin ningún motivo. Estaba éste junto al fuego sin hacer nada. Vio a William paseando en el jardín mientras fumaba su última pipa. Su figura se recortaba nítida por el último destello de un sol que ya se había puesto.

—Ve a encenderle la luz de la sala a tu padre —le dijo—. Hace humedad ahí fuera y entrará cuando vea luz.

En su habitación, las dos hermanas se preparaban para acostarse. De Jill dependía el que hablasen o no. Si ésta, hablaba, había charla; si no lo hacía, Mary se desnudaba en un silencio soñoliento, bostezando ligeramente a intervalos. Aquella noche, Jill guardaba silencio. Se desnudó rápidamente, se lavó la cara y se limpió los dientes, desató las dobladas trenzas y plegó las cintas encarnadas que las sujetaban. Se metió entonces en cama y tiró de las ropas» Mary tardó mucho más. Jill contemplaba la figura regordeta y linda de su hermana. Mary estaba enamorada de Joel Fasthauser, el hijo segundo del viejo Henry. Lo sabía porque Mary se lo había dicho. Sólo esperaba a que se le declarase. Habían discutido sobre aquello, y se preguntaba ya cuándo llegaría aquella declaración.

—¡Mary, tienes que decírmelo cuando se te declare! —había exclamado Jill—. ¡No serás tan mezquina que no me lo digas después de lo mucho que hemos hablado de esto!

Pero Mary enrojecía como una peonía y se negaba a prometer nada.

—¡Quizá no quiera decir, ni siquiera a ti, lo que él me diga! —decía.

—¡Esto es mezquino del todo!—replicaba Jill. Y hasta aquella noche lo consideró así. Sin saber por qué, ahora la comprendía, porque no

hubiera podido contarle a Mary que había tenido a su padre y lo que sentía; no precisamente por él, sino por alguien a quien nunca había visto, pero que se parecía a su padre. Alguien que sería igual a él, pero mucho más joven. Y en todo su ser sintió un ansia profunda, delicada, una aspiración de mejorarse, de engrandecerse, de parecer más inteligente, más hermosa.

"Debo hacer todo lo posible para prepararme para él", pensó... No para su padre, sino para aquel otro tan semejante a él, aunque mucho más joven; aquel otro que la buscaría ansioso.

"Jamás podría casarme con un hombre como Joel", pensó Jill. Pero ¿cómo decírselo a Mary?

Para William y Ruth, la guerra se personificaba en Hal. William se daba cuenta de esto; Ruth, no. La transformación tuvo lugar el último día que Hal pasó en casa. Nunca le habían visto vestir el uniforme. En casa usaba una camisa azul con el cuello abierto y unos pantalones cuyo color original había desaparecido hacía largo tiempo. Su pelo castaño-rojizo era tan hirsuto como cuando tenía diez años, y por casa andaba descalzo. Así se sentó a comer a la mesa el último día. No podía imaginárselo distinto de aquel muchacho indolente, sonriente y descuidado a quien le gustaba bromear con sus hermanas, y hasta con su madre. William dominó un impulso de rabia cuando Hal se inclinó hacia su madre y le tiró de una de sus pequeñas orejas.

—¡Deja tranquila a tu madre! —exclamó William de pronto.

Todos le miraron con sorpresa.

—No es forma de tratar a tu madre —dijo William con severidad poco acostumbrada. Veía el mismo asombro en los ojos de Ruth que en los de sus hijos—. Jamás hubiera ni soñado en tales familiaridades con mi madre.

—A mí no me molesta —dijo Ruth, asombrada—. Hal no lo hace por molestarme.

—Eso es, "Mam" —dijo Hal, sonriente—; excepto yo, creo que todos tenéis razón.

Habló con su voz perezosa y amable, cuyo sonido recogieron los oídos de William con una sacudida. Cuando Hal abandonó el hogar, tenía la voz temblorosa, incierta, de un niño. Ahora tenía una voz áspera, la voz de un hombre. De un hombre, William lo sabía, pero siempre extraño a él.

Después de comer, Hal fue a su habitación y se puso el uniforme. Debía partir al cabo de una hora escasa y tomar parte en un desfile en Hesser's Corners. Otros dos muchachos partían también para la guerra. Uno de ellos era compañero de Hal y el tercero amigo de aquél. Uno había incitado al otro a marcharse voluntarios.

—Los tres mosqueteros, ¿no? —había dicho William afablemente al oírlo.

—Eso es —había respondido Hal, sin comprenderle.

William contuvo su instintiva irritación. Hal, quien jamás se interesaba por un libro; Hal, que ni siquiera había echado una mirada a las estanterías que William había colocado por toda la casa, no conocía *Los tres mosqueteros*. ¿Por qué no decirlo? Poseía la astucia del campesino y cuidaba de no delatar su ignorancia. William se alejó de él.

—Es un libro, Hal; así que no creo que sepas de lo que te estoy hablando.

—Algo así creí que sería —dijo Hal sin admitir su error.

Ninguno de ellos estaba preparado para el nuevo Hal que surgió de su habitación. Ruth estaba ordenando la cocina después de fregar los platos. Jill había subido y Mary barría las migas esparcidas por el suelo del comedor. William estaba asomado a la puerta exterior juzgando la calidad de la luz crepuscular sobre el césped. Se abrió la puerta y la voz de Hal dijo:

—Bien, ¿qué os parece?

Todos se volvieron y William vio a su hijo como jamás le viera antes; era un extraño joven, aseado, elegante, bien plantado, con su nuevo uniforme, el cabello liso, cepillado, su tez sana enrojecida y limpia, sus anchos hombros cuadrados.

—¡Oh, Hal! —gritó Ruth. Avanzó con los ojos brillantes y tiernos posados sobre la figura de su hijo. No pudo menos de tocarle para asegurarse de que lo llevaba todo en orden, aunque de antemano sabía que era así. Luego le puso las manos sobre los hombros y le miró fijamente a los ojos. El le pasaba en altura toda la cabeza—. Sé bueno, Hal —le dijo. Su voz temblaba—. Recuerda cuanto te he dicho y sé bueno.

—Claro "Mam" —dijo Hal. Se inclinó y apoyó su mejilla contra la de ella—. "Mam", hueles tan bien... como siempre. De pequeño solía oler tus trajes colgados en el armario.

—¡Oh, Hal! ¿Te acordarás de ser bueno? —gimió Ruth.

—Te lo aseguro, "Mam" —dijo él.

Y de pronto William no pudo soportar por más tiempo el espectáculo del cariño de Ruth hacia su hijo, hacia aquel joven tan fuerte que estaba más cerca de ella que ningún otro, porque llevaba su propia sangre. Pensó que aquélla era la causa por la que los hombres tenían celos de sus propios hijos. Los hijos siempre tienen acceso al corazón de su madre, porque tienen la misma sangre; el marido es siempre un extraño por su sangre. Y la sangre es la que ata a las mujeres.

Se dirigió a Ruth y la atrajo suavemente hacia sí.

—Hal tiene que marcharse ya, Ruth —dijo—. Ya es hora de que nos vayamos todos si queremos ver el desfile.

Antes se había burlado indulgentemente del desfile, y no pensaba ir personalmente. Pero ahora decidió ir. Quería estar con Ruth hasta que Hal se marchara.

—¿Vas a ir, papá? —preguntó Hal.

—Después de todo, sí —dijo William.

—¡Magnífico! —gritó Hal.

William no respondió, consciente de la mala voluntad de su silencio.

—Estás muy bien, Hal —dijo por fin.

—No estoy mal del todo, me imagino —replicó Hal.

Y así fueron al desfile. Con un aire de escepticismo, William había contemplado la pequeña comitiva encabezada por la banda del pueblo que desfiló por la única calle. Ruth lloró y él la rodeó con el brazo en tanto seguía fumando su pipa; se dio cuenta de que Mary también pugnaba por contener las lágrimas. El rostro de Jill estaba tranquilo y William se creyó incapaz de adivinar los pensamientos de su hija. Vieron a los tres soldados marchar apiñados en el tren, y regresaron a casa. Fue Ruth quien rompió el silencio.

—Hal era más guapo que los otros, ¿verdad?

—Sí —respondió William.

Entraban en el sendero, y la casa, sólida y maciza, se divisaba al otro extremo. Algunas veces entraba aún en ella con cierto asombro, ¡Era en verdad extraño que un día, años atrás, por casualidad, hubiera llegado a aquella casa con mucho apetito a pedir un poco de comida y se hubiese luego quedado a comer para siempre!

Aquel incidente había trocado su destino, había modelado la vida de Ruth y creado las nuevas vidas de sus tres hijos, quienes a su vez continuarían ampliando las ondas de aquel incidente* Si la casualidad constituía tan claramente el principio de todas aquellas vidas, ¿quién podría preguntarse la razón de su ser?

—¿En qué pensabas, padre?

La fresca voz de Jill, que era su única belleza, le volvió en sí. La miró y desvió la mirada. En aquel momento, aun siendo joven y tan distinta, se parecía tanto al padre de Ruth durante sus últimos años, que el hecho le parecía espantoso. Los jóvenes nunca debieran tener los rasgos de los viejos. Debieran nacer sin parecido alguno. ¿Qué era aquello sino también la casualidad? Si se hubiera casado con Elise, la casualidad hubiera escogido al padre de Elise.

—¡William! —La voz de Ruth llegó a él desde lejos—. ¿No has oído a Jill?

William sonrió.

—Pensaba en si una nariz romana era mejor que una nariz de patata —dijo.

Los demás se miraron desconcertados.

—¡Padre, no es posible que pensaras una cosa tan tonta! —exclamó Jill.

—Pues así es —insistió William—. Y si no lo crees es que no sabes lo tonto que soy.

Las chicas se rieron, pero Ruth siguió seria. Su imaginación estaba lejos, como siempre que la conversación tomaba aquellos derroteros. La toleraba aunque era absurda, porque significaba que William se sentía feliz, y cuando era feliz ya no necesitaba cuidados. Podía fijar la atención sobre mil cosas de la casa que la requerían. Suspiró, pensando, como pensaba a menudo, que le hubiera gustado tener otro hijo que se diferenciara de Hal. Con frecuencia deseaba haber insistido en tenerlo. Pero William era tan raro con respecto a las criaturas... No comprendía que una mujer tenía que querer a sus hijos no antes que a todo, pero sí mucho, y ella no siempre podía dividirse en dos partes. De hecho, en cuanto a la materialidad del pensamiento y en el tiempo, tenía que dar más a sus hijos. Y sólo cuando William la asustaba se olvidaba totalmente de ellos por causa de él. Aún la asustaba, aunque nunca más había vuelto a hablar de marcharse. Tenía que agradecerse a la escapatoria de Hal. Suspiró otra vez pensando en todos aquellos años que Hal había estado lejos. ¿Qué había visto y qué había hecho? Procuraba ver la huella de esos años en su hijo, mas no parecían haber dejado señal en él. Había vagado de un lado para otro; había encontrado trabajo acá y acullá sin dificultad, a lo largo de la costa y en su regreso, sin permanecer largo tiempo en parte alguna. Hasta había estado un año en Alaska.

—¡Lo pasé muy bien! —había dicho Hal.

—Y te perdiste las enseñanzas de la escuela —exclamó ella, reprochándose.

Él la había mirado con sus traviosos ojos castaños.

—Pero aprendí mucho, de todos modos; —contestó, aunque no quiso decirle qué.

Bien; a pesar de todo, nunca había estado en la cárcel; aquello 10 había puntualizado claramente; y ahora estaba en el Ejército. Era el sitio más seguro para un muchacho como Hal. Los tienen ocupados y les explican cómo no contagiarse con las malas mujeres. No había que esperar que William hablara de aquello al muchacho, pese a que Ruth se lo había pedido. Sólo respondió:

—Jamás aprendí nada de mí... ¿Por qué ha de aprender esto?

Así, al marcharse su hijo, William sólo le había dicho que se portase bien. Lo otro ya se lo dirían en el Ejército.

Aquello recordó a Ruth, de pronto, que tenía que hacer cubrir a tres de sus vacas. Henry Fasthauser le había dicho que uno de aquellos días tendría un nuevo toro, y que si quería llevar las vacas él la ayudaría. Le ahorraría tener que alquilar un toro. Si hubiera habido en la granja un hombre para ayudarla, habría podido tener un toro de su propiedad. Pero se

las arreglaba con jornaleros en las épocas de la siembra y recolección, y con lo que las chicas podían hacer. Éstas la ayudaban mucho especialmente Jill. Se preguntaba a veces si William se daba cuenta de la cantidad de trabajo que había que llevar a cabo, aun cuando había arrendado la mayor parte de la tierra. Le miró. William silbaba ahora un aire que ella le había oído con frecuencia, aunque nunca podía recordarlo. Pensó que su marido se volvía más guapo a medida que envejecía. Hal había sacado su atractivo de su padre.

—¿Qué tonada es ésa? —preguntó Jill pasando su brazo por el de su padre.

—Mi corazón a tu dulce voz —dijo él.

—¿Pero qué es eso? —insistió ella.

—Sansón y Dalila —dijo él.

—¿Los de la Biblia?

—La misma pareja, pero fuera de la Biblia... Tengo que llevarte a la ópera un día de éstos.

—¿De veras? ¿Palabra?

Jill le apretó el brazo,

—Tal vez.

¿Qué efecto le haría volver de repente a Nueva York? Le ocurriría, seguramente, lo que a aquel viejo Rip van Winkle, que murió en seguida, al descubrir que el mundo había seguido su marcha sin él. Probablemente sintió haber despertado.

Una vaca mugió súbitamente en la noche.

—¿Por qué demonios muge esta vaca? —preguntó William. Detestaba las vacas.

Las dos chicas sabían lo que le pasaba a la vaca, pero por nada del mundo Ruth se lo hubiera dicho a William delante de ellas. Ni se lo hubiera dicho tampoco de encontrarse solos. A William no le gustaba ver a los animales en celo. Ella lo encontraba extraño, considerando que aquello formaba parte de la Naturaleza. Pero así era. En una ocasión, pasean, do los dos por el huerto, tropezaron con unos perros y él se apartó asqueado. Hacía sólo un momento que se habían estado haciendo caricias los dos y de pronto hasta aquel recuerdo desagradó a William.

—Un poco más bajo que los ángeles —dijo, sin que su mujer supiera qué quería decir. Pero todo tenía que ser exactamente como él quería.

Meditaba sobre aquello, en tanto que preparaba la cena. Todo tenía que hacerse con delicadeza para él. En algunas ocasiones, estaba tan fatigada al llegar la noche, que deseaba ser tomada con simplicidad, y dormirse. Pero había aprendido que aquello era imposible para William. La luz tenía que ser especial; ni muy brillante ni muy opaca; y tenía que concederle tiempo y no sentir sueño.

La vaca volvió a mugir en el silencioso crepúsculo y Ruth se volvió a Jill.

—Llévate esa vaca y ácala a un árbol al otro lado del huerto. A tu padre le revolvería el estómago con sus mugidos.

Y Jill corrió a obedecerla.

William había empezado de nuevo a trabajar con afán inusitado. Desde que Hal partiera, la casa parecía más cómoda y libre. Después de desayunar, William besó a Ruth y la dejó, dispuesto aquel día a trasladar al lienzo un cielo azul con nubes blancas sobre una franja de terreno de un verde brillante, con el detalle de una miniatura de casas y de campaniles, pequeños como muñecas. Así había visto el mundo al contemplarlo desde la ventana aquella mañana.

"He aquí el Universo —pensó—. Todo es cielo sobre una franja de verdor y casas de muñecas."

Pintando aquel universo en la colina, a espaldas de la casa, miró hacia abajo a media mañana y vio la pesada figura de Henry Fasthauser, que subía por el camino. Dejó los pinceles. Oyó que Henry gritaba y que luego le hacía señas para que bajara.

"¿Por qué no subirá el muy bruto?", pensó. Le fastidiaba dejar el cuadro en aquel punto. La pintura fresca se secaría y tendría que volver a

trabajarla. Pero no le quedaba más remedio. Henry seguía allí agitando violentamente los brazos en el aire. Sólo cuando vio que William empezaba a descender siguió dudando para salirle al encuentro. Cuando la distancia permitía que la voz alcanzase al oído, gritó y William oyó el nombre de Ruth... ¿Ruth? Echó a correr.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—¡Está muy mal! —gritó Henry.

Entonces William apretó a correr y, en un instante, los dos corrían juntos hacia la casa. William, ágil y delgado, adelantó al rechoncho y jadeante campesino.

—Esta mañana traje la vaca. Si yo hubiera; sabido, le hubiera llevado mi toro. No sé de ninguna mujer de estos alrededores que haga lo que ella tiene que hacer... Estaba tan indignado con William, que de una vez iba a decirle lo que pensaba de él, por dejar que una mujer llevara una vaca al toro. Ruth misma se había sentido abochornada.

—Si no fuera por tu ayuda, Henry, no podría hacerlo —le había dicho Ruth—. No contaba con que la vaca estuviera ya torionda. Si hubiese sido ayer, Hal hubiera podido ayudarme. Pero no empezó a mugir hasta la noche, y William no puede sufrir.»

—Dijo que usted no podía sufrir el ruido —le gritó a William a su espalda—; así que la traje ella misma, la pobre. No quería que lo hicieran las niñas, y Ruth ya sabe que puede contar conmigo.

—¡Maldito sea...! ¿Qué ha sucedido? —William se volvió furioso hacia Henry.

—¡Le ha dado una cornada, esto es lo que ha ocurrido! Le dije que se apartara rápidamente del corral del toro, pero no se retiró lo bastante aprisa. El toro la cogió por la espalda/ la volteó y la tiró al suelo con fuerza. Entonces la recogí yo.

—¡Oh, Dios! —gritó William.

Corrió á toda velocidad, como en sus días de colegial, colina abajo, a través del huerto y del jardín y por la cocina. No se oía el menor ruido en la casa.

—¡Oh, maldición! —gritó con desesperación otra vez—. ¡Ruth!», Ruth!

Jill corría descompuesta escaleras abajo; su rostro moreno había palidecido.

—Madre está malherida —dijo—. El doctor está aquí. Dice que si hubiera sido un centímetro más a la derecha le hubiera atravesado el riñón. No le prestó atención y corrió hacia la alcoba. Allí, tumbada boca abajo sobre la cama estaba su Ruth, en tanto que el médico reconocía la horrible herida. Mary, con el rostro pálido, sostenía un lebrillo con manos temblorosas.

El doctor no levantó la cabeza al entrar William.

—¿Está en peligro? —exclamó éste,

—No puedo decirlo todavía.

El doctor, un hombre grueso, de mediana estatura, seguía reconociendo la herida con sus gordos dedos. Ruth gimió y William se inclinó sobre ella.

—¡Oh, queridísima mía! —susurró.

—No hable —ordenó el médico.

Permaneció allí mirando fijamente las pestañas de Ruth y su rostro lívido. De pronto ella perdió el conocimiento. William se alegró de ello, porque así se evitaría verla sufrir. ¿Qué significaría aquel desvanecimiento? No podía preguntar nada hasta que el doctor hubiera limpiado y cosido la herida. Entonces bajó con él. Henry Fasthauser estaba todavía esperando en el vestíbulo. William se dirigió al médico.

—Dígame exactamente la gravedad de mi mujer.

—La gravedad no es la que podría haber sido si el cuerno hubiera entrado más a la derecha o más a la izquierda. Por suerte ha sido el músculo, y no el riñón o la columna vertebral, donde el cuerno ha dado. Pero hay que vigilarla. Sería mejor que fuera a la clínica o que viniera una enfermera.

—Ella preferirá quedarse en casa; así que mande una enfermera... dos, si es necesario. ¿Está en peligro su vida?

—No, si todo marcha bien.

—Ya me cuidaré de que así sea.

Henry Fasthauser gruñó:

—Un poco tarde me parece.

William sintió que su misma ansiedad por el estado de Ruth le hacía estallar.

—¿Quiere marcharse de una vez al infierno? —gritó.

Los ojos grises de Henry brillaron en su cara roja.

—¿Yo? ¡No, hasta que haya dicho lo que tengo que decir, amigo! ¡Si hubiera hecho aquí el trabajo que debe hacer un hombre, esto no hubiera pasado, en primer lugar! Una mujer no está obligada a hacer las cosas que Ruth ha hecho. Si hubiera sido mi mujer, como debiera haber sido, y lo sería hace tiempo si usted no se hubiera presentado tan compuesto y con sus pinturas y sus finoleras de la capital a vivir a expensas de ella toda la vida... ¿Por qué no se la llevó a la gran casa de su padre? ¿Por qué no se cuidó de ella y la dejó disfrutar de la vida?

La voz de William cortó fríamente aquel fuego graneado.

—Lo hubiera hecho con mucho gusto, pero ella ha querido vivir aquí siempre. Y ahora, ¿quiere ocuparse de sus asuntos?

El doctor estaba repasando las botellas de su botiquín. Llevaba treinta años en el valle y no había nada respecto a nadie que él no supiera. Había entrado y salido de aquella casa con motivo de ligeras enfermedades de los chiquillos y por otras pequeñas cosas, porque era una familia sana. Con frecuencia se había preguntado si William sería feliz. La mujer indudablemente lo era. Ninguna mujer podía tener el aspecto de Ruth no siendo feliz. La conocía desde pequeña, sana y linda, y siempre decidida a lograr lo que quería. Podía, pues, imaginársela perfectamente diciéndole que deseaba vivir allí, y haciéndolo así.

—Bien, me voy —dijo suavemente—. Enviaré una enfermera... una bastará. Nuestras enfermeras están acostumbradas a trabajar. Dé a su mujer tres píldoras de éstas cada hora. Esto la tranquilizará si sufre algún dolor. Me parece que no tendrá dolores fuertes. Puede penetrar en el organismo un cuerpo extraño y la mente apenas enterarse... ¡Cosa rara! La mente y el cuerpo no están tan unidos como algunos creen.

Salió, haciendo una reverencia exactamente igual a cada uno de los dos enojados hombres.

"Que no tenga que volver para curar a uno de los dos", pensó. Meditó un momento sobre ello, mientras el indicador de velocidad de su viejo coche señalaba los setenta.

"Siempre me imaginé que Henry estaba enamorado de esta mujer —pensó—. Bien, Dios tendrá que ser misericordioso con él por ambicionar la mujer de su prójimo. Estaba convencido de que Ruth le pertenecía. Y la verdad es que hubiera sido lo mejor."

Se detuvo en un pueblecillo y telefoneó pidiendo una enfermera. Continuó luego hasta llegar a una granja pequeña, despintada, para ayudar al alumbramiento de un niño de carita redonda. Ya había perdido la cuenta de las veces que había hecho aquella misma operación. Ahora decía: "Me parece que los necesitaremos todos, si esta guerra continúa."

En la casa que el doctor acababa de dejar hacía muy poco tiempo, William había recobrado el dominio de sí mismo. Detestaba a aquel rechoncho campesino y le disgustaba extraordinariamente que el hombre, a su manera tranquila, estuviera aún enamorado de Ruth. Pero no sentía celos. Sabía que Ruth era suya. ¿Quién, podía preferir a Henry Fasthauser antes que a él? Las manos de aquel campesino eran deformes y callosas, indignas de tocar a una mujer. Metió sus manos, limpias y finas, en los bolsillos y levantó con orgullo la cabeza.

—Mr. Fasthauser, dudo que nos reporte utilidad alguna seguir esta conversación.

—No espero ninguna utilidad. Lo hago por ella. ¿Qué va a hacer respecto a las faenas?

—En primavera siempre tomamos un jornalero. Ya nos arreglaremos.

—Si quiere decir ese Gus Sigafos, no estará aquí hasta la semana próxima...

—Ya nos arreglaremos. Gracias. Yo puedo hacer algo también, a pesar de la opinión en que me tiene.

—No me preocupo por usted, sino por ella —dijo Henry lentamente—. Y lo que voy a hacer es mandar a mi hijo Joel hasta que Gus Sigafos venga.

William hubiera querido decir: "No es necesario, gracias", pero hubiese representado demasiada entereza negar la necesidad que de él tenía. Sonrió, como capitulando.

—Quisiera poder decir que no quiero ver por aquí a Joel, pero sería un estúpido si lo hiciera—dijo—. Me gustaría que mi educación universitaria hubiera incluido el ordeñar vacas y dar de comer a los cerdos; pero no es así..

Y Henry, que con tanta firmeza había hecho frente a la ira de William, se sintió incapaz de, decir una palabra ante la sonrisa de éste, que con las manos en los bolsillos estaba ya tranquilo, desaparecida la rigidez de su alto y esbelto cuerpo. Miró a William, y poco a poco la noción de la diferencia existente entre ambos le dominó, A las mujeres les gustaba.

que los hombres fueran como William, y Ruth era una mujer. A los hombres como Henry los harían trabajar y acudirían a ellos para pedir, les ayuda en el tiempo de la siembra o de la cosecha. Pero a aquellos otros los querían en su casa. La ira de Henry se desvaneció del mismo modo que sus fuerzas. Se sintió cansado y agotado.

—Bueno, me voy —murmuró—. Me aguarda muchísimo trabajo.

—Gracias por cuanto ha hecho —le dijo William, agradecido.

—No tiene importancia —dijo Henry—. Ya mandaré a Joel.

—Gracias —repitió William.

Henry hubiera querido decir: "Dígame cómo sigue", pero no pudo. Ruth, por su propia voluntad, había elegido a aquel hombre, y todavía lo retenía.

—Bueno, adiós —dijo.

—Adiós —respondió William. Contempló a aquel hombre rudo y bueno salir pesadamente de la casa y en su corazón sintió piedad y triunfo. Cuando hubo desaparecido subió de un salto y se arrodilló junto a Ruth. Sus pestañas se agitaron y abriendo los ojos le vio junto a ella.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró.

—Queridísima, estate quieta. Nunca debiste ir allá, sola... debiste decírmelo cuando menos.

—No quería... molestarte.

—Queridísima, ¿cómo se te ocurre que fue una molestia? —Le acarició la mano apasionadamente—. ¡Soy un mal marido para ti, pobrecita mía!

Ruth sonrió con una sonrisa débil y desvanecida.

—Tú eres... el... que... yo quiero.

Inclinó William la cabeza sobre la de la mujer. Sí, así era. Por aquella extraña casualidad que una vez le trajera hasta allí y allí le retuviera, todavía eran cada uno de ellos el que el otro quería.

Fuera de la casa el mundo se conmovía en guerra. Ruth medía su velocidad por Hal. Despierta, en la cama, meditaba sus breves cartas. La guerra estaba lejos, porque Hal estaba en mi campamento en Carolina del Norte. Estaba más cercana porque quizá su regimiento sería el próximo en embarcar.

Y llegó el día en que embarcó. Ruth estaba ya bien, y se levantaba, pero el doctor no la dejó bajar hasta pasados varios días. Ordenaba su ropa interior de algodón en el cajón de la cómoda, cuando se presentó Hal con su último permiso. Se inclinó a besarla y ella levantó sus brazos en un ademán cariñoso.

—¡Hola "Mam"...! ¿Limpiando? Siempre limpiando, ¿verdad?

—Algo he de hacer. ¡Oh, Hal! ¿Tienes que marcharte?

—Quiero marcharme, "Mam".

William, viéndolos juntos, comprendió que eran una misma carne, de una forma que él y Ruth nunca podrían serlo. Los dejó y se marchó afuera. No podía trabajar porque se sentía solo. ¡Era extraño que un hombre pudiera, en su amor, darle su hijo a una mujer y robarse a sí mismo al hacerlo!. Hal era su propia carne hecho a su propia imagen, sin aquella parte que en él era extraña a Ruth. Hal era un William nacido y criado en aquella casa según las costumbres de Ruth. Todo cuanto ella no comprendía en William no estaba en Hal. Ella comprendía absolutamente a aquel muchacho que tenía el cuerpo de William y la mente de ella.

Había oscurecido antes de que William hubiese regresado a casa. En el cobertizo, Joel ordeñaba las vacas y Mary entraba las vasijas en la casa. William la encontró con un cubo espumando en cada mano. En su rostro pálido brillaba una sonrisa desacostumbrada. No vio a su padre hasta que éste le llamó.

—¡Mary!

Ella se sobresaltó y la leche se desbordó en los cubos.

—¡Padre! ¿Dónde has estado? "Mam" preguntaba por ti. ¡Está preocupada por si te ha pasado algo!

—Creía que Hal estaba aquí.

—Hace rato que se ha ido. ¿Dónde estabas Jill?

—Paseando por ahí.

Mary le miró con sus grandes ojos azules muy abiertos.

—¿Para qué?

—Buscando qué podía pintar.

—¡Ah! ¿Quieres la cena?

—Ya tomaré cualquier cosa.

—"Mam" ya ha cenado.

—Muy bien.

Los ojos de Mary perdieron todo interés y siguió con sus cubos. En la era, Joel empezó a silbar tan alto y armonioso como un sinsonte.

William entró en la casa y subió la escalera. Arriba encontró a Jill.

—¡Oh, padre!, ¿dónde has estado? —Pasó sus brazos delgados, y morenos alrededor de la cintura de William y éste atrajo a su hija hacia sí.

—En ninguna parte.» Sencillamente, paseando.

—Mamá me lo ha preguntado veinte veces. Se ha vuelto a acostar. Hal se ha marchado.

—Ya lo sé.

Entró en la habitación de puntillas y Ruth exclamó:

—William, ¿eres tú?

—Sí, querida.

—¿Dónde has estado, William?

El se sentó a su lado, en el lecho.

—Creí que querías estar sola con Hal. Queridísima, no te sientes peor, ¿verdad?

Ella le miró con sus claros ojos azules, tan juveniles como la vez primera que los vio.

—Sólo me encuentro fatigada. Pero, ¿por qué había de querer estar sola con nuestro hijo?

—Así lo creí.

—Te he echado de menos. Deberías haber estado aquí cuando se fue.

—Él no me echaría de menos.

—¡Claro que sí!

El labio inferior de Ruth tembló y las lágrimas acudieron a sus ojos, que miraron a William desde lo más profundo, más azules que nunca.

—¡Oh, William! ¿Y si le matan? No puedo evitar el pensarlo... Tal vez le he besado por última vez. ¡Oh, esta horrible guerra! No me importaría tanto si fuera a luchar por algo, en nuestro propio suelo. ¡Pero marcharse a pelear por países extranjeros!

—Se trata de los países de donde vinieron nuestros antepasados. Así es que no son tan extraños para nosotros.

Tenía la mano de su mujer entre las suyas. Aquella mano, cada vez más firme al paso de los años, descansaba cálida y fuerte entre las que la ceñían, siempre mucho más flexibles que las de ella.

—No me importan nada —dijo, rebelde—. ¿Qué importa lo que les ocurre a esos extraños? Lo que me importa es lo que ocurre en nuestra casa. No tenía por qué ir.

—Queridísima, todos van a tener que ir dentro de poco. Es la guerra.

Vio que su hermoso rostro temblaba y se abatía, y se inclinó para tomarla entre sus brazos.

—¡No, queridísima!

Pero ella lloraba ya, apoyada en su pecho, muda de dolor, y él la abrazó y la dejó llorar.

En el dolor, se volvió hacia él. Era tan fuerte para la vida y el trabajo cotidiano, tan raras veces era débil, que había cierto éxtasis en aquel abandono.

Siguió llorando un rato y luego permaneció inmóvil, con la mejilla apoyada contra el hombro de él.

—La guerra ha entrado en esta casa —dijo Ruth sollozando de nuevo, rota la voz como la de un niño.

—La guerra ha entrado en muchas casas —dijo William suavemente—, y entrará en muchas más.

—Yo sólo pienso en la mía —dijo ella obstinadamente. Entonces le abrazó apasionada—. Pero te tengo a ti —exclamó—, ¡Nada puede separarte de mí, William!

—Nada —dijo él con gravedad—, nada en esta vida.

—¡No nos moriremos! —exclamó Ruth—. Tengo la impresión de que vamos a vivir para siempre jamás.

—Sí —asintió él, aceptando su palabra. La abrazaba y la sentía abrazándole a su vez, y en cada vena, en cada nervio, en cada músculo del cuerpo de ella, percibía el desbordamiento de su pasión por él.

—¡Cariño! —murmuró William.

Puso Ruth la mano de él sobre su pecho y levantó los párpados. Aquel movimiento lento de las oscuras pestañas fue como un latigazo en el corazón de William. Se inclinó y apretó su boca contra la de ella. Aquella unión de la carne, ¡cuán infinitamente más dulce era ahora que antes!

Antes había, sencillamente, un aspecto que satisfacer; primero del cuerpo, de la sangre; y después de la descendencia. Cuerpo contra cuerpo habían creado a sus hijos. Pero ahora ya no era aquel simple apetito. La carne estaba satisfecha hacía largo tiempo, y ya no iba a haber más hijos. Ahora era comunión de cuerpo con cuerpo, de corazón con corazón, de alma con alma, simbolismo y razón de dos cuerpos fundidos en uno.

Hacía mucho tiempo que había anochecido cuando, por fin, William se levantó; recorrió el pasador de madera de la puerta y salió. Las chicas se habían acostado. No; debajo de la puerta del cuarto de Jill, al otro extremo del vestíbulo, vio un hilo de luz. Pero no se dirigió allí. No quería ver a nadie. La casa era suya. Bajó a la cocina, encendió la luz y, encontrando vino y pan, compota de manzana y queso, comió. Se levantó luego, bostezó y se desperezó. Apagó la luz y se encaminó a la entreabierta puerta de la cocina y contempló la suave oscuridad de la noche. Las noches de verano siempre eran suaves. El río mantenía el aire húmedo y templado, bueno para dormir. No corría ni un soplo de viento. ¡Imposible creer que en parte alguna del mundo se estuviese comiendo la locura de la guerra, entre el estruendo y la muerte! Nada de aquello era la vida. La vida estaba allí en casa, entre él y Ruth.

Subió despacio, y sin ruido entró en la habitación.

—¿Duermes? —preguntó. —No —dijo ella—. Te esperaba. Dormiremos juntos.

Cuando Ruth estuvo ya repuesta y empezó a salir, vio al momento lo que William no había visto en un mes. Mary y Joel estaban enamorados. Se sintió satisfecha al descubrirlo. Joel, el hijo de Henry, la satisfacía por completo. Su indolente madre sólo había sido un instrumento en la creación de su hijo, una cima para su cuerpo. Había nacido de ella y ya no tenía nada de común con ella. Era un muchacho fuerte, de rostro vulgar, sin nada de la boba y pálida belleza de su madre; siempre dispuesto para lo que estuviera relacionado con la tierra o los animales.

—Este hijo mío saca buena cosecha, pase lo que pase —se vanagloriaba Henry—. Nada de lo que él vigila sale mal.

Cuando Ruth pudo salir por el jardín y el granero, sus ojos estuvieron atentos a todo, a establos, corrales y campos y a cuanto alcanzaba a ver. Todo estaba mejor que cuando ella lo dejara.

Las vacas estaban limpias y mansas. Las que criaban estaban sanas, y otras dos empezaban a criar. Con esto sólo quedaban las dos que

estaban ordeñando ahora. Tres de las cerdas habían criado y sólo se habían perdido dos cochinitos. Pequeñas tareas que ella no habla podido acabar estaban hechas, limpios los corrales, los comederos llenos, los dornajos del agua limpios también y recién herrados los dos caballos.

Cuando Joel fue por la noche a ordeñar, Ruth le salió al encuentro.

—Has hecho maravillas, Joel —le dijo— Nunca lo olvidaré, y así se lo diré a tu padre.

—No tiene importancia —repuso Joel, apoyando la frente en la ijada del animal, mientras ordeñaba—, Lo hice porque me gustaba hacerlo.

—Entonces, mejor aún —dijo ella.

En aquel momento Mary volvía trayendo los cubos y Joel alzó rápido la cabeza y la contempló mientras avanzaba. Ruth comprendió entonces que el muchacho estaba enamorado de Mary. Sí, pero, ¿y Mary? Vio a su hija avanzar vergonzosa hacia ella.

—Madre, no debieras estar tanto rato fuera de casa.

—No puedo aguantar estarme sentada —repuso ella.

Mary sonrió a Joel.

—¡Mamá es difícilísima de manejar!

—¿Serás tú igual? —preguntó él devolviéndole la sonrisa.

La risa y el rápido intercambio de miradas de los ojos juveniles dijeron a la mayor experiencia de Ruth que Mary también quería al muchacho.

—Bien, voy adentro ya —dijo de pronto.

Aquello era un gran descubrimiento. ¿Lo permitiría William? Sí, tenía que permitirlo porque estaba bien. Entre Mary y Joel había igualdad de matrimonio. Ella no se había casado con el padre de Joel porque un día había aparecido William, pero ahora no había otro William para Mary. ¡Era extraordinario cómo se le parecía Mary físicamente! Pero no pasaba de esto. Mary jamás habría visto a un William por parte alguna.

—Descansa un poco, "Mam" —le rogó Mary.

—Sí, quizá sí —respondió Ruth.

Se encaminó hacia la casa y se tendió en el sofá del comedor esperando el regreso de William. Jill estaba en la cocina preparando la cena. ¿Sabía Jill lo de Joel y Mary? Pero no se lo diría a nadie antes que a William. Siguió tumbada allí, pensando en Henry. ¡Era curioso cómo la sangre vuelve a la sangre, en las generaciones! Parte de ella iba, a través de Mary, a casarse, después de todo, con Henry. No le importaba. Mary era aquella parte de su ser que igualmente pudo haberse casado con Henry de no haberse presentado William.

Por la puerta entreabierta vio que William se aproximaba por el sendero con su mochila al hombro. Así fue aquel día en que por primera vez se acercó por el camino. Pero ahora su oscuro cabello estaba plateado. Lo contempló con satisfacción. Hacía años que no la había dejado ni para ir a la ciudad. Que su padre y también otras personas le escribían, ya lo sabía; pero ella ignoraba aquellas cartas. Algunas veces las encontraba en los bolsillos cuando limpiaba la ropa, pero jamás sintió la curiosidad de leerlas. Nada tenían que ver con ella. ¡Cartas! ¡Significaban tan poco! Es el vivir con las personas lo que las hace reales. Recordó, de pronto, algo que hacía años no había vuelto a pasar por su imaginación: la carta que William le escribiera una vez. Hasta la noche de su boda la había llevado colgada al cuello.

William entró y su mujer le atrajo con su sonrisa.

—¿De qué te ríes? —le preguntó William,

—¡De una cosa graciosa!

Dejó la mochila y fue a sentarse al lado de Ruth.

—¿Qué es esa cosa graciosa?

—¿Te acuerdas de la carta que una vez me escribiste cuando estabas en Nueva York?

—¡La única que te he escrito y que nunca contestaste! —replicó él.

—¡Tuve miedo! —Por un momento consideró si le diría por qué no lo había hecho. Hasta el momento presente él no había visto su escritura. Nunca había escrito a nadie excepto a Hal.

—Lo sabes todo de mí, así que me parece que también te diré esto... Tuve mucho miedo de contestarte.

—Pero, ¿por qué, queridísima?

—Tú escribías muy bien, y yo no sabía, y me dio miedo de que me apreciaras menos.

—¡Ruth!

Era conmovedor imaginarse a aquella humilde muchacha asustada de él, porque le quería.

—Ni siquiera pude leer todo lo que me decías.

—¿No pudiste? ¿Qué hiciste, pues?

William tocó la mejilla de Ruth, su cuello, sus cejas, con sus dedos manchados de pintura. Conocía tan bien aquella cabeza al tacto que le parecía algunas veces que la había moldeado como un escultor moldea el barro.

—La doblé y la metí en un pedazo de cinta roja y la convertí en mi amuleto.

Se rió de la chiquilla que había sido en aquellos tiempos. Aún actualmente se avergonzaba de sí misma y no estaba del todo segura de que William no se avergonzara de ella igualmente.

Pero él se conmovió.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¡Me has escondido algo durante todos estos años! ¡Nunca te conoceré!

—Casi lo había olvidado.

—¿Qué te ha hecho recordarlo ahora?

—No sé. Sí, creo que han sido Mary y Joel. ¡William, están enamorados!

—¿Ah, sí? —Retiró su mano rápidamente—. No había notado nada. ¿Te lo han dicho ellos?

—No, no ha hecho falta.

William consideró el caso un momento, mirándola.

—Me parece que no deseo especialmente emparentar con el viejo Fasthauser.

—No es con él... es con Joel.

—Se parece a su padre.

—Mary se parece a mí.

—¡Ésa no es razón para que me parezca mejor!—Se levantó y empezó a pasear por la habitación con las manos en los bolsillos.

—¡Así es como te llenas los bolsillos de pintura! —gritó Ruth.

William sacó las manos.

—¡Ese zoquete!

—Joel es un buen granjero —dijo Ruth. A William nunca se le había ocurrido que sus hijos pudieran casarse con cualquiera.

—¿Con quién se podría casar Mary, si no es con un muchacho como Joel? —preguntó Ruth—. ¿Dónde verá a alguien distinto?.

William no podía contestar a aquello. Si él mismo hubiera sido distinto, si se hubiera llevado a Ruth, en lugar de quedarse a vivir él allí, sus hijas podrían haber encontrado muchachos distintos de Joel.

—Supongo que tienes razón —dijo—. Bien; no tiene remedio.

Entró en la cocina a lavarse sin saber qué más decir en aquel momento. Allí encontró a Jill, con el rostro enrojecido por el calor del horno, del que estaba sacando una tarta de manzana.

—¿Qué sabes de tu hermana y Joel? —le preguntó de pronto.

Dejó ella la tarta en el suelo, cerró el horno

y se quedó arrodillada mirándole.

—¡Es terrible! —dijo—. Nunca comprenderé a Mary, ¡nunca! Joel huele tan... como las vacas. ¡Y sus manos! ¡Sus manos me ponen mala! —

Puso la tarta encima de la mesa—. Padre, ¿no podrías evitarlo?

William empezó a frotarse las manos en el fregadero.

—¿Qué puedo ofrecerle a Mary que sea mejor?

—Pero es que... ¡es tan repulsivo...!

—Supongo que a ella no se lo parece; y tu madre dice que se trata de un buen muchacho.

—¡Bueno, sí, Joel es bueno! Pero casarse.» —Se detuvo dudando y él la vio luchar por expresar en palabras la sensibilidad de su carne. Se asombró al comprender repentinamente aquella sensibilidad. ¿De qué le serviría en aquel ambiente sencillo? ¿Qué cosa inútil había él legado a aquella hija suya?

—Jill, ¿y tú?

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres hacer tú?

—No lo sé.

—Quiero ayudarte a hacer lo que deseas.

—Yo ya sabía que me ayudarías, padre. Pero la dificultad está en que no sé lo que deseo. Mary lo ha sabido siempre.

William la vio temblar ligeramente. Volvió el rostro, y, por encima de la mesa en que se apoyaba, miró a lo lejos por la ventana.

—¿Quieres decir que Mary hace ahora lo que quiere, y tú no?

—Es que ella siempre ha dicho que se casaría con un granjero. Pero yo soy diferente.

William se acercó a ella y con su brazo rodeó sus delgados hombros.

—¿Diferente, Jill?

—Sí. Yo no veo las cosas con tanta claridad.

—¿Qué cosas?

—Quizás... a mí misma.

Jill volvió sus pequeños ojos grises hacia su padre y el brazo de éste se apartó de sus hombros. ¡Cuán curiosamente distintas se daban su sangre y la de Ruth en sus hijos! Se les podía determinar claramente. Los ojos de aquella criatura y la cara de Mary eran productos de la sangre de Ruth, pero la figura de Mary, era suya. Su imaginación, o parte de ella, en el cráneo de Jill, tan distinta de la suya propia, y también el cuerpo de Hal, exceptuando las manos, que eran de Ruth; y en el muchacho, ¡aquella inquietud que era cuanto la sangre de William pudo hacer en él! ¡Si hubiera podido separarlas y unir las de nuevo para hacer seres completos!

Tenía en el bolsillo, en aquel momento, una carta de Elise. No le había escrito durante aquellos años. Ahora lo había hecho para decirle que sus hijos estaban en Francia; ¡y su hijo también iba allá! Quizá se encontrasen. ¿Le daría a su hijo los nombres de los de ella? Elise mandaba unas fotografías. Largo rato contempló las pequeñas instantáneas de los dos muchachos. Uno de ellos era rubio; moreno el otro; los dos muy ingleses y de aspecto

muy alegre. No se las mandaría a Hal. Sería mejor que su hijo y los de Elise no se encontrasen.

—Quisiera ayudarte —dijo a Jill.

Una especie de adoración encendió los apasionados ojillos de ésta.

—Ya lo sé —dijo—. Y siempre lo he sabido.

La guerra se intensificaba y se extendía, pero Hal seguía vivo. En tanto que él viviera, podía soportarse la guerra. Ruth no se preguntaba quién ganaba en aquellos lejanos países extranjeros. No le importaba quien ganase o perdiese. El resultado de aquella guerra, en la que millones de seres eran heridos y morían, y en la que naciones enteras se hundían como si fueran barcos, todo estaba concentrado en la forma de un solo hombre al que ella diera vida. Hal vivía aún; luego ella ganaba la guerra. Si Hal muriera, la guerra se habría perdido para ella.

También Joel tenía que partir ahora. La boda tendría lugar antes de la marcha, a fin de que Mary y él estuvieran juntos una semana.

—La pasaremos aquí —dijo Mary—. No queremos marcharnos. Me iré a su casa, y me quedaré allí con los suyos cuando se vaya.

De nuevo se celebraba una boda en la granja y William estaba como padre en la misma sala donde años atrás estuviera como novio.

Por extraña casualidad, el traje de Mary era azul, y se parecía asombrosamente a la Ruth de aquel lejano día; y William tenía la desagradable sensación de dar a Ruth en matrimonio a aquel recio campesino enfundado en un apretado traje negro. Pero siguió la ceremonia simpáticamente y con cierto humor. Cuando hubo terminado, le pareció que algo acababa de ser cortado entre él y Mary. El lazo filial que les había unido, siempre tenue y frágil, desapareció cuando la vio entre la pequeña concurrencia de invitados junto a su marido. No pensaba en nada excepto en sí misma y en Joel. Evidentemente, nunca pensaría ya nada más. Tuvo una clara y repentina visión de aquella mujer joven, que durante todos aquellos años había sido su hija, de un pequeño corazón encerrado en un cuerpo que él había ayudado a crear; un corazoncito que no podía dedicarse a cosa alguna que no fuera de su propiedad. Mary defendería a su marido con o sin razón, porque era suyo; amaría a sus hijos, no porque fueran criaturas, sino porque serían suyos. Toda la fidelidad que había sido hasta ahora para sus padres, la transfería desde aquel momento a lo que era sólo suyo. Sin una palabra, el corazón de William le dijo adiós y la cedió.

No fue fácil hacerlo. Representaba la pérdida de la que hubiera podido ser una hija, aun cuando nunca lo hubiera sido. Sintió una ansia punzante de tener un hijo realmente suyo, con quien poder hablar con una comprensión mutua. Su imaginación voló hacia Jill. En aquel momento traía los vasos de vino y los platos; su boca, fina y amplia, tenía los labios apretados. William no se movió hacia su hija. Los invitados se le acercaban vacilantes a hablarle. Todavía se sentían cohibidos en su presencia aquellas personas entre las que había vivido como un extraño durante tantos años. Pero él ya había aprendido a tratarlos, a escuchar, a sonreír y a contestar unas palabras vulgares. La inteligencia les asustaba, así que aprendió a no usar de ella.

—¡Qué tal, Mr. Sieger! ¿Cómo está ese hermoso nieto que tiene?

Se dirigía al carnicero, cuyo rostro color escarlata se distendía en sonrisas.

—¡Espléndido! Ya hace seis meses que anda. ¡Espero que el primero que usted tenga sea tan hermoso, Mr. Barton!

¡Nietos! William no había pensado en nietos. ¡Ruth y él con nietos! Pero era inevitable, naturalmente.

—Espero tener esa suerte, Mr. Sieger.

—No veo por qué no ha de tenerla —Mr. Sieger rió intencionadamente—. Hacen una buena pareja, diría yo.

William sonrió. Sus ojos siguieron la brillante mirada azul del carnicero. Sí, Joel y Mary eran una buena pareja. Nada completo había en aquella unión. Pero, ¿y si su propia sangre, sometida en Mary, irrumpía libremente en su hijo? Aquéllas eran las tretas maliciosas de la Naturaleza, riéndose siempre a espaldas de los hombres, de su procreación.

Entre tanta gente campesina de colores y olor fuertes, se sintió desconsoladamente solo. Ruth estaba en el otro extremo de la sala atareada con el pastel de boda. Mary, a punto de cortarlo. Vio su cara sofocada concentrada en su tarea; había amasado el pastel ella misma, pero ¿sería el resultado igualmente bueno?

Se deslizó a través de la multitud, hasta que llegó a la escalera. Subió y se encaminó a la habitación que usaba como almacén para sus pinturas y lienzos nuevos. Tenía allí un escritorio y se sentó en él buscando, en el mundo entero, alguien con quien poder hablar. Entonces, precipitadamente, puso ante él una hoja de papel y empezó una carta a Elise.

Hal se fue, y Mary se fue, y la casa se cerró sobre sus lugares vacantes como si nunca hubieran existido. Joel se marchó a la guerra; y Ruth y Mary tenían largas charlas que nadie más compartía. Pero por muy a menudo que Mary fuera a su casa, ya no volvió a ser parte de ella, como William ya sabía.

—¿Cómo estás, padre? —decía cuando le veía.

—Muy bien. Gracias, Mary —contestaba él tranquilamente.

Pasaron los meses y vio que su hija estaba encinta, pero para él no tuvo mayor significado que si lo hubiera notado en la mujer de cualquiera de aquellos campesinos. Era aquélla una de las cosas de las que Ruth jamás hacía mención. Un día entraría y diría tranquilamente:

—Mary ha tenido un pequeño.

Y él, con la misma calma, diría:

—¿Ha ido bien?

Y nada más.

Apenas se daba cuenta de Jill, porque aquel año estaba pintando muchísimo. Se sentía bien y lleno de energía; en parte, quizá, porque el año era extraordinariamente seco. También escribía regularmente a Elise, y su mente se sentía estimulada y atenta por las largas y apretadas páginas de ella. La que recibió a fines de abril le comunicaba la muerte de su hijo menor Reginald, el rubio. Sacó, pues, la pequeña fotografía que no enviara a Hal y la examinó cuidadosamente. ¡Tan rápidamente había llegado a su fin y había pasado aquella joven vida! Sentía una extraña sensación de haberla despojado, porque en sus cartas ella había incluido algunas de las que recibía de sus hijos; Don y Rex, les llamaba. Eran unas cartas extraordinarias, las de aquellos jóvenes soldados; tan brillantes, tan fluidas de pensamiento y palabra, tan conscientes de la vida y de la muerte, de toda la belleza que alentaba a su alrededor. Algunas veces veía las cartas de Hal a Ruth. El muchacho escribía sólo a su madre; unas cartas estúpidas, cuyas noticias principales consistían en lo que comía y bebía; dónde había pasado el último día de permiso y lo que quería que le mandase. Pero aquellas cartas satisfacían a Ruth, porque le decían que su hijo estaba vivo e ileso.

William, solo en su salita, releó todas las cartas de Rex. Ahora que había muerto, tenía que devolvérselas a Elise. Serían preciosas para ella. Pero pasó varias horas copiando páginas de ellas; párrafos y frases que parecían contener su joven alma, aun ahora que el cuerpo estaba roto y había desaparecido.

"La vida, ahora que sé que cualquier momento puede traerme la muerte, me parece maravillosamente hermosa. Es tan infinitamente mejor que cualquier otra cosa, que en ocasiones pienso tirar lejos el fusil y escaparme. Podría hacerlo. El suelo aquí me es familiar. Podría perderme cualquier noche durante una guardia, despojarme del uniforme, hablar francés o alemán, según fuese necesario. Hablo uno y otro igual que el inglés. Sé que en mi corazón valoro la vida más que cosa alguna: más que la patria, o el honor, o cualquiera de las grandes palabras. Doy gran valor a mis cinco sentidos, a mi cuerpo, a mi existencia. Y, sin embargo, sé que la razón de que no deserte es algo que hay en mí más fuerte que todo eso. Cumpló con mi deber, no porque sea patriota —no lo soy—, no porque tenga honor en el sentido convencional de la palabra, sino sencillamente porque al desertar destruiría algo que existe en mí con tal fuerza como mi cuerpo."

"...Hay una puesta de sol hoy, madre, en la que nada se destaca sino ruinas; pero es igualmente ardiente. Es lo eterno del Universo... continúa siempre igual, hagamos lo que hagamos en la tierra."

"...Me hubiera gustado enamorarme antes que esta guerra me cogiese. No quiero decir encapricharme por una chica, sino lo verdadero: amor, matrimonio, hijos, marchar adelante para siempre. Quisiera algo hermoso que durase eternamente, más allá de mí mismo."

Una y otra vez aparecía en sus cartas esta ansia de eternidad. William, al copiar la escritura firme y recta del muchacho, meditaba sobre aquella necesidad. ¿Estaría ahora satisfecho en esa infinita oscuridad que era ahora suya? ¿Quién podría decirlo?

Devolvió las cartas a Elise con una nota propia, impersonal como todas las cartas; pero, sin embargo, sabía que lo que decía la consolaría, pues no necesitaban ni uno ni otro de su personalidad física. Lo que se daban era la confianza de una mente a otra.

"Ya sé que puedes enfrentarte con la muerte, querida Elise —la escribía—; no es necesario que te hable de la muerte de Rex. Lo que me interesa más es la persistencia de su ser. Éste continúa existiendo cuando la mente tiene cualidades positivas mayores que el cuerpo. Pero tengo la certidumbre de que algunas personas (no todas) siguen viviendo después que el cuerpo ha muerto, y tu hijo es una de ellas."

Bajó por la noche con una de aquellas crisis de añoranza que hacían presa en él cuando vagaba lejos de Ruth.

—¡Ruth, Ruth! —La llamó por la casa.

Ruth estaba en la huerta cogiendo maíz para la cena.

—¡Hola! —exclamó ella—. ¿Dónde has estado, William?

—Arriba —dijo él. Se detuvo y le miró atentamente. —¿Te encuentras bien? Tienes un aspecto un poco raro, como aturdido. No habrás tomado demasiado sol, ¿verdad? —Te necesito —dijo él. Ruth no sabía nunca lo que quería decir exactamente con aquellas palabras, pero sí sabía lo que tenía que hacer.

—Ayúdame a preparar esto para cenar —dijo—. Estoy algo atrasada hoy.

William se sentó junto a ella, en un banco hecho de un leño cortado, con cuatro patas, y arrancó lentamente las verdes hojas del más y amarillo y brillante.

—¡Qué hermoso es esto! —dijo. La seda se extendía suavemente cubriendo los corazones y él, arrancándola hebra tras hebra, dejó la eternidad a un lado.

"¿Hubiera podido —se preguntaba aquella noche— dormir con Elise de esta manera, noche tras noche, encontrándolo agradable?" Sabía que no hubiera podido. La simplicidad de Ruth era la fuente en que se refrescaba. Se mantuvo en silencio junto a ella para descubrir la calidad

exacta del reposo que su espíritu encontraba a su lado. Era calmante y adormecedor, le aprisionaba, no de una manera dura, exacta, sino con una cálida fluidez que entraba en su ser. Con ella no tenía necesidad de pensar o argüir, ni de hablar. Hablaban poco, menos cada día, al pasar los años. Cuando ella hablaba, él la escuchaba sin oír, y cuanto decía con su voz rica y suave aumentaba aún más la sensación de reposo que emanaba de su presencia. Dependía de ella para todo, excepto en el fondo inquieto de su mente. Ahora, Elise había vuelto. La guerra la había traído de nuevo a su vida.

Pero con Elise no habría sido posible el retorno a sí mismo, como con Ruth. Elise le habría seguido adonde fuese y habrían estado juntos siempre. Él hubiese sido parte de ella, y ella hubiese sido parte de él, y no hubiera habido descanso ni liberación al la fatalidad de su unión absoluta. Mejor para los dos que el océano se extendiera entre ellos.

En un jardín inglés, grande, cuadrado, situado detrás de una casa cuadrada, de estilo inglés también, en Kent, Elise, sentada, leía la carta de William que incluía las de Rex, que le devolvía.

Leía una y otra vez aquella carta porque contenía el único consuelo verdadero que había recibido desde aquel segundo golpe tan terrible, del día anterior. Estaba en el jardín, como ahora, porque, cuando estaba apenada, la casa se le hacía tan insoportable, que no podía dormir ni comer. El tiempo era maravilloso; había sido igual día tras día, claro y templado, sin una brisa. Pero, si hubiese llovido, se hubiera puesto el impermeable y hubiese seguido allí. ¿Se debía aquello, en parte, a que también Ronnie estaba en la casa? Ronnie y ella se querían; Elise había aprendido a compartir el silencio en que a él le gustaba vivir, pero le era más fácil guardar silencio cuando; estaba en el jardín, sola.

Pero ni el silencio, ni una elaborada calma, ni una forzada tranquilidad en la conversación le habían servido de nada. Vio a la doncella trayendo el segundo telegrama y supo, en cuanto lo vio, que su presentimiento se había cumplido. Sí, lo sabía, aun cuando su primer pensamiento salvaje, al leer el primer telegrama, fue que, por lo menos, no fuera Don. Ahora, era Don.

Leyó el telegrama con la comunicación oficial que le notificaba con todo sentimiento que su hijo Donald había muerto en acción.

Los labios de Elise quedaron rígidos y su barbilla empezó a temblar.

—Bien, Minnie —intentó decir.

—¡Oh, por Dios! —gritó Minnie—. ¿No será el señorito Donald?

Ella asintió, con un movimiento de cabeza y se dirigió hacia la casa. Había que comunicárselo a Ronnie. En las dos ocasiones había recibido ella el telegrama. Esta vez no le sería necesario hablar. Sencillamente, se lo entregaría.

Rex había sido el favorito de su padre y ella procuró consolarle. En la presente ocasión no había consuelo posible.

Subió rápidamente la escalera de la terraza y entró por la puerta vidriera de la biblioteca en donde su marido, sentado, leía, y le alargó el telegrama. Lo leyó. Entonces se levantó, dejando caer el libro y tomó a Elise en sus brazos. Ella apoyó la mejilla contra la áspera tela del traje de su marido y se apretó contra él casi sin aliento, con los ojos cerrados.

Si le fuera posible conservar la rigidez de sus músculos, de sus nervios, quizá no lloraría.

—¡Ya está, querida mía! —murmuró Ronnie—. No debemos llorar. Lo soportaremos con la cabeza alta, ¿verdad? Ya hemos llegado al fondo y ahora... ¡ahora ya no tenemos más que perder!

Sí, así era. No tenían más que perder. Habían perdido ya a sus hijos. No había consuelo en aquella verdad, pero era como un tónico amargo. Elise estrujó su dolorido corazón. Al cabo de un momento, se apartó de su marido, conscientes ambos de que podían seguir adelante sin mayor comunicación. Ronnie se quitó los lentes y limpió despacio los cristales, mientras en su rostro, realmente entristecido, se traslucía el paso de los años. Elise se sentó y contempló la alfombra.

—Ya que ha pasado esto —dijo Ronnie— creo que ahora debo ir.

—¿Qué vas a hacer? —Sus ojos reseguían un hilillo encarnado de un dibujo de la pequeña alfombra persa.

—Hay cosas que podría hacer yo. Pero, ¿y tú? No me gusta dejarte sola en esta casa tan grande.

—Es demasiado grande, ¿verdad? —replicó ella—. ¿Te importaría que volviese a casa?

—¿A casa?

—A América.

—¿Para quedarte?

—Claro que no... Una temporada.

—Quizá fuese lo mejor.

Así se decidió, pero como Ronnie jamás hacía las cosas repentinamente, debían esperar unos días. Ofrecerían la casa para hospital.; Separó unos cuantos objetos y decidió dejar el resto, porque comprendió que no le tenía apego a nada. Entonces se sentó de nuevo en el jardín y leyó una y otra vez la carta de William. ¿Hubiera podido ser escrita con referencia a Don? Rex le escribía a menudo. Don casi nunca. Y sin embargo, ella quería más a Don, su primogénito. ¿Sería Don de esta clase de espíritus que siguen viviendo siempre? Si así no era, no le interesaba la eternidad. "Se lo preguntaré a William", pensó. Y siguió allí, sentada al tibio sol inglés, sus dos hijos muertos, y pensando en William. Cuando le viera, lloraría sin cesar. Ronnie no la dejaba llorar nunca, pero William se lo permitiría. "¡William, William!", murmuró, y al sonido de su nombre las lágrimas afluyeron a sus ojos y se detuvieron allí esperando para caer.

Hal no fue herido. Pasó el primer año de guerra y empezó el segundo; se luchó y se perdió una batalla; se luchó y se ganó otra, y Hal salía de ellas incólume. Escribió a su madre jactándose de que el enemigo no había hecho aún la bala que podía darle. Joel fue herido y regresó a América, con el hombro derecho más bajo que el izquierdo.

—¡Mientras quede lo bastante de mi persona para ser un buen granjero! —dijo sonriendo.

Quedaba bastante para aquello y para más, y Mary quedó pronto encinta otra vez. Su primer hijo se llamaba Henry, por el padre de Joel, y William le miraba a veces con tranquila ironía. Al viejo Henry apenas le veía, y, cuando esto ocurría, su encuentro era cordial. Ruth había arrendado la mayor parte de sus tierras a Henry, quien las cultivaba, en aparcería, a la vez que las suyas.

—Es la mejor manera de ayudarte —le había dicho cuando Joel se marchó.

—Me parece que sí —dijo ella agradecida.

Se habían mirado como para añadir algo más, pero no dijeron nada. ¿Qué podría darle ella a cambio? Hubiera querido preguntárselo, pero no podía hacer nada; por lo tanto, era mejor guardar silencio. Quería a William y le querría siempre. La razón de ello no hubiera podido decírsela. Nada de lo que él hacía por ella podía compensarle del trabajo que llevaba a cabo. Cuanto ella hacía por William, lo hacía con agrado.

Lo que él le daba no hubiera podido decírselo en palabras, pues era lo que no poseía ninguno de los hombres que ella había conocido. Se había casado por encima de su clase, pero había hecho feliz a William.

Durante la segunda primavera de guerra, a Ruth le pareció que William era más feliz que de ordinario. Era a principios de junio, y las fresas silvestres abundaban. Había recogido montones de ellas, aunque era una tarea fastidiosísima; pero a William le gustaba mucho la compota de fresas silvestres.

Era medianoche y estaba sentada en el es» calón de la puerta, a la sombra del viejo y le torcido sicómoro que se inclinaba hacia la casa, limpiando el delicado fruto. Sus dedos estaban teñidos de escarlata. Transcurría la segunda primavera de aquella horrible guerra, pensaba, dejando vagar su imaginación, y Hal vivía, y William era más feliz que nunca. Hacía años que no se marchaba, ni siquiera para ir a la ciudad a ver a sus padres. La última vez había sido justamente antes de que Hal se escapase., "¿ Debió de haber reñido con su padre, pero ella no se lo preguntó. A menudo recordaba que entonces William había hablado de marcharse. No se había ido, y, aunque ahora pintaba menos que antes, sus cuadros eran mejores. Hasta ella podía ver que había en ellos algo nuevo. Pero pasaba mucho tiempo pensando, leyendo, paseando y escribiendo en lugar de pintar. Había convertido la sala en biblioteca. Las paredes estaban cubiertas hasta el techo de libros. ¿Qué hubieran pensado sus padres del derroche que representaba tal cantidad de libros? Más de los que nadie, excepto William, podría leer nunca, aunque ahora Jill empezaba a leer demasiado. Estaba preocupada por Jill ¡Era tan fea! Pocos hombres verían algo tras sus tristes ojillos grises y su boca grande. Tenía las manos bonitas, delgadas y hermosas como William. Pero, ¿qué hombre, en aquellos contornos, se fijaría en las manos de una mujer? Y, como siempre hacía, se volvía a Mary buscando consuelo. Mary vivía una vida plena, ahora que Joel había vuelto de la guerra con sólo un hombro herido. Por lo demás, estaba tan bien como siempre y podía trabajar perfectamente, y él y Mary tendrían un montón de hijos, aunque ninguno mejor que el pequeño Henry. Ella y el viejo Henry se confortaban con aquel recio y fuerte chiquillo. Sonrió pensando en lo que el viejo Henry había dicho el día antes a su manera desenfadada; le llamaban viejo a causa del pequeño Henry, pues no era, ni con mucho, viejo para sus años...

Ruth había ido a ver a Mary por una receta, y los dos Henry estaban en la era. El viejo podaba un arbusto de lilas, y el pequeño jugaba con las ramas muertas. Se detuvo un instante contemplando al hermoso y sonrosado chiquillo. Todos decían que se parecía mucho a ella. Y así era. También ella lo veía; pero no podía decirlo porque jera tan guapo! Y el viejo Henry con un guiño había dicho:

—Bueno, tú y yo, Ruth, nos hemos unido después de todo en este chiquillo, aunque dando un gran rodeo. Yo hubiera preferido ir por el atajo.

—¿No te da vergüenza, Henry Fasthauser? —dijo ella, aunque se lo había llegado a decir tantas veces que ya no tenía importancia. Así que añadió con severidad—: ¿No vas a dejar — nunca de decir estas cosas? Nos hacemos demasiado viejos, Henry Fasthauser, y no es decente.

—Mientras yo sea un hombre y tú una mujer, seguramente las diré —afirmó con picardía.

Y Ruth se marchó. Nadie podría decir nunca que no hubiera sido una mujer buena y estricta, que no había pensado en ningún hombre que no fuera su marido.

En aquel momento oyó un automóvil en la carretera. Tom había dicho que circulaban muchísimos, pero aún no se había parado ninguno delante de su verja. Levantó la vista de las fresas y vio una mujer alta, vestida con un abrigo color canela tostada, que bajaba del coche. Un velo ancho le sujetaba el sombrero, de forma que Ruth no podía ver su rostro. Pero la mujer caminaba con un paso largo, que más bien eran zancadas, y al cabo de un momento Ruth vio su rostro, un rostro delgado, moreno, con ojos grandes y negros.

—¿Es aquí donde vive Mr. William Barton? —preguntó la mujer. Tenía una voz hermosa, rica, sonora, como si cantara.

—Sí, aquí es —dijo Ruth. No se levantó ni dejó de limpiar las fresas.

—¿Quiere decirle que una vieja amiga desea verle?

—No sé exactamente dónde estará ahora —dijo Ruth; dejó las fresas en el suelo y se levantó—. Siento no poder darle la mano —se disculpó, extendiendo su mano teñida de encarnado.

La mujer pareció sorprendida.

—¡Ah! —dijo—. ¿Usted es...?

—Soy Mrs. Barton —dijo Ruth con gravedad.

—¡Oh! —dijo de nuevo la mujer. Miró fijamente a Ruth con sus ojos grandes y penetrantes.

—Pase —dijo Ruth—. Si quiere sentarse, le buscaré.

La condujo hacia la casa y a la sala que William había empapelado y arreglado, no con cosas nuevas, sino con alguna de las viejas que tenía su madre.

—¡Ésta es la casa de William! —murmuró la mujer.

—Mi familia ha vivido aquí desde hace doscientos años —dijo Ruth.

Dejó allí a la mujer y tocó la campanilla de la cocina llamando a William. Se hubiera alegrado de no encontrarle; se hubiera alegrado de tener una excusa para volver a aquella extraña mujer y poder decirle que no le encontraba.

Pero William, que paseaba cerca, por el pequeño soto de abedules blancos, oyó la llamada claramente y, a poco, Ruth le vio llegar a casa. Estaba lavándose las manos cuando él entró.

—¿Qué ocurre? —preguntó al entrar.

—Hay una forastera que desea verte; dice que es una vieja amiga. —Ruth no levantó la cabeza. No había manera de quitar de las manos las manchas rojas; tendría que quitarlas el tiempo.

—¡Pero si no tengo viejos amigos! —dijo William, admirado. Pensó inmediatamente en Elise, pero recordó que el océano estaba entre ellos.

—Bien, eso es lo que dice —dijo Ruth.

—¿Dónde está?

—En la sala.

—Iré a ver.

Cruzó por delante de Ruth y entonces, quizá porque había pensado en Elise tan instantáneamente, desanduvo tres pasos y, estrechándola entre sus brazos, la besó firmemente en la boca.

—Hueles a sol y a fresas calientes —le dijo. Cogió sus manos y se las secó una tras otra con la toalla de hilo crudo, y besó luego una palma tras otra—. ¡No sabes cómo quiero a tus manos!

Ruth sonrió y enrojeció retirándolas.

—Andando, William... Hace ya rato que se espera. ¿Quieres que os entre un poco de vino de amargón y unas pastas?

—Sí. ¿Dónde está Jill?

—Me parece que leyendo. Es todo lo que hace hoy día.

—Debería ayudarte. ~ Se marchó entonces de prisa. Unos pasos por el corredor, y abriendo la puerta de la sala vio a Elise. Se había quitado el velo y, bajo el gran sombrero, su rostro parecía tan joven como la última vez que la viera.

—¡Elise! —Se precipitó hacia ella y cogió su mano entre las suyas—. Pensé en ti cuando Ruth me dijo que estaba aquí una vieja amiga, pero luego me dije que no podía ser.

—Don ha muerto, William.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, a William le pareció que había realizado el largo viaje sólo para decírselas. No era aquello, exactamente, lo que Elise había pensado decir, pero al mirar los ojos castaños de William, iguales que antaño, comprendió por qué había venido.

—¡Oh, Elise! —Se sentó junto a ella en el sofá, oprimiendo su mano—. ¡Querida Elise! ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde poco antes de embarcar.—No había llorado, pero ahora comprendió que tendría que llorar. Un torrente le subía del corazón. Las lágrimas anegaron sus ojos, los inundaron y empezaron a rodar por las mejillas—. Muerto en acción —dijo débilmente— Es cuanto sé.

—¿Y tu marido?

—Sencillamente, ha tenido que hacer algo en la guerra. La casa está enteramente vacía. —Sus labios temblaron y entonces, dando un grito, se cubrió la cara con las manos e inclinándose empezó a llorar con hondos sollozos.

William no dijo nada. Suavemente le quitó el gran sombrero y lo dejó en el sofá. Vio con sobresalto que su cabello negro se había vuelto todo gris por igual. Pero el suyo propio era blanco. Los años habían pasado para los dos. Le había parecido muy natural volver a ver a Elise. Pero había transcurrido ya toda una vida. Era entonces una recién casada, y ahora sus dos hijos estaban muertos. Sin embargo, ella era Elise, y él era William y se habían conocido de niños. Pasó el brazo por los hombros de ella.

—Te hará bien llorar —dijo suavemente.

Elise levantó la vista para mirarle, con la cara humedecida por el llanto. Ahora vio William que había envejecido. Los años se veían en ella. Siempre sería hermosa porque sus facciones eran correctas. Su esqueleto sería hermoso, cuando su carne fuera polvo. Pero su boca revelaba tristeza; había arrugas junto a sus ojos, y una línea profunda entre sus cejas, como si a menudo frunciera el ceño. No era un rostro feliz, y había sido la vida, no la muerte, la que así la había transformado.

—Te recuerdo —dijo él sencillamente.

Se abrió la puerta y apareció Ruth, con una bandeja entre las manos; en ella, unos pequeños vasos llenos de vino de amargón y un plato con pastas semisaladas que siempre tenía para acompañarlo.

Sus ojos azules se abrieron extraordinaria» mente.

—¿Lo queréis ya, William?

—Sí, claro —dijo él rápidamente/ Se dio cuenta de su brazo alrededor de los hombros de Elise y lo separó demasiado de prisa. Su impulso fue gritarle a Ruth en defensa propia: "Ha perdido a sus dos hijos", pero se contuvo. Ruth era una extraña para Elise.

—Bebe un poco de este vino de Ruth, Elise —dijo—. Te sentirás mejor.

Y sin volver a mirar a Ruth cogió la bando— ja de sus manos, la dejó descansar sobre un mueble y, tomando un vaso, se lo dio a Elise. Pero cuando cogió otro para Ruth, vio con gran asombro que ésta había desaparecido. Cuando él le cogió la bandeja, Ruth se había retirado de la estancia. Se sintió irritado contra ella y sorprendido de —su irritación por lo insólita. ¡Jamás hasta entonces se había sentido irritado contra Ruth! Se sentó de nuevo, probó el vino y volvió a dejar el vaso.

El llanto impedía también beber a Elise. Quería hablar; quería decir cuanto pudiera de Don; cómo era; qué fuerte había sido siempre de niño; nunca le había dado que hacer; inteligente en el colegio; había obtenido matrículas en Cambridge. Había decidido que se dedicaría a la política, pues era lo acostumbrado en la familia inglesa de Ronnie. Ahora todo había terminado antes de empezar...

—¿Por qué, William..., por qué, por qué? —sollozó.

—No lo sé —dijo él—; si pudiera contestar a esto.» Todo es casualidad. Por lo que veo, casualidad es cuando nacemos y casualidad cuando morimos.

—Pero... pero en tu carta sobre Rex —dijo ella lastimosamente—, hablabas de persistencia, aun después de la muerte, para algunas personas por lo menos. ¿Tienes algo que te guíe...? ¿Hay alguna forma de saber para qué clase de personas...? ¿Por qué más para Rex que para Don? Don era menos delicado que Rex, ésa era la única diferencia. Rex amaba más la vida, en realidad... Ya sabes, la vida física, el comer, el beber, el deporte... Me preocupaba terriblemente porque siempre se estaba enamorando; pero jamás era en serio... Solía decir que sólo estaba definiendo la persona de quien se enamoraría realmente algún día.

William la dejaba hablar, y gradualmente, la imagen de una criatura fuerte y viril empezó a tomar vida ante sus ojos.

—¿Tienes las fotos que te mandé? —dijo ella de pronto—. ¿Las tienes, William? Creía que tenía otras copias, pero no las encuentro; y siempre me gustó especialmente esa de Don.

—Claro que las tengo —dijo él—. Voy a buscarlas.

Se levantó y se dirigió hacia la habitación que había convertido en biblioteca. La casa estaba tan silenciosa como si nadie.excepto él, y Elise estuvieran en ella. ¿Dónde estaría Ruth? Pero ahora no podía ir a buscarla.

Entonces, al abrir la puerta de la habitación, vio a Jill, su cuerpo delgado casi oculto en uno de los grandes sillones que había comprado cuando puso la chimenea.

—¡Hola! —dijo ella, alzando la cabeza del libro.

—¿Estás aquí?

—¿Quién es la visita? —preguntó Jill.

—Una antigua amiga —dijo William. Abrió el cajón donde guardaba las cartas de Elise. Había metido las fotografías en aquel cajón, no en un sobre, sino sueltas. La de Rex estaba allí, pero no la de Don. Buscó de nuevo, seguro de que también tenía que estar, pero no era así, y empezó a revolver entre las cartas. Tampoco.

—¡Qué extraño! —murmuró—. ¿Qué pude haber hecho de ella? —Se volvió a Jill—. Tú no habrás visto una fotografía, ¿verdad? Era de un muchacho alto, moreno, con el uniforme de soldado británico.

Se asombró al ver que el rostro de Jill enrojecía.

—La cogí yo.

—¿La cogiste? Pero, ¿por qué? No era nadie a quien tú conocieras.

—Me... gustó su cara. —Inclinó la cabeza y pasó rápidamente las hojas del libro—. Iba a preguntarte quién era.

—¿Cuándo la cogiste?

—Hace varias semanas.

—¿Y la has tenido todo este tiempo sin decirme nada?

—Tenía miedo que pensaras que era muy tonta.

Sus labios temblaron acongojados. William

seguía mirándola incrédulo.

—Pero parece raro que te llevaras una fotografía de mi cajón.

Jill se puso en pie rápidamente.

—Estaba ordenando tu escritorio. Madre me dijo que lo hiciera, y yo ordené los cajones, y vi las fotografías. Al principio, creí que el moreno eras tú cuando joven, quizás en uno de esos países extraños en donde tú nos contaste que habías estado antes de conocer a mamá. Entonces vi que no lo eras. Pero algo hizo que deseara guardarme el retrato. Debía habértelo pedido... pero me daba vergüenza»

—¿Tienes aún el retrato? —preguntó William.

Ella asintió.

—¿Voy a buscarlo?

—Sí, Jill.

Esperó apoyado en el escritorio mientras ella estaba fuera. ¿Qué quería decir aquello? El impulso romántico de una criatura romántica y solitaria; quizá nada más; sin embargo, sabía que ningún impulso en Jill era fútil. Tuvo la sensación de que rodeaba a su hija un ambiente de tragedia, algo frustrado, algo fallido. Volvió ella y le tendió un pequeño envoltorio. Había envuelto la fotografía en un papel plateado. William la tomó sin desenvolverla. Algo en los ojos de ella le hicieron comprender que debía decirle que aquel muchacho había muerto.

—La razón porque te la pido —dijo—, es porque la señora que ha venido a verme es su madre. Se casó con un inglés y tuvo estos dos hijos. Los dos han muerto en la guerra. No tiene ninguna copia de esta fotografía.

Vio que el rostro enrojecido de Jill se volvía lívido ante sus ojos. Hasta sus labios parecieron quedarse sin sangre.

—¡Qué horrible! —susurró. Era lo que cualquier muchacha hubiera dicho, pero en la rigidez de su cuerpo y en sus ojos vio más de lo que las vulgares palabras expresaban.

—Muy horrible —dijo William gravemente. Se dirigió rápido hacia la puerta dejando a su hija en pie, en el centro de la estancia, mirándole fijamente, como aprehendiendo lo que acababa de oír. Ya en el vestíbulo, oyó que la puerta se abría rápidamente y Jill le cogió por el brazo.

—Padre, ¿podría hablar con su madre?

—Naturalmente —dijo él. Jill era siempre tímida y, no obstante, al entrar a la estancia donde estaba Elise, arrebató la fotografía de la mano de William y ella misma se la dio a Elise.

—¡Oh, lo... siento... tanto! —dijo impetuosamente. Tenía una hermosa y profunda voz, pero William nunca la había oído sonar tan armoniosamente.

Se hundió en el sofá junto a Elise y le tomó la mano.

—Siento su muerte como si le conociera. Le conocía. Miraba su retrato todos los días. Quería conocerle. Ahora ya no podré.

Miró a Elise compasivamente sin saber si sería comprendida, y Elise le devolvió la mirada; entonces, de pronto, como si ya antes se hubiesen conocido, las dos se abrazaron y lloraron juntas. Y William, asombrado y confundido, salió de la estancia despacio y volvió a la biblioteca; allí se sentó solo, meditando qué significado podría tener la visita de Elise a aquella casa»

En la sala, Elise se apartó un poco de Jill, pero sólo lo suficiente para ver a aquella muchacha que lloraba porque Don había muerto,

—¿Eres hija de William?

—Sí, soy Jill.

—Lloras como si hubieras conocido a mi hijo.

—Me hace el efecto de que así es.

Jill escrutó el rostro moreno y fatigado de Elise. ¡Aquella era su madre!

—Cuando encontré el retrato en el cajón tuve una sensación rarísima. Le conocía. Al principio creí que podría ser un retrato de mi padre cuando era joven.

—¿Notaste que se parecía a William? ¡Ah, nadie se ha dado cuenta jamás, sino yo! Y yo no me he atrevido a decírselo a nadie.

—Yo también lo noté. Entonces vi que no era mi padre, sino otra persona. Y cogí el retrato pensando averiguarlo luego. Desde entonces lo guardaba y lo miraba —rió, en su excitación, sin alegría— casi como si estuviera enamorada de él.

Se miraron temblorosas ante la idea de lo que hubiera podido ser. Entonces Jill susurró:

—No hubiese podido decir eso si su hijo estuviera vivo.

—Ya lo sé.

Una extraña certidumbre las embargaba. Las manos se estrecharon fuertemente. Elise habló:

—Es la primera cosa que me sirve de consuelo. Me gustaría contarte cuanto a él se refiera; desde el momento en que nació. Quiero que estemos juntas... tú y yo. ¿Crees que tu padre te dejará venir conmigo?

—Él, sí. Madre, no sé.

—Me olvidaba de ella.

Las manos se aflojaron un poco; entonces la mano de Elise volvió a apretar la de Jill.

—Inténtalo, querida. ¡Hazlo por mí ¡He estado tan triste! Y no tengo a nadie.

—Lo intentaré —prometió Jill. Su corazón errante y ardiente, que ansiaba querer a alguien con todas sus fuerzas, se abatía junto a aquella mujer, como un pájaro sin rumbo da vueltas alrededor de un refugio—. Quisiera estar con usted —dijo—. Quizás es ahí a donde yo pertenezco.

—No —dijo Ruth.

Elise se había ya marchado. Arriba, en la buhardilla, desde la ventana, vio cómo la alta figura con el rostro cubierto por el velo entraba en el coche. William le ayudó a subir, aun cuando un hombre vestido con una especie de uniforme que no era de soldado, estaba allí para hacerlo. Jill estaba allí también. ¿Qué hacía Jill allí, y por qué la mujer se inclinaba desde el coche y tomaba el rostro de Jill entre las manos para besarla? Ruth sintió una extraña sensación de celos. Una mujer desconocida no debía, no tenía por qué besar a una de sus hijas.

Bajó con el rostro tranquilo, con fría apariencia, pero ardiendo por dentro. Encontró a William y a Jill en el vestíbulo.

—¿Dónde has estado? —preguntó William. Quería que conocieras a Elise. Pero cuando me volví ya te habías marchado.

—Fui a limpiar la buhardilla —dijo Ruth—, No tenía tiempo para quedarme abajo. Jill, las fresas están en azúcar. Puedes hacer la compota por mí esta tarde. Ten cuidado que no se te queme. Las fresas silvestres no pueden requemarse.

—Muy bien.

Pero Jill miraba a William como si quisiera algo, y él la miraba a su vez.

—¿Qué lleváis entre manos? —preguntó Ruth ásperamente.

—Madre, ¿me dejarías ir a visitar a esa señora? —Jill hizo la pregunta de súbito, como temerosa de la respuesta.

—Es una extraña —dijo Ruth.

—No —dijo William—, no lo es. Es una antigua amiga, Ruth. La conocía muy bien. Quiere que Jill vaya a pasar una temporada con ella.

—No —dijo Ruth—, no.

No tenía intención de hablar tan desabridamente, pero la palabra subió del fondo de su ser a su boca.

—¡Oh, madre! —exclamó Jill.

—Espera, Jill —ordenó William—. Déjame explicar las cosas a tu madre.

Los tres permanecieron un instante silenciosos. Entonces Ruth se dirigió a Jill.

—Vete a empezar la compota.

—Muy bien, madre..

Quedaron los dos. William se inclinó mirando a Ruth a los ojos; aquellos ojos azules. que nunca había visto hostiles. Pero en aquel momento lo eran.

—Vamos, queridísima —dijo.

Pasó ligeramente el brazo alrededor del cuerpo de Ruth, maravillándose al notar su resistencia. Después, sin una palabra, obedeció ella y entró con él en la biblioteca.

William cerró la puerta.

Permaneció ella en el centro de la habitación. Su actitud era desafiadora. Su cabello castaño con sus dos mechones blancos sobre las cejas; su cuerpo esbelto, desnudo. El la vio entera y su corazón palpitó de admiración por ella, tal como era. Conocía ya todas sus limitaciones. Nada había en ella que le fuera desconocido; su ignorancia y su sabiduría; sus prejuicios y las generosidades: su salud de cuerpo y espíritu, y, sobre todo para él, su robusta e imperecedera belleza.

—¿Qué quieres" preguntarme primero? —le dijo con calma.

—¡Nada! —repuso ella—. No pregunto nada.

Se sorprendió él de tal manera, que sólo pudo preguntar:

—¿Por qué, Ruth?

—Hace mucho tiempo, me dije a mí misma que nunca te preguntaría nada, fuera de lo que tuviera que ver conmigo. —Sus ojos eran firmes, claros como el día—. Cuando viniste a esta casa yo sabía que venías de un mundo que yo desconocía, que no podía conocer porque no pertenecía a él; quizás algún día, pensaba yo, querrías volver a él. Pues bien, si querías marcharte yo no te detendría. Esto es lo que me decía al principio. Ahora sé, después que hemos estado tanto tiempo juntos, que haré cuanto pueda por retenerte, sea como sea. Si dejas a Jill... será en parte como si te dejara ir a ti. Y no puedo.

—Nunca me marcharé, Ruth. —Pero en aquel momento no deseaba acercarse a ella.

—No sabes lo que harás —le contestó. Tampoco, ella deseaba acercarse a su marido. Repentinamente sintió que no era digna. Aquella mañana una mujer hermosa, de aspecto orgulloso, había ido a ver a William; de dónde o para qué, no lo sabía ni deseaba saberlo. Pero no dejaría que esa mujer se llevase nada de aquella casa.

—Si le niegas esto a Jill, la privas de muchísimo —dijo claramente. Veía a Jill dibujada de una manera nueva, solemne. ¿Qué derecho tenía Ruth a excluirla de un mundo para " el cual quizás había nacido?

—No puedo remediarlo —dijo Ruth.

"¡Cuán inalterable es! —pensó William—¡Qué obstinada en su fortaleza!"; y se sintió repentinamente desesperado por causa de Jill.

—Jill ha nacido en esta casa, y en ella permanecerá hasta que se case con algún buen muchacho —dijo Ruth.

—¿Y si no se casa? —La voz de William era fría.

—Entonces, puede ayudarme. Nos estamos haciendo viejos, William. —Las palabras parecían implicar un ruego, que estaba totalmente ausente de su voz. Su negativa era firme—. De nada sirve hablar más, William —agregó.

—Sí sirve. Sí, hablaremos, Ruth. Hablaremos una y otra vez, hasta que lo veas como yo. Tienes que comprenderme esta vez.

Por la noche, cuando la casa estaba silenciosa, intentó evocar su antiguo mundo para que Ruth lo comprendiera.

Tenía la sensación de que Jill estaba despierta en su habitación confiando en él. Nunca había su hija deseado nada como deseaba ahora marcharse con Elise. Aquella tarde, había llevado a William aparte y, cogiéndole una mano entre las suyas, pegajosas por la compota, había intentado hacerle comprender cuán desesperadamente deseaba marcharse.

—¡Hace tanto tiempo que deseaba ir a alguna parte! Creo que toda mi vida he deseado vivir en otro sitio. Yo no soy como Mary. No tengo bastante con arreglar la casa, y ordeñar las vacas, y dar de comer a los polluelos. Hay otras cosas... Debe de haber otras cosas, ¿verdad, padre?

—Muchas otras cosas —afirmó él.

—Si no puedo ir, me moriré.

—No te morirás; pero quizá vivas más si? vas.

Pensó entonces en aquella extraña casualidad que le había hecho encontrar a ella la fotografía del hijo de Elise.

En aquella tranquila casa, la vida que había rehuido tendía sus largos brazos para cogerle. Suspiró. Jill, preocupada y pensando únicamente en sí misma, no oyó el suspiro. Exclamó de pronto:

—Parece como si un hombre al que nunca conocí, y al que nunca podré conocer, aunque bien pudiera... Jamás vi a nadie que me atrajera tanto. Me ha abierto una puerta, y no quiero que se me cierre.

—No creo en cerrar puertas —dijo él—; haré cuanto pueda, Jill, sin hacer daño a tu madre.

—Siempre piensas en ella primero. —Siempre lo he hecho: Ella le dirigió una de sus sombrías miradas de soslayo, y así se habían separado.

Uno junto a otro, ahora, Ruth y él estaban acostados en el viejo lecho donde habían dormido unidos las dos terceras partes de una vida; y él intentó revivir de nuevo, por Jill, un mundo que creía olvidado. Ruth le escuchaba, derrumbándolo con tanta prontitud como él lo construía.

—Yo sólo veo las cosas cuando me las dicen claramente, William. ¿Te hubieras casado con esa... mujer... si no me hubieras encontrado a mí?

—Te encontré, queridísima.

—¿Lo hubieras hecho?

—Supongo que sí, de la misma manera que tú te habrías casado con Henry Fasthauser si no me hubieras encontrado a mí.

—Bueno, esto lo comprendo —dijo Ruth.

Aún siguió pensando durante un rato. Elise era diferente de las demás mujeres que ella conocía. ¿Sería en su interior como William? ¿De qué hablarían?

—De todas estas cartas que recibes —preguntó—, ¿son algunas de ellas?

—Algunas, sí.

Entonces, como ella no hablase, le preguntó él:

—¿Te gustaría verlas?

Ruth recogió aquellas palabras y las meditó una y otra vez en su interior.

—No creo que me sirviera de nada ver estas cartas.

No añadió nada más, pero pensó que quizá no entendería de ellas más que lo que entendió de la carta de William. Se sentía profundamente

herida y descubrió que ella se mostraba suave y paciente con ella, lo reconocía; y, sin embargo, se sentía molesta en cierto modo, porque él creía que había necesidad de demostrarle paciencia. Hubiera deseado estar abiertamente irritada con él para poder así localizar su propia herida.

—Si Jill se va con esa mujer, nunca deseará volver a casa.

—¿Eso es lo que piensas? —repuso William—. Pero podría resultar lo contrario. Podría estar contenta de volver. Recuerda que yo elegí venir a vivir aquí.

—Tu caso es diferente... Tú no tenías más que esa otra vida y te pareció bueno escaparte de ella. Pero Jill sólo ha tenido ésta, y la otra le parecerá mejor.

—Pero no tenemos derecho a negársela.

—¡Es por su bien! —exclamó Ruth.

—¿Podemos alegar que es por su bien? —le preguntó.

—Sí, podemos —replicó ella—. Jill, es nuestra.

—No —dijo William con lentitud—. Ningún ser humano pertenece a otro.

Reinó un profundo silencio. Entonces la voz de Ruth sonó en la oscuridad.

—Si crees eso. ¿Por qué te quedas conmigo? William se aproximó prestamente, a ella con todo su ser.

—¡Porque quiero estar contigo, Ruth! La tomó en sus brazos, a pesar de la resistencia con que ella se negó durante un rato a dejarse consolar. Pocas veces necesitaba consuelo, pero cuando se sentía herida, el mal llegaba hondo y no se curaba con facilidad. Encendió él la lámpara para observar en su rostro el tránsito de la tristeza presente a su tranquilidad ordinaria. Y se dedicó a atraérsela otra vez; a hacerla creer en él de nuevo, a inculcarle la certidumbre de que jamás la dejaría.

Y en las tiernas palabras, las alegres y amantes palabras que decía mientras le juraba que jamás la dejaría mientras tuviera vida, tenía la sensación de que parte de él se escapaba a través de Jill. Jill tenía que ser librada, y con ella una pequeña parte de sí mismo saldría de aquella casa.

No se volvió a mencionar a Jill entre ellos, pero por la mañana, durante el desayuno, dijo William con calma, como si fuera cosa que no le preocupara mucho:

—¡Ah, Jill! Tu madre y yo decidimos anoche que podrías ir. —Levantó la vista y encontró el azul impetuoso de los ojos de Ruth, y los desafió con su insistente mirada afirmativa—. Los dos creemos que tienes derecho a elegir tú misma —le dijo a Jill; y siguió con los ojos fijos en Ruth—: No es más de lo que hicimos en nuestro tiempo.

Así le dio su hija a Elise.

William se dio cuenta, cuando Jill se hubo marchado, de que Ruth y él eran más que de mediana edad. Se hacían viejos. Nada en el mundo que les rodeaba parecía tener gran importancia para él. Las cartas de Elise continuaban llegando, pero ahora no importunaba hablando de sí misma. Se concentraba en Jill.

Jill necesitaba trajes nuevos; Jill tenía que aprender canto. ¿Había descubierto William que Jill tenía una hermosa voz de contralto? Estaban ahora en Nueva York, y Louise la ayudaba a equipar a Jill y a buscarle los mejores profesores. Monty era enormemente rico como consecuencia de la guerra. Cuanto más durase ésta, más rico sería. Se portaba muy generosamente con Jill. Y Louise decía que era una vergüenza que William se hubiera apartado de tal manera de su familia. Sus padres eran ahora viejos y achacosos. Cuando Jill estuviera preparada irían a Filadelfia. ¿Quería William encontrarlas allí?

El leía aquellas cartas cuidadosamente, y las comparaba con las de Jill, escritas evidentemente para los ojos de su madre. William deducía poco de ellas, excepto que trabajaba muchísimo en sus lecciones de canto.

—¿Sabías que cantaba? —le preguntó a Ruth.

—Ya me parecía que tenía una voz bonita cuando cantaba los himnos en la iglesia —dijo ella, sorprendida—, pero nunca se me había ocurrido esto.

—¡Ah!, ahora comprendo que debí haber ido a la iglesia —dijo William riendo, pero al instante recobró su gravedad—. ¡Qué terrible hubiera sido si no la hubiésemos dejado marchar!

Pero Ruth no quería hacerle aquella concesión.

—No es una vida tan buena para una mujer, cantar en un escenario delante de todo el mundo.

—Sin embargo, buena para Jill, indudablemente —insistió él. No mencionó que Jill iría a casa de sus padres. Ya habría tiempo para ello, cuando supiera si también iría él para verla allí.

Entonces terminó la guerra, y Ruth olvidó a Jill porque Hal volvía a casa. ¿Estaría ya de regreso para Navidad? Limpió la casa desde el sótano hasta la buhardilla y empapeló de nuevo su habitación. La casa estaba llena de una nueva paz que nada tenía que ver con la guerra. Para Ruth, aquella guerra había estado circunscrita a la persona de Hal. Había salido de ella ileso, jactándose de que había crecido una pulgada y engordado quince libras.

—Debe de estar estupendo —decía Ruth.

Y agregaba:

—¿Qué querrá hacer ahora? Sería muy hermoso que quisiese instalarse con nosotros en la granja.

—No lo creo —dijo William—. No confíes demasiado en los hijos, queridísima. De nada sirve.

—No sé por qué mis hijos han de ser tan diferentes de los demás —dijo día tristemente—. Los hijos de otras personas parecen adaptarse en seguida en todas partes. Pero sólo Mary es como los demás.

William sonrió:

—Tus hijos tienen un padre un poco especial, Ruth.

Ruth le dirigió una de sus largas miradas maliciosas.

—Lástima que no se me ocurriera pensar en esto cuando viniste aquí por primera vez.

—¿De veras es una lástima? —Quizás aquella incertidumbre era lo que les mantenía eternamente enamorados.

—Lástima o no, no hubiera podido hacer otra cosa —replicó ella.

En aquellos días, antes de Navidad, vivieron unos momentos tan dulces como los de su luna de miel.

Solos en la casa, no se sentían solitarios, y la llegada de Hal, que significaba el fin de la guerra, añadía una alegría exterior.

No llegó para Navidad, pero, no obstante, la alegría se mantuvo. Tal vez para Año Nuevo; pero el Año Nuevo tampoco lo trajo. Quizá para la primavera; y la alegría seguía. Jill era muy feliz; nació el segundo hijo de Mary, y se llamó Thomas, y Hal iba a regresar cualquier día.

La felicidad se rompió un día de abril en que llegó una carta con la escritura eternamente infantil de Hal. No volvía. Se había casado con una

francesa que había vivido toda su vida en París y no quería marcharse. En cuanto a él, París le gustaba. Quizá cualquier día irían ellos a verle y a conocer a Mimí. Si ellos no iban, seguramente encontraría él la manera de poder volver una temporada a casa.

William había encontrado la carta en el buzón y se la había llevado a Ruth, directamente, cerrada. Estaba ella en el huerto rastrillando la tierra y preparándola para la siembra y con los dedos cubiertos de tierra rasgó el sobre y leyó las pocas líneas con que Hal ponía fin a todas sus esperanzas. Tendió la carta a William y éste la leyó. Entonces, viendo que ella no podía hablar, la tomó de la mano llevándosela a la casa y la obligó a sentarse. Fue a buscar licor de guindas y le hizo beber un poco. Entretanto, procuraba calmarla.

—Queridísima, ya te he dicho que no tenemos que esperar nada de los hijos. Harán siempre lo que quieran. Nosotros nos tenemos el uno a otro.

Ruth recobró la voz.

—William. ¡Una francesa!

Vio que no era la boda de Hal lo que la mataba, sino su unión con una extranjera; una mujer con la que nunca podría hablar ni una palabra aunque se conociesen.

—Los franceses son exactamente iguales que los demás, querida. Yo solía pasar los veranos en Francia cuando niño y hablaba francés igual que inglés. Me gustaba la gente. Eso no importa.

Pero a Ruth no le importaba lo que su marido hubiera hecho en aquella otra vida. Con una mujer francesa no tenía medio de comunicarse; esto es lo que le importaba.

—¿Qué serán sus hijos? —gimió—. No serán nuestros.

—Los verás alguna vez, y los querrás.

—No podré —decía sacudiendo la cabeza—, no serán míos. —Las lágrimas llenaban sus ojos—. Preferiría que no hubiésemos preparado la habitación de Hal. Nunca la usará.

—Claro que la usará —insistió William.

Pero no pudo imponerse. Desde aquel día, le parecía a Ruth que su hijo había muerto. No contestaba a sus cartas. Fue William quien finalmente contestó a Hal, y le envió como regalo de boda un pequeño cheque producto de un cuadro que había vendido a un turista que le había visto trabajando en él.

"A tu madre le disgusta que no vuelvas, hijo —le escribía a Hal—; así que te escribiré yo hasta que se reponga."

Así empezaron las cartas entre William y su hijo, y más tarde con su nuera francesa. En una carta dirigida a Hal, William incluía cuatro líneas para Mimí. Al leerlas ésta en su pequeño piso parisiense, quedó encantada de su corrección.

—¡He aquí un milagro! —exclamó—. Que entre todo un regimiento fuera a escogerte a ti, que tienes un papá inteligente.

—No sabía que el viejo supiera francés —dijo Hal asombrado.

—No lo sabes apreciar —exclamó Mimí. Y se dispuso a apreciarle por sí misma, especialmente cuando supo que la familia de William era rica. Empezó a instarle para que fuera a visitarles. Querría al padre de su marido como si fuera el suyo. París había mejorado' mucho desde su juventud. Estaba deseando enseñárselo todo.

William no le traducía aquellas cartas a Ruth. Le divertían. Eran alegres, egoístas, y no siempre escritas sin faltas de ortografía. Tenía una visión muy clara de la esposa francesa de Hal, y, cuando llegó una fotografía de Hal vestido de Mufti, y junto a él una mujer— cita pequeña morena, decidida, con un traje lleno de faralaes, no le sorprendió en absoluto. Pensó que debía preparar a Ruth para no volver, quizá nunca más, a ver a su hijo. No se lo diría con palabras, pero procuraría hacerla feliz en todo cuanto pudiese, pues en Hal su felicidad estaba ya destruida.

A William le era doloroso separarse de Ruth y visitar aquella vieja casa de Filadelfia, aunque se tratara de ver a Jill. Si su padre hubiera podido reconocerle, lo hubiera considerado una tercera vez, aunque seguramente con igual conclusión. Pero Louise, que ahora le escribía con motivo de Jill, le avisó que no esperara que el anciano le reconociese. No conocía ya a nadie, ni siquiera a su mujer. Sus compañeros eran ahora aquellos con quienes en realidad había vivido; los grandes pintores del pasado. Murmuraba grandes monólogos con Corot y Tiziano y argüía con Velázquez la calidad de algunos de sus cuadros.

—Papá no sabrá si vienes o no —le avisó Louise.

Entonces, pensó tristemente que su padre ya no sabría, ni le importaría, si un cuadro suyo sería digno de figurar en su galería; ni por qué no habría seguido su consejo de marcharse a descubrir qué era capaz de pintar. Con un sentido de amarga crítica, contempló todos sus lienzos. Todos los años vendió cierto número de ellos después de su exposición en el Masonic Hall del pueblo, y año tras año veía que mayor número de personas acudían a ver lo que había hecho. Pero había llegado a ser conocido tan sólo por sus paisajes de Pensilvania, aunque en cada lienzo había intentado poner algo más. Por mucho que censurase a los americanos por su afición a rotular para su propia conveniencia cultural las obras de cualquier creador, era en realidad demasiado para él. Lo que había intentado enseñarles, que un paisaje tiene un valor, no geográficamente, sino espiritualmente, no lo habían aprendido.

No le causaba satisfacción ninguna oírse alabar como el mejor pintor de los paisajes de Pensilvania. Despreciando su propia obra, concluyó, por lo tanto, contra todas sus esperanzas, que de todos sus lienzos, el mejor era el que nunca puso a la venta: el retrato de Ruth.

"Todavía es el mejor", pensó con tristeza, porque lo había concluido hacía treinta y cinco años. Era un hecho desagradable, no cabía duda; pero había que aceptarlo; su mejor obra había sido la primera. ¿Para qué ir, pues, a ver a su padre?

Cuando se enteró de que su madre, muy vieja, paralítica, pero con la inteligencia clara, rehusaba todavía ver a Ruth, aun después de haber visto a Jill, William decidió que no iría a verla, por anciana que fuese.

—No estarás enfermo, ¿verdad? —le preguntó Ruth—. ¡Estás tan amarillo!

—No, no estoy enfermo —dijo William. Nada le había dicho de su lucha interior ni de su indecisión, provocadas por las cartas de Louise. No estaba seguro de que le interesara ver a una Louise y a un Monty enriquecidos. "Lo estaban haciendo todo" para ayudar a Jill, pero él veía que, evidentemente, gozaban haciéndolo. Y ella lo aceptaba graciosamente, William lo sabía. Sus cartas suaves, felices, se lo decían. Escribía con afecto de Louise; con buen humor sobre Monty, quien se estaba volviendo muy sordo y llevaba monóculo y barba en punta; con generosidad, de su abuela; y siempre con gran cariño de Elise.

"Algunas veces tengo la sensación de que es mi madre", escribía Jill.

"Esta hija vuestra —escribía Elise— es ahora hija mía. Tengo la extraña convicción de que si Don hubiera vivido, Jill y él se hubieran encontrado algún día. Ella también lo siente así. Me extrañaría que llegara a casarse."

Cuando William leyó aquello se inquietó y escribió a Jill una larga exhortación rogándole que no se dejara influir por Elise contra el matrimonio.

44 El matrimonio es una profunda experiencia —le escribió—. Sentiría que no la conocieses. En ocasiones, esta experiencia tiene lugar entre dos personas que no conciden, pero aun así, es profunda. Preferiría que te casases, aunque no fueses feliz, a que no te casases/

Ella le respondió: "Si quisiera casarme, me casaría. Pero creo que no lo desearé nunca. Intento ir al «Metropolitan». ¿Recuerdas *Mi corazón*

a tu dulce voz? Ahora la estoy aprendiendo. Si algún día la canto en un escenario, tienes que venir a oírme. Me prometiste que iríamos juntos a la ópera."

Pero durante todo aquel tiempo William no había decidido aún si iría a ver a su madre. Si iba sería por última vez, y únicamente porque Jill estaría también allí.

Su madre había decidido, voluntariosa, querer a Jill. Elise le escribía: "Tu madre reclama a Jill. Pero, naturalmente, ésta no puede vivir en Filadelfia."

El día señalado era a principios de setiembre, antes de que en Nueva York empezara la temporada. Louise, Monty, Elise y Jill irían en automóvil. Le sería fácil ir también a él. La Estación de Servicio de Tom era regentada por los hijos de éste, que iban y venían de Filadelfia con la misma facilidad con que en otros tiempos se iban al pueblo vecino. Si William quería ir, uno de los chicos le llevaría y volvería a traerle.

Desechó la idea con la gran tranquilidad con que en aquellos días le resultaba fácil apartar cualquier cosa.

"No debo ir —pensó—. Aún no soy viejo." Viviendo en aquella casa, solo con Ruth, le era fácil evitarse la crisis de toda decisión. ¡Ruth hacía la vida tan rica, cuando estaba satisfecha! Y su propio universo se oscurecía: cuando no lo estaba. No le gustaba dejarla sola en la casa. Cuando en tiempos pasados iba a ver a sus padres, los chiquillos se quedaban con ella. Ahora se sentaría a esperar sola, mientras él estuviera ausente y, al volver, ¿qué podría decirle? ¿Cómo explicarle ahora lo que nunca le había explicado? Había luchado por la causa de Jill y la había ganado. Para él, apenas le parecía que valiera la pena. No temía a Ruth como había temido a su propia madre. Amaba a Ruth, y quería verla feliz. Así que, cuando aquel día de setiembre amaneció con una suave llovizna le pareció un esfuerzo demasiado grande decir a Ruth que, precisamente aquel día, deseaba volver a su antigua casa, ¡Después de tantos años!

Permaneció acostado durante la mañana, contemplando la lluvia, oyéndola caer suavemente sobre el tejado de pizarra, y consideró que no merecía la pena levantarse. Todo cuanto él quería estaba allí, en aquella casa. Ruth dormía todavía. William se incorporó con cuidado y la miró. Ruth dormía siempre profundamente, y él, por el contrario, tan ligeramente, tan inquieto, que ella se había acostumbrado a sus vueltas en la cama. Ruth no se despertó. Al contemplarla, todo lo que ella representaba para él le embargó como una avenida por los pequeños canales de sus días y sus años de unión. Había poseído su juventud, y su edad madura; no la había cambiado, ni hubiese querido que cambiase. Era completa; era una criatura que había cumplido la misión para la que había sido destinada.

"He sido feliz", pensó. La felicidad era un estado simple, primitivo, del ser; un estado corporal primero y de espíritu independiente. Con Ruth había vivido una vida buena. Pocos hombres a su edad, con los hijos crecidos y fuera del hogar, podían pensar en los años por venir con tranquilo éxtasis, junto a esposas envejecidas a su lado.

¿Era vieja Ruth? No vio señales de edad en ella excepto los dos mechones blancos en su cabello. Su dulce rostro dormido era terso; no era joven, pero no había envejecido. Su piel era fina, sus labios todavía rojos; sus dientes blancos y sanos. Se inclinó más cerca de aquel rostro dormido y sintió la fragancia de su cuerpo, tan fresco como la primera noche.

Se acostó de nuevo y la sintió fuerte y cálida junto a él.

Cerró los ojos y escuchó el ruido de la lluvia cayendo pesadamente sobre el tejado que tema encima. Su casa, su hogar... lo había hecho suyo. Ahora sabía que jamás saldría de él hasta morir.

—William, apenas he pedido nada para mí durante todos estos años —dijo Ruth.

—Pero nuestras bodas de oro, queridísima, nos pertenecen a los dos... ¿O no es así?

William añadió aquellas últimas palabras al ver el rostro de Ruth sonrosado y obstinado. Estaban sentados en la salita, en una mañana de verano. Ruth, anciana, seguía siendo hermosa. Su cabello blanco, rizado, sedoso, enmarcaba su rostro fresco. Había engordado lo suficiente para que las arrugas de la vejez no la traicionasen. Él se miraba su propio rostro flaco y moreno todas las mañanas en el espejo y veía un mapa de arrugas. Parecía veinte años mayor que ella. Ruth tenía, enfundado en la mano, uno de sus calcetines de lana color castaño y le zorcía un talón. Sus ojos azules eran tan claros como siempre y no usaba lentes.

William prosiguió al ver que ella no contestaba.

—Las bodas son siempre de las mujeres, de la primera a la última.

Ruth, siguiendo sus propios pensamientos, respondió sin prestar atención.

—Lo quiero todo amarillo, el mantel incluso. Ya tendremos rosas amarillas para entonces.

—Me parece perfectamente bien que todo sea amarillo —dijo él impaciente—; pero, ¿no podríamos tenerlo todo amarillo sin invitar a todo el vecindario?

—La gente de los alrededores espera que se les invite a unas bodas de oro —replicó Ruth—. Unas bodas de oro no son cosa corriente.

Siguió zurciendo, pero de pronto él vio unas lágrimas prendidas en sus pestañas y se inclinó hacia ella en el viejo sofá donde estaban sentados uno junto al otro. Cogió sus manos, calcetín incluso.

—Queridísima, ¿de veras quieres esta» esta fiesta?

—No es una fiesta, William.» Es... Son nuestras bodas de oro.

—Pero, Ruth, ¿por qué hemos de compartir nuestras bodas con todo el vecindario?

—Es una cosa de la que hay que estar orgullosos, William... ¡Unas bodas de oro!

Él se rió, soltó sus manos y se levantó.

—¡Oh, muy bien, queridísima! ¡Me doy por vencido! Procuraré soportarlo por ti, Ruth.

—William, no deberías reírte de esta gente. ¡Todos te respetan tanto!

—¿Yo, reirme? Te aseguro que no había pensado en reirme.

Permaneció delante de ella, inquieto y vagamente disgustado, como tan a menudo le ocurría en aquellos días. Quizás era la vejez; aquella desazón por pasar a lo que hay que hacer al momento siguiente, aquella impaciencia por lo que continuaba siendo durante mucho tiempo.

—Me parece que me voy, Ruth.

—¿Aún piensas en subir a la colina? ¿Con este sol?

—El sol me hace bien. Me calentará.

Instantáneamente levantó ella la vista con ansiedad.

—¿Tienes frío?

—No, no empieces a preocuparte por mí.

—No sé para qué quieres subir a la colina —dijo Ruth severamente—. No estás en condiciones.

—Nunca estaré en mejores condiciones que ahora.

—Bien, no digas que no te he avisado —le gritó cuando se alejaba. "William es así —pensaba—. Cuando algo no le gusta, sencillamente, se marcha."

—¡William! —alzó la voz.

Ya en la entrada, William se detuvo.

—¿Qué quieres? —respondió.

—¿No te llevarás la caja de pinturas?

—¡Quizá sí!

—Es mejor que no lleves una cosa tan pesada hasta arriba de esa colina. Tu corazón no lo resistirá.

No respondió. Ella le oyó en el vestíbulo buscando su bastón y resistió el impulso de ir a ayudarlo. (Hacía tan pocas cosas por sí mismo aquellos días! ¡Que hiciera cuando menos lo que pudiera! Ni siquiera le ofrecía secarle los platos y siempre tenía que pedirselo. Nunca le pedía que la ayudara, como tampoco lo había hecho cuando estaban allí las chicas. Pero no era como si él tuviera otra cosa que hacer; además, también ella era vieja. Seguía lamentándose silenciosamente de su afición a la pintura, pasatiempo ocioso, pensaba, que le había impedido llevar a cabo el trabajo de un hombre. ¿Para qué pintar más cuadros, si había casi un centenar de ellos almacenados en el granero? Y, de todos modos, era bastante poco que poder enseñar como resultado del trabajo de toda una vida.

Pero, al fin y al cabo, la vida es un desengaño, míresela por donde se quiera. Ella había sufrido un desengaño tras otro.

Ved a Hal, que no había vuelto de Francia, y ya nunca volvería. Casi había olvidado cómo era. Tenía dos hijas, las dos delgadas y morenas; sus retratos estaban sobre la chimenea, de la sala.

"No me siento emparentada con ellas en absoluto", pensaba siempre al quitarles el polvo una vez por semana. Suspiró frunciendo los labios con firmeza y aumentó la velocidad de la brillante aguja, pasando de un lado a otro. "Para ser un hombre que no hace nada, William rompe terriblemente los calcetines."

...William no estaba seguro de si llegaría a la cima de la colina, pero quería intentarlo. Tenía un deseo intenso de mirar por encima de los verdes árboles que sombreaban la granja. En los años que él y Ruth llevaban allí juntos, los árboles, grandes ya cuando él los vio por primera vez, habían crecido enormemente. Se extendían cubriendo todo el cielo, y se sentía asfixiado debajo de ellos.

—Cortémoslos —le había dicho a Ruth una y otra vez.

—¿Qué...? ¡Los árboles que el abuelo de mi padre plantó! —había exclamado ella horrorizada—. ¡Cómo! ¡Mi propio "Pap" se levantaría de su tumba!

—Pues, entonces, dejémoslos tal como están —respondió con un humor decidido, que él sabía completamente a salvo porque ella no lo entendía.

Había únicamente una persona de su familia cuya percepción del humor la podía desestimar, y ésta era el hijo pequeño de Mary, Richard. Recientemente había notado algo en los ojos oscuros del chiquillo, que le parecía que estaba muy por encima de sus hermanos, algo que en todo momento le hacía más comprensivo, y mostraba un regocijo tan repentino por las bromas algo acres de los ancianos, que William se preguntaba si algún germen de su propia alma, arrastrado en la fuerte corriente de la sangre de Ruth, se había alojado en el muchacho. Pero no lo sabía.

Cuando Richard le mostraba prudente y maduro. En la actualidad el muchacho tenía diez años, y Mary ya había pasado la edad de tener hijos; así lo esperaba William cuando menos. Seis eran ya suficientes. Así marchaba la vida en aquellos días. Mary era gruesa y estaba ya en su menopausia, y Jill tenía el pelo canoso. El viejo Fasthauser había muerto. Murió de repente en una explosión de ira, hacía ya seis años; el joven Henry había terminado sus estudios universitarios y se dedicaba a las leyes. Fue él quien insistió en que Henry tenía que ir a la Universidad. Joel había prosperado con las dos granjas y no había razón para retener al muchacho. Todas las batallas de William eran en favor de sus nietos, para que no se les retuviera.

Empezó a subir la colina... Jill, naturalmente, perteneció enteramente a Elise, hasta que el año anterior murió ésta en un accidente de automóvil, en Londres. Después que se llevó a Jill, jamás había vuelto junto a Ronnie. No se habían divorciado; ni siquiera hubo separación. Ronnie aún iba de vez en cuando. Decía constantemente por aquellos días que volvería a haber otra guerra mundial, pero nadie le creía.

"No se hace nada por la paz", insistía Ronnie; pero nadie le escuchaba. La mayoría de la gente creía que la pasada guerra le había dejado; do algo loco.

Hal seguía en Francia. Conducía un taxímetro en París, al parecer. Era una cosa rara para su propio hijo. Pero William no comprendía a ninguno de sus hijos. Sus nietos le parecían más próximos a él, más queridos, especialmente los pequeños, particularmente Richard.

—¿Cómo estás, abuelo? —decía Richard invariablemente.

—¿Cómo estás, Richard? —respondía tan invariablemente William. Pero se sentía satisfecho de que, entre los seis hijos de Mary y Joel, Richard, cuando menos, recordaba cómo le gustaba que le llamasen.

—No quiero que me llamáis "Gran-pop" —decía con frecuencia, indignado, a sus nietos.

Pero únicamente Richard lo recordaba siempre.

Seguía subiendo y se detuvo un momento en la ladera de la colina, no para sentarse, sino sencillamente para tomar aliento. Todavía no podía ver tras los gigantescos árboles. Pero la cuestión de que continuasen donde estaban, había quedado solucionada, pues no había ya nadie que pudiera cortarlos. El hombro de Joel había empeorado al envejecer y ninguno de sus hijos podía blandir un hacha o aserrar como él. Ruth no había tomado ningún otro jornalero desde que Gus Sigafos había muerto en la guerra. (¡Pobre Gus!, que apenas sabía leer ni escribir y que no tenía ni noción de por qué se luchaba en aquella guerra; había sido de los que había cumplido la ley al pie de la letra, y, obligado a seguir luchando después que se había firmado ya el armisticio, murió, para nada, en el último momento.)

William casi no podía ni contemplar la tala de árboles. Hasta coger los pinceles le cansaba en aquellos días. Apenas pintaba un cuadro al año, aunque no tan sólo por razón de su cansancio. Sabía, hacía ya tiempo, que había perdido el don de la luminosidad y de la profundidad, que atraían extraordinariamente a los que veían sus cuadros. No sabía, ni sabría nunca, cómo ni cuándo había perdido aquellos dones. Pero sus cuadros eran ahora vulgares. Los niños de las escuelas del condado iban todavía a verlos, y el condado se enorgullecía de él. Sus lienzos estaban en las salas de todas las casas de la comarca. En algunas ocasiones, obtenía hasta cien dólares por uno de ellos, pero corrientemente sólo podía pedir veinticinco o treinta dólares y la mayoría los vendía por diez. A pesar de ello, la gente de los alrededores se sentía orgullosa de él. "El artista de nuestro condado", le llamaban. Había pintado las estaciones, fielmente, a su paso por el paisaje en que él vivía. Pero sabía que ahora ya se estaba haciendo viejo.

Algunas veces sentía cierta preocupación porque sabía que siempre sería pobre... no por sí mismo, naturalmente, sino por Ruth. Había prohibido a sus hijos pensar en ninguna herencia; sin embargo, algo había esperado. Pero su padre, por un viejo testamento fechado a raíz del matrimonio de William, testamento que nunca modificó, había dejado casi toda su fortuna para la fundación y manutención de un museo de arte, cuyo centro sería su propia colección. No había habido suficiente dinero para levantar el gran edificio de mármol cuyos planos, hechos por un famoso arquitecto francés, también había dejado. "La hacienda es menor de lo que esperábamos —le había escrito Louise—. Desde que el Estado se incautó del ferrocarril, durante la guerra, apenas ha valido nada. No me extraña que quisieran devolverlo a la iniciativa particular." Ella y Monty no pensaban en otra cosa que no fuera desacreditar a un Gobierno que desaprobaban totalmente.

A William, después de la muerte de su madre, el testamento de su padre le dejaba apenas lo suficiente para mantener y vestir a una persona... Para la familia, nada. El hermano de Ruth, Tom, quería que protestara del testamento, pero él no quiso hacerlo, aunque no podía decirle por qué.

"Ya hice bastante para desilusionar a mi padre —había pensado con una secreta y triste ternura—. No voy a robarle también sus cuadros."

Todavía subía, y ahora, a mitad del camino, sabía que Ruth había tenido razón. No debía haber venido. Subió con afán unos cinco minutos más. Era cuanto podía hacer para no ir paso a paso. Se sentó a descansar recobrando el aliento con dificultad. Su corazón palpitaba con tal rapidez, que hacía temblar su cuerpo. Si tenía fuerzas para latir así, ¿por qué no le servía mejor? Aquella colina apenas le había parecido obstáculo en otros tiempos. La había subido saltando, cargado con caballete, lienzo y pinturas, ansioso de un día de trabajo. Pero volvía a las perspectivas de su niñez.

La colina se levantaba como una torre sobre él. Esperó un poco más.

Desde donde estaba sentado apenas veía por encima de las copas de los árboles. Pero hacía tan largo tiempo que no había subido a aquella altura para mirar desde ella, que se sintió muy elevado. Veía la larga y suave curva del verde paisaje. "Llano", lo había calificado un turista de Nueva Inglaterra el verano anterior, y él se había indignado por aquella incompreensión con respecto a su paisaje.

—No está recortado en pequeñas y redondas colinas como vuestra tierra —había dicho fríamente—. Tiene más majestad; tiene el vaivén del océano.

Ahora sentía su larga y ondulante riqueza que las granjas dividían sólidamente en centros de vida humana. Veía la granja contigua a la de Mary. Todas eran parecidas; grandes graneros y casas sólidas, compactas, de piedra, como la de Ruth y suya. Visto desde otra colina, aquel lugar a sus plantas, donde él había pasado la vida con Ruth, sería exactamente igual a los otros. No había diferencia alguna que indicara que su vida no era semejante a las otras. Ni lo era, excepto en cuanto él era siempre, inalterablemente, diferente de sí mismo.

Aquella diferencia la sentía al envejecer, cuando aparecía en el pequeño pueblo que era también cabeza de partido.

Los comentarios ligeramente burlones que oyera en su juventud habían desaparecido. Los hombres y las mujeres que vivían ahora en el pueblo habían nacido después que él viniera a vivir allí, a casa de Ruth. Era para ellos parte del paisaje. Sin embargo, habiendo oído hablar de él a sus padres, cuando iba a la feria o cuando callejeaba por el pueblo durante el carnaval de los bomberos o en alguna junta de la escuela, le saludaban de forma distinta a como se saludaban entre ellos. En ocasiones, aquella diferencia le gustaba; otras, le hacía sentirse aislado.

Ahora, en aquella colina, se sentía solitario. En cierto modo había echado de menos el mundo. Tenía conocimiento de su existencia; Jill le escribía acerca de él, porque ahora era el mundo de ella. Le llegaban sus cartas desde todos los rincones del país y desde media Europa. Ahora se iba a Sudamérica.

La gente hablaba mucho de la América del Sur, porque en la eventualidad de otra guerra mundial, les escribía Jill, los Estados Unidos necesitaban aliados en el Sur. Jill no se había casado después de la muerte de Elise. Todo el mundo iba ahora en automóvil, pero Ruth y él no habían comprado ninguno. Ruth iba a la iglesia los domingos por la mañana en el auto de Joel, y él estaba intranquilo hasta que regresaba.

"Una manera muy estúpida de morirse", se decía a menudo en la muerte ahora que era ya viejo; sin embargo, no tanto en la muerte como en lo que le pasaría después. Creía en la muerte como parte de la vida; el fin de una cosa y principio de otra. Como quiera que fuese, Elise sabía ahora más que él de todo aquello; Elise, que había logrado tanto consuelo de algo que él le escribiera un día cuando su hijo menor murió en la guerra. No podía recordar ahora el nombre del muchacho. Del mayor se acordaba porque Jill hablaba de él exactamente como si hubiera estado casada con él. William tenía la seguridad de que decía a la gente que había sido su prometida, ahora que había llegado a una edad madura sin tener novio.

Había logrado grandes éxitos, si había de dar crédito a aquella máquina de nueva invención que sus nietos le habían regalado por Navidad.

Justamente el domingo anterior, había dado vuelta a un botón y había oído al locutor anunciar a su propia hija como la mejor soprano de América; y luego la profunda voz de Jill había invadido la estancia. Demasiado estudiada, pensaba él a veces. Se hacía llamar Judith, porque Jill no tenía dignidad, decía; Judith le sentaba mejor; tenía que reconocerlo. Era esbelta, alta; había equilibrio y gracia en su figura; y, si podía creer lo que leía en los periódicos, su carácter no era demasiado bueno.

Volvía a casa una vez cada varios años, y en su última visita lucía un solitario y una alianza.

—¿Qué es eso? —le preguntó él.

—De Elise —dijo Jill enrojeciendo profundamente—. Me pidió que lo llevase cuando supo que se había roto la columna vertebral y que no podía curarse.

Esto había contribuido a dar mayor apariencia de veracidad a aquella visión vaga, imaginaria, de su matrimonio con el desaparecido hijo de Elise. Y entonces había descubierto que Jill gastaba una fortuna en espiritismo. Creía que había llegado a establecer contacto con Don. Quizá fuera así. Él sería el último en decir que fuera imposible, ahora que la continuidad de su propio ser había pasado a ser un punto de gran interés para él.

Suspiró, se levantó y ascendió un poco más. En alguna parte, cerca de la cima, oyó tras de sí un crujir entre las hierbas, y se detuvo contento con esta excusa. "Un faisán", pensó; y volvió a oírlo. Era demasiado pesado para ser un faisán. Quizá fuera un gamo. Miró en la dirección del viento que le traía el ruido y por debajo de él no vio un gamo, sino la oscura cabeza de un chiquillo y luego la cara y los hombros del hijo pequeño de Mary, Richard.

—¡Hola! —dijo sin aliento—. Así que también tú estás hoy aquí.

—Sí, abuelo —dijo Richard. Se acercó saltando por la hierba.

William tomó aliento.

—¿Puedo llevarte la caja de pinturas, abuelo? —preguntó Richard con anhelo.

—Si tienes cuidado, sí —dijo William.

No quería reconocer que se sentía contento de soltarla. Entonces, de pronto sospechó de Ruth.

—¿Te mandó alguien que me siguieras? —preguntó.

—Nadie —respondió. Metió su mano en la de su abuelo—. Estaba en el huerto, jugando, te vi y me vine yo también.

—Si alguien te hubiera enviado, te habría vuelto a mandar a casa —dijo William; pero se alegraba de que el chiquillo estuviera allí, porque, con alarma, se dio cuenta de que no veía con claridad. El rostro del muchacho se le ofrecía borroso.

—¿Qué vas a hacer, abuelo? —preguntó Richard.

—Subir... a la cumbre de la colina —respondió William.

Lo haría, aunque ahora sabía perfectamente que no debía seguir avanzando. Unas punzadas agudas le asaeteaban el corazón.

—Tengo un nido aquí —dijo Richard con ahínco—. ¿Quieres que te lo enseñara?

—Te lo enseñe... enseñe —gruñó William—. Aprende a hablar bien, hijo.

—Enseñe —repitió Richard—. ¿Quieres que te lo enseñe, abuelo?

—Subes aquí con frecuencia, ¿verdad? —preguntó William.

—Casi todos los días, pero no sabía que tú también subías —respondió el chiquillo.

—Yo solía venir también todos los días —dijo William. Se sentía verdaderamente muy mal, pero, si no llegaba ahora, ya nunca volvería a la cima de la colina. Reuniendo todas sus fuerzas dijo—: ¡Vamos, acabemos con este último trecho! Me apoyaré en tu hombro, y así me ayudarás a subir.

—Muy bien, abuelo —dijo Richard.

Subían paso a paso. El chiquillo, orgulloso de su responsabilidad, procuraba amoldar su energía a la lentitud de los viejos pasos. Debajo de su mano, William sentía el esbelto cuerpo refrenado, pero impulsado hacia delante a pesar de la voluntad que el chico ponía en dominarlo.

—Espacio, Rick —murmuró William—. Espacio, es la única manera como podré llegar hasta el fin.

Ruth se detuvo en su tarea de limpiar el polvo para ir a la puerta. El cartero estaba allí.

—Hay una carta para usted de Hal —dijo—. Se la he traído. No escribe tan a menudo ahora, ¿verdad? Espero que no ocurrirá nada malo.

—Nada ocurría la última vez —dijo ella con calma.

—Es raro que no vuelva de aquel sitio tan lejano.

—Es un trotamundos —repuso Ruth.

No quiso abrir la carta mientras estuviera allí el cartero. Éste prosiguió:

—Primero se escapó siendo todavía un chiquillo, ¿verdad?

—Sí, así fue —dijo Ruth; a pesar de sus pocos deseos de seguir conversando no pudo menos de decir con orgullo—: Y se las compuso para seguir viviendo durante varios años y volvió tan gordo y sano como usted quiera; y había estado en toda la costa y hasta llegó a Alaska.

—Hal es listo en ese sentido —asintió el cartero—. Bien. Es una lástima que ahora no pueda ayudarles a ustedes un poco en la granja, Mr. Barton no está demasiado bueno estos días, ¿verdad?

—Está delicado —dijo Ruth—. Es el corazón.

—La gente que padece del corazón no tiene fuerzas —dijo el cartero—. ¿Lo sabe Hal? —preguntó solemnemente—. Debía usted decírselo, Mrs. Barton. Quizá volviera.

—Mr. Barton no quiere que les diga nada de él a los chicos —repuso Ruth—. No quiere que crean que tiene algún derecho sobre ellos.

—¿Sí? —dijo el cartero—. Bien, hasta la vista, Mrs. Barton. Tengo que marcharme.

Ruth se sentó en cuanto él se hubo marchado, y leyó la carta de Hal. Escribía desde París. Vivía allí todavía con su mujer y sus dos hijitas, Germaine y Angéle. Escribía raras veces, únicamente por Navidad o el cuatro de julio o en alguna otra fecha destacada. Aquella carta la escribía el Día de la Madre. Incluía dos instantáneas de las niñas, delgadas, tímidas, llenas de lazos y faraloes. Ruth las examinó una tras otra sin sentimiento alguno, como si ni siquiera estuvieran vivas. No podía pronunciar sus nombres. No lo había intentado siquiera. Jamás contestaba las

cartas a William, llegaban de Mimí todos los meses. ¿Para qué, si William no sabía leer inglés? Venían dirigidas a William; éste las leía, y la traducía lo que decían y las contestaba luego.

A veces pensaba con amargura que la sangre de William en Hal, era lo que le mantenía inquieto y no le dejaba volver a casa. Incluso ahora, viejo y medio enfermo, William seguía siendo inquieto.

"¡Mira que subir ahora a esa colina! ¡Aunque bien sabe Dios que he hecho todo lo posible para hacerle la vida fácil! William ha tenido una vida sin ninguna dificultad", murmuró para sí.

Desdobló la carta de Hal y empezó a leerla cuidadosamente.

Querida Mami:

Estoy pasándolo estupendamente bien. Dejé el negocio de taxis y soy chófer de un gran personaje americano. Hemos estado por toda Inglaterra, y luego por Bélgica, Francia, Suiza e Italia.

Ahora es España. No me gustó demasiado ver los viejos campos de batalla y cementerios, llenos de cruces blancas, cuando fuimos a buscar al hijo del amo, que cayó en la guerra. Yo tuve en realidad mucha suerte al escapar vivo. Se habla mucho por aquí de otra guerra, pero me imagino que esta vez no me cogerá ya. Tuve bastante la otra vez, y no iré, Mami. Así que no necesitas preocuparte. Creo que la guerra es cuestión de suerte, de todos modos.

Bien, Mami, todos estamos estupendamente. Las chiquillas estupendas y Mimí es una esposa estupenda. Me gustaría que vinieras algún día a vernos.

Quizás en este nuevo empleo vaya algún día a los Estados Unidos. Me gustaría ver el viejo hogar otra vez y a todos en él. Bien, Mami, hasta otra. Cuidense.

HAL.

—Esto sí que son buenas noticias y se lo voy a decir a William —murmuró a media voz.

Salió a la puerta y miró al exterior. William todavía se esforzaba en subir por la colina con aquel sol. Llevaba a Richard de la mano. ¿De dónde habría salido el chiquillo?

—¡William! gritó. Pero su voz, aunque alta, no fue oída. "¡Es un tonto! —pensó con iracunda ansiedad—. ¡Volverá muerto de cansancio^ y todo por una cosa que no tenía ninguna necesidad de hacer!" Suspiró y volvió a su tarea. Sería mejor que acabase con su trabajo.

Cuando bajara, quizá necesitaría que le ayudase y le atendiese.

—No te enfades conmigo, Ruth —rogó William con voz débil.

—No estoy enfadada —replicó ella—. Únicamente te decía, William, que si sólo me escucharas...

—Ya te escucho —susurró—. Siempre te he escuchado.

—Sí, pues bien te dije que no treparas por esa colina, y menos llevando la caja de pinturas.

Él no respondió, cerró los ojos y se preparó para el nuevo ataque de dolor que le atenazaba. Debía de recordar lo que el doctor había dicho; que probablemente no moriría durante ningún ataque. La muerte le acecharía por la noche mientras durmiera.

Sencillamente, no se despertaría. Aquél era su consuelo. ¡Ay, otra vez la angustia! Desde lo más profundo de su ser exhaló Un gemido que era un jirón de su alma.

—¡Ven; cógete a mí! —le recomendó Ruth.

Le cogió las manos de la manera que la larga experiencia de sus días de convivencia le había enseñado que le proporcionaba mayor alivio; él se aferró con fuerza a las manos de ella. De sus palmas brotaba el sudor, pero las de ella no resbalaron. El espasmo del dolor pasó.

—Eres fuerte... como siempre... —dijo él casi sin aliento.

—Tengo que serlo —replicó Ruth.

Pero era cariñosa en su expresión apasionada. Conocía cómo se desarrollaba el ataque. En el momento oportuno le daba dos tabletas; y luego, también en el momento oportuno, le movía las piernas y los brazos para que sintiera la vida volver a sus miembros, y le frotaba el cuerpo; le daba después un poco de leche caliente y le tapaba contra el frío que inevitablemente le sobrecogía en cuanto había pasado el dolor.

—Ahora, a dormir —dijo con más suavidad de la que hasta entonces empleara. Este ataque ha sido peor que los otros", pensó—. Quizás, algún día, harás caso a tu vieja esposa —añadió con regañona ternura.

Se inclinó, besó su lívida mejilla, y sintió que las lágrimas acudían rápidas a sus ojos. Todavía le amaba aunque le disgustaba tanto. Después de todo, pensaba que, quizá, no había sido realmente feliz con él. Parecía muy suave, pero en el fondo era testarudo. Lo que otros hombres hacían en los alrededores, no le importaba. £1 jamás quiso hacer nada. Ni siquiera clavar un clavo o reparar una persiana rota por el viento. Ella había tenido que hacerlo todo. En una ocasión, ella quiso que aprendiera a ordeñar las vacas. Pero él se negó.

—No sabría hacerlo —fue cuanto William dijo.

—Alguien tiene que hacerlo —había replicado ella.

—Lo siento. Es lo único que contestaba cuando le negaba algo. Y, ciertamente, lo sentía, ella lo sabía, pero jamás se le ocurrió que pudiera remediar su modo de ser. Y ella aprendió a prescindir de su ayuda porque le había querido siempre con aquella profunda inquietud que le daba la idea de que quizá su amor no le bastase. Pero era cuanto tenía.

William abrió sus apagados ojos como a ella le hubiese dicho su amor.

—Podías dejarme morir, si te doy demasiada molestia —dijo con débil malicia. Era bueno saberse vivo de nuevo. Moría en cada ataque de dolor aunque el doctor dijera lo contrario. La muerte estaba jugando con él a su antojo. Podría chasquear a la muerte, y morirse, si Ruth le dejaba; pero sus manos, al coger las suyas, no le dejaban escapar.

—Eres una buena molestia —replicó Ruth— Pero eres cuanto tengo y tendré que aguantarte.

William sonrió, sabiendo que aquella era la expresión de su cariño.

—Ahora te irás directamente a dormir —dijo severa.

—No puedo —dijo él como excusándose. Nunca podía dormirse al momento—. Pon un poco de música, Ruth.

—Deberías...

—¡Oh, por favor! —murmuró él.

Ruth dio la vuelta al botón de la radio que tenía a los pies de la cama. Una voz irrumpió en la estancia desde el aire. "Ha sido declarada hoy la guerra entre Inglaterra y Alemania. Las tropas francesas, preparadas detrás de la línea Maginot..."

—{Guerra otra vez! —murmuró William, horrorizado. La esperaba cada día, sabiendo que llegar, pero olvidándolo como olvidaba tantas otras cosas durante horas enteras.

¡Ahora venía aquella locura suprema de la Humanidad para llevarse a los muchachos como Henry!

—¡Oh, Dios...! —y un nuevo espasmo de dolor le dejó sin conocimiento.

Nadie en Francia creía que París podía ser bombardeado realmente. En la otra guerra había sido natural, pero ahora existía la línea Maginot. Sin embargo, Mimí, que tenía quince años cuando echaron aquellas primeras bombas sobre París, y que con sus compañeras, corrió a la capilla del colegio con las monjas y rezó hasta que pasó el peligro, no se sentía del todo tranquila en aquella brillante mañana de setiembre, en el pisito que era su orgullo y representaba toda su ocupación.

Ocultó aquella inquietud por Hal, que estaba en casa con dos días de permiso. Creía que las mujeres tenían obligación de velar por la felicidad de los hombres, y se dedicaba enteramente a su marido cuando éste estaba en casa, dejando su mal humor, sus ataques de nervios y sus explosiones de ansiedad hasta que volvía a estar sola con sus hijas. Hal, como consecuencia, estaba robusto y alegre, pero Germaine y Angéle eran dos muchachitas pálidas y de aspecto cansado, con ojos grises, miedosos. Ninguna de ellas era bonita, con gran disgusto por parte de Mimí, que no lo disimulaba mucho, y procuraba suplir aquella deficiencia haciéndoles ropas muy *chic*; y como pasaba muchas horas cosiendo esas piezas, se indignaba con facilidad si las rompían o ensuciaban; las dos chiquillas estaban continuamente en guardia para no enfadar a su madre, y en consecuencia se movían muy poco.

Un aeroplano voló por encima de la ciudad cuando iban a sentarse a desayunar cerca de una soleada ventana. El corazón de Mimí dio un brinco. Ahora que los alemanes volvían a atacar a Francia, jamás podía oír un aeroplano sin sentir un vuelco en el corazón. Pero no se permitió levantarse para mirar. En lugar de ello, habló ásperamente a Germaine.

—Ten cuidado cómo comes esa miel, o te mancharás el traje.

La chiquilla se detuvo al oír la voz de su madre y la miel cayó de la cuchara sobre el mantel.

—¡Oh, cielos! —gimió Mimí—. Ya me lo había imaginado cuando os dejé sacar la miel.

Corrió a buscar un paño, y de soslayo miró hacia la ventana. ¡Gracias a Dios, era un aeroplano francés! Pero se sentía intolerablemente desasosegada. ¿Sería un presentimiento? Quería salir de la casa, salir al aire libre donde poder ver lo que ocurría. Volvió de prisa hacia la mesa, con su rostro moreno en tensión. Limpió el mantel.

—Ya sabía que si ponía miel...

—¡Cállate! —dijo Hal—. ¿Qué importa?

Hablaba un francés sencillo y rudo que le bastaba. Dio a Germaine un pedazo de su tocino. Él tomaba huevos con tocino para desayunar, pero Mimí y las niñas, solamente café con leche y panecillos. La miel era un obsequio especial porque él estaba en casa. La chiquilla sonrió a través de las lágrimas que llenaban sus ojos y puso el tocino en su plato. Entonces miró a su madre.

—¿Puedo comérmelo, "maman"?

«Pues claro, ya que tu padre te lo da tan generosamente —dijo Mimí, inflexible. Se sentó de nuevo—. ¡Hal! —No podía pronunciar su nombre con corrección.

—¿Qué? —Comía el huevo sin levantar la vista del plato.

—Podríamos celebrarlo con una excursión.

—Veo el campo un día tras otro —Objetó Hal.

—¡Ah, sí; pero nosotras, no! ¡Y hace aún tanto calor! ¿No crees? El aire... ¡está como si fuera dentro de un baúl! Y piensa en el campo, un riachuelo que podamos vadear, las flores... y el cielo arriba... ¡tan limpio!

Hal miró a las niñas.

—¿Qué decís, pequeñas?

—Excursión —susurró Angéle.

—Entonces —dijo Hal— será excursión.

—Alzó una cucharada de miel—. Esto es para acabar como una cosa dulce —dijo, y lamió la cuchara.

¿Quién hubiera podido predecirlo aquel día? ¡Las horas de la mañana pasaron tan felices, tan rápidas! Mimí olvidó la rigidez de su corazón. Olvidó durante un rato el recuerdo de los aeroplanos alemanes volando sobre la ciudad, sobre el convento, sobre la ciudad llena de maldad. El hermoso día de estío seguía su curso, tan tranquilo, tan suave. Comieron debajo de un árbol y luego ella durmió un rato; después chapotearon juntos en el riachuelo y Hal resbaló sobre una laja y se cayó. Ella gritó riéndose; ¡era tan divertido verle con su cara enrojecida y redonda!

—¡Qué demonios...! —exclamó él, volviendo al inglés como siempre que estaba enfadado.

—¿Demonios? ¿Qué-es eso? —había gritado Mimí, todavía riendo, cuando desde arriba algo voló hacia abajo como un gran pájaro negro.

¡Oh!, todo el día había oído aeroplanos rugiendo a intervalos sobre su cabeza, pero tan altos que no había mirado. No quería mirar.

Ahora miró y la risa se le heló en los labios. En lo alto, vio la esvástica negra sobre el azul y el plateado.

—¡Oh! ¡Hal mío! —gritó—. ¡Han vuelto!

Fue cuanto dijo. Fue el fin de su vida y de la de Hal. Las dos chiquillas que huyeron como perdices, escaparon por pocos metros al volcán de agua y tierra. Descalzas, de la mano, se quedaron inmóviles, en tanto el aviador, que se había detenido un instante para estropear una pequeña excursión, se dirigía como una saeta a cumplir su verdadera misión.

Mudas, se sentaron, se pusieron las medias y los zapatos y se los abrocharon. El cesto de la comida estaba intacto, así como el bolso de su madre. Angéle se volvió a Germaine.

—¿Nos debemos llevar las cosas?

—¡Claro! —dijo Germaine—. A mamá no le gustaría que dejáramos abandonadas sus cosas.

Recogieron el bolso y la cesta y se encaminaron al autobús. En el bolso había dinero y compraron los billetes de regreso a París. La ciudad estaba tranquila, muy pacífica a última hora de la tarde. La gente estaba seria. Las noticias del frente eran graves, muy graves. Nadie prestó atención a las dos chiquillas pálidas y pulidas que llevaban un cesto entre las dos.

Volvieron a su casa, y sólo al llegar a la puerta familiar las sobrecogió lo ocurrido. Se miraron.

—¡Ah! —gimió Germaine—. ¡No tenemos padres!

Los ojos grises de Angéle se abrieron y, viendo el terror plasmado en la cara de su hermana mayor, empezó a sollozar fuertemente como su madre jamás le permitiera hacerlo. La portera salió cojeando.

—¿Qué ocurre? —gritó. Entonces vio quiénes eran. Las dos bien educadas hijas del americano.

Y se quedó escuchando el relato de la increíble verdad que las chiquillas emitían entre sollozos.

Evidentemente, explicó la portera a todos los vecinos que acudieron a sus gritos y llamadas, evidentemente sólo podían hacer una cosa. Las

niñas tenían un abuelo rico. Su madre lo repetía continuamente. Le escribía, mujer prudente, regularmente una vez al mes. Se vanagloriaba que el francés de su suegro era perfecto, verdaderamente parisién. Y evidentemente, las niñas debían ser enviadas directamente a aquel abuelo rico, que les daría cariño y lujos. Las cosas del piso, vendidas, darían suficiente para dos pasajes de tercera. Germaine, ya mayor, podía cuidar de Angéle. Si los vecinos lo aprobaban, se haría así.

Entretanto, tenían que enviar una carta a la familia comunicándoles la triste nueva. Voces francesas volubles, interrumpiendo constantemente, decidieron el destino de las dos chiquillas con exclamaciones de lo afortunadas que eran por tener un abuelo americano y rico. Unos vecinos franceses bondadosos, cuidarían de las niñas hasta que pudieran mandarlas. Madame D'Aubigne, que vivía en el piso de encima, se las llevó con ella y les tiñó los trajes de negro. Monsieur Albe se encargó de la venta de los muebles. En menos de una semana todo estuvo preparado y metieron a las dos pequeñas en el tren de Calais.

—No os olvidéis de nosotros, cuando seáis unas americanas ricas —les decían, llenando de besos y bombones a las enlutadas criaturas—. ¡No os olvidéis! —Todos fueron a la estación a despedirlas y Madame D'Aubigne suspiró.

—Vivir en América, lejos del enemigo, no es mala suerte —dijo.

—No es muy mala, en verdad —asintió Monsieur Albe.

Regresaron a casa a través de calles extrañamente silenciosas. Seguramente las noticias de la guerra eran hoy malas. ¡Mejor que las niñas no las oyeran!

William, en su sillón debajo del sicómoro, leía la carta por segunda vez. Le enviaban las hijas de Hal; Germaine y Angéle. Hal y su mujer habían muerto. Hacía dos horas que lo sabía, pero aún no había llamado a Ruth. Ella se había asomado a la puerta de la cocina una y otra vez, pero él pretendía dormir con la carta en la mano. Cuando vino a decirle que la comida estaba preparada, no pudo ya posponer más largo tiempo el decirle el contenido de la carta. ¡Dos chiquillas francesas en la casa y hablando, con toda probabilidad, sólo francés! Cuanto se les dijera, tendría que ser él quien se lo tradujese. Tendría que ayudarlas en todo cuanto fuese posible, pues él era responsable de su existencia... Si él no hubiera bajado por el sendero pasando por delante de aquel mismo árbol en un día de verano como el de hoy, hacía ya tantos años, nada de aquello habría ocurrido. Hal hubiera vuelto a casa como Joel, y las dos pequeñas habrían nacido aquí.

—¡Germaine y Angéle! —murmuró, con los ojos cerrados, en uno de los momentos de somnolencia que le dominaban en aquellos días.

—¿Están bien? —La voz de Ruth, llegando a él inesperadamente, le sobresaltó. Abrió los ojos y la vio ante él, con su cara morena y sonrosada llena de salud bajo su cabello blanco—. La comida está lista —dijo—, ¿Dice algo de Hal? —preguntó mirando la carta.

Dudó un momento si decírselo ahora o después de comer, pero ¿cómo podría comer? Y si no comía, ella se preocupaba tanto...

—Esta carta —dijo lentamente, cogiendo la hoja fina y rayada—, trae malas noticias.

La miró. Su rostro adquirió aquella expresión de firmeza habitual en ella cuando se disponía a enfrentarse con alguna tarea difícil.

—¿Qué le ha ocurrido a Hal?

—Un accidente horrible, querida.

Ruth se sentó rápidamente en el banco.

—Ya puedes decirme lo que sea, William.

Y así se lo dijo, traduciéndole, frase tras frase, las angustiosas palabras francesas. Luego, dobló la carta y la guardó en su bolsillo: y entonces, al mirarla, vio por vez primera que se había vuelto vieja. Se inclinó sobre el brazo de su sillón, y, cogiendo su mano, la retuvo, procurando, al hacerlo, dominar el temblor de la suya propia.

—¡Queridísima! —dijo.

Ella no dijo nada. Seguía allí sentada, con la inmovilidad absoluta de un animal herido, mirando a lo lejos a través del valle, y del río que extendía sobre él una ancha y brillante faja. El pensaba entretanto, con cierto sentimiento de vergüenza, que sentía menos la muerte de Hal ahora, que la muerte del hijo de Elise hacía muchos años, de la Primera Guerra Mundial. ¡Guerras mundiales! Ya sólo habría guerras mundiales de hoy en adelante. El mundo se había convertido en un vecindario, con tantos automóviles, y trenes rápidos y aeroplanos; y los inocentes se verían mezclados con los culpables. Pero si la vida tenía algún significado era precisamente que los inocentes estaban siempre mezclados con los culpables., ¡Dios hacía salir el sol para justos y pecadores igualmente! No es que creyera en Dios, en aquella última hora de su vida. Contemplaba su propia muerte con tranquilidad suficiente, como un incidente demasiado infinitesimal para que tuviese importancia, ni siquiera para él. Su persistencia no le interesaba. Pensaba muchísimo en ella, no obstante, y si después le dieran a escoger, se inclinaba a creer que escogería el sueño eterno. "He tenido una vida larga y buena —pensó—. ¡Para qué volverla a vivir toda otra vez!"

Pero Hal era distinto. Hal había sido arrebatado en la mitad de su vida, sin conocer la vejez. William consideró el valor de los últimos quince años. No; por nada hubiera querido perderselos. Tenían tanto valor como los de la niñez, pero había gozado en ellos más. Su niñez había sido insegura y desorientada. Nunca supo, de día en día, lo que la vida podría ponerle por delante. Pero ahora, en su vejez, la vida ya no podía burlarle. Conocía cuanto podía conocerse en la vida, y la muerte no era terrible, porque era simplemente un fin. Sí, prefería pensar en ella como un fin.

—¿Qué haremos con estas niñas? —preguntó Ruth. Su voz, al sonar de pronto, le sobresaltó. Su imaginación, ocupada siempre en las lejanías de la eternidad, volvió a la tierra.

—¡Pues, son nuestras y supongo que tendremos que quedárnoslas! —Había olvidado a Hal de nuevo, pero ahora tenía que recordar a aquellas dos criaturas francesas que no podrían hablar a nadie en la casa excepto a él.

—¡Jamás sentiré que son nuestras! —dijo Ruth definitivamente.

—¡Oh, pero... Ruth! —Se sentía angustiado por las dos chiquillas desamparadas que iban a aquella Ruth—. Querida, son las hijas de Hal

—No me lo parecen —dijo ella.

William meditó despacio aquellas palabras sintiendo aumentar su angustia. La casa de Mary estaba llena; además, ¿a quién podrían hablar allí? Y él se sentía ya tan viejo... Y si venían aquí, ¿cómo cuidarlas? Jamás había entendido a los chiquillos. Y, no obstante, con repentina claridad pensó: "¿Por qué culpar a Ruth?" Él mismo pensaba en Germaine y Angéle, no como hijas de Hal, ni nietas suyas, sino como dos chiquillas francesas, solas y extrañas, en una granja americana. Ruth no las comprendería nunca. Pero él había estado en París.

Su imaginación se alejó de las chiquillas para vagar tranquilamente por aquel París que había conocido hacía cincuenta años. Lo veía claramente, las brillantes calles, la gente alegre, charlando, riendo, comiendo al sol; las palomas con sus buches como el arco iris. París estaba lleno de palomas.

—No las quiero aquí —dijo Ruth.

Su alma volvió de prisa a entrar en su cuerpo.

—¿Qué haremos con ellas? —preguntó él, desorientado.

—No lo sé. —Su voz sonaba sombría, con un dolor impregnado de disgusto—. Hal no debió quedarse en aquel lugar extraño. Debía volver a casa. Entonces, nada de esto habría ocurrido. La gente debería quedarse donde les corresponde.

William rió silenciosamente.

—Tú sí que puedes hablar —dijo—. ¿Dónde estaría yo si me hubiese quedado donde me correspondía según mi madre?

Pero ella se negaba a sonreír.

—Esto es diferente —dijo.

Pensó contradecirle, pero decidió guardar silencio. No se sentía con fuerzas suficientes. En lugar de hacerlo empezó a considerar con toda claridad qué podría hacer si aceptaba la decisión de su mujer. Su imaginación tenía momentos de agilidad sorprendente, y ahora sintió uno de ellos.

—Jill puede ayudarnos. Ha estado en París muchísimas veces.

—¿Qué haría Jill con las niñas? —preguntó Ruth. Pero había en su voz una nota de alivio.

—Se me ocurre que quizá le gustasen. No tiene nada suyo.

No quería discutir a Jill demasiado, porque él y Ruth la veían de manera muy diferente. La distancia que separaba a Ruth de la según* da de sus hijas había aumentado al paso de los años. Pero se había acercado mucho a él... Era ahora parte del mundo que él conociera antaño. Hablaba con ella como ya no podía hablar con nadie. Y Jill tenía mucho dinero. Cuando, hacía diez años, murió la madre de William, anciana ya, le había dejado toda su fortuna a Jill.

—No creo que se acordase de quién era yo —le había dicho Jill, al volver del funeral—. Quiero decir que siempre se olvidaba de que yo era tu hija. No sé por qué creía que yo era hija de tía Louise. Solía decirme: "Tu madre...", y siempre se refería a tía Louise.

—Supongo que hace mucho tiempo que me había olvidado —dijo él con cierta tristeza.

—Me parece que no te había olvidado tan completamente como deseaba creerlo —repuso Jill—. Era una vieja presuntuosa. Me dejó su dinero, en parte, porque yo era un éxito.

—¡Ah, bien! —había dicho William—. Yo no lo quiero. No, nada quería sino lo que él mismo escogiera.

—Escribiré a Jill —decidió, somnoliento. Él sol siempre le daba sueño.

Pero no se sintió tranquilo hasta que tuvo noticias de Jill. Recibió su sobre grande, cuadrado, el mismo día en que debía llegar el barco de las niñas.

¡Naturalmente, querido; naturalmente, naturalmente!" Aquella era la esencia de la carta. Pero no por Hal. Él lo vio con toda claridad. Lo hacía porque eran huérfanas de guerra francesas. Su escritura era ilegible. "¡Pobres chiquillas! ¡Oh, esta guerra! Es lo menos que puedo hacer. Yo no puedo marcharme al extranjero. Mi médico no quiere ni oírlo. Pero puedo hacer esto. Yo misma iré a esperarlas.». ¡No te preocupes, querido!"

Germaine y Angéle, fuertemente cogidas de la mano y asustadas por si nadie las esperaba, aguardaban en la cubierta del barco.

"Las conocí al momento —escribía Jill—. Dos pequeñas, de aspecto trágico, vestidas de negro, esperando a ver si alguien las quería. Las abracé. No tienen más que trajes negros, de luto. Voy a comprarles todo nuevo, de pies a cabeza."

William leyó aquella carta a Ruth una noche en la cocina. Ahora solían sentarse allí, en la cocina, junto a la lumbre, en lugar de hacerlo en la biblioteca. En parte, porque resultaba más cómodo, en el corto espacio de tiempo entre la cena y la hora de acostarse, pero también porque ella era más feliz allí. Y en cierto modo también él. Allí, en aquella habitación oscurecida por el humo, la había visto por vez primera tal como era: una verdadera mujer.

—Me parece que las dos niñas de Hal ya están atendidas —dijo.

—Los hijos tienen que cuidarse unos a otros. Llega un tiempo en que los viejos no pueden hacerlo.

Estaban sentados uno al lado del otro, junto al fuego, y pronto William empezó a cabecear. ¡La habitación estaba tan silenciosa!

—Vamos a la cama —dijo Ruth. Y al sonido de su voz se levantó él y la siguió.

Pero, a medianoche, se despertó, tan despierto como si fuera la madrugada. Hacía tiempo se había sentido preocupado por aquellos insomnios, pensando si estaría enfermo, hasta que un día, oyéndole quejarse, Ruth le dijo Con tranquilidad:

—Calculo que te haces viejo, William. No he visto aún a nadie que envejezca y que no vuelva a sus costumbres de niño: a dormir de día y velar de noche.

No había vuelto a quejarse después de aquello, y seguía echado, despierto en su gran cama de columnas. Hacía cien años que la habían traído a aquella casa, y en ella había encontrado él su sitio para dormir. Debería estar contento de dormir poco ahora. ¡Los viejos tienen tantas cosas en que pensar y tan poco tiempo para pensarlas!

La noche era maravillosamente suave y profunda a su alrededor. Había sido una de sus muchas compensaciones. Sentía a Ruth respirar suavemente junto a él. Dormía con tanta paz como en su niñez.

Todos los procesos de su cuerpo estaban llenos de salud. Estaba sana y madura, no vi©, ja como él. ¿Por qué pensaba en compensaciones si había tenido una vida tan rica? La recordaba en su primera noche juntos. La memoria de aquella pasión guardaba tan sólo dulzura, ahora que la pasión había pasado para ambos. Ya no la necesitaban. Su carne se había unido, hacía ya tiempo. Si su espíritu seguía estando solitario, era por su propia culpa, no la de ella. Él comprendía perfectamente que las ráfagas de genio de su mujer, que habían aumentado con los años hasta hacerle casi desgraciado momentáneamente, se debían a que sus espíritus habían permanecido separados en tanto que sus cuerpos eran uno. Con humildad reconocía que la culpa había sido suya, pues Ruth había puesto todo su ser en su matrimonio. Pero había una parte de él que ella no había necesitado, y por consiguiente había quedado en él, inútil. Ahora, salía de él volando hacia la noche.

Tenía todo un mundo en donde vagar fuera de aquella tranquila casa. Y siguió soñando, no en personas por él conocidas, sino en las cosas que nunca había visto; o que viera sólo una vez cuando era muy joven, y ya no vería más; gente, lugares, cuadros, amigos que nunca tuvo, compañeros que no había encontrado. Pero no había amargura en aquel pensamiento. Una vez, en la fuerza de su media edad, la hubo. Había gemido bajo la ligadura' que representaba la necesidad que de él tenía Ruth. Pero también aquello había estado Heno de una dulzura paciente. Cuando aquella necesidad pasó, ya era demasiado tarde. Pues, ahora, él la necesitaba más que nunca Ruth le había necesitado a él.

Ahora dependía enteramente de ella.

Trajo su espíritu vagabundo al pensamiento acogedor de Ruth, y sintió el alivio de su presencia. Era fuerte, y le amaba; y hacía ya mucho tiempo que era demasiado tarde para todo, excepto su amor. Su amor que había sido la realidad de su juventud.

"No podía pintar aquel año en Nueva York —pensó en una de sus ráfagas de recuerdos clarísimos—. Y no hubiera podido pintar si la hubiese dejado aquellos años, mientras Hal estaba perdido. —Meditó esto también—. Me hubiera sentido atormentado por su dolor si no hubiera estado aquí para consolarla. Me necesitaba entonces... o Jill hubiera sufrido.

Y ahora, ¿qué tenía sino este cariño tierno dependiente totalmente de ella, y el amor fuerte y grande de ella por él? Hasta cuando en muchas ocasiones la había disgustado, sabía que era tan sólo porque la quería. Le había hecho parte de ella.

Y él podía perturbarla como nadie, porque era parte de su ser, pero, no obstante, no era

absolutamente suyo, por mucho que lo intentase y lo desease. Ya no quería sentirse extraño a ella en nada, pues había un bienestar en su

amor más vasto que la misma vida. Se movió ligeramente y sintió un dolor agudo; por un momento se asustó.

—¡Ruth! —susurró. No quería despertarla, pero si la necesitaba tendría que hacerlo. Nunca podía soportar solo un espasmo de dolor,, Pero el dolor no volvió. Esperó, pero seguía libre de él.

"Puedo dormir", pensó con gratitud. Pero sentía un poco de frío. Se volvió y juntó su cuerpo al cuerpo cálido de Ruth pasando un brazo alrededor de ella.

Habían dormido así juntos tantos años, que casi inmediatamente cayó dormido.

Cuando Ruth se despertó, el brazo de William la estrechaba fuertemente. No podía moverse de su abrazo.

—¡William! —gritó para despertarle. Pero no despertó.

—¡William! —chilló.

Apartó su brazo por la fuerza, fortalecida por un repentino terror.

—¡William, William... William! Le volvió sobre su espalda, y siguió ante ella, el rostro lleno de paz, silencioso, muerto.

—¡Oh! —gimió—. ¡Oh, queridísimo! Saltó de la cama y corrió a telefonear al médico. Pero, naturalmente, de nada servía.

—Ha ocurrido como usted dijo —gimió por teléfono—; se ha marchado durante el sueño.

—En seguida iré, Mrs. Barton —dijo el doctor—. No se preocupe por nada... Tranquilícese únicamente.

Pero ella no podía estar quieta. Debía atender a William. Algo habría que hacer por él. Tenía que asearle y cepillarle el pelo y arreglarle las ropas de la cama.

Trajo una jofaina llena de agua, la puso en una silla junto al lecho y sin dejar de sollozar le lavó las manos y la cara, como lo hacía todas las mañanas al levantarse.

—¡Oh, querido mío! —gemía—. ¿Me llamaste y no te oí? ¡Duermo tan profundamente! ¡Oh, William, William!

Se abrazaba a él, sabiendo que era su última hora juntos. En cuanto viniese el doctor, en cuanto... empezaran... Apoyó la cabeza sobre el pecho de él.

—Quisiera no haberme incomodado contigo tantas veces —murmuró—. ¡Lo deseo, ahora, lo deseo terriblemente! ¡Oh, pensar que no hemos podido ver nuestras bodas de oro juntos, William... William!

Se lo llevaron cruelmente al cabo de poco rato. Se quedó mirando cómo levantaban la alta figura del lecho. Le habían vestido mientras ella se ponía sus propias ropas.

—Entra en la cocina, madre —dijo Mary—. Ya no puedes hacer por él nada más.

Las dos chicas habían venido en seguida.

Jill trajo consigo las dos pequeñas, pero Ruth apenas las miró.

"Mi vida ha terminado —pensó—. Le he perdido."

Había intentado prepararse para aquel momento desde que supo que tenía que llegar, pero no lo había conseguido. Nada podía en realidad prepararla para el fin de todo aquello por lo que había trabajado y vivido. No podía fijar en su memoria cómo había vivido en esta casa antes de que William viniera a comer aquel día; ni podía tampoco imaginar cómo sería ahora.

"Puedo recordar exactamente su aspecto, aquel primer día en esta misma habitación", pensó mirando a su alrededor en la cocina. Se sentó contemplando las paredes, los muebles. Le había amado en cuanto le vio. Le amaba todavía ahora.

"Aunque no sé, ni puedo imaginármelo, porque últimamente me enfadaba tanto con él —se decía. Las lágrimas anegaban sus ojos y caían por sus mejillas—. Yo no era bastante buena para él —pensó—. No fui nunca bastante buena para él, y siempre lo he sabido "

Aquél era su dolor. Lo había dominado toda su vida, pero ahora resurgía, ahora que William se había ido ya.

"Él era mejor que yo. Ni siquiera se enfadaba conmigo nunca —pensó con aflicción— ¡Oh, William, quisiera que lo hubieras hecho algunas veces!"

Mary, al entrar, la encontró sollozando fuertemente. Abrazó a la anciana.

—Vamos, madre, no te pongas así —le dijo—. Tenía que llegar, "Mam". Sabíamos que tenía que llegar, y vino con facilidad mientras dormía.

Ruth sacudió la cabeza. —No lloro sólo por eso —dijo. Pero no podía explicar a una chiquilla lo que había existido entre ella y William. Así que se secó los ojos—. Calculo que lo mejor será que me asee un poco —añadió.

—Sí, la gente empezará a venir —dijo Mary. El joven Henry entró con papel y lápiz en la mano.

—"Grandmom" ahí está un "repórter" del periódico del condado. Quiere algunos datos sobre el abuelo. ¿No era su padre el Harold Barton de la gran compañía de ferrocarriles?

—Sí —dijo Ruth—, era él. Pero dile a ese hombre que espere. Ya voy yo, y se lo aclararé yo misma. Lo quiero todo claro.

Subió de prisa y se lavó, se puso su mejor traje negro y bajó a la sala donde el muchacho esperaba. Jill estaba también allí. Ruth entró en la estancia con sencilla dignidad.

El joven se levantó.

—¿Es usted Mrs. Barton? —preguntó.

—Sí, soy yo —respondió Ruth. Sí, eso era; siempre sería Mrs. Barton.

Pasó tres días en un sublime sueño. Una y otra vez sonaba la campanilla de la puerta y siempre la contestaba por sí misma. Sus hijos le dejaban hacerlo. E igualmente los vecinos que habían acudido para ayudar, cuando comprendieron que aquello la consolaba.

—¿Mrs. William Barton?

—Yo soy Mrs. Barton —contestaba con orgullo.

Llegaba un telegrama; o una corona de flores blancas; o un pequeño grupo de niños de las escuelas; o algún hombre que se dirigía a ella vacilante y casi tartamudeando.

Yo solía ver a Mr. Barton, señora —le dijo uno de ellos—, yo solía arreglarle los zapatos, yo creía que tal vez...

Y ella les decía a todos:

—¿Les gustaría verle?

Los conducía a la sala, de donde la mesa central había sido retirada. Allí yacía William en el ataúd. A su alrededor había colocado ella sus mejores plantas y todas las flores que iban llegando. Algunas veces, los que entraban a verle no hablaban, pero otras decían:

—Es estupendo, ¿verdad?

—Está como era —decía ella invariablemente.

Ahora estaba más serena, porque había mucho que hacer. Hablando con Mary de los emparedados y los dulces para después del funeral; o diciéndole al joven Henry cómo debía atender a los parientes que llenaban la casa, o leyendo un telegrama que Jill le entraba, se olvidaba de la causa de todo el barullo.

Era casi como una gran reunión familiar... casi, realmente, como las bodas de oro sobre las que William y ella habían discutido tan a menudo. Aunque si hubiera pensado... Pero no tenía tiempo de pensar. Todos los parientes eran suyos, hoy. William sólo tenía una hermana, y no iba a venir. Jill explicó a su madre que Louise no podía soportar la idea de ir, pues nunca iba a ningún funeral.

—Es raro que no pueda venir al funeral de su propio y único hermano —dijo Ruth fríamente.

—Jamás hace nada que no quiera hacer, me temo —le contestó Jill.

Nunca podría explicar a su madre cómo era su tía Louise. No había ningún plano posible al que pudieran llegar las dos para comprenderse. Los viejos eran tan definitivos pensaba con cierta tristeza. Se crean unos mundos tan distintos, cuando en realidad sólo hay un mundo. Tan sólo su padre había pertenecido a todos ellos. ¡Cuán desesperadamente iba a echarle de menos! Nadie... nadie podría ocupar el lugar que él ocupaba. ¿Qué habría sido de ella si él, viendo lo terriblemente sola que se encontraba, no le hubiera enviado a Germaine y a Angéle para que fuesen sus hijas? Estaban en casa de Mary, atendidas, y, sin embargo, no podía dejar de pensar en ellas, imaginando sus caritas que sólo ahora empezaban a perder su expresión de terror, y sus delgadas manecitas. ¿Serían los hijos de Mary, sanos y sencillos, buenos con ellas? En cuanto pudiera se llegaría un momento a verlo. Había decidido que no llevarían trajes negros ni para el funeral. ¡Había habido ya tanto en sus vidas! Decidió, pues, que vestirían de blanco.

—Bien —decía Ruth—; que su hermana siga alejada de él ahora. Su gente nunca significó nada para él cuando vivía. Aunque no puedo comprender...

Se marchó enojada. ¿Qué hubiera hecho William, vivo o muerto, sin ella? Ella tenía bastantes parientes para los dos. Siempre se ayudaban unos a otros como es obligación entre familia. William siempre les había sido simpático, y en los últimos años le habían también respetado. Se sentían orgullosos de él. Su hermano Tom compraba todos los periódicos y hacían un libro de recortes de cuanto decían concierne a William.

—Hablan de él incluso en los periódicos de Filadelfia —dijo con orgullo. Leyó en alta voz—: "William Barton era considerado en un tiempo como uno de los jóvenes artistas americanos más prometedores."

Nada decían los periódicos de Nueva York. Apenas podía esperarse que lo hicieran. Pero todos los del condado le dedicaron largas columnas. Ruth encontró tiempo para leerlos todos, hasta el último párrafo: "Su viuda le sobrevive." Era ella. Ella era la viuda de William.

Con la fuerza que le prestaba aquella dignidad pasó las horas hasta que se llevaron a William, en la mañana del tercer día, para no volver más.

Ella le siguió entonces; Tom la llevó en su brillante automóvil nuevo. Detrás de ella seguía una larga hilera de coches que se movían lentamente por el camino vecinal que conducía al cementerio, alrededor de la iglesia a la que William se negó siempre a ir. Pero ahora venía a descansar con la familia de ella, aquí, donde su padre y los padres de su padre yacían. Y aquí descansaría él, y ella junto a él, por toda la eternidad.

La casa estaba tranquila. Ruth había insistido en que todos se marcharan a sus casas. Había sido fácil persuadir a las chicas. Después que terminó la gran ceremonia del funeral y los parientes se marcharon, y después que todo había sido ordenado, ella les había dicho:

—Ahora, vosotras dos, corred a vuestras casas. Los chiquillos os necesitan y aquí ya no hay nada que podáis hacer. Si quiero que alguien se quede, Tom lo hará.

—Seguramente —dijo éste.

Así, Mary y Jill se marcharon. Tío Thomas, se habían dicho, podía quedarse muy bien. Tenía mucha gente que le cuidaba el garaje. Pero tampoco había sido difícil persuadir a Tom. Ruth le dijo sencillamente:

—Quiero estar sola, Tom.

—Te encontrarás triste y solitaria —objetó él.

—No —dijo ella—. Una mujer nunca se encuentra solitaria cuando ha estado casada tanto tiempo como yo. El fin de su vida vuelve a encontrar el principio.

Pero Tom pensaba que no debía marcharse y ella tuvo que obligarle por fin, hasta que se decidió a ponerse el abrigo y el sombrero. Tuvo que acompañarle hasta el coche, e incluso entonces, con la mano ya en el volante, dudaba aún.

—¿Estás segura de que estarás bien, Ruth?

—Segurísima —replicó ella. "¡Oh, vete, vete!", gritaba su corazón ansiando estar sola y en libertad para llorar a William.

Pero él demoraba la marcha, porque era un buen hombre con un corazón compasivo y buscaba alguna palabra de despedida con que consolar a su hermana. ¡Había sido tan duro para ella! Los parientes lo habían comentado cuando ella no estaba en la habitación. William había "pasado" en su sueño sin decirle una última palabra. Ellos daban gran importancia a las últimas palabras y repetían solemnemente las últimas cosas que decían los que partían. Tom, rebuscando en su memoria, recordó unas palabras que no había olvidado porque cuando William las pronunciara él no comprendió qué quería decir. William siempre decía cosas extrañas. Tampoco las entendía ahora, pero quizá las comprendiera ella.

—Ruth —dijo—. La última vez que hablé con William, dijo algo acerca de ti que pensaba decirte.

—¿Ah, sí? ¡Oh, Tom!, dime, ¿qué dijo?

—Dijo que no sabía qué hacer sin ti. ¿Te acuerdas aquel día, el otoño pasado, que yo subí en el coche para traerle una caja de libros de la estación?

Ella asintió. William siempre compraba libros con el producto de sus cuadros. Ella solía enfadarse, porque los libros son tan inútiles... Pero ahora se alegraba de que él hubiera hecho lo que quería... aunque no sabía qué hacer con tantos libros.

—Trajiste una manta para sus piernas, ¿te acuerdas?

Ella asintió.

—Bien, luego que tú entraste, él dijo que tú eras su pan de cada día, o algo parecido.

—¿Eso dijo, Tom?

Él observaba su rostro para ver si aquellas palabras la habían confortado y vio que sí. Ella comprendía, pues, lo que el anciano quería decir.

—Creí que tal vez te gustase saberlo —dijo complacido consigo mismo.

—Fue maravillosamente dulce que William dijera una cosa así —replicó ella.

Cuando Tom se hubo marchado volvió ella a la cocina a cenar. ¡Pan! ¡A William le gustaba tanto el pan bueno! Y siempre decía que el de ella era el mejor del mundo. Algunas veces, cuando ella amasaba el pan en aquella misma mesa, él hablaba de ella como si fuera conversos. El pan tenía un significado especial para William. En aquel primer cuadro la había pintado con un pan en las manos. Se sentó procurando recordar cuanto él dijera del pan.

"Si tengo buen pan para comer, ya no me importa que falte cualquier otra cosa —solía decir—. El pan es mi verdadero alimento."

"No pudo decir nada de mí más lleno de significado", pensó agradecida.

En cierto modo, la confortaba absolutamente. Siempre se había sentido orgullosa de ser por mujer, pero todavía existía en ella la última desazón de saber que ella no era bastante buena para él. Pero si era para él como el pan, esto quería decir que nunca hubiera podido pasar sin ella.

"Me parece que no le importaba que me enfadase un poquito de cuando en cuando —pensó—. Me parece que sabe que no existía para mí nadie más que él, ni nunca existirá. Y que yo lo hacía todo por él."

Sus ojos se arrasaron, pero siguió su cena. Aquélla era su primera comida sola, y era igual acostumbrarse en la primera que en la última. La casa estaba tan silenciosa que se habría asustado si hubiera sido una mujer débil. Pero no lo era. Siempre podía hacer lo que debía hacerse. Por lo tanto, siguió sentada terminando su cena.

A su alrededor no se oía ni un ruido, ni dentro ni fuera de la casa. Era aquella hora del atardecer en que hasta los pájaros están silenciosos. Entonces, de pronto, una gran ansia de él la sobrecogió. Así es como sería siempre: aquella quietud, día y noche, durante el resto de su vida. No pudo seguir comiendo. Dejó la cuchara y siguió sentada mirando vagamente al exterior en el brillante anochecer.

La casa estaba vacía. Tenía la extraña sensación de que estaba absolutamente vacía, que incluso ella no estaba tampoco allí.

—¡Oh, William! —dijo penosamente. Su voz sonó alta en el vacío a su alrededor.

Se había marchado realmente.

Entonces, de pronto, en el silencio oyó un ruido. Oyó un estruendo en el granero. Algo había caído. Saltó presurosa de la silla.

—¡Dios mío!, ¿qué es eso? —gritó. Salió rápidamente de la cocina y cruzó la hierba dirigiéndose al granero; fue hacia la puerta abierta.

—¿Quién está ahí?

Llamó con voz áspera. Pensó que podía ser un vagabundo; pero, naturalmente, no iba a asustarse.

—Soy yo —dijeron. La voz venía de la habitación de bajo el henil, donde William guardaba sus cuadros.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Ruth; y, caminando rápidamente por el viejo y rugoso suelo, miró al interior.

Allí, entre los cuadros de William que habían caído, estaba Richard, el menor de los hijos de Mary.

—¡Rickie, por el amor de Dios! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería ver... sus cuadros —tartamudeó el chiquillo. Había llorado y sus mejillas aparecían manchadas del polvo que salió de los lienzos al volverlos mientras lloraba.

—Bien, pero, ¿por qué no me pediste que te los enseñara? —dijo Ruth. Se sentó en la vieja silla de William. En los últimos años, se sentaba frente al caballete cuando le cansaba estar de pie. Entonces atrajo hacia sí al muchacho.

—¡Dios me valga, mirad qué cara! Vamos, te la limpiaré con mi delantal—. Se la limpió y él se sintió confortado por su regañona ternura, ya que no había nadie que pudiera ver cómo le mimaba. Le dio un beso apretado.

—Veamos, pues, ¿quieres que yo te enseñe los cuadros del abuelo?

—Si crees que no habría de importarle...

—Le gustaría muchísimo —dijo ella, animosa. Puso un cuadro en el caballete—. Veamos, éste lo pintó un día (lo recuerdo como si fuera ahora), cuando estaban segando el heno. Empezó una tormenta... mírala, ahí está; puedes verla tan igual...

Levantó los cuadros uno a uno, recordando:

—Éste, siempre dijo que no saldría bien.

—Pues a mí ¡me parece bueno, a pesar de todo, "Grandmom" —dijo Richard con vehemencia.

—A mí también —dijo ella—. ¡Maravilloso! William era un hombre maravilloso, y nosotros no lo olvidaremos.

—No, nunca.

Miraron todos los cuadros y entonces dijo ella:

—Ya es hora de que te vayas a casa. Tu madre estará preocupada.

Amontonaron los cuadros cuidadosamente, y juntos, de la mano, salieron al claro anochecer. Entonces él se armó de valor,

—¡"Grandmom"!

—¿Qué, Rickie?

—¿Podría quedarme con su caja de pinturas?

Ella se asombró, y el chiquillo contuvo el aliento, esperando.

—¿Qué...? No podría... No sé si le gustaría que la diera —dijo Ruth—. ¿Qué harías con ella?

—Pintar cuadros. ¡Por favor, "Grandmom"... si acaso, cuando sea mayor... como el abuelo!

—¡Dios mío! —dijo ella, asombrada—. ¿De dónde sacas esa idea? ¡Nadie más en nuestra familia pinta cuadros!

—No lo sé... siempre ha estado dentro de mí. ¡Por favor, por lo que más quieras!

¡Dentro de él! Entonces, al mirar aquella cara suplicante a la altura de su pecho, se le ocurrió por vez primera que naturalmente, William podría estar dentro de aquel chiquillo. Pero, sin saber por qué, nunca se le había ocurrido antes. Le miró solemnemente.

—¡Tendrás que ser muy bueno! —dijo Ruth.

—Lo seré —dijo Richard con gravedad.

Dejó caer los brazos con que abrazaba a su abuela, y quedó en pie, su pequeña figura como un fantasma por cuyos ojos se asomaba al exterior el espíritu de William.

FIN

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

20/03/2012